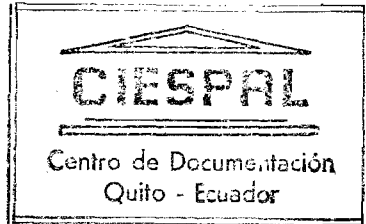


7064

/OPINION PUBLICA/
/ASPECTOS HISTORICOS/
/LIBERTAD DE LA COMUNICACION/
/POLITICA DE LA COMUNICACION/
/TEORIA DE LA COMUNICACION

LECCIONES SOBRE LA CIENCIA DE LA OPINION PUBLICA



VITALIANO ROVIGATTI

CD: OPU

Título: Lecciones sobre la Ciencia de la Opinión Pública

Primera Edición

Febrero de 1981



Derechos reservados, según la Ley de Derechos de Autor expedida mediante Decreto Supremo No. 610 de 30 de julio de 1976. La reproducción parcial o total de esta obra no puede hacerse sin autorización de CIESPAL.

Las opiniones del autor no son
necesariamente las de CIESPAL
o la Fundación Friedrich Ebert.

OFFSET ECUADOR - Andalucía 119 y Madrid
Teléfono 528778 - Quito - Ecuador

✓ PRÓLOGO *manuscrito*

Estas lecciones sobre la Ciencia de la Opinión Pública aparecen en su versión castellana para los estudiantes latinoamericanos en un momento muy oportuno de la historia. En efecto, cuando tratan de consolidarse incipientes ensayos democráticos, en Hispanoamérica la opinión pública parece ser el fundamento de este proceso. Muy bien indica el profesor Rovigatti al hablar de las funciones de la opinión pública: cuando ésta es inadecuada sea por falta de información, sea por manipulación arbitraria, la realidad misma de la democracia está peligrosamente comprometida. Un pueblo sin voz, sin el poder de la palabra, mal podrá gobernarse a sí mismo y ser el artífice de su historia. Este mutismo popular enraizado por centurias de opresión ha sido precisamente la tragedia de nuestra nación Hispanoamericana.

El propósito de este ensayo será mostrar brevemente la importancia de este enfoque científico de la opinión pública visto desde nuestra realidad. Para esto se examinará como se aplican los conceptos claves "opinión pública matriz" y "opinión pública juicio" en el caso nuestro, lo cual supone una síntesis del análisis que debemos hacer de la cultura y la conciencia de clase como ingredientes de la Opinión pública, para terminar por comprobar nuestra aseveración primera: la opinión pública como fundamento del poder en el sistema democrático.

Lejos de hacer una crítica del libro del profesor Rovigatti, he considerado mucho más interesante el reforzar su esfuerzo pedagógico con algunas sugerencias para el estudio del texto en conexión con la búsqueda científica de nuestras realidades, el ejercicio de reflexión y teorización -base de la ciencia- junto con la observación rigurosa de los fenómenos locales que ocurren en nuestro alrededor.

1. El objeto de la ciencia y su importancia

Ya encontrará el lector a lo largo del libro una amplia explicación histórica de los términos. Baste indicar aquí los elementos esenciales de la opinión pública: se trata de los juicios de un conglomerado social que son de interés para la comunidad en cuanto llevan a la acción colectiva. De esta manera evitamos caer una vez más en el uso "promiscuo" de los términos en el lenguaje corriente, y al que hace alusión repetida el autor.

Al señalar como objeto de nuestro estudio una realidad social dinámica, inmediatamente caemos en cuenta de que se trata de una disciplina compleja y orgánica, como complejo y orgánico es el hombre. No podemos practicar una disección en un ser vivo; y si lo condenamos a muerte para satisfacer nuestra curiosidad, hemos perdido ya un elemento básico de la realidad: su interacción con el medio, su capacidad de transformar su espacio vital, asimilarlo, hacerlo propio. Y precisamente, el objeto de nuestro estudio es resultado de esta constante interacción del hombre con su medio; se trata de aislarlo metodológicamente para comprenderle en su dimensión histórica, en cada instante de su llegar a ser; por esto decimos "dinámica".

En la búsqueda de nuestro propio ser y existir, mucho camino nos queda por recorrer. Somos pueblos que no hemos terminado reconocernos. Fuimos los hijos desconocidos de un concubinato de la Europa renacentista, soñadora y aventurera, con esta América India, ingenua, infantil, inocente. En aquel momento de la historia, la formidable aventura Hispánica no pudo llevarse a cabo sino en términos de una violación por la fuerza.

De allí surge -siguiendo a Octavio Paz- esta insana negación del hijo de la Malinche (1). Desconocemos a la madre ingenua y débil tratando de asimilarlos a la fuerza brutal del padre invasor. El tema ha surgido muchas veces en la literatura de hispanoamérica, escritores y periodistas agudos lo han observado. Pero es nece-

sario que este conocimiento existencial de nosotros mismos, muchas veces inconciente y balbuceado en las notas de un rondador andino que llora al ritmo del viento, pase a ser objeto del análisis científico riguroso de manera que lo vislumbrado por el poeta llegue a ser objeto de dominio para el hombre mismo, artífice de su destino.

Esta falta del conocer práctico y empírico ha sido quizá una de las palancas más fuertes en la que se han apoyado los regímenes opresores, ya desde el tiempo mismo de los Reyes Católicos, sea para mantener el monopolio de la técnica en manos de pocos, sea para ignorar la protesta de las multitudes. Sólo muy de tarde en tarde podía llegar a la corte el gemido Americano; era el chillido estridente de Fray de Las Casas.

Pero pronto todo era acallado. El oro de América, los relatos impresionantes de los escribanos acalenturados, los sermones aterradores de los misioneros y las cárceles virreynales ahogaban cualquier grito de resistencia.

Más tarde, los sucesores de los conquistadores, los marqueses y notables que se tomaron por asalto la historia americana -parafraseando a Enrique Ayala- (2) aquellos criollos herederos de las encomiendas y los batanes, resentidos por la arrogancia Borbónica, renegaron de su padre y su madre y vendieron la patria a nuevos intereses imperialistas. El pueblo siguió sin voz. El cóndor siguió aprisionado en alguna cueva oscura con las alas caídas, mirando entre las sombras algún pequeño rayo fugaz de sol, que por equivocación o desidia dejaban pasar sus centinelas.

Para los hombres actuales del periodismo y la comunicación, es tarea primordial el llegar a captar y **aprehender** en el sentido de Dilthey, el ser mismo de la opinión pública en estas tierras americanas se trata de captar vitalmente, todo el ser y con todo el corazón la existencia del hombre. Hay por delante una obra de rehabilitación del continente quizá tan semejante o superior a la obra ci-

vilizadora de España -en lo que tuvo de positivo y creador: el redescubrimiento del hombre. Por la naturaleza compleja de esta ciencia, los distintos estudios en el campo de la antropología, la sociología, las ciencias políticas, deben aquí integrarse para devolvernos la imagen cabal del "Amerindio", sin olvidarnos del afroamericano, que también con sus cadenas y su sudor han labrado esta nación continental. Este reconocimiento del hombre es de esperarse, nos llevará al reencuentro entre los hermanos de los distintos estados, hoy divididos y pulverizados con el artificio de las fronteras jurídicas, cuando en la realidad, del Río Grande a la Patagonia, una sola nación, el mismo hombre, existe en lucha descomunal con la geografía, el destino, la soledad y el silencio.

Pero junto con la comprensión, tiene que venir la tecnología transformadora. Este pueblo no hablará si no se le devuelve la lengua. ¿Cómo podrá manifestarse la opinión pública si los canales electrónicos no están en manos de la comunidad?. ¿De qué democracia nos hablan si mayorías analfabetas son incapaces de pronunciarse y decidir su futuro?. La democracia se vuelve entonces una palabra mágica para deshacer los hechizos del poder dictatorial, un artificio más para callar el chillido de aquellos que como Las Casas, creen en la fuerza del derecho y la bondad de los tribunales de la humanidad.

En Centroamérica, en Ecuador, en Bolivia, en cualquier estado latinoamericano donde comience a gestarse un nuevo ensayo republicano, ese ensayo no será sino otro nido de espuma sobre la corriente, a no ser que al pueblo se le escapen las palabras por el cerco de los dientes y de rebaño dócil e ingenuo llegue a ser el cóndor que sacude el polvo de los siglos para reemprender su vuelo en coordenadas infinitas. Ese será el día cuando el mundo levantará los ojos al espacio para oír a Hispanoamérica.

2. Una distinción clave: la opinión pública matriz y la opinión pública juicio.

De hecho, el elemento propiamente observable de la opinión pública es el juicio actual que emite un determinado conglomerado social. Pero este fenómeno observable no se produce en la nada, en el vacío. Tiene un medio social en el cual se gesta como reacción a otro hecho o fenómeno. Esta distinción entre la matriz y el juicio parece ser extremadamente fecunda para el desarrollo de la ciencia en nuestro medio. Donde la investigación científica pocas oportunidades ha tenido para emitir su juicio, esta relación daría pie para numerosas hipótesis que deberán ser posteriormente verificadas.

Es en esta matriz donde se cuecen los grandes movimientos y las grandes transformaciones sociales. Para nuestro estudio el punto importante está en descubrir esos fermentos que permiten la gestación, el desarrollo y finalmente el alumbramiento de nuevos hechos. De allí que, para el conocimiento de la opinión pública matriz nos sea urgente el conocimiento empírico de los valores de la cultura popular, nos sea urgente conocer esa fermentación continua de la historia, nos sea urgente también conocer y valorar la relación del hombre con la tierra en esta lucha constante por transformar los recursos naturales en bienes aprovechables para el perfeccionamiento y el desarrollo del hombre mismo. La opinión pública matriz tienen por tanto una dimensión histórica, es un continuo hacer y rehacer del hombre. No es un ente estable, fijo, una esencia inmutable: es más bien este devenir del tiempo en el espacio; este continuo devenir de las generaciones, donde cada una recibe del pasado, pero a su vez aporta una nueva experiencia hacia el futuro.

En la América Hispana esta opinión pública matriz está por descifrarse. Quizá uno de los efectos más fuertes del sistema imperialista ha sido el reprimir toda aquella manifestación en cuanto tiene de original, de indígena, en cuanto es producto de esta rela-

ción directa del hombre con su medio ambiente. La contraparte del coloniaje es la enajenación del hombre: el sentirse extraño a sí mismo, el sentirse enemigo de sí mismo. El vivir en su tierra con la conciencia de ser un extranjero en su propia patria. Enrique Dussel desde otro punto de vista más bien dialéctico y filosófico ha analizado este fenómeno de la América Latina y nos propone el redescubrimiento del Ethos Amerindio (3). Este Ethos Amerindio no es otra cosa sino el espíritu que se gestó en aquel conjugarse de razas y que a lo largo de la historia trata de desenvolverse, de comprenderse a sí mismo y de manifestarse hacia el exterior en nuevas formas de vida para el hombre, en nuevas formas culturales y artísticas, en nuevas técnicas y métodos para la conquista de la tierra y la transformación de los recursos.

Evidentemente que para Dussel, que utiliza un instrumento filosófico dialéctico, estas manifestaciones existen y son una realidad, si bien se hallan como ocultas, veladas por esta estructura social y económica que mantiene a los pueblos latinoamericanos en una situación de dependencia.

Parece que este concepto o este Ethos Amerindio podría ser una de estas hipótesis ya mencionadas, que al trasladarse a términos más empíricos y verificables nos ayudarían para encontrar aquellos elementos determinantes de la matriz, que nos permitan en el futuro poder predecir las manifestaciones que tendría la opinión pública actual o la opinión pública juicio.

No estamos tampoco abogando por un indigenismo absoluto o absolutista. En este juego entre las dos razas o mejor entre dos modos de vida y entre dos concepciones del universo, evidentemente que se han influído unos y otros. Y al entrar en contacto, y en un contacto tan íntimo como ha sido la generación de una raza mestiza, tanto en el espíritu hispánico como en el espíritu indígena, se han modificado, tienen que haberse transformado; por lo tanto, más propio sería hablar de una matriz nueva, de un ente nuevo, de una raza diferente que para algunos autores no es sino la América mestiza.

Este mestizaje ha tenido también un proceso, un desarrollo. No fue algo que sucedió de la mañana a la noche. El momento en que se incorporaban los pueblos nativos a la estructura social que trajo España, en ese momento comenzaban ellos a asimilar algo del espíritu extranjero; pero las generaciones posteriores nacidas ya dentro de este mundo y que no conocieron ni el mundo anterior del hombre nativo ni tampoco conocían la realidad de la España Europea, son o han llegado a ser un nuevo tipo de hombre, y este nuevo tipo de hombre es el que tratamos de redescubrir. Esta introspección en nosotros mismos nos llevará a descubrir rasgos que pertenecen tanto al hombre nativo como al hombre hispano, pero son rasgos solamente, que al conjugarse entre sí, al enrollarse sobre sí mismos, están dialécticamente también produciendo un hombre nuevo.

Como había dicho antes, mucho de esto es todavía una hipótesis y toca precisamente al investigador social el comparar los valores de uno y otro, comparar estas transformaciones sociales a lo largo de la historia y sobre todo comparar los modos de vida que se han sucedido. Porque al hablar de historia no me estoy refiriendo a la sucesión de hechos políticos o militares, sino que me estoy refiriendo a esta transformación continua del modo de vida del hombre.

Ahora bien, este modo de vida del hombre y esta interacción de sí mismo con el mundo circundante le lleva a tomar decisiones, le lleva a expresar su sentimiento que puede ser un reclamo, que puede ser una protesta o puede ser la ratificación de un sistema. Estamos ya aquí hablando de la **opinión pública juicio**: ya de las manifestaciones concretas de este parecer colectivo, de esta voluntad colectiva. El problema radica en que dadas las circunstancias de la estructura social de estas naciones, la gran mayoría, el pueblo como conjunto y totalidad, no tiene voz. Evidentemente que como pueblo y como realidad social tienen que existir pareceres, tienen que existir juicios, tienen que existir voluntades, pero no hay ese elemento que la recoja y las haga oír en el ámbito político en el

ámbito internacional, en el ámbito de la economía, allí donde se toman las decisiones y desde donde se dirige la vida del país.

Este pueblo mudo, carente de los medios para expresarse y manifestarse, es un objeto de las decisiones del grupo dominante, pero no es sujeto de su historia, porque no ha tenido en sus manos la oportunidad para decidir de su futuro. De allí que se hable de un asalto a la historia por parte de esta nobleza criolla, que sin tener en cuenta al pueblo y como clase dominante y privilegiada, continuó procediendo al estilo de los antiguos conquistadores, o quizás peor.

Este análisis histórico y antropológico evidentemente que tiene que refinarse y están todavía por redescubrirse una serie de elementos ya concretos y específicos. Para el asunto que nos ocupa, este conocimiento de la opinión pública matriz es fundamental para poder entender y para poder captar en todo su significado los juicios o el juicio que ya en concreto una comunidad humana lo pueda expresar, porque entonces la ciencia estaría en capacidad de explicar por qué este juicio, estará también en capacidad de explicar por qué también se espera en el futuro que el conglomerado humano reaccione de tal o cual manera. Hay fenómenos dentro de la historia política latinoamericana que están esperando todavía una explicación.

Tomemos por caso el fenómeno del populismo. Un caudillo que arrastra la voluntad de la masa, por lo menos digamos de la masa en capacidad de participar en la actividad política, capaz de votar, que ya es una masa que ha recibido una cierta educación, por lo tanto es un grupo humano en cierta posición de privilegio. Esta masa va detrás de un hombre en forma aplastante, mayoritaria, pero llega un momento en que la desilución se hace presa de este conglomerado y el caudillo parece bajo la presión de esta misma masa que le llevó al poder. Tenemos ahí un caso de una opinión pública juicio. Pero una opinión pública juicio que cambia

violentamente de un momento a otro; tal vez en una cuestión de meses, o a la vuelta de uno o dos años, la opinión del pueblo con respecto al caudillo cambia radicalmente. Y la presión que este mismo pueblo ejerce sobre los actos de un gobierno, produce la caída catastrófica o la caída aparatosa del caudillo. Eso, a modo de ejemplo. Tendríamos ahora que recolectar todos los elementos científicos válidos y operativos que se pudieran encontrar en el campo de la historia, de la antropología, de la sociología latinoamericana y en las manifestaciones de la cultura popular, aquellos ingredientes que nos permitan descifrar, o que nos permitan esculpir las características de la opinión pública matriz. Pasamos ahora a considerar dos ingredientes particulares de la opinión pública. Estos son la cultura y la conciencia de clase.

3. La Cultura y la conciencia de clase como ingredientes de la O. P. La fenomenología hispanoamericana.

En nuestro medio, el estudioso de la comunicación, necesariamente debe tener en cuenta su condición de miembro de un determinado tipo de clase social. El hecho de que tengamos acceso a la cultura universitaria nos está inmediatamente diciendo que por cualquier razón o cualquier factor nos encontramos entre ese grupo minoritario de la población que puede disponer de ciertos medios económicos o educativos, que inmediatamente lo llevan a ocupar un puesto de dirección en la sociedad y por lo tanto, a asimilarse a esta estructura de dominio que permanece y se mantiene en cada una de nuestras naciones. Este hecho debe tener en cuenta el científico social porque le condiciona respecto a sus actitudes, a su manera de pensar, a su manera de ver el futuro, en su manera de valorar los problemas que se pongan en juego.

En esta parte, por tanto, es preciso que descubramos cual es la conciencia de clase a la que pertenecemos, cual es la cultura que tratamos de crear o la que tratamos de estudiar por un lado, y por otro lado cuál sería la cultura y la conciencia de clase de la mayo-

ría popular que en un momento dado sería el factor determinante de una decisión política.

Sin pretender ser absolutamente exacto, se podría entender como cultura toda manifestación de tipo intelectual o moral, o mejor toda manifestación del espíritu del hombre que concibe el mundo, lo analiza, lo conceptualiza y lo expresa en unas formas simbólicas, sean éstas formas propias de la literatura o la pintura o la escultura; o formas modernas del cine y la TV. Así entendemos como conciencia de clase a este fenómeno que es una opinión pública propia del grupo al que se pertenece, catalogado en términos económicos, en términos socio-culturales, que está en función del status social de la persona, de su nivel de educación y evidentemente de sus ingresos. Quizá todavía en varios sitios de América Hispana habría que añadir el factor familiar que por lo menos hasta hace unos años a estado muy asociado con los otros factores de tipo cultural y económico. Los miembros de ciertas familias tradicionalmente han ocupado los puestos de dirección en la sociedad y al mismo tiempo han manejado y han distribuido entre sí el resultado del trabajo de la comunidad, es decir, han manipulado los medios de producción. (3')

Entendido así estos dos conceptos, en sentido bastante amplio, nos preguntamos: ¿hay esta cultura hispanoamericana, hay este ingrediente de la opinión pública al que lo pudiéramos llamar cultura hispanoamericana?. La pregunta es muy basta, sería sujeto a un tratado muy amplio y a modo de ejemplo solamente me limitaré a señalar el caso de la cultura ecuatoriana con referencia a otros países de hispanoamérica, donde la fenomenología cultural hispanoamericana se manifiesta con rasgos muy semejantes. En un pequeño ensayo el escritor Agustín Cueva afirma que de los escombros de una cultura aborigen destruida y los brotes raquíticos de una cultura exótica mal aclimatada nace la cultura todavía informe del Ecuador de hoy. (4).

En el fondo, en este ensayo muy sugestivo que además se titula: "Entre la ira y la esperanza", Agustín Cueva niega la existencia de ese ente al que le podríamos llamar cultura ecuatoriana.

Claramente, para Agustín Cueva, al mestizaje étnico no siguió un mestizaje cultural dado que el aporte indígena fue anulado, y más bien un juicio de esta opinión pública sería, por ejemplo, la negación de los valores indígenas que se manifiesta hoy en términos como "indio" y "cholo" usados como insultos. Lo cual, además, traduce la situación opresiva en la que todavía vivimos.

El mismo autor hace referencia a algunos autores coloniales y del primer siglo de la república, que han sido considerados como notables figuras de nuestra expresión literaria, pero que sin embargo los encuentra Agustín Cueva alienados de la realidad ecuatoriana por cuanto buscan en su estilo, en su expresión literaria, imitar los cánones o las normas de arte extranjeros, y aquello que es nativo o nacional viene a ser considerado como vulgar o de "pobre colorido y animación" usando una expresión de Juan León Mera, (5) uno de los doctores citados por Agustín Cueva.

Es interesante notar también cómo, por ejemplo en el campo de la cultura y de la pintura, el crítico Fray José María Vargas dice que en vano se buscaría en las obras del artista Caspicara, el indio Manuel Chile, algún indicio que delatara su procedencia indígena: "Su gesto acrisolado y fino tiende más bien a la preciosidad propia de quienes se han formado en un ambiente de distinción y cultura". Como vemos, en el mismo autor de esta historia de la cultura ecuatoriana está manifestándose la conciencia de la clase opresora (6). Es para él una virtud el que precisamente un autor indígena más bien exprese su concepción del mundo en términos propios de una cultura para él exótica, extranjera, dominante.

José Carlos Mariátegui en su libro "Siete ensayos de la realidad peruana", (7) llega también a conclusiones semejantes a las de Agustín Cueva. Para Mariátegui la cultura en cierto modo está

condicionada por el factor económico y el sistema colonial establecido por España en el Perú y en otros países de la América, carece en su desarrollo de una aptitud de adaptación a las condiciones ambientales. Parece que el colonizador español romántico, soñador y algo ocioso, careció de esta aptitud para adaptarse y transformar la realidad de manera adecuada y sobre todo careció de una aptitud clave que le permitiera comprender el valor económico del hombre; de manera que procedió a una explotación desmedida del recurso humano, no solo de los recursos naturales, sino lo que es peor todavía de los recursos humanos, lo cual llevó a la destrucción de la población que se diezmó en forma masiva o que huyó a los páramos para escapar la opresión de las mitas, encomiendas y obrajes. A tal grado llegó esta destrucción de los recursos humanos, que los colonizadores tuvieron que recurrir a la importancia de los esclavos negros. Este fenómeno lo observamos a lo largo de toda la América.

Ahora bien, si ésta era la condición de la estructura económica, en el campo de la cultura de las letras y del arte era obvio que los escritores coloniales criollos y los pintores simplemente estuvieran al servicio de este sistema social que buscaba la máxima extracción de los recursos naturales, sin una reposición siquiera de los recursos humanos. Sin embargo, este mismo esquema económico opresivo debió llevar, como hipótesis, a ciertas expresiones del conglomerado que dejaban entrever quizá entre las sombras de las catedrales coloniales, la terrible realidad del hombre sometido a una esclavitud infame.

A modo de ejemplo, y como una comprobación parcial de esta hipótesis, ruego al lector acompañarme en un breve análisis del arte colonial quiteño, desarrollado especialmente durante los siglos XVI y XVII.

En uno de mis paseos artísticos por el Quito colonial, entré a la Iglesia de San Francisco. Me detuve un momento a contemplar la imagen de "Jesús del Gran Poder" que goza de mucha populari-

dad y devoción entre la gran masa de proletarios, en su mayoría campesinos que han emigrado hacia la ciudad en busca de mejores condiciones de vida. La imagen representa a un Cristo -casi tamaño natural- cargado de una cruz, bañado en sangre, patético. Hasta este momento para mí no era sino la representación de un elemento más de alienación, que permite a las clases dominantes controlar todo intento de reivindicación a la vez que atenúa posibles brotes de violencia: el pobre "acepta su cruz" para imitar a Jesús que murió por todos. Hasta aquí la sociología. Pero, qué tiene la imagen en sí? Ha sido el arte manipulado en este caso para servir a los intereses de una clase? Es una obra de arte? En este momento traté de mirar objetivamente a la imagen aislándola de este marco socioeconómico en el que hasta entonces la había considerado. A mi lado se encontraba un campesino -de aquellos que llevan los bultos de las patronas en el mercado- que mezclaba sus rezos con el sudor y las lágrimas. Repentinamente me pareció identificar al hombre de la cruz y a mi vecino: los dos llevaban el peso de una sociedad injusta sobre sus hombros, los dos producían en mí el rechazo a lo inhumano del dolor por hambre y sed. Los dos sudaban sangre. Me parecía que la escultura había plasmado en vivo el momento histórico de este hombre ecuatoriano. Por encima del tema místico-religioso de la pieza colonial, intuí bruscamente su contenido inmanente, real, patético, que lo consideré como una vivencia artística y por tanto profundamente humana. O tal vez, al revés, por ser humana, creí haber descubierto al artista anónimo que talló en madera, también él entre sudor y sangre, al hombre.

Frente al arte colonial quiteño se han dado dos tendencias en el siglo XX, dependiendo en el fondo de la ideología del crítico. Lo que para unos es fruto de la inspiración de la fe (P. Vargas) (8) y de la capacidad genial de imitación del aborigen, para otros es símbolo de total alienación, temática y técnica, que nos remite a una situación poblada de manos indias y mestizas produciendo "dioses blancos" (A. Cueva). (9)

Podríamos resumir las acusaciones al artista colonial en los siguientes puntos:

1. No hubo arte verdadero ya que la casi totalidad de las obras fueron imitación de modelos europeos, traídos a América por el Conquistador.
2. Fue un trabajo de siervos -los nobles no se ocupaban de estas actividades consideradas inferiores- y por tanto una obra servil, ya que trataba de contentar y satisfacer las exigencias del señor.
3. Se trata de un arte comprometido en mal sentido, pues no expresa la cosmovisión aborígen, sino que trata de contentar y satisfacer la sicología del opresor.

Pese a la gravedad de estas acusaciones -por otro lado bastante bien fundadas y serias- allí estaba mi experiencia antes anotada y lo que es más importante la permanencia del hecho artístico como parte íntima y vital de nuestra herencia cultural, aún diría yo, una fibra muy sensible de nuestra misma nacionalidad. Lejos de aceptar la contradicción con una disyuntiva fatal -que llevaría a sepultar y negar estérilmente un pasado- considero trascendental el superarla en forma válida y realista.

Pretendo en este breve ensayo -dentro de las limitaciones propias del espacio- apuntar la posibilidad de aprovechar algunos elementos de una filosofía dialéctica del arte, para emprender en un futuro la reinterpretación de este arte quiteño que nos permita por un lado valorarlo justamente y por otro que nos lleve a encontrar las raíces de la sociedad que lo produjo en su mismo interior, como una realidad inmanente en la obra misma. Creo que hasta hoy, las interpretaciones han tomado puntos de partida exteriores, accidentales, que han subrayado los factores condicionantes del arte, y no el arte mismo en su totalidad, en su existencia, independientemente de sus modos de producción y del origen social de su material. Si aceptamos un mínimo de autonomía en el creador estaríamos más cerca del momento histórico en que se produjo y podre-

mos descubrir al hombre que vuelca su ser en el lienzo, en la madera y por qué no en las mismas piedras arrancadas de las entrañas de los Andes.

Se me objetará de inmediato, que el artista no gozó de esa libertad. Era un siervo al servicio de su señor feudal, un mero instrumento para que el amo blanco no se manche las manos con la pintura o se lastime con el cincel y el martillo. Debo notar aquí, que análisis científicos de los modos de producción coloniales realizados últimamente descartan la posibilidad de identificar nuestra colonia con el feudalismo europeo. (10) Todo lo contrario, nos hallamos de lleno en el período capitalista, donde se acumula oro a base de la explotación del trabajo. Por otro lado, los artistas no estuvieron en la condición de simples asalariados, gozaron de prestigio y honores durante la colonia, acumularon también sus pequeños capitales y dejaron herencias y testamentos, como lo atestiguan documentos presentados por el P. Vargas en su historia de la cultura ecuatoriana. Más bien pertenecieron a la pequeña burguesía que se agrupaba en gremios y cofradías, sin distinguos de raza, porque hubo artistas españoles de nacimiento, criollos, mestizos e indios.

No es muy cierto tampoco que el compromiso del artista -en este caso con el poder civil y eclesiástico- haya sido tal que anuló totalmente las posibilidades de libre expresión. El conquistador español fue un europeo de corte típicamente renacentista como lo afirma Gabriel Cevallos, (11) y como tal sus valoraciones humanísticas primaban sobre otro tipo de motivaciones. Al emprender la construcción de Quito, vio la oportunidad de realizar sus sueños de hombre de mundo que no los hubiera podido tener en la España pobre y desgastada después de la reconquista: aquí encontró todo lo que necesitaba, el oro, la piedra, el cedro y lo que es más importante aún hombres con espíritu y alma creadores, capaces de captar el lenguaje y expresar su alma en el arte. No veo por qué no se pueda aplicar en América lo que fue realidad en Europa: la temática renacentista fue sí religiosa y mística, pero el contenido que se

desprende de ellas y la forma (sin separarlos) es una lección de humanismo. Era obvio que el artista local siguiera las tendencias de sus maestros, los moldes artísticos de las escuelas que se encontraban en boga en aquel tiempo. No es lógico afirmar tampoco que las obras hayan sido simples copias de los moldes europeos. Las estampas y los esquemas de famosos artistas europeos con que los nuestros podían contar no eran ni mucho menos las impresiones policromadas y precisas con que contamos nosotros ahora en las colecciones impresas. Eran apenas sombras a las que debían dar vida y formas reales. No quiere decir que esta libertad la adquirió el artista de golpe, al contrario fue un proceso lento y el observador atento puede notar a medida que se consolida el trasplante cultural, que los pintores y aún más los escultores adquieren más y más libertad en su expresión, siempre claro está, dentro de los cánones de la época. Sin embargo, tenemos casos como el de Miguel de Santiago, que llegan a producir estilos totalmente originales.

Asegurada así la libertad y autonomía básicas del artista, podríamos seguir adelante en la búsqueda de ese "sedimento" que nos queda de la obra en la expresión del contenido y la forma, donde se manifiestan el autor y su época, como realidades inmanentes de la obra misma (Adorno). (12) Buscamos así el realismo de otra forma artística.

Hablarles de realismo a los iconoclastas del arte quiteño parecería la peor de las sinrazones. Quisiera aquí superar la negación del liberalismo decimonónico nacional que renegó de su ancestro hispánico para sumergirse en un indigenismo estéril y hueco, que poco o ningún favor hizo a las reivindicaciones de la raza vencida. Como comenta Agustín Cueva, Carrera Andrade -socialista moderado- se vuelve cursi al alabar a Olmedo en su exaltación épica de Atahualpa (Canto a Bolívar) y el P. Aurelio Espinosa Pólit parece jesuita revolucionario al criticar el mal gusto del poeta (13).;

Según Adorno, hay una dialéctica interna en la obra de arte, por la que el autor afirma la realidad, negándola. El realismo en el arte, no quiere decir precisamente un reproducir del objeto exactamente como se da ante los ojos, realismo propio del conocimiento. El realismo del arte es otro: la síntesis del pensamiento y el sentimiento, cuando expresa su humanidad, cuando en la obra se afirma al hombre creador y gestor de la misma, entonces hablamos de arte realista.

Se encuentra esto en el arte quiteño? A manera de ejemplo, señalaré unos cuantos casos, sencillos y tal vez ligeros, pero que confirman esta hipótesis hasta aquí expresada.

En primer lugar tomemos el caso de la arquitectura. Tan solo un detalle: la piedra. Las columnas, los arcos, los capiteles, los encajes y labrados que vemos en las fachadas de nuestras iglesias son un himno épico al poder del hombre, de nuestros hombres que esculpieron estos momentos. La piedra dejó de ser entraña mitológica de un monte endiosado, para ser materia fecunda en las manos de los albañiles aborígenes. La columna salomónica fue un símbolo muy popular en la arquitectura quiteña: decorada con flores trepadoras ha venido a expresar al hombre en ascensión, en devenir, en lucha, como los robustos árboles de nuestros trópicos.

Es notable la cantidad de vírgenes que se pintaron. Responde, es verdad, a una necesidad cultural, dada la popularidad de estas devociones. Lo mismo se diría de la escultura. Si nos permitimos dejar la temática y miramos la obra en sí encontramos a la mujer: belleza, ternura, fecundidad, maternidad. Esto último muy importante para el mestizo, ya que su madre era india por lo general -salvo raras excepciones- y por tanto era negada por la sociedad dominante. No se puede negar que muchas de estas obras -anónimas en algunos casos- presentan rasgos mestizos y aún indígenas de la mujer. No podría explicar el arte la popularidad de algunas devociones religiosas?

Retornemos finalmente a los “Cristos lacerados”. Es verdad que son muy del gusto español de la época, pero en las esculturas quiteñas se nota un énfasis especial en las heridas. Un naturalismo casi extremo, chocante. Cuando pensamos en Pampite, Caspicara, en los Zangurimas, sus imágenes nos hacen sentir el latigazo del verdugo sobre la carne del hombre: se amorata, enrojece y se abre en grietas dolorosas por donde se escapa la vida. No sería que estos indios y mestizos sentían el dolor en su propio ser y revivían las no raras escenas coloniales en las que el capataz hería y humillaba a sus hermanos?. Allí está la escultura como testigo mudo pero vivo en la opresión, más todavía, este es el grito elocuente de protesta y la negación de un sistema social. Tenemos el ejemplo claro de un contenido que se constituye en contramovimiento por la negación determinada de él.

Estos elementos dialécticos presentes en el ser mismo del arte me han llevado a “comprender” en el sentido de Dilthey, la afirmación del hombre, la desmitologización y la protesta presentes en las producciones artísticas del Quito colonial. De esta manera el espíritu popular tuvo al menos un medio para expresar su realidad existencial, cosa que muy probablemente no sucedió en otras épocas. Con el resultado de estas manifestaciones en mente y siguiendo al autor mexicano Octavio Paz en su libro *El Laberinto de la Soledad*, podríamos decir que en nuestra América Hispana, no es que no tengamos cultura, sino que se ha producido una cultura de la soledad. La soledad para Octavio Paz es este sentimiento del hombre y ese conocimiento de sí, que se da cuenta de que está solo en el mundo, de que se encuentra enajenado de su ambiente y que es un extraño en sí mismo. Podríamos comparar esta soledad a la situación del hombre inmigrante en un mundo extraño donde no conoce a nadie, donde no tiene amigos, donde no conoce el sistema y es incapaz de hablar la lengua. Es decir, el hombre incomunicado.

Aquí lo interesante es analizar por qué se produce esta incomunicación. El hombre necesita del elemento simbólico, de los íconos, de los signos, para expresarse. Hablando en términos más amplios, el hombre al conceptualizar el mundo necesita hacer uso de categorías adecuadas que le permitan manipular la realidad y transformarla. Qué sucede en nuestra gran nación? Por este proceso histórico del que hablábamos antes, el hombre sin voz es en realidad el hombre sin signos, sin íconos, sin conceptos y categorías adecuadas que le permitan esa manipulación del ambiente y esa transformación de la realidad. El hombre ha recibido un lenguaje ininteligible y al absorber este lenguaje ininteligible se ha quedado no sólo sin voz sino sin pensamiento, sin capacidad para comunicar su propio ser, porque en definitiva, se desconoce a sí mismo. Es tan trágica y tan dolorosa la realidad, que a nivel individual cada yo se encuentra como dislocado de sí mismo, se encuentra abandonado a un conjunto de fuerzas misteriosas que le llevan a través de un laberinto. Octavio Paz escribe como intelectual, como hombre de letras, como ensayista. Pero en el mismo campo de las letras encontramos una obra muy contemporánea y muy conocida de Gabriel García Márquez: "100 años de Soledad" (14). Nuevamente aquí aparece en términos exóticos para el lector europeo, pero muy reales y muy vívidos para el lector hispanoamericano, esta dialéctica de la que nos habla Octavio Paz. Es el hombre abandonado en medio de un mundo desconocido, donde la naturaleza, el tiempo, el espacio y los otros hombres son figuras extrañas que danzan a su alrededor sin terminar nunca de entenderlas y sin saber nunca hacia donde le llevan. Aureliano Buendía es el prototipo de este hombre que refleja el colmo de la angustia cuando se clava un tiro y no muere. Hasta en el intento de encontrar la muerte buscándola él tenía que fallar, sin saber para qué ha vivido qué siente en palabras del mismo autor, que "se ha sacado la mierda en la vida para que dos pendejos se la quiten".

La soledad de aquel coronel perdido en un pueblo de las sierras colombianas; que termina vendiendo su gallo, este ser en quien él ha comunicado todos sus sentimientos, porque simplemente no

llegó aquella carta que por años él ha esperado. El coronel muere solo. Muere solo porque ha perdido incluso su gallo. Es la soledad del grande y del pequeño. García Márquez mismo nos lleva a la contemplación del hombre en las esferas del poder: "El otoño del patriarca". Ese político latinoamericano absolutista que muere en la soledad de su palacio, que ha perdido incluso el mar, porque vendió el mar al extranjero y en las noches y días de insomnio lo único que le queda es el ruido de los cascos de alguna que otra vaca que sobrevive en el palacio abandonado.

Si esta es la realidad de la América Hispana, dialécticamente surge la conciencia de nación no por el agregado numérico de voluntades, sino como consecuencia del mismo fenómeno histórico que lleva a una transformación cualitativa y que en un momento dado de la historia permite que algunos de estos hombres, por la misma dinámica de su circunstancia, caigan en cuenta de su situación y se lanzen a negarle, porque al negarla la están transformando y tal sería el caso de los autores citados de toda la corriente de la novelística latinoamericana, toda corriente de los historiadores, de los críticos del arte, de los pintores, de los escultores. Toda la corriente de la canción protesta, del teatro de barricada y otras expresiones, que si bien corresponden a un grupo social que ha gozado de algún privilegio, reconoce su realidad, toma conciencia de su clase, la clase intelectual burguesa y trata de redescubrir las fuentes de su espíritu para alimentar allí una conciencia creativa que al mismo tiempo que transforma o niega la realidad busca anunciar el nuevo futuro. Son éstos, grupos intelectuales, que al encontrarse en una realidad descarnada buscan transformarla negándola con la denuncia y el anuncio al mismo tiempo de un nuevo mundo utópico. Estamos tocando aquí los límites entre la realidad y el mito, entre el pasado y el futuro, entre la soledad y el redescubrimiento del lenguaje. Porque esta lucha cultural entre la conciencia de clase opresora y la conciencia oprimida no es otra cosa que la negación de formas y símbolos inadecuados para reemplazarlos con formas y símbolos que respondan a esta realidad existencial del hombre.

El mito tiene una función, y el mito es en cierto modo parte de la realidad porque surge de ella. Está alimentado por el diario vivir del hombre y al mismo tiempo expresa esta ansia profunda del ser que busca trascender los límites de su espacio para explicar esta situación que en este momento le ahoga, le disminuye, le aplasta, pero de la que también surge, se renueva, recobra fuerzas y llega el momento en que es capaz no solo de negar la realidad sino de apoderarse de ella, manipularla y de hacerla parte de su propio ser. Es el momento en que el hombre como sujeto de la historia se apropia de su mundo, de su ambiente. Por tanto el mito tiene una función y el mito es también un ingrediente de la cultura y un ingrediente de la conciencia de clase. Cada clase social crea sus mitos. Cada cultura está constantemente edificando o anunciando este futuro a base de la mitología. Y al elaborar este mito -que no es sino otro lenguaje, una expresión simbólica para representar al hombre en el mundo-, el hombre ha transformado el mundo al negar la realidad a través de la creación artística. Así nos encontramos también con un continuo hacerse de la conciencia. El estudiante de la comunicación debe tener en cuenta, por tanto, que este hacerse de la conciencia es un proceso continuo, es un devenir, es una corriente tumultuosa de aguas que requiere por parte del científico un examen constante, un sondeo continuo para saber hacia donde se dirige estas tendencias populares.

4.x Las masas y la información

Mientras tengamos un aglomerado de individuos que carecen de los medios adecuados para expresar su propio yo, nos encontramos simplemente con el aglutinamiento numérico de entidades o de entes y por lo tanto de masas. Masas en cuanto son individuos anónimos, desorganizados y que no están en capacidad de crear una corriente de opinión. Sobre estas masas, la información tiene un efecto muy particular. En América Latina en los últimos años, los medios de información han tenido un superdesarrollo; a tal punto que en algunos países el número de radioemisoras por

habitantes o el número de televisoras en proporción con la población, ha superado, indudablemente, incluso a países industrializados de Europa.

Pese a todas las campañas, que por ejemplo se han desarrollado a fin de integrar poblaciones indígenas al resto de la sociedad organizada, la sociedad mestiza o blanca, poco o nada han logrado hacer. Sin embargo, el radio transistor, la grabadora de cassette y ya en nuestros días la televisión, está modificando muy seriamente la vida y la organización de estas comunidades que hasta el presente han permanecido casi completamente aisladas.

El radio transistor parece constituir el lazo más fuerte que ha atraído y ha polarizado las tendencias de estas comunidades hacia una mayor participación en la vida económica, social y cultural de estas naciones, donde existe un fuerte porcentaje de población típicamente aborígen. Tal vez en este laboratorio viviente de la comunicación social podrán en el futuro analizarse los efectos de la información, porque, básicamente, el papel que desempeñan estos medios electrónicos es poner al tanto a estas comunidades de lo que está sucediendo a su alrededor. Notemos que la mayor parte de estos medios de comunicación social tienen en sí mismo un fin puramente comercial, salvo una que otra emisora de tipo cultural o quizá de tipo religioso proselitista. De manera que el mero conocimiento de los hechos produce ya el efecto de un catalizador de modo que estas masas anónimas -no porque sean anónimas en sí mismas sino porque frente al mundo exterior permanecen ignoradas- de pronto toman conciencia de su realidad, la objetivizan y comienzan a desarrollar su organización y a reclamar de las instituciones centrales o, del Gobierno Nacional, comienzan a reclamar derechos, aspiraciones, obras de infraestructura, obras de tipo social que a la larga van a transformar notoriamente sus vidas.

Indudablemente que para el antropólogo o el científico en antropología, en muchos de estos fenómenos va a haber una especie de etnocidio cultural y entonces hablamos o se habla, por ejem-

plo, de la agresión cultural. En la mayor parte de los casos parece ser que esta agresión cultural no es deliberada. Por otro lado, dado el poder selectivo del radioescucha como del televidente, él está en capacidad de silenciar a la radio, o de cambiar el canal y escoger aquellos programas que le interesen, de modo que si hubiera en realidad este fenómeno de agresión cultural, parece ser que sus efectos se reducirían a un mínimo, porque el individuo no ha perdido su libertad y si algo produce en él una reacción negativa, está perfectamente capacitado para anularla o evitar este factor.

Pero aparte de esto hay también otros fenómenos que ha producido el desarrollo de la electrónica. Así por ejemplo la grabadora de cassettes a semejanza del radio transistor, ha puesto en manos de la gran masa popular un instrumento para recolectar información, para conservarla y en caso necesario para reproducirla sin necesidad de hacer uso de la palabra escrita. Es un elemento sumamente importante y novedoso, en poblaciones donde la mayoría de los individuos son analfabetos, hasta hoy han necesitado un medio para llevar cuenta de su historia, de los hechos importantes, de sus relaciones con el mundo de la política, con los gobernantes, con las instituciones que de alguna manera actúan dentro de su comunidad, pero el pueblo se ha visto privado de un elemento muy necesario para conservar un récord de esta historia, y de pronto con el cassette descubre no solamente un juguete novedoso sino un arma, un instrumento para guardar, y conservar sus memorias. Así, por ejemplo, en Ecuador se da el caso de la escuela radiofónica de Tabacundo, en donde los mismos campesinos que hasta ahora la mayoría de ellos iliteratos son capaces de elaborar sus propios programas simplemente haciendo uso del cassette y de la grabadora. Tal es así, que en algunas ocasiones estos campesinos que han tomado conciencia de su realidad y de la importancia de sus relaciones con el mundo exterior, por ejemplo, han grabado los discursos, las promesas de oficiales del gobierno. Al cabo de un tiempo este material vuelve a hacerse oír en la comunidad a través de la radio, lo cual mantiene en una constante alerta al grupo y le permite incluso tomar ciertas medidas de presión. Vemos ahí un caso en

donde esta opinión pública matriz dormida, oculta, reprimida por las circunstancias, de pronto ha encontrado un medio para hacerse efectiva, para pasar a opinión pública juicio operativa que lleva a la acción a la comunidad.

Nuevamente vemos aquí realizarse este principio del que hemos hablado ya antes: la objetivación de la realidad. La palabra permite al hombre adueñarse de su mundo, y no solamente de conceptualizarlo, sino al mismo tiempo, con la acción de la palabra transformarlo. En este sentido, la información, la simple difusión del dato objetivo, permite ya al individuo percibir su mundo en una forma más integral. Notemos que la información como tal, o un mero difusionismo, no está creando la opinión pública, como sería el caso de algunos autores que afirmaban o que propugnaban un poder casi omnímodo de la propaganda. Pero sí es un elemento que sin entrar directamente en la reacción, favorece, condiciona, actúa como un catalizador. Una vez que se ha realizado por parte del individuo esta objetivación de la realidad, está en capacidad de expresar su propio yo en relación con el mundo, es decir, su relación yo-mundo y, por lo tanto, es capaz en unión con otras personalidades de producir un aglutinamiento, una corriente a la que llamaríamos opinión pública.

Este aspecto es sumamente importante, porque si hablamos de nación o de nacionalidad o de una conciencia colectiva común, que se afianza a lo largo de la historia y se proyecta hacia el futuro, necesitamos evidentemente que sea, no un aglutinamiento amorfo, masivo, de individuos que por simple azar del destino se encuentran localizados dentro de un límite geográfico, sino lo que es más importante, hay un aglutinamiento de voluntades, un aglutinamiento de personalidades perfectamente definidas que permiten constituir un pueblo, una nación como tal.

5. El fundamento del poder

El Profesor Rovigatti desarrolla uno de los capítulos centrales de su obra. Me refiero a las funciones de la opinión pública. El lector podrá analizarlo detenidamente y encontrar una serie de elementos muy importantes y vitales para el estudioso de las comunicaciones, pero muy en particular voy a referirme a una de estas funciones que estudia ampliamente el Profesor Rovigatti y que se refiere al fundamento que provee la opinión pública para el desarrollo y la consolidación de un sistema democrático.

Con alguna frecuencia, señalar el autor, se ha acostumbrado a llamar a la opinión pública el cuarto poder, o incluso se ha identificado a la opinión pública con los medios de comunicación social, llamándoles a estos medios el cuarto poder. En realidad, lo que la ciencia de la opinión pública quiere decir no es que las constituciones deban reconocer jurídicamente un cuarto poder en la organización del Estado; lo que en realidad se quiere decir es que el sistema democrático en sí mismo sólo puede desarrollarse, subsistir, enriquecerse si se constituye sobre una base de opinión popular. Entonces sí, la opinión pública no es el cuarto poder, es el fundamento de cualquier poder que quiera llamarse, en realidad, del pueblo.

He hablado ya del desafío que enfrentan las jóvenes naciones hispanoamericanas en su deseo de consolidar sus aspiraciones democráticas; naciones acostumbradas a regirse por sistemas dictatoriales impositivos, de pronto, como que despiertan de una dulce infancia a una época tormentosa de adolescencia, buscan afirmar su personalidad, encontrar su propia identidad en el concierto de las naciones y sobre todo consolidar un sistema que les permita gobernarse a sí mismas y sacudir todo yugo que les impoga desde fuera un estilo de vida ajeno a su tradición, o ajenos a su propio ser. Frente a este problema, se pueden tomar distintas posturas o ensayar diferentes soluciones. Para unos, por ejemplo, la falta de leyes adecuadas de una constitución acertada podría ser la razón por la que estas democracias incipientes no logren consolidarse. Para o-

tros, la falta de una educación en los sistemas democráticos por parte del pueblo o por parte de los mismos políticos, la misma falta de experiencia, consituiría una barrera para su desarrollo; pero caemos entonces en un círculo vicioso: no es posible una democracia porque no ha habido una experiencia; no es posible una experiencia si no se ensaya; al ensayar se fracasa por falta de experiencia y volvemos a caer en lo mismo. Caso semejante sería el fundamentar el sistema democrático únicamente sobre leyes. Ni las leyes, ni la experiencia, ni el conocimiento del mecanismo democrático aseguran su éxito. El sistema democrático no es un ente de razón que se constituye sobre ideas; es un sistema que funciona sobre la base de individuos concretos, conscientes, tienen una personalidad y se pronuncian, son capaces, por tanto, de tomar el destino en sus manos.

Frente a esta visión idealista de la democracia, hay una postura más científica y profundamente realista, de aquellos que afirman que no puede haber democracia si no hay una manifestación actual, real, efectiva, operacional, de la opinión de los ciudadanos.

No podemos hablar tampoco de una sola opinión pública, recordemos que en esta corriente hay muchas tendencias, hay muchas opiniones, cada persona tiene su historia, tiene su pasado, su formación, sus sentimientos, su concepción del mundo; en un momento dado frente a un problema reaccionará de acuerdo a todos estos factores que intervienen en su yo para formarse su juicio sobre el problema.

Por lo tanto, en esta actitud dialógica de un pueblo, vamos a encontrar necesariamente mayorías y minorías en un momento dado, y no quiere decir que las mayorías van a actuar siempre dentro de una línea de tendencia; la mayoría se constituirá alrededor de un problema que en determinado momento polariza las opiniones, pero no podemos de allí predecir que en el siguiente momento esta misma mayoría va a actuar de una manera semejante. Hechos imprevisibles pueden cambiar radicalmente la estructura numérica

de una mayoría y dividirla en distintas corrientes de opinión, o lo que antes era mayoría, de la noche a la mañana, vendría a ser una minoría. Tenemos en los últimos tiempos el caso dramático de la popularidad del senador Edward Kennedy; dos acontecimientos imprevistos, la crisis de Irán y la crisis de Afganistán, de pronto, produjeron en el público norteamericano una polarización contraria con respecto a su candidatura.

De este modo, el fundamentar el éxito de un régimen democrático sobre el poder de una mayoría es completamente riesgoso. La mayoría no es el fundamento del sistema democrático, puede ser un mecanismo de decisión. Lo interesante, lo básico del sistema democrático, es que tanto mayorías como minorías tienen su fuerza, tienen derecho a dejar oír su voz y son elementos que el poder debe tomarlos en cuenta para sus decisiones; entonces sí, podríamos pensar en una auténtica democracia donde haya igualdad y libertad para todos, no importa que pertenezcan a la mayoría o pertenezcan a la minoría; caso contrario, tendríamos tal vez un disfraz de democracia, incluso podríamos hablar de una dictadura de la mayoría, que no sería sino una consolidación de poder sumamente peligrosa porque cualquier momento estaría sujeta al devenir impredecible de la historia, es decir, estaría condenada al fracaso. Como consecuencia de esta identificación y de este aglutinamiento de voluntades, se forma la personalidad de la nación y podemos hablar, por tanto, de una nacionalidad que no sería sino el pronunciamiento de este conglomerado humano en el concierto de naciones del mundo para expresar su voz, presentar su opinión, y para ejercer sus derechos y defender sus intereses en el Parlamento del mundo.

En este aspecto de la opinión pública, como fundamento de la democracia, no debemos dejar pasar, sin analizar detenidamente el papel que desempeña el juego de opiniones en la marcha misma del juego democrático. Es verdad que hasta el momento no se ha inventado otro método verificable de la voluntad popular que no sea el sistema electoral; es decir, la manifestación de la mayo-

ría, pero como se había dicho antes, la mayoría es completamente circunstancial. Lo curioso es, que se quiera fundamentar sobre un elemento circunstancial, un sistema al que se quiere dar el carácter de permanente. Debemos buscar por lo tanto una solución a este problema, a este conflicto dialéctico. La democracia se funda sobre la voluntad popular. Esa voluntad popular no es sino la opinión pública que se hace cuerpo, que se encarna, que se manifiesta en un juicio. Este juicio, dentro de los sistemas democráticos que conocemos, se manifiesta a través del mecanismo electoral, en el cual la mayoría es el factor decisivo. Es entonces, cuando el estadista y el gobernante deben tomar conciencia del poder real que tienen. Ese poder que les consagra dirigentes de una sociedad en un momento dado es el resultado de una corriente mayoritaria de opinión, pero esta opinión puede cambiar, y puede cambiar precisamente debido a este juego de opiniones que se observa en el público.

Paradójicamente, sin este juego de opiniones tampoco sería viable el sistema democrático, entonces caeríamos en un sistema dictatorial absolutamente totalitario donde la divergencia de opinión con la mayoría con poder, no es permitido; en cambio, esta misma voluntad de la opinión de la mayoría, esta misma fragilidad del poder parece constituir el elemento que regula y controla cualquier desbalance en el poder. Pero es necesario tener en cuenta precisamente este juego de opiniones, porque el momento que prescindimos de él, precipitamos al sistema en el caos. Llega entonces y es donde los partidos políticos pueden desarrollar su función, porque precisamente son ellos los elementos canalizadores de la opinión que en cualquier momento, en cualquier instante, sin necesidad de acudir a un acto electoral concreto, sin embargo, de alguna manera puede expresar al menos cuáles son las opiniones predominantes de los grupos humanos a los que normalmente representan. Esto supone que dentro del partido hay canales para que todos estos elementos de la base puedan pronunciarse, y por lo tanto, de una manera ya explícita se pueda conocer la opinión

del grupo, el parecer del partido, y el parecer del partido va a ser también nuevamente un catalizador de otros grupos humanos que sin pertenecer a un partido, sin embargo van a ser influenciados por esa acción y por lo tanto van a reforzar una determinada opinión.

Talvez aquí encontramos un nuevo problema que determine esa fragilidad de la democracia hispanoamericana. Los partidos en realidad no han actuado como canalizadores de la opinión pública, sino como instrumentos a través de los cuales el caudillo o el grupo oligárquico expresan su parecer, más no es el parecer de una corriente de opinión popular. Es allí cuando los partidos pierden su función y por tanto fracasan, y no solo eso, sino que precipitan a todo el sistema democrático a un estado de anarquía y caos tal que es necesario la intervención armada como elemento de poder y de organización como es el caso de las intervenciones militares en los países hispanoamericanos.

De una manera análoga a los partidos políticos deberían actuar la prensa o los medios periodísticos de comunicación en relación a su función como elementos fortalecedores de una democracia. La prensa tiene como objetivo el difundir la información, pero al difundir la información debe estar consciente de que a su vez es un elemento catalizador de la opinión pública, es un elemento que actúa como agente de cambio en muchas sociedades, es un elemento también que canaliza la opinión. No nos confundamos con aquellos que creen que la prensa a través de la propaganda puede manipular la opinión. Se dan esas manipulaciones, es posible dentro de cierto margen y por cierto tiempo manipular la opinión, pero no se la puede subyugar. Un sistema basado sobre la dominación es un sistema frágil, muy frágil. La historia lo demuestra.

La prensa verdaderamente democrática está abierta para que a través de sus medios la opinión de las mayorías y la opinión de las minorías sea conocida. Allí tenemos la información objetiva. La prensa al permitir que a través de sus medios la voz de las mino-

rías también se haga oír, está fortaleciendo el sistema democrático. Está regulando ese sistema electoral que podría convertirse en una simple dictadura de la mayoría. Está participando en el juego de las opiniones, permitiendo que ese juego sea posible. Por tanto, la prensa tiene también un papel dialéctico en el juego de la democracia al permitir que este diálogo, democrático por eso decimos dialéctico, sea una realidad.

Cuando no existe esta dialéctica democrática, cuando se produce la dictadura de la mayoría a través de un mecanismo electoral, cuando la voz de la nación no puede escucharse en el concierto mundial, cuando el juego de las opiniones es reprimido y los partidos han perdido su función de canalizadores de la opinión pública, cuando la prensa ha dejado de ser ese medio que hace posible el diálogo democrático, nos encontramos nuevamente con la muerte de la opinión pública, no porque han desaparecido los individuos que sería imposible, sino porque esta opinión pública ha perdido su voz y al perder su voz se ha cabado la sepultura de la democracia.

6. Opinión Pública y Educación

Quedaría incompleta esta introducción, si es que no hiciéramos referencia a las relaciones entre Opinión Pública y Educación. Para nuestros países hispanoamericanos, el problema se plantea en términos críticos, debido a que contamos con masas gigantescas de analfabetos. El problema no está en el alfabetismo en sí. En la historia han existido naciones muy poderosas con masas de iliteratos. El problema está en la relación que el analfabeto tiene con el sistema social vigente. Hasta hace poco en Ecuador, legalmente, ser analfabeto significaba no existir, ya que se le negaba los derechos de ciudadanía. Hoy, puede el analfabeto conseguir su cédula de ciudadano, pero con mucha dificultad. El Estado no dispone todavía de equipo, personal y presupuesto suficiente para ceder a todos. Es un resabio de la resistencia que opone el grupo dominante para recibir como socios y partícipes a estos ciudadanos marginados.

Sin embargo, no solo se trata del analfabetismo de las letras. Hay otro más serio y que no se menciona. El analfabetismo de las comunicaciones en general. El pueblo no tiene acceso a los medios masivos de comunicación y por tanto no puede hacer escuchar su voz. Tenemos un caso trágico último. Nadie en el país conocía que habían desaparecido más de cincuenta niñas de hogares humildes. No son noticias de las que se ocupa la TV o la prensa y por tanto tampoco la policía. Solo de casualidad se llegó a capturar al “monstruo” que las violaba, las asesinaba y de inmediato les sepultaba sin dejar rastro. Sin embargo, si un solo niño de las clases altas desaparece o es secuestrado, de inmediato se moviliza toda la fuerza pública e incluso se puede producir un problema político muy serio, ya que el gobierno tiene que demostrar ante “la opinión” que en realidad cuenta con una fuerza policial efectiva. En el fondo del problema está la justificación ideológica: no cuenta la opinión de los analfabetos, porque estos no están educados y por tanto, mal pueden dar su “opinión” sobre la marcha de la sociedad. Casualmente, quienes están “educados” son aquellos que manejan y tienen acceso a los medios de producción industrial, agrícola y los medios de producción cultural. Esta negación de la “educación” y cultura populares significan una seria negación de las opiniones de la mayoría, dado que la mayoría sufre esta marginación. Supuesto todo lo dicho anteriormente, es fácil concluir por qué las “democracias” latinoamericanas son frágiles, deleznales y no encuentran un “camino de estabilidad” que no sea el de la imposición dictatorial por la fuerza.

Desconocemos sociedades humanas que no tengan alguna forma de educación. En virtud de la educación las sociedades comprenden su ambiente y lo transforman para que sirva a sus necesidades. El hecho de que hay educación donde hay sociedades humanas nos enseña varias cosas. Primero, los hombres, en cuanto miembros de su sociedad, no nacen, sino que se hacen. Es mediante la educación que participan en la sociedad. En segundo lugar, los hombres se vuelven cultos porque se están educando. No hay, pues, sociedad sin educación, ni hay incultos tampoco. Además,

las sociedades son diferentes y, por esta razón, se distinguen sus sistemas de educación. Es de suma importancia reconocer las diferencias porque al no tomarlas en cuenta la educación de una sociedad determinada, digamos la nuestra u occidental, se identifica con la educación como si fuera la única posible y todas las demás se consideran incultas, no civilizadas, bárbaras, salvajes, etc. Esta clase de identificación tiene una larga historia. Señala, de hecho, no sólo una miopía, un provincialismo frente a lo ajeno y extraño, sino que produce consecuencias más graves. Si los ajenos se consideran incultos y resisten aceptar nuestra cultura, hay que civilizar y salvarlos a fuerza. Esta cultura de imposición o imposición de nuestra cultura les ha costado la vida a millones de hombres o los ha reducido a la esclavitud, la servidumbre, el desprecio y la ciudadanía de segunda categoría.

Con esto hemos señalado nuestras premisas fundamentales. Hay sociedades distintas. Cada una de ellas tiene su sistema de educación y, por lo tanto, su cultura. El hombre, en cuanto ser social, es producto de su sociedad que lo educa y lo hace culto; y, en cuanto participante en la vida social, es creador de la cultura, educación y del orden social. La comunicación con sociedades distintas requiere, ante todo, el reconocimiento de que cada una de ellas tiene su cultura propia.

Ahora bien, por educación entendemos, sobre todo, que los hombres participan, activa y constructivamente, en la vida social al crear su cultura. La educación, pues, no sólo es algo preparatorio para lo que viene y se considera la vida real, sino que en el mismo proceso educacional ya se está participando en la sociedad. Las distintas formas de educación reflejan estructuras sociales diferentes, sean, por ejemplo, de participación o de imposición. Difícilmente habrá sistemas de educación que requieran obediencia incondicional a los educadores en sociedades cuya población participe activamente en las decisiones políticas, económicas y otras de su nación. Se puede afirmar, pues, que el grado de cultura de una sociedad depende del grado de participación en la vida social por

las mayorías populares. Cuanto más participación, tanto más cultura. La razón es que la educación es capaz de hacer a los hombres creadores que forjan su estructura social. En una cultura menos desarrollada unos pocos mandan y las mayorías sólo ejecutan los dictados que vienen desde arriba. El grado de cultura tampoco depende de la cantidad de las maquinitas y objetos disponibles, por ejemplo, del número de automóviles, teléfonos y televisores por cada mil habitantes. Estos indicadores, por importantes que sean, señalan el nivel de consumo pero no de cultura. Cuanto más consumo, tanto más pasivo se hace el hombre. Se convierte más y más en un mero recipiente. El hombre culto, en cambio, es creador, activo y transformador. Por lo tanto, hay sociedades de mucha cultura y bajo consumo y viceversa.

La cultura, por ser creadora, se enlaza, íntimamente, con el trabajo en el cual el hombre se despliega activamente. Por ejemplo, el que sabe labrar la tierra es el hombre culto por excelencia porque la cultiva. El labrador transforma la naturaleza para hacerla servir a las necesidades sociales. La naturaleza, así transformada, es cultura, esto es, naturaleza humanizada o sellada por el trabajo creador del hombre. Este trabajo es, al mismo tiempo, liberador porque hace al hombre independiente de la arbitrariedad de la naturaleza que, sin la transformación por el hombre, no ofrece más que frutos fortuitos para que se recolecten. Finalmente, el trabajo agrícola no viola la naturaleza porque el labrador la hace producir según las leyes de la tierra misma. El ejemplo de la agricultura, en cuanto trabajo de cultura, prescinde del problema agrario actual que tergiversa tanto el trabajo creador del labrador como la cultura.

Ni la educación ni la cultura dependen de escuelas que, hoy día, han acaparado tanto la uno como la otra. Por este monopolio se habla actualmente de la falta de educación y cultura para las clases populares. La cultura y el trabajo, en un principio, no se contradecían como se piensa en la actualidad al lamentar sobre las masas trabajadoras sin recursos educacionales. Todo lo contrario, el

trabajo era medio educacional lo mismo que manifestación cultural. Hoy día se ha producido el fenómeno extraño hasta contradictorio. Se considera inculto a aquel que trabaja y transforma la naturaleza para hacerla servir a las necesidades humanas. Por otra parte, se considera culto aquel quien manda, y por mandar, se aleja de la transformación creadora de la naturaleza. Necesita al obrero, la maquinaria y la computadora para transformar y humanizar la naturaleza. Sin estos intermediarios no puede hacer nada. Lo único que sabe es mandar. Esta es su cultura. Es raquítica y de dependencia o, como alguien dijo, es la cultura de idiotas especializados. Más allá de su pequeño campo de especialización no saben nada de nada y, a menudo, ni les interesa. Al otro lado encontramos las masas trabajadoras que, de hecho, transforman la naturaleza y así crean cultura. Se les ha inyectado la creencia que no saben y, por ello, necesitan de jefes que les manden y dicten qué hacer. Se les priva la oportunidad de cobrar conciencia de su situación que les mantiene sujetas.

La monopolización de la educación por las escuelas es, sobre todo, una herencia europea e indica una particular división del trabajo. Algunos se dedican al estudio y los demás siguen trabajando. El trabajo de las mayorías crea un producto de excedente que permite a algunos pocos que lleven una vida de estudio, esto es, de ocio. Es revelador que la palabra "escuela" se deriva de una palabra griega que significa "ocio". Los resultados de esta división del trabajo son obvios. La calificación de ser culto se concede sólo a aquellos que han pasado años y años en escuelas, instituciones consideradas únicas para proporcionar educación. Los supuestos cultos o educados representan, efectivamente, una minoría. Por ejemplo, hay un millón de estudiantes en el Ecuador desde la preescolar hasta, inclusive, la universidad. Quiere decir, de una población escolar de, aproximadamente, tres millones de ecuatorianos una tercera parte recibe lo que llaman educación y cultura. La educación heredada y vigente hasta la fecha refleja, pues, la división de la sociedad. Por un lado, están los que saben y, por el otro, los

ignorantes. Los que saben mandan. A los ignorantes les toca el papel de obedecer. Los que saben y mandan tienen los puestos lucrativos. Los ignorantes hacen los trabajos duros y pesados que apenas les alcanzan para subsistir.

Además, la educación proporcionada por las escuelas adoptó y sigue adoptando modelos extranjeros. Las humanidades, las leyes, la tecnología y las ciencias copian moldes desarrollados en el extranjero y correspondientes a necesidades extranjeras. Por lo tanto, la división social reflejada en el sistema educacional implica también un prejuicio de discriminación. Todo lo importado se considera superior. Lo del país, lo propio, lo que es latinoamericano e indígena se considera inferior hasta tal grado que se desconoce. Se piensa que ni vale la pena conocerlo. El razonamiento es que si Europa y Estados Unidos han progresado tanto y Latinoamérica es tan subdesarrollada, el camino único es el de copiar los países avanzados para alcanzar el mismo nivel de progreso. Por esta razón, hay que olvidarse de lo propio y de lo indígena como si fueran frenos del progreso. Este olvido significa la represión de todo y todos los que representan ese supuesto freno. La represión se disfraza por la obra “civilizadora”, sobre todo, del mundo indígena.

Este argumento no es pura teoría, sino que expresa la realidad latinoamericana donde las mayorías populares no tienen voz ni participación creadora en el concierto de sus sociedades.

Esta manera de pensar no se da cuenta de que la marginalización de las masas populares, uno de los indicadores del subdesarrollo, es un producto de la conquista y de toda la historia desde aquel entonces. El subdesarrollo de América Latina no es retraso con respecto a Europa y Estados Unidos, sino que es, justamente, el fruto de convertir Latinoamérica en dependencia de las metrópolis occidentales que, sucesivamente, nos han dominado y siguen dominándonos. Se dan las mismas relaciones. Dentro de los países, los pocos viven del excedente producido por las masas cuyos

ingresos raquíticos las endeudan perpetuamente. Los países ricos viven de los excedentes de los pobres siempre deudores porque las divisas nunca alcanzan para comprar, reparar y reemplazar la maquinaria que permitiera un desarrollo propio.

Por consiguiente, no habrá progreso, ni educación y cultura propias hasta que se rompa la dependencia material y mental y se rechace la imitación de lo extranjero; esto es, hablando positivamente, hasta que Latinoamérica encuentre lo propio, examine lo indígena y se enorgullezca de lo suyo.

Este planteamiento nos ha conducido a la necesidad de una educación nueva. Significa reconocer el mundo indígena y popular. En primer lugar, se exige superar el bloqueo mental que rehusa aceptar al indígena como creador de cultura. Los indígenas y las clases populares son partes integrales y mayoritarias de la población ecuatoriana que no tienen voz y participación en determinar el destino de la soledad. La educación y cultura nuevas que se necesitan significan, en última instancia, la latinoamericanización de la cultura y educación. Hay que salir de los “dos mundos superpuestos” (15) que, sin embargo, se enlazan por relaciones de dependencia y dominación. El reto implica una simbiosis social en la cual las clases populares, sobre todo indígenas, se reconozcan, se respeten y puedan participar de lleno en la vida. Hay que quitarse el trauma de que todo lo extranjero sea mejor. Acordémonos de que el grado de cultura de una sociedad no depende de la cantidad de consumo, sino de la cantidad de las personas que participen, activamente y con facultades de decisión, en la vida social, económica, política y cultural de su sociedad.

La nueva educación significa no sólo el rechazo de moldes foráneos y de imposición, sino la creación de nuestros propios caminos. La educación tradicional y vigente se distingue de la nueva por la relación con lo propio. La primera lo rechaza o lo quiere “civilizar”. La segunda lo ama, lo busca, lo descubre, lo fortalece

y lo crea. Evidentemente, lo que se busca trasciende el marco estrecho de una reforma del sistema escolar y afecta, en último análisis, la estructura social. La razón es que la educación vigente se relaciona íntimamente con la sociedad actual; de hecho, vive de ella, la refleja y la refuerza. El enfoque educacional, pues, es sólo una parte, por importante que sea, de la obra liberadora que abarca toda la sociedad.

Una verdadera educación tiene que ser liberadora. Es preciso aclarar los significados de liberación y educación liberadora, sobre todo, con referencia al caso concreto de nuestra sociedad. Sobre esta base nos capacitamos para obtener una comprensión, cualitativamente distinta. Así podremos reflexionar sobre sus implicaciones en la opinión pública. ¿Qué se enseña? ¿Qué relación tiene lo enseñado con la realidad nacional, con la realidad misma? ¿Qué clase de representaciones existen en la mente de los maestros y por tanto qué representaciones están interiorizando los alumnos?. Si estamos hablando de liberación necesariamente estamos refiriéndonos a opresores y oprimidos. Nos referimos además a una liberación colectiva. Nadie libera a solas, no es un asunto individual. Todo trabajo liberador, en última instancia, tiene que enfocar la colectividad. No es cuestión de abrir la puerta a algunos, sino que hay que romper la condición que hace posible la esclavitud. No hay soluciones medias. La liberación por ser colectiva requiere que el pueblo, desorganizado por la esclavitud, se constituya a sí mismo. La liberación será el acto colectivo por el cual el pueblo se constituye a través de un conflicto con los esclavistas de los cuales tiene que apartarse necesariamente. Por tanto es un proceso de rompimiento cada vez más agudizado y tal vez doloroso porque implica un rompimiento con la propia conciencia que ha interiorizado y ha aceptado la opresión.

El opresor no reside sólo en el gobierno represivo y sus aliados. No está solamente afuera, sino que se ha interiorizado en la mente y el corazón del pueblo mismo. Muchos se han vuelto esclavos por consentimiento. Prefieren la esclavitud a la libertad. He a-

quí una de las armas formidables de todos los opresores. A un pueblo esclavizado, colonizado y oprimido por consentimiento se le pueden conceder hasta elecciones porque los opresores saben que los oprimidos los van a reeligir. Las elecciones no son indicador de la voluntad del pueblo hasta que el mismo pueblo eche fuera al opresor interiorizado. Por la misma razón la liberación no es algo que se asimile o reciba pasivamente. Hay que conquistarla consciente y activamente. No se le puede enseñar a nadie como si fuera el abecedario. Tampoco se obsequia. Limosnas producen limosneros. La liberación no es dádiva ni concesión, sino que hay que tomarla.

Por lo tanto, la liberación requiere una educación tal que enfoca nuestra situación social y la hace objeto de reflexión y problema que hay que resolver prácticamente. En este proceso educacional debemos darnos cuenta de que nuestra situación no es nada dado de un modo inmutable, sino que se ha producido históricamente y, por lo consiguiente, se puede cambiar. Ser esclavo y subsistir en posición inferior no son condiciones innatas, tampoco el amo ha nacido como ser superior. En la educación liberadora el pueblo tiene que aprender que su esclavitud es hechura de sus opresores. Tiene que aprender quiénes son sus opresores, es decir, con quiénes hay que enfrentarse porque de ellos dependen las condiciones de posibilidad de la esclavitud. Para cambiar la situación no basta la lucha contra los capataces, por crueles que sean, porque son meros instrumentos dependientes de los opresores y se reemplazan con facilidad. En este proceso de educación la esclavitud pone a maestros y alumnos en la misma situación. Ya no hay maestros que dictan y alumnos que reciben la enseñanza como borregos. Para ambos el opresor, sea externo o interiorizado, es el problema que tienen que resolver. Estas relaciones nuevas en el proceso educacional influye en todas las materias que se estudian. No se enfocan ya desde el punto de vista del opresor sino del pueblo oprimido.

Por ejemplo, no sirve aprender la geografía del Ecuador a menos que se aprenda de quién es la tierra, quién la trabaja y quién se beneficia del trabajo. No sirve memorizar las leyes sin saber quien las hizo y en favor de quién se aplican. No sirve conocer los nombres de los presidentes y sus supuestos hechos. Ningún presidente construyó ningún puente, carretera o ferrocarril. Han sido las masas trabajadoras sin las cuales no hay presidentes ni obras reales. No basta saber cuáles son las ciudades y las capitales. Hay que saber quiénes residen en las ciudades y de qué viven, es decir del excedente del trabajo y de la producción de las masas esclavizadas y oprimidas. Sí, hay que familiarizarse con geografía, historia, leyes, cívica, arte y el resto de volúmenes de la enciclopedia, pero desde el punto de vista del pueblo.

La educación liberadora se distingue cualitativamente de otras formas de educación por resolver problemas que afectan la vida integral de la sociedad. No se trata de problemas teóricos, sino prácticos para cuya solución la misma praxis es decisiva.

La esclavitud se puede analizar hasta la muerte por los que la meditan y por los que la sufren. Se puede investigar sus causas reales y supuestas. Estos estudios son necesarios pero no sirven hasta que se encuentren caminos que se pongan en práctica para destruir la esclavitud y conquistar la liberación. La educación liberadora, pues es inseparable de la práctica liberadora. La liberación, en última instancia, o bien se vive o bien no la hay.

Junto a la acción está el arte como celebración, como “fiesta de las balas”, citando nuevamente a Octavio Paz. El arte y la alegría nacen de la colectividad. Son expresión de la liberación puesta en práctica. El arte popular no es folklore exótico para divertir a los turistas y llenar los libros de los antropólogos. La lucha y la educación liberadoras producen la creación artística que subraya la dimensión humana de la liberación. En el arte la liberación descubre su aspecto espiritual. No se lucha por el pan, ni sólo contra los opresores de toda clase, sino que se lucha a fin de que los oprimi-

dos puedan dar libre expresión a su creatividad artística y espiritual, esto es, a su humanidad. El arte ya no es el campo reducido de unos pocos especialistas superdotados que conozcan las reglas del juego y reduzcan al pueblo a una masa pasiva de consumidores o repetidores ignorantes. El arte liberado vive de la participación del pueblo que demuestra su capacidad de crear cultura y de despreciar el mimetismo de moldes artísticos de imposición.

En este contexto debemos subrayar un rasgo distintivo del arte. No se desliga de la política ni de la sociedad en general, sino que surgen en el momento de la derrota del opresor. Se vincula con el acto político que se refleja en la creación artística. El arte, pues no es autónomo. Consciente o inconscientemente apoya y participa en la relaciones sociales, sean de opresión o de liberación. Hoy día, el arte, en cuanto y porque se restringe a las élites dominantes, se ha vuelto herramienta auxiliar de opresión para mantener al pueblo en su sitio. El pueblo se degrada al nivel de mero consumidor pasivo. Cuando mucho se le concede producir folklore, considerado inferior a la creación de "genios creadores de obras de arte".

Puede ser que para los gustos refinados de los opresores el arte popular no les produzca el mismo deleite que el arte producido por los artistas especializados. Más hay que ver que la liberación no solo crea una ética nueva, sino también un arte nuevo. Ambos nacen de relaciones sociales transformadas que forjan sus reglas propias y reflejan la participación activa de los liberados.

Finalmente, la educación del educador lo mismo que la del pueblo es un proceso extendido. Como toda transformación profunda cuanto más revolucionaria tanto menos inmediata es. En virtud de que el opresor reside también en nuestra mente, el proceso liberador continuará una vez rotos los vínculos de la esclavitud externa.

Continuarán las murmuraciones. A semejanza del viejo Israel del desierto, muchos querrán volver a la vida segura de Egipto, por precaria que haya sido, porque hubo la seguridad del amo. La liberación desconoce a amos y exige la conquista de la libertad colectiva cuya seguridad viene de hermanos y compañeros. Por lo tanto, la liberación no se da de una vez para siempre ni es un proceso irreversible, sino que requiere estar alerta para ahuyentar a los opresores, sean antiguos o nuevos, externos o internos.

La liberación no cunde como relámpago. Es una marcha de muchas lenguas. Cruza páramos y barrancas. No hemos llegado a la tierra prometida aún. Los opresores siguen en sus tronos. Por impacientes que seamos, hay que dar paso por paso.

Hay dos clases de opresores, distintos pero no separados: los externos y los interiorizados. Nos oprimen porque no nos dejan afirmarnos a fin de que seamos nosotros mismos y nos despleguemos como creadores de nuestra historia, de nuestra vida social propia. Los primeros pasos, pues, de la educación liberadora consisten en la insistencia en lo propio. El camino hacia lo propio se aclara por tres aspectos. Hay que apreciar lo propio y ya no adorar lo extranjero. Hay que descubrir lo propio escondido bajo fachadas de imposición. Hay que crear lo propio porque los opresores han paralizado la creatividad. Apreciar, descubrir y crear lo propio son distintos aspectos de un solo proceso que tiene que iniciarse y que continuará en tanto que la liberación se ensanche. Los distintos aspectos no se aíslan el uno del otro. El aprecio de lo propio en lugar del mimetismo extranjerizante es un acto creador y descubridor a la vez.

Al afirmar, por ejemplo, que los morenos son hermosos se derrumba un ideal de belleza importado y se crea un valor estético descubierto en la sociedad propia. El acto es liberador de opresores externos e interiorizados. Se rechaza el imperialismo cultural de siglos que en el arte y los medios de comunicación en masa somete al pueblo a aspiraciones estéticas extranjerizantes: los blan-

cos son superiores por ser más bellos. El ejemplo escogido no es gratuito. En las pinturas de la colonia y de la independencia casi hasta hoy día, según se exhiben en los museos, los indígenas y morenos no aparecen a no ser de vez en cuando en posiciones subordinadas y marginales de campesinos y sirvientes. Las pocas excepciones podemos descontarlas. Los artistas escogen con preferencia a blancos que representan personajes de importancia. Se refleja, pues, la imposición de valores estéticos desde fuera y su interiorización por artistas y agencias de publicidad. El efecto en el pueblo es obvio y se evidencia en el caso de maestras de primaria rurales que usan parasoles. ¡Cuanto más blancas tanto más bellas! Uno ha de avergonzarse de ser moreno a pesar de que la tez morena representa lo propio de la mayoría de la población. El efecto “educador” sobre los educandos se deduce fácilmente y subraya que la educación no se restringe a lo que se dice en el salón de clase. El rechazo, en cambio, de patrones estéticos extranjeros y, a la vez, opresores, enorgullece a un pueblo cuya población mayoritaria es morena. El orgullo en lo propio nos libera del lavado de cerebro de someternos humildemente a ideales importados e interiorizados. Se necesita mucho orgullo para echar fuera la falsa humildad que adula a los extranjeros y lo importado.

Es evidente que las luchas contra los opresores externos e interiorizados no se pueden separar. Lo externo y lo interno lo mismo que lo objetivo y subjetivo no se dan sino el uno con el otro. Tienen, sin embargo, enfoques distintos. La lucha contra el opresor interiorizado se realiza, sobre todo, en el comportamiento de educadores y educandos ante lo propio y en las relaciones entre maestros y alumnos. Por ejemplo, la maestra con parasol representa, sin duda, una actitud enajenada e interiorizada frente a lo propio. La lucha contra el opresor externo, en cambio, se ocupa de aquello que se relaciona con las materias de nuestros planes de estudio y con la sociedad o el mundo que nos rodea. Esto es, el contenido que se nos presenta en calidad de problema para investigar, estudiar y resolverlo. Por lo tanto, ya en los primeros pasos que damos en el camino hacia lo propio tenemos que aplicar nuestra

mirada crítica y reflexiva a nosotros mismos y a nuestro ambiente que nos sirve de materia de aprendizaje.

La lucha por lo propio no se matiza sólo por los opresores externos e interiorizados. Lo propio tiene varios niveles porque está perdiéndose en varios niveles. Los blancos y criollos de clase media para arriba, sobre todo en las ciudades, adoran y copian el "American way of life". Todo lo que es "del país" se considera inferior. Las clases populares imitan y aspiran, a menudo, a costumbres y valores de los criollos y desprecian lo suyo. Aquellos, finalmente, que resisten ese mimetismo se consideran por sus iguales y dizque superiores como si fueran testarudos, trasnochados y retrógrados por no querer "modernizarse". Debemos darnos cuenta de que la modernización según se practica no es otra cosa que la negación y represión de lo propio y la integración en la vida del imperio en nivel de sobrinos siempre pobres y sin dignidad. Es un proceso que sólo intensifica la dependencia.

Por ejemplo, economistas han calculado que Colombia al desarrollarse "a una tasa anual del 4 por ciento al 4.5 por ciento de incremento de producto interno bruto, que es bastante alta para largos períodos de tiempo, . . . necesitaría . . . nada menos que 358 años" para llegar a la renta anual por persona de Estados Unidos en 1965. Durante el mismo período de 12 generaciones para llegar, más o menos, al año 2230, Estados Unidos se hubiera desarrollado mucho más y la brecha no se reduciría, sino que se ensancharía. Ya que la renta por persona en el Ecuador es menor que la colombiana el período de "desarrollo modernizador" se extendería aún. (16) Estos cálculos, por ridículos que sean, porque predeterminan el futuro de una manera mecánica, tiene el valor de demostrar la retórica vacía de los defensores de la modernización copiada de Europa y Estados Unidos.

La insistencia en lo propio, pues, no es, de modo alguno, asunto anacrónico. Afecta todas las clases y razas del país aunque en maneras distintas. Si se quiere llegar a cierta autonomía dentro del

concierto internacional, no hay que mirar hacia el coloso del norte sino a nuestros alrededores. El 70 por ciento hasta el 80 por ciento de la población rural de la Sierra es indígena. (17) La población de Oriente es indígena casi en su totalidad con la diferencia de que, por razones geográficas, pudo conservarse con más facilidad. La explotación del petróleo y otros negocios peligran a los indígenas de Oriente y comienzan a domesticarlos, “civilizarlos” y privarlos de las tierras como se hizo en la Sierra.

El descubrimiento de lo propio confronta el país con una alternativa decisiva: O bien el país se enajena, si quieren, se somete, voluntariamente, a la colonización, o bien se enorgullece de lo propio, es decir, conquista la ecuatorianidad auténtica. Las relaciones con los indígenas representan una piedra de toque para el país. No nos parece demasiado afirmar que lo propio no se aceptará ni se apreciará en nivel alguno hasta que educadores y educandos se enorgullezcan de la presencia y herencia indígenas. No nos referimos a un adorno folclórico sino a una riqueza social y no reducible a dólares ni mercancías. Quien tenga vergüenza de alpargatas, de trenzas y de la tez morena no encontrará lo propio ni apreciará lo comunitario, arraigado en la sociedad indígena y tan distinto del cooperativismo importado y todavía glorificado a pesar de todos sus fracasos. (18) Tampoco apreciará el valor de la resistencia ejemplar y por siglos de los indígenas en defender con lealtad lo propio. La resistencia de los indígenas a cambio se interpreta, por lo general, como apatía y aversión contra toda clase de cambio. Es una conclusión falsa. Su resistencia señala una conciencia clara de que aquello que conviene a los explotadores jamás convino a los explotados. La resistencia, pues, se manifiesta de arma eficaz y flexible contra la manipulación. Cuatro siglos de opresión enseñaban, a fuerza, a los indígenas a cambiar su resistencia según los métodos variantes de la represión. Su resistencia no es síntoma de pasividad sino de la capacidad de afirmarse para poder sobrevivir. En última instancia, es un recurso importante para que el pueblo se libere.

Las investigaciones de lo propio, tanto teóricas como prácticas, no se han hecho o están en pañales. Los libros de textos usados nos enseñan que la ciencias se copian de Estados Unidos. A veces, la ceguera del mimetismo no conoce límites. Alumnos y maestros tienen que enfrentarse con capítulos enteros que traducen medidas lineares anglosajonas al sistema decimal a pesar de que éste se emplea en Latinoamérica. Las humanidades se alimentan, en gran parte, de la tradición europea. A los maestros se les imparte una educación citadina, más cercana e imitadora de los centros extranjeros a pesar de que la mayoría de la población ecuatoriana vive en el campo. Por lo tanto, el descubrimiento de lo propio es acto creador y actitud innovadora de producir ciencias, artes y tecnologías que correspondan al trópico, a la abundancia de la mano de obra, a las necesidades, capacidades y recursos propios. La investigación requerida se puede sintetizar en pocas palabras: Ir al pueblo y aprender del pueblo. El pueblo o las clases populares representan alrededor del 80 por ciento de la población a diferencia de la clase media representada por el 17 por ciento y la clase alta por algo más del 2 por ciento de la población. (19).

Ir al pueblo y aprender del pueblo implica una serie de condiciones:

- 1.- Ante todo se exige de nosotros que nos concebimos a nosotros mismos como maestros o conocedores que nos deshagamos de nuestra autoconcepción. No vamos para enseñar ni adoc-trinar a nadie. Vamos para aprender. Este fin requiere que obten-gamos el conocimiento de cómo dialogar y realizar discusiones. Es una tarea mucho más difícil que preparar y dar una conferencia. No basta luchar sólo con la materia, sino que hay que aprender a solicitar la colaboración de todos los educandos que incluyen al e-ducador. Todos juntos nos enfrentamos con problemas que repre-sentan nuestra materia y que requieren que los resolvamos en co-mún. Es en este proceso de intercambio de ideas que aprendemos y que cada uno de los participantes se afirma activamente porque contribuye y recibe.

2.- No se aprende lo propio al proyectar hasta imponer necesidades sobre el pueblo, por importante que se nos parezcan, porque el pueblo no las siente. Por ejemplo, cepillar los dientes nos puede parecer muy importante. Difícilmente representa una prioridad de necesidades populares. Las necesidades impuestas sólo reflejan el complejo de superioridad de la cultura occidental en la mente de aquellos que las imponen. Si no nos deshacemos de ese complejo no descubriremos lo propio, ni apreciamos al pueblo y tampoco creamos una cultura propia correspondiente a nuestra sociedad. Servimos, en cambio, como herramientas dóciles que reducen al pueblo a la servidumbre.

3.- No se puede aprender durante un breve viaje, casi turístico, en el cual el viajero sigue siendo un intruso. Porque existe una muralla de sospechas, justificadas por siglos de mala experiencia, frente a los intrusos que vienen de instituciones de autoridad con malas o buenas intenciones. Por lo tanto, se requiere la inserción en la vida del pueblo. Maestros rurales, por ejemplo, que regresan a sus casas urbanas todos los días, fines de semana y vacaciones, con dificultad participan de manera alguna en la vida del pueblo.

4.- Tampoco se aprende por llevar a cabo algunas encuestas cuyas preguntas se han elaborado por mentes urbanizadas y ajenas a la vida popular. El resultado de esa clase de encuestas enseña más sobre los que las hicieran que sobre los cuestionados. Encuestas si sirven si se elaboran desde el punto de vista del pueblo o por el pueblo mismo que conoce sus problemas. Es obvio que esta clase de encuestas no se pueda hacer sino en un período posterior al primer contacto con el pueblo.

5.- No se puede aprender si no nos podemos comunicar con el pueblo. El quichua se vuelve más importante que el inglés (o el castellano de la Academia). Nos abre puertas o puestos lucrativos como el inglés, idioma del imperio, pero sí nos da la oportunidad de aprender de aquellos cuyo idioma casi nadie quiere apren-

der ya. Muchos lo quieren oprimir o ignorar. Otros condicionantes de comunicación se agregan en el mismo proceso de aprendizaje o con anterioridad aún.

6.- No se puede aprender si somos impacientes. El pueblo ha sido paciente con maestros e instituciones de autoridad por siglos y no tiene prisa en aceptarnos y enseñarnos.

7.- No se puede aprender si nos mantenemos alejados de la vida práctica del pueblo, sobre todo, en el campo rural. Porque el verdadero conocimiento lo mismo que la liberación se verifican por la práctica. En ésta y en el trabajo en general, el pueblo, de hecho, sabe mucho más que nosotros y no sufre el bloqueo mental de que el trabajo manual sea denigrante. Aquí el pueblo se representa como maestro nuestro de una manera inmediata sí, en verdad, queremos aprender. Además, el conocimiento que nace de la práctica concreta del pueblo corresponde a nuestras necesidades sociales y tropicales y no impone ciencias desarrolladas en otras latitudes. Las ciencias naturales, en particular, están sufriendo esta tergiversación por no partir de la naturaleza específica de nuestra tierra. Por ejemplo, el conocimiento médico del pueblo se desprecia al considerarlo puro empirismo. No se toma en cuenta ni se estudia en serio la rica experiencia que el pueblo ha adquirido. Se tiene más confianza en pastillas cuya composición el consumidor la desconoce también. Prefiere la fé ciega en el especialista entrenado por la medicina occidental. En el campo no hay médicos y los que van por su año de servicio rural llegan con preparación inadecuada y se quejan de la falta de instrumentos, etc. Esto es, la medicina no se puede practicar a menos que tenga todas las maquinatas, pildoritas y otras cositas inventadas en Occidente. Así la medicina, sea curativa o preventiva, se le priva al pueblo por no conectar la **experiencia práctica asequible con la investigación y el conocimiento**. No se aprende del pueblo, pues, sino que se lo desprecia. La alternativa de una ciencia nacida en la experiencia y

realidad de nuestra sociedad no pretende ser exclusiva de las ciencias desarrolladas en occidente. Se busca, en cambio, una posición equilibrada que meta a lo extranjero en su sitio y corresponda a experiencias, necesidades y recursos nacionales.

8.- En nuestro camino al pueblo debemos saber con claridad a quiénes servimos en nuestro trabajo. Educadores y estudiosos del pueblo, inconscientes de esta relación de servicio, no valen porque, en última instancia, representan a espías de las agencias, autoridades y clases que han explotado al pueblo por generaciones. Moisés tuvo la obligación de no sólo regresar a Egipto, sino de insertarse en su pueblo, despertarlo y cortar los lazos con la corte del Faraón. “Nadie puede servir a dos señores”. No hay posición intermedia o neutral de sólo informarse sin comprometerse. Se han hecho estudios que aparentan neutralidad, llamada objetividad. Sus autores no se han dado cuenta de que, de hecho, sirven a los explotadores para que éstos manipulen a los explotados con más tino. Si queremos servir al pueblo nuestros estudios y trabajo han de ser tales que sean útiles al pueblo para que cobre conciencia de sí mismo y de su situación real para que cree su historia propia. El aprendizaje buscado, pues, va más allá de sólo informarnos sobre la realidad popular. Nos informamos para servir al pueblo así como, hasta la fecha, se nos ha informado para servir al no-pueblo. Por lo tanto, urge aclarar: ¿A quiénes servimos? ¿Al servicio de quiénes ponemos nuestros conocimientos?.

9.- No se puede aprender desconociendo la historia del pueblo.

No hay duda de que en todos los colegios se enseña la historia pero se representa en forma remota del pueblo. Se ha vuelto materia insípida que poco interesa a alumnos y maestros a no ser que el maestro tenga la capacidad de contar cuentos y, de este modo, fascina a sus alumnos y así mismo. Es una capacidad seductora porque engaña a maestros y alumnos. Esconde la falta de comprensión auténtica de la historia en cuanto nuestra historia propia. Se vuelve un mito que nos cautiva porque no nos hace vernos a nosotros mismos como parte integral de nuestros antepasados y con-

temporáneos, esto es, como objetos de manipulación y explotación, sean por poderes nacionales o extranjeros. La historia propia no es obra de presidentes, virreyes, jerarcas y otros personajes “distinguidos”, sino del pueblo oprimido. Los supuestos grandes nos interesan porque nos muestran la tradición de la explotación. El estudio de la historia propia se realiza por una revisión crítica de la versión oficial. Otra fuente importante se da en la recolección de la historia oral conservada por ancianos y otros, metidos en la tradición popular. La historia propia comienza en el nivel local para extenderse a los niveles regional, nacional e internacional. Nos enseñará la capacidad creadora del pueblo, no sólo en recordar su historia sino en hacerla en luchas populares, por reprimidas que fueran.

10.- No se puede enseñar si no cuestionamos la escala de valores morales que se nos han inculcado, sean cristianos o de otra procedencia. Seguramente son occidentales y, en la mayoría de los casos, burgueses o de la clase media. Al ir al pueblo y aprender del pueblo entramos en un mundo cuyos valores, en gran parte, se han formado como producto de la occidentalización pero en el lado de los colonizados u oprimidos. Los valores que se nos enseñaron a nosotros, en cambio, pertenecen al lado de los colonizadores que los consideran universales sin darse cuenta de su hipocresía. Por ejemplo, ¿qué significa el valor intocable de la propiedad privada frente al hecho de que, según el último Censo Agropecuario en la provincia de Loja, 5,506 explotaciones agrícolas tienen una superficie total de 3,900 hectáreas (menos de un hectárea por explotación) y 27 explotaciones agrícolas suman la superficie de 136,700 hectáreas? (20) Surge la pregunta: ¿Qué es más injusto, fundar una hacienda o destrozarla?.

Se nos ha enseñado también que la promiscuidad es un vicio. Más las sociedades occidentales han creado colonias internas en los países más desarrollados donde, a la fuerza, no se puede subsistir sin promiscuidad. Por otra parte, los indígenas que desconocen lechos individuales y recámaras separadas tienen un índice inferior

de hijos ilegítimos que la población no indígena. A pesar de este hecho se habla de la promiscuidad de los indígenas y de la necesidad de que vivan en casas estilo occidental. Obviamente los valores occidentales que se predicán e inculcan no corresponden a la realidad social ni se pueden realizar por aquellos que Occidente ha empujado hacia la periferia de sus sociedades.

Si queremos aprender lo propio en su lugar, pues, no podemos ni debemos imponer nuestros valores a menos que perpetuemos la injusticia y la hipocresía de Occidente. Hay que aprender los valores que se han formado en el pueblo y, en una fase posterior, podemos aprender y crear con el pueblo qué valores necesitamos en vía de liberación. Sabemos que existen valores en el pueblo muy superiores a los nuestros, de otra manera no hubiera resistido con tanta lealtad a los esfuerzos de integración en la cultura occidental.

La afirmación de lo propio se obstaculiza no sólo por estos valores clasistas, ni sólo por los valores extranjerizantes de los cuales sobra hablar más, sino que entra un valor en particular. Nos referimos a la obediencia sumisa e incondicional a toda clase de autoridad, sea el gobierno, la iglesia o el maestro. La autoridad se justifica ante sí misma y el pueblo con la santidad de la ley, sea civil o divina. Por lo tanto, se mantiene que la desobediencia a la ley y sus representantes siembra anarquía y desorden, esto es, mina el orden social. Hay que castigar, pues, a los desobedientes porque son subversivos.

Esta defensa del valor de la obediencia a las autoridades y leyes relega al olvido algunas consideraciones fundamentales:

- a) El actual orden social se deriva de la revolución de la independencia. Si la independencia, acto de desobediencia, no se hubiera producido, el país sería una colonia hasta la fecha.

- b) La alabada igualdad de todos ante la ley que exige obediencia incondicional de todos y cada uno no toma en consideración el hecho de que los hombres no son iguales, sobre todo en las sociedades latinoamericanas, caracterizadas por desigualdades económicas extremas. La igualdad ante la ley no significa otra cosa que la prohibición para ricos lo mismo que pobres de robar pan y dormir en la calle. Asimismo el hacendado y el indígena tienen el mismo derecho de hablar y litigar en español. La ley concede a todos sin distinciones, sean latifundistas o arrimados, el derecho de comprar tierras. Igualmente todos tienen el mismo derecho de vender lo que produzcan, sean bananos, su inteligencia o su fuerza de trabajo. Queremos decir, las leyes, defendidas por la autoridad y el orden social vigente, protegen, en última instancia, a los acomodados y no a las masas despojadas. Por lo tanto, no basta conocer las leyes, sino que hay que saber quién las hizo y a favor de quiénes se aplican.
- c) Maestros que exigen obediencia incondicional a leyes y autoridades, por buenas que les parezcan, inculcan la sumisión a condiciones inhumanas y se vuelven servidores de la injusticia.
- d) Por estas razones hay que despertar y profundizar en nosotros, tanto educandos como educadores, la memoria y el conocimiento de aquellos que en nuestra tradición han luchado en defensa de los pobres y en contra de autoridades opresivas. Moisés, la historia de Rumiñahui y de movimientos populares de resistencia y liberación son de suprema importancia educacional.

El cuestionamiento de nuestros valores de toda clase es para muchos un asunto delicado. No nos damos cuenta del origen histórico, extranjerizante y clasista de los valores que se nos enseñaron y que aceptamos como si fueran universales y absolutos. Más si queremos aprender lo propio, descubriremos los valores que nuestra sociedad misma ha producido en el pueblo y fuera de las clases a las cuales pertenecemos. Si no cuestionamos a nuestros va-

lores tampoco hallaremos lo propio, ni participaremos jamás en la liberación.

En fin, en esta lista de lo que no debemos ni podemos hacer para aprender lo propio quisiéramos indicar sólo algunos pasos encaminados hacia la educación liberadora. El campo puede y debe ampliarse mucho más. Tiene aplicación, por ejemplo, en todas las materias que se enseñan en las escuelas según los planes de estudio. Se aplica también a nuestro comportamiento de maestros y estudiantes. Es decir, que las escuelas, en lugar de apoyar y reforzar sistemas de imposición, comienzan a convertirse en diseminadores de lo propio y, de este modo, toman parte en una educación que trasciende las aulas e involucra más y más sectores sociales. El enfoque indicado no depende de iniciativas que vienen de arriba, sino que nosotros mismos debemos iniciar el proceso.

Este proceso parece ser en el momento actual la condición fundamental para que en realidad nuestros pueblos sean capaces de hacer oír su voz. Solamente el momento en que podamos escribir nuestros libros y filmar nuestras películas, solamente cuando el trasfondo del alma hispanoamericana e indígena se trasluzca en las pantallas podremos hablar de la opinión pública nuestra y podremos pensar en vivir en una auténtica democracia.

7. Algunas sugerencias para el estudio

La obra del profesor Rovigatti se perdería en el olvido si el estudioso o el alumno de las ciencias de la comunicación no aplica esos principios a través del ejercicio práctico. En esta sección me permito delinear una selección de tareas escolares que vendrían a reforzar el aprendizaje práctico de los principios y métodos de la ciencia de la opinión pública.

- A.- En primer lugar, un ejercicio de constatación empírica sería muy útil para comprender el alcance en la naturaleza de la o-

pinión pública juicio. Frente a un problema planteado o frente a una solución que las autoridades estatales quieren dar, el estudiante podría hacer una investigación de campo tratando de determinar los distintos juicios, es decir, las distintas opiniones que el público da con respecto al problema. Por ejemplo, frente al problema del transporte público, una institución "X" propone la estatización del servicio. Esta posible solución, estatización del servicio transporte público, va a crear en los distintos sectores de la población diferente tipo de reacción. Esta reacción se va a traducir en un juicio, en un juicio de opinión: estamos o no a favor de esta solución?. O tal vez podría darse una tercera alternativa, es decir, el público rechaza una solución y busca una nueva. Naturalmente que para esto hay que conocer ciertos rudimentos de la investigación científica de campo, pero uniendo estas dos ciencias parece útil el llegar a determinar empíricamente el alcance de una opinión pública juicio.

B.- Para comprender la distinción que hace el autor entre la opinión pública matriz y la opinión pública juicio propondría otro ejercicio al estudiante: el buscar tal vez a modo hipotético o a nivel de elaboración teórica las raíces de opiniones actuales, es decir de opiniones juicio, dentro de una matriz determinada. Por ejemplo: frente a una opinión favorable o contraria a la estatización del transporte público, relacionemos cada una de estas opiniones con otros factores, con otras variables: la variable educación, la variable nivel económico de ingresos familiares, o la variable de orientación política. Tal vez, nos podría dar una correlación semejante, algunas pistas para descubrir características de la opinión pública matriz.

Supongamos que las clases más pobres se declaran favorables a la estatización del transporte público. Supongamos, así mismo a nivel hipotético, que los profesionales -que han recibido por lo tanto un título universitario- se oponen a una estatización del servicio de transporte público, o lo contrario. Estos hechos al comprobarse empíricamente nos estarían dando algunas pistas para descubrir

la característica o las características, el ser mismo de la opinión pública matriz.

C.- La comprobación empírica cuantitativa no es suficiente. Nos ayuda a descubrir una relación, pero esta relación hay que interpretarla. La ciencia no se contenta con describir el fenómeno, la ciencia quiere llegar más allá. Pretende predecir el futuro, anunciar la realización del mismo fenómeno, un fenómeno semejante si se dan las mismas circunstancias. Este esfuerzo de teorización nos va a llevar por lo tanto a descubrir relaciones fundamentales entre la opinión pública matriz y la opinión pública juicio. Por ejemplo, un ejercicio de teorización podría ser, el determinar características culturales determinadas del pueblo para explicar reacciones típicas del mismo, frente a determinado tipo de información o de intervención de una autoridad, o también, frente a la moda internacional, frente a un programa de televisión, frente a una historia cómica.

D.- Para tener un contacto más directo con el público local, algunos tipos de experimentación serían factibles. Naturalmente esta experimentación tiene que hacerse sobre la base del respeto a la dignidad individual y a los derechos humanos. Pero, a modo de ejercicio escolar también, dentro del mismo público universitario, podría medirse el efecto de determinada información; dentro de una clase puede medirse el efecto de un audiovisual; por ejemplo, sobre las actitudes del grupo con respecto a determinada clase social, y a cierto grupo de profesionales. A nivel más práctico, es importante que los alumnos distingan el código, la denotación y connotación que el profesor Rovigatti lo explica ampliamente en algunos de los capítulos. Estas distinciones no son meras finuras académicas, son importantes elementos del vocabulario y de la jerga de la ciencia. Los elementos denotativos de una imagen o de un mensaje, son precisamente los determinantes de la formación de una opinión concreta. En otro tipo de experimentos se puede medir el efecto de determinado lenguaje. Lenguaje que está cargado de denotaciones y connotaciones. Esas connotaciones tienen un

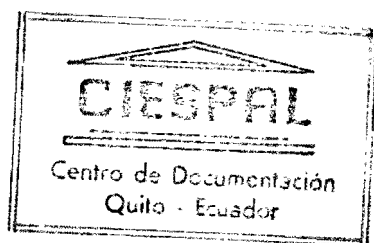
efecto psicológico en la gente. El individuo proyecta su experiencia o la resonancia del vocabulario. Y por lo tanto está produciéndose internamente una actitud con respecto a cualquier problema.

E.- Una vez que el estudiante tenga asegurado estos distintos elementos de la ciencia podría pasar a ser un estudio de un tema más complejo. Por ejemplo el estudio sobre el tema “indigenismo” y los distintos elementos de opinión pública matriz, y opinión pública juicio que están envueltos. Otro tipo de estudio podría ser la interpretación científica y antropológica de un mito ó una leyenda local. Recordemos que si el mito es resultado de esa elaboración popular que representa una serie de aspiraciones, que significa un anuncio del devenir, evidentemente que podemos a través del mito o la leyenda conocer más profundamente la naturaleza de la opinión pública matriz.

Finalmente, para completar todo este cuadro de práctica del aprendizaje de la opinión pública, podríamos hacer una investigación de campo que consistiría ya en un sondeo profesional de opinión de un tema secundario para establecer relaciones con los temas primarios, de acuerdo con la terminología que nos explica el autor, es decir, un tema secundario es ya la opinión actual que se ha generado en el público con respecto a un problema, que está íntimamente ligado a un tema primario. “Indigenismo” podría ser un tema primario, pero supongamos que en un momento dado se produce una masacre de una población indígena; frente a esta masacre de la población indígena, el público va a reaccionar o va a tener distintos tipos de reacción; estudiemos distintos juicios de opinión: ¿cuáles son estas relaciones que hay entre el tema primario y el tema secundario?. ¿cómo reaccionaría una persona o un público que es más bien inclinado a favorecer y robustecer una corriente indigenista frente a este tema secundario?. Así mismo, depende de otros factores como serían los niveles educativos, económico o la orientación política del grupo.

Como se dijo, al iniciar esta sección, esto es simplemente un listado, un repertorio general de experiencias de aprendizaje que podría tener el estudiante a fin de constatar, por primera mano, cómo estos conceptos tal vez abstractos de la ciencia se encuentran dados en la realidad. Recordemos siempre que la praxis, la acción, es un buen catalizador del aprendizaje; más aún en este campo tan delicado de la opinión pública.

Alfonso Davila



REFERENCIAS

- 1.- Octavio Paz, *El laberinto de la Soledad*. Fondo de Cultura Económica, México 1959.
- 2.- Enrique Ayala Mora, *Lucha Política y origen de los partidos en el Ecuador*. Centro de Publicaciones Pontificia Universidad Católica del Ecuador. Quito, 1978.
- 3.- Enrique Dussel, *América Latina y conciencia cristiana*. Instituto Pastoral Latinoamericano, Quito, Ecuador 1970.
- 4.- Agustín Cueva, *Entre la Ira y la Esperanza*, Ediciones Soliterra, Quito, Ecuador 1967.
- 5.- Juan León Mera. *Ojeada Histórico-Crítica sobre la poesía Ecuatoriana*. I Tomo. Editorial Ariel. Quito, 1972.
- 6.- José María Vargas. *Historia de la Cultura Ecuatoriana*. I Tomo. Editorial Ariel, Quito-Guayaquil 1973. Cap. III.
- 7.- José Carlos Mariátegui, *Siete Ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Editorial Amauta. Lima, 1967.
- 8.- Vargas, op, cit.
- 9.- Cueva, op. cit.
- 10.- Fernandio Velasco, "La estructura de la Real Audiencia de Quito, Notas para su análisis", en *Ecuador Pasado y Presente*, Instituto de Investigaciones Económicas. Universidad Central, Editorial Universitaria, Quito, Ecuador, 1975.
- 11.- Gabriel Cevallos García. *Visión Teórica del Ecuador*, Biblioteca Mínima Ecuatoriana, Quito, 1960. Vol. I.
- 12.- Theodor W. Adorno, *Aesthetische Theorie*, "Autonomía y función crítica del Arte en la sociedad moderna". Frankfurt, Suhrkamp, 1970.
- 13.- Agustín Cueva, op. cit.

- 14.- Gabriel García Márquez, *Cien Años de Soledad*, 5a. edición. Buenos Aires, Editorial Sudamericana 1968.
- 15.- Oswaldo Hurtado, *Dos mundos superpuestos, ensayo de diagnóstico de la realidad ecuatoriana*, Quito, Inedes 1969.
- 16.- Darcy Ribeiro, *El dilema de América Latina; estructuras del poder y fuerzas insurgentes*. Siglo XXI, México, 1971. pág. 68.
- 17.- Gonzalo Rubio Orbe, *La población rural Ecuatoriana*. Quito, Talleres Gráficos Nacionales, 1966. pág. 11
- 18.- "La cooperativa: espejismo en el desierto ecuatoriano", *Mensajero*, julio de 1972, Quito. págs. 24 a 28.
- 19.- Fausto Jordán, *El Sector Agropecuario*, Quito: mimeógrafo, 1970.
- 20.- Hugo Guillermo González, "Loja necesita sus carreteras para movilizar su producción". *Revista Universitaria*, Órgano Oficial de la Universidad Nacional de Loja, No. 21 (Loja, Ecuador) Enero-junio de 1970, pág. 73.
- 3'.- "La genealogía del poder", *Revista Nueva*, No. 64, abril de 1980. Quito.



CAPITULO I

EL ESTUDIO CIENTIFICO DE LA OPINION PUBLICA

El estudio sistemático y organizado de la opinión pública es todavía muy reciente y continúa en fase de evolución; por lo mismo, no tiene sentido pretender que se pueda hablar de una disciplina definida en su esencia y en sus dominios; por otra parte, no faltan razones para seguir abrigando dudas frente a la posibilidad de estructurar una disciplina unitaria que tenga como objeto la opinión pública (1).

a) Ante todo -se arguye- el objeto de tal disciplina no sería ni identificable ni definible; el mismo Stoetzel, autor de la "Teoría de las opinones", afirma: "La expresión opinión pública pertenece al lenguaje vulgar; no es seguro que corresponda a ella una realidad cuya estructura se pueda definir y cuyos confines se puedan señalar" (2). Y más recientemente, escribe: "Vano sería tratar de definir la opinión pública. La opinión pública no es un objeto o un capítulo para la investigación" (3). Algunos autores, incluso, han hecho objeto de discusión la existencia misma de la opinión pública. Jürgen Habermas, aun admitiendo que "bajo el asalto de la técnica empírica, se ha disuelto en cuanto magnitud inalcanzable- aquello que en realidad debía ser cultivado por la public opinion research afirma sin embargo que " a pesar de esto, la sociología se sustrae a la consecuencia de renunciar a esta categoría, y habla de opinión pública hoy como ayer" (4). (No sólo la Sociología habla de ella, sino también la Psicología, la Psicología Social, la Ciencia de la Política).

También son complicadas las cosas por el hecho de que el significado de la expresión "opinión pública" no ha sido uno solo en

el tiempo; se han usado y se usan promiscuamente expresiones consideradas erróneamente como sus equivalentes: opinión común, espíritu público, opinión general, voluntad general, opinión popular, voluntad popular e -inclusive- público (como portador de tal voluntad y opinión); además, aún hoy día, como veremos más adelante, se usa la expresión con diversos significados.

b) Entre los que admiten la existencia y, por tanto, la individualidad del fenómeno social “opinión pública” hay quienes hacen observar que -siendo muchos los puntos de vista desde los cuales se puede examinar la misma opinión pública- el estudio de varios aspectos y problemas relativos a ella podría tener cabida, de cuando en cuando, en otras tantas disciplinas ya muy definidas como la Psicología, la Sociología, la Estadística, la Ciencia Política, etc. Estudiar la opinión pública, en las causas próximas que la determinan en nuestros días, sería materia en gran parte del estudio de los efectos de la comunicación colectiva, o de masas, o social.

c) Además la génesis, el contenido, las funciones y el mismo sujeto portador de la opinión pública -observan otros- variando de momento a momento y de lugar a lugar, no permiten tomar un objeto suficientemente estable para una investigación suficientemente apreciable.

Con todo, no nos parece que estas observaciones sean capaces de detener el esfuerzo por realizar un estudio sistemático y orgánico que tenga como objetivo propio aquel particular fenómeno que es la opinión pública. Si su objetivo no está bien definido es necesario definirlo bien; si se puede obtener ayuda de la contribución de muchas otras disciplinas, el investigador tendrá que servirse de ellas; por lo demás, ¿qué disciplina no tiene contactos con otras disciplinas? ¿La Química, la Física, la ciencia de las construcciones pueden por ventura prescindir de las matemáticas y no tienen relación entre sí? ¿Quién ignora las dificultades que se han encontrado en la elaboración de algunas disciplinas jurídicas o sociales a las cuales nadie se atrevería a negar hoy día una propia autonomía e

importancia en el campo científico?. Por otra parte, la modificación continua de la opinión pública no es obstáculo para la realización de su estudio, como no es obstáculo -sino más bien estímulo- para el desarrollo de la psicología la variedad infinita de comportamientos.

No han faltado en el curso de la historia intentos de análisis y de valoración del fenómeno "opinión pública", incluso cuando no estaba en uso tal expresión.

La importancia concreta de lo que hoy se llama opinión pública, no se ocultó ni a los teóricos ni a los hombres de acción y, particularmente, a los políticos. La historia nos certifica que, a través de los siglos, la opinión y la actitud del pueblo -más o menos abiertamente expresado por su parte más activa y con frecuencia considerada o autoconsiderada como suficientemente representativa de una determinada colectividad- ha sido objeto de temor o de solicitud por parte de los gobernantes; la tendencia a dominar la opinión pública y a servirse de ella para conquistar y mantener el poder, no es cosa de hoy día (5). Que sepamos, no se han hecho hasta el siglo pasado estudios sistemáticos en este campo; sin embargo, podemos notar que hay algunas observaciones -a veces agudas- ocultas entre los escritos de hombres políticos, de filósofos e historiógrafos, y que no faltan referencias al fenómeno del que estamos tratando lo mismo que ciertos intentos de definición de la opinión pública (6).

Una investigación, aunque sumaria, entre los escritores antiguos podría ofrecer citas interesantes: desde la Biblia hasta Platón, desde Cicerón hasta Tito Livio, desde Aristóteles hasta Santo Tomás. Pero será inútil buscar un estudio ordenado y científico de la opinión pública, la cual, si siempre (7) ha tenido gran importancia en la vida de la colectividad, la tiene cada vez mayor en nuestros días (aún cuando puede tratarse de una opinión pública muchas

veces manipulada, fruto más de “propaganda” que de libre discusión), incluso por efecto del influjo de los medios de comunicación de masas (sobre todo los audiovisuales) que sin duda tienen la posibilidad de facilitar ya sea una amplia información, ya la creación de estados emotivos comunes a masas de dimensión a veces enorme, ya la homogeneidad de opinión en grupos cada vez más grandes, cuyos miembros son generalmente conscientes de tal amplitud y de su consiguiente fuerza.

El abundante empleo de métodos particulares de intervención sobre la opinión pública, puesto de moda, por ejemplo, por los regímenes totalitarios especialmente durante la segunda guerra mundial, ha ofrecido un amplísimo material de estudio a los investigadores en este campo (8).

La investigación científica sobre la opinión pública se ha desarrollado sólo a partir del siglo veinte, facilitada, entre otras cosas, por el desarrollo de las disciplinas antropológicas como la Antropología Cultural, la Psicología, la Psicología Social, la Sociología, la Lingüística y la Semiología; facilitada también por la práctica, en continua expansión, de análisis cuantitativos de la opinión pública a través de las investigaciones doxométricas o demoscópicas (método Gallup, Doxa, IFOP, etc.). Han madurado así las condiciones que permiten profundizar cada vez mejor diversos aspectos que tienen que ver con la opinión pública (su naturaleza, sus causas, sus elementos constitutivos, su variabilidad, los métodos de intervención, los métodos de medición, etc.); se nota además en algunos investigadores la tendencia a elaborar una disciplina específica y unitaria con una dimensión propia y bien definida y con su autonomía científica (9).

Entre tanto, para incrementar el consumo de los productos industriales cada vez más abundantes en el mercado mundial, se han ido desarrollando estudios sobre el comportamiento humano y se han ido estudiando y experimentando técnicas de persuasión del público, técnicas siempre en proceso de actualización. La pro-

paganda política y la publicidad comercial se han desarrollado y siguen desarrollándose con sus recíprocas implicaciones, obstáculos y estímulos (10).

El estudio de la opinión pública, aún en el vívido contexto opuesto de los tradicionalistas (en su mayoría historiadores y psicólogos) ha desembocado por lo tanto en el camino de la investigación empírica no sin hallar las mismas dificultades encontradas por las otras ramas de la investigación sociológica; pero la investigación empírica no agota, como veremos, toda la gama de estudios sobre la opinión pública. De todas maneras, estamos -se puede decir- en los comienzos, si bien en el ya lejano 1956 Berelson sostenía que los estudios sobre la opinión pública habían alcanzado ya la séptima fase de un proceso irreversible, cuyas etapas habrían sido, según el investigador americano, las siguientes:

- 1) Se comienza a prestar atención al fenómeno “opinión pública”;
- 2) Muchos pensadores multiplican todo género de consideraciones sobre el fenómeno en sí;
- 3) Descubrimiento de datos útiles para un estudio sistemático;
- 4) Especificación de una metodología de la investigación en el campo de la opinión pública;
- 5) Institutos universitarios y centros comerciales especializados organizan investigaciones empíricas;
- 6) Surge la exigencia de estudios interdisciplinarios;
- 7) La investigación sobre la opinión pública llega a ser una ciencia social empírica (11).

Siguen abiertos los campos de estudio y se insiste en la búsqueda de una óptima metodología de la investigación científica en este campo, si bien se puede obtener mucho de otras metodologías de disciplinas afines (12).

¿Cómo deberá articularse un estudio de la opinión pública?

Según Bottomore, la opinión pública debe ser estudiada en sus diversos aspectos y a diversos niveles.

a) “En primer lugar, está la exigencia de determinar la **distribución efectiva de las opiniones** sobre diversos tipos de problemas, y de seguir los cambios en esta distribución. Han dado una notable contribución a este tipo de estudio las organizaciones que llevan a cabo, como actividad regular, encuestas sobre la opinión pública . . . ; sin embargo, estas encuestas . . . poco pueden decir sobre el modo cómo se mantienen y sustentan las opiniones o sobre la manera cómo ellas se relacionan con otras opiniones y creencias; y no alcanzan a distinguir entre opiniones idénticas según el grado de convicción racional que las sostiene. Además, contribuyen muy poco a explicar, y así mismo a describir, las fluctuaciones de opinión, o a establecer las conexiones entre opinión y comportamiento”.

b) “En segundo lugar, debemos examinar **los modos reales de la formación de la opinión pública**; y esto requiere un estudio de los agentes de formación de la opinión y de los procedimientos que influyen en la opinión. Entre los agentes más importantes están los medios de comunicación de masas (film, radio, televisión y prensa) y las principales asociaciones espontáneas que tienden a establecer normas particulares, ya sea directamente a través de la presión de la opinión pública, ya indirectamente, a través de la legislación inspirada por la opinión pública”.

c) “Finalmente, es necesario considerar **de qué modo el contenido de la opinión pública recibe el influjo de valores y normas derivadas del derecho, de la religión, de la moral y de las costumbres**, y, por otra parte, de los intereses sociales. La opinión pública influye en el comportamiento del individuo y lo dirige, pero **de qué manera se forma la misma opinión pública?** . . . La opinión pública es mudable. . . Sin una investigación en el propio campo, del tipo intensivo practicado por los antropólogos sociales, es difí-

cil descubrir la naturaleza y la fuerza de las diversas presiones que sufre el individuo. Las encuestas de opinión pueden simplemente ofrecer un amplio cuadro de referencia para ulteriores investigaciones. Es necesario examinar, por una parte, los sistemas simbólicos formales del derecho, de la religión y del conocimiento científico y, por otra lado, estudiar, a través de una observación atenta y continuada, el comportamiento y las opiniones que se manifiestan en la vida de grupos sociales que pueden ser observados directamente" (13).

N. J. Powell sostiene en su "Anatomy of Public Opinion" que para tener un concepto claro de opinión pública -ya que ésta es un producto del "público"- es preciso responder a las siguientes preguntas:

- 1) ¿Quién debe estar comprendido en el público? Todas las personas que tienen una opinión, aquéllas cuya opinión tiene algún peso, todos los adultos, aquéllos que tienen un interés particular, etc.? ¿En lugar de hablar del público, debemos referirnos a uno o más públicos, en particular?.
- 2) ¿En qué medida las opiniones deben estar fundadas sobre informaciones o sobre otras bases más o menos estables?.
- 3) ¿Hasta qué punto la naturaleza de la opinión pública puede reconstruirse sobre la base de lo que las personas hacen o dicen?.
- 4) ¿La opinión pública está limitada a algunas cuestiones, como la política interna, o internacional y similares?.
- 5) ¿Hay **una sola** opinión pública, o **muchas** opiniones de públicos diversos? ¿Y pueden las opiniones de estos públicos diversos formar una sola opinión pública? (14).

J. B. Duroselle afirma que el conocimiento de la opinión pública conlleva estos tres elementos muy distintos: su **estructura**, su **intensidad** y sus **movimientos**. Los sondeos de opinión, hechos mediante técnicas cada vez más perfeccionadas, deberían no solamente limitarse a verificar la tendencia general de la opinión sobre éste

o aquel problema, sino además captar el grado de intensidad de la opinión puesto que “la opinión es una fuerza en la medida en que es intensa: sólo entonces juega de hecho un papel determinante sobre los comportamientos”. Una repetición sistemática de sondeos en una misma población debería facilitar el conocimiento de los movimientos de la opinión, al permitir distinguir las opiniones fluctuantes y mudables de las oscilaciones más amplias (de un año o poco más de duración) y de los elementos permanentes de la opinión capaces, estos últimos, de definir la “personalidad nacional” de un pueblo (15).

Hasta ahora, la investigación científica llevada a cabo particularmente en América* (si bien muchas veces encierra confusiones sobre opinión pública y comportamiento electoral, entre opinión pública y decisiones sobre adquisición y consumo) ha tratado de poner en evidencia las causas remotas y próximas de la opinión pública, se ha extendido en el estudio de la psicología de la opinión pública y un número cada vez mayor de hombres de estudios, ya sea especialistas en psicología social o en sociología (los límites entre las dos disciplinas no siempre son muy claros), se ha dedicado a la investigación con la meticulosidad propia del analista (16).

Después de un período inicial, que podríamos llamar pionerístico o exploratorio (17), también han dado aportes de especial profundidad hombres de estudio europeos entre los cuales no podemos olvidar a Stoetzel con sus investigaciones sobre la opinión (18), a Ellul con sus volúmenes sobre la propaganda (19) y al anteriormente citado Habermas cuyo estudio constituye una aproximación original histórico-sociológico-filosófica con puntos de vista que tocan incluso el campo jurídico.

Este conjunto de estudios estimula a recoger en un cuadro unitario los conocimientos obtenidos hasta ahora para dar al estudio de la opinión pública una unidad orgánica, reconociéndole -como observa Stoetzel- “una especie de autonomía”(20). La opinión pública es un fenómeno social ligado -sin duda ninguna- con otros

fenómenos; pero tiene su fisonomía propia y se distingue de aquellos otros. Hasta el hombre de la calle -no menos que el político y el sociólogo- cuando habla de opinión pública -aun cuando no sabe definirla- tiene la certeza de hablar de algo distinto de las otras realidades.

Encontrar la dimensión exacta de una disciplina unitaria que trate de la opinión pública es más bien cosa ardua. Los puntos de contacto con otras disciplinas son muy numerosos. Pensemos en la Psicología, en la Psicología Social, en la Semántica, en la Sociología -en sus varias articulaciones, desde la Sociología de la Política hasta la de la cultura y de las comunicaciones (21)- pensemos en la Didáctica, en la Cibernética y en toda la serie de Técnicas del Periodismo, de la Radio, de la Televisión, sin olvidar la Estadística, las Relaciones Públicas, etc.

Será bueno precisar que un estudio científico de la opinión pública:

- a) -Se sirve del auxilio de otras disciplinas;
- b) -Se relaciona con especiales sectores de investigación, cada uno de los cuales puede tener y tiene su propia metodología y puede desarrollarse hasta adquirir una autonomía notable, como sucede -en nuestro campo- con la medición de la opinión o *doxometría* (22).

Según los tradicionalistas, para dar término a esta materia sería suficiente añadir -por ejemplo- a la Filosofía Social, a la Psicología Social, a la Sociología, a la Ciencia Política, consideraciones particulares sobre la opinión pública. Pensamos nosotros que cada una de aquellas disciplinas no puede, si quiere ser lo menos incompleta posible, prescindir del fenómeno "opinión pública"; y -en realidad- este fenómeno no se oculta de hecho a la mayor parte de los hombres de estudio. Pero -sostiene Morlion en uno de los primeros estudios sobre la opinión pública aparecidos en Italia después de la Segunda Guerra Mundial- es necesario tener en cuenta

“que la opinión pública constituye un objetivo formal suficientemente definido para ser objeto de un estudio unitario, y añade que en el estudio de la opinión pública “la parte psicológica debe proporcionar los principios básicos a la parte sociológica y que las dos partes juntas deben inspirar a la parte metodológica” (23).

Si sobre dicho objeto -la opinión pública- no tiene todavía una definición precisa aceptada por todos o al menos por una mayoría significativa (y trataremos de ver el por qué de esto), es verdad, sin embargo, que son muchos los aportes ofrecidos hasta hoy por hombres de estudio de todos los países (24) para tratar de encontrar definiciones satisfactorias.

Pero la expresión “opinión pública” -como ya lo hemos observado- no nació dentro de un ambiente científico y se ha usado y todavía se usa con sentidos no siempre idénticos, aunque sí con referencias a diversos aspectos de un mismo fenómeno social. Limitándonos al tiempo actual, observamos con Stoetzel que se trata de “una expresión que pertenece al lenguaje corriente” usada ampliamente sin muchos escrúpulos en cuanto a precisión. Por lo demás, sucede algo parecido con la palabra “economía” usada a veces para indicar la ciencia económica, o también la política económica, la actividad económica o incluso el ahorro (v. la expresión “economizar”).

Como veremos mejor más adelante, la expresión “opinión pública” se usa en el lenguaje corriente para designar aspectos o puntos de vista diferentes del mismo fenómeno. En efecto, puede designar, a veces:

a) el **grupo social o psicológico** (es decir, el **público**) que es portador de la opinión: **opinión pública en sentido subjetivo o personificado** (como en la frase: la opinión pública está alarmada por el aumento de los precios y exige medidas adecuadas);

b) las **ideas o las actitudes** que tiene aquel grupo: **opinión pú-**

blica en sentido objetivo (como en la frase: la opinión pública actual se ha ido formando a través de los sucesos y vivencias borrascosas de nuestro siglo); pero aquí se impone una distinción más: en efecto, por “opinión pública” -incluso en su aspecto objetivo- se puede entender:

- b.1) El juicio colectivo sobre un hecho o sobre una situación: **opinión pública juicio** (como en la frase: “tal medida es inadmisibile”: esta es la opinión pública que circula en todos los ambientes);
- b.2) las **condiciones culturales y psicológicas** que concurren para determinar aquel mismo juicio colectivo: **opinión pública matriz** (como en la frase: con esta opinión pública no se puede esperar un juicio diferente);

c) los **instrumentos** (y particularmente los medios de comunicación social) que constituyen la causa más prominente y la más evidente manifestación de la opinión pública: **opinión pública en sentido instrumental** (como en la frase: sobre esta materia la opinión pública ha creado una alarma injustificada).

Frente a este uso promiscuo propio del lenguaje corriente, los hombres de estudio dedicados a nuestra materia han tratado -cada cual con su propio criterio-, de especificar sobre bases científicas la que ellos juzgan ser opinión pública, en sentido estricto, denunciando la falta de propiedad del lenguaje que designaría como opinión pública aquello que no sería opinión pública.

Para Cossio (25) sería más propiamente opinión pública la que nosotros hemos definido con b) y b.2); y en cambio, sostiene que debe llamarse “opinión del público” la que hemos señalado con b.1).

Stoetzel (26) afirma que no es correcto confundir la opinión pública ni con el público, que es su portador, ni con el contenido de los periódicos, ni con los resultados del sondeo. Pero las preocupaciones científicas están ausentes del lenguaje ordinario.

Según Habermas (27) la opinión pública es reconocida sólo en el ámbito político y es un “momento crítico” que los individuos particulares, en cuanto representantes informales de un público, llevan adelante por medio de la discusión pública frente al poder constituido; el adjetivo “pública” en la expresión “opinión pública” no se refiere sólo al hecho de que un público sea su titular o dueño, sino especialmente al hecho de que ella es fruto de la discusión pública; por lo tanto no debería llamarse opinión pública el momento puramente receptivo determinado por una publicidad difundida “en forma demostrativa y manipuladora a favor de personas e instituciones, bienes de consumo y programas”. El se inclina a admitir que hoy día existe una verdadera y propia opinión pública (28). Las opiniones perderían el carácter público (resultado, según Habermas, sólo de la discusión pública entre los individuos) en la medida en que se insertan en el contexto comunicativo de una “masa” no crítica sino pasivamente receptiva.

No hay duda que, en el curso de la historia, la opinión pública haya podido responder a un “momento crítico” real (y que pueda serlo -cosa plenamente verificable- incluso hoy día), pero ¿cómo negar la existencia de una opinión pública inclusive en donde actúa la manipulación, sea en el campo de la política, sea en otros campos?. Tendremos que considerarla como una opinión pública falseada, fruto del engaño, prefabricada, no libre, incapaz de cumplir con una función crítica; pero desde un punto de vista psico-sociológico, no hay duda de que tenga que hablarse de opinión pública. Sin embargo, el concepto clásico de opinión pública, como instancia crítica, se disolvería -según Habermas- a medida que se aplica a ella un concepto psico-sociológico. Sostenemos nosotros que la opinión pública se forma hoy día de distinto modo que

en el pasado y que con frecuencia está determinada (podemos lamentarnos, pero con eso no podemos evitar el hecho) más de proposiciones que provienen de fuera que de reflexiones que maduran en el seno del grupo y en el contexto de la discusión pública.

Nos parece que Habermas -el cual se refiere abiertamente a la opinión pública como a la expresión de una época precisa: a saber, a la de la sociedad burguesa- tiene un concepto más bien aristocrático de la opinión pública de la cual -en una visión estrictamente liberal- sería dueño no ciertamente el público en su conjunto, y ni siquiera todo el público que reacciona, sino más bien una parte de él, un “sustituto” suyo (“un público que razona dentro de un público que se limita a aclamar”).

Entre aquellos que sostienen la posibilidad de llevar a cabo un estudio científico de la opinión pública, se encuentran, sin embargo, diversas tendencias, debidas generalmente al origen científico particular de cada uno de los hombres de estudio.

- a) Una primera tendencia es la que parece querer reorientar todo el estudio hacia un esquema psicológico. La opinión pública no sería sino un fenómeno psicológico y la psicología estaría destinada a agotar su estudio, y sería también idónea para dictar normas metodológicas de acción en el seno de la opinión pública. Nos parece que se han situado en este plano sobre todo algunos que se ocupan del estudio de la propaganda (29). Pero, obviamente, el estudio de la propaganda entendida como técnica de acción sobre la opinión individual y pública no agota el estudio de la opinión pública misma.
- b) Una segunda tendencia se manifiesta sobre todo en el mundo de los sociólogos: **concebir el estudio de la opinión pública como un estudio esencialmente sociológico que mide cuantitativamente el fenómeno, indaga las causas y los modos de**

formación y transformación de los grupos portadores de determinadas opiniones públicas y busca las relaciones entre la sociedad (o, más exactamente, los varios modos de ser de la sociedad) y la opinión pública. Sin duda, la opinión pública es un hecho social y como tal cae inevitablemente bajo el bisturí del sociólogo. Pero el análisis sociológico no abarca toda la complejidad del estudio de la opinión pública.

- c) Una tercera tendencia expresada claramente por Habermas es la que podríamos designar como **histórico-política**: ella ve en la formación de la opinión pública no una realidad o una tendencia normal propia de un público cualquiera, sino un fenómeno histórico que se verifica sólo en un determinado momento de la evolución político-cultural de un pueblo: “... solamente en la Inglaterra de la última época del seiscientos y en la Francia del siglo XVIII se puede hablar en sentido preciso de “opinión pública”. . . En esto -precisa él- nuestro procedimiento se aparta desde el principio del enfoque de la sociología formal” (30). En sentido análogo Fraÿ con relación a Francia (31).

- d) Una cuarta tendencia se manifiesta en otros hombres de estudio que vislumbran un estudio interdisciplinario o mejor una disciplina compleja y orgánica, articulada en muchos sectores (como otras tantas caras de un mismo poliedro), pero unitaria, por ser unitario el objeto del estudio.

Creemos que la opinión pública debe ser objeto de un estudio orgánico interdisciplinario que no se contente con fotografiar el estado de la opinión pública en un determinado tiempo y determinado lugar, ni de filmar -por decirlo así- las trayectorias de las diversas corrientes de opinión pública, y ni siquiera de descubrir métodos de intervención en la opinión pública.

Nos parece que un estudio orgánico de esta naturaleza, sobre cuya denominación se puede estar más o menos de acuerdo (por e-

jemplo: doxología, dosología, demodosología - preferimos la primera denominación-), podría articularse así:

- a) -teoría general de la opinión pública;
- b) -psicología de la opinión pública;
- c) -sociología de la opinión pública;
- d) -metodología de la opinión pública;
- e) -doxometría (mensuración o medida de la opinión pública).

Esta sistemática que puede extenderse hasta la teología (ciertamente hasta la ética de la opinión pública) (32) nos parece que puede ser satisfactoria -en el estado actual de cosas- para un estudio de la opinión pública.

a)- A la **teoría general de la opinión pública** le está reservada la tarea de indagar acerca de la naturaleza de la opinión pública, de sus causas, de sus condiciones de existencia (ideas y actitudes, grupo portador de las mismas, conciencia de grupo, impulso a la acción); acerca de sus matrices, los procesos de su formación y de sus modificaciones; acerca de las relaciones entre cultura y subcultura, por una parte, y contenidos de la opinión pública, por otra; acerca de las funciones de la opinión pública en la dinámica de la sociedad; de las relaciones, finalmente, de la doxología con otras disciplinas.

Es un campo -quizás por ser predominantemente teórico- en el que se ha recorrido todavía poco camino y que, por lo tanto, merece la atención particular del hombre de estudio.

b)- Sirviéndose de los resultados obtenidos por la psicología social, la **psicología de la opinión pública** estudia los efectos de la opinión pública sobre el comportamiento y, en particular, la naturaleza y los procesos de formación de las costumbres ("habitus") que adquieren nuestras facultades superiores por efecto del uso de los instrumentos y de la aplicación de los métodos que son típicos en la formación de la opinión pública. Es decir, estudia las leyes

según las cuales reaccionan las facultades humanas frente a la acción continuada de los medios y de los métodos usados para influir sobre la opinión pública (33).

Debemos tener presente en efecto que la prensa, la radio, la televisión, el cine y demás instrumentos que actúan sobre la opinión pública, ejercen (algunos de ellos desde hace varias generaciones) su influjo sobre los hombres con tanta continuidad que algunos estudiosos afirman que se ha venido modificando el funcionamiento de las facultades humanas (34).

Se habla incluso de la psicología de los medios audiovisuales o de las comunicaciones sociales: pero entre estos dos estudios no existe identidad. Ante todo la opinión pública no es exclusivamente fruto del uso de los medios audiovisuales, ni tampoco se usan éstos sólo en función de la formación de la opinión pública (35); en segundo lugar, la psicología de los medios audiovisuales se puede orientar ya sea al estudio de las modificaciones de las “costumbres” personales de cada individuo, ya sea de las “costumbres” de los grupos, prescindiendo de la incidencia sobre la formación de la opinión pública. Por ejemplo, numerosos estudios psicológicos realizados acerca de la influencia del cine y la televisión sobre los niños, no tienen relación inmediata con la opinión pública (36). Pueden tener a lo más una relación mediata, en cuanto que las “costumbres” o hábitos contraídos por los niños de hoy pueden constituir fuentes remotas de la opinión pública el día de mañana.

c)- La sociología de la opinión pública representa un sector de estudio particularmente susceptible de desarrollo y sobre el cual se va acrecentando el interés. Tanto en los tratados, como en los congresos, en los simposios y en las revistas de sociología se habla cada vez con más frecuencia de sociología de la opinión pública o, de disciplinas afines; por ejemplo, de sociología de las comunicaciones sociales, sociología de la información o de la noticia. Hemos dicho “disciplinas afines”, tal vez podríamos decir -desde

nuestro punto de vista- “complementarias”.

El estudio -bajo el perfil sociológico- de los medios y métodos de comunicación o de la formación y difusión de la noticia -si bien es importante- corre el peligro de detenerse justamente en donde el interés del sociólogo es mayor.

Al sociólogo no le interesa tanto la noticia en sí misma y su proceso de formación y difusión, cuanto el conocimiento de los impulsos dados a la formación y transformación de la sociedad que derivan del conjunto de la comunicación colectiva (o social) y de los métodos usados para realizarla.

¿Cuál es nuestro pensamiento sobre la sociología de la opinión pública?. A nuestro entender, debe desarrollarse especialmente en dos direcciones: por una parte, examinar las relaciones entre la sociedad -en sus diversos modos de ser- y la formación de la opinión pública ; y por otra parte, examinar el influjo de la opinión pública sobre la sociedad.

d)- La metodología de la opinión pública (37) se presenta por lo general como una técnica o una serie de técnicas. Al sostener que, dada la complejidad de los instrumentos propios para la formación de la opinión pública (pensemos simplemente en la televisión), toda técnica de difusión presenta sus características particulares, afirmamos que se pueden y se deben especificar los principios generales de intervención en la opinión pública, principios extraídos de la psicología y de la sociología de la opinión pública. Este es el contenido de la metodología que más nos interesa (por ejemplo, la teoría de los temas motores y de los temas valores, de la dialéctica de la actualidad, etc., de la que se hablará más adelante).

e)- Resta que digamos algo sobre la **doxometría**: ésta, fundándose esencialmente sobre técnicas estadísticas, ha ido formando su propio método de valoración. El **sondeo de opiniones con mues-**

treo ha dado lugar a una amplia literatura en la cual han intervenido como interlocutores no sólo los que se dedican a la estadística, sino también psicólogos y sociólogos.

CAPITULO II

OPINION PUBLICA EN LAS ACEPCIONES COMUNES Y EN LAS DEFINICIONES CIENTIFICAS

Dejando de hablar -por ahora- de la opinión pública como público de la opinión pública y como conjunto de instrumentos relativos a la opinión pública (se trata de dos usos impropios de la expresión) surge ya la necesidad de definir la opinión pública, en su aspecto objetivo, como producto o elaboración de un público.

No queda en el olvido todo aquello que ya hemos indicado en el capítulo primero, a saber, la distinción entre opinión pública matriz y opinión pública juicio.

Esta última está naturalmente ligada a la primera; más aún, se podría decir que la segunda (excepción hecha de las manipulaciones) es la actuación y la exteriorización de la primera; la respuesta es tal vez la simple reacción, por supuesto, de un público dotado de ciertas matrices culturales, frente a una situación o a un hecho de actualidad. La causa del juicio se busca en las matrices (a veces violentadas -para usar la expresión de Ciacontin- por intervenciones de naturaleza psicológica); en tanto que las situaciones y los hechos de actualidad no son propiamente la causa, sino más exactamente la ocasión de los juicios y de las actitudes manifestadas por el público.

En el curso de este capítulo presentaremos algunas "descripciones" y algunas "definiciones" de opinión pública. Los intentos hechos hasta ahora por numerosos autores no siempre resultan satisfactorios, entre otras cosas porque no se tiene en cuenta la distinción hecha por nosotros entre opinión pública matriz y opinión pública juicio.

Para tratar de definir la opinión pública, serán de utilidad algunas premisas.

El público, o mejor, aquella parte del público que está dispuesta a reaccionar en interés del bien real o presunto de una colectividad, cuando se encuentra ante hechos o situaciones de interés para la misma colectividad, expresa juicios y adopta actitudes a medida que va teniendo conocimiento de aquellos hechos y de aquellas situaciones. Para clarificar el concepto de opinión pública (al querer designar con dicha expresión el pronunciamiento colectivo sobre un acontecimiento o una situación, es decir cuando se trate de opinión pública juicio) es oportuno hacer algunas observaciones preliminares:

1) la opinión pública puede ser:

- a) fruto de una libre confrontación de diferentes posiciones -capaz cada una de ellas de polarizar la adhesión de un público-, confrontación de la cual una de las posiciones sale victoriosa y se impone como la más racional y la más ventajosa;
- b) fruto de una libre confrontación de la cual -por el contrario- diferentes posiciones salen más irreductibles y consolidadas en corrientes antagonistas;
- c) fruto de una mediación o, con más frecuencia, de una coerción psicológica como consecuencia de manipulaciones llevadas a cabo por la propaganda, y tendiente a polarizar el consenso en torno a una sola posición.

En las hipótesis a) y c) tendremos una opinión pública que es el resultado de una "corriente" ampliamente mayoritaria con eventuales fracciones minoritarias cuantitativamente modestas y que pueden pasar inadvertidas; en la hipótesis b) tendremos una opinión pública dividida en dos o más corrientes, más o menos equivalentes en cuanto a su fuerza y en concurrencia entre sí.

2) Según algunos autores, cuando se trata de juicios y actuaciones que han sido producidos por la propaganda, no estaríamos frente a una opinión pública. Es evidente que no se trata de una opinión pública formada libremente; pero no se puede negar que en la Alemania de Hitler o en la Rusia de Stalin se haya desarrollado una opinión pública de sustentáculo de la política oficial. Por lo demás, en los países que se jactan de tener un régimen democrático, ¿se forma la opinión pública de manera completamente libre. Habermas habría querido llamarla "opinión no-pública" (38), pero no se ve que su intento haya tenido éxito.

3) No estamos frente a una opinión pública ni siquiera cuando se trata de una pulverización de diferentes opiniones debido a la falta de un soporte natural, es decir de un público (en cuanto a un grupo considerable de personas que tiene conciencia de formar una unidad psicológica): tal es el pensamiento de Stoetzel que reconoce la existencia de un estado de opinión pública cuando el resultado de una encuesta o de un sondeo de los miembros de un determinado grupo se traduce gráficamente -en un sistema de ejes cartesianos- en una curva en J o también en L (los casos de una opinión pública monopolarizada), o en una curva en U (opinión bipolarizada) (39).

4) Pero hay que precisar oportunamente la anterior afirmación de Stoetzel. La disposición en J, en L, o también en U, es ciertamente condición indispensable para poder hablar de opinión pública, pero no basta; permítasenos un ejemplo: supongamos que realizamos una encuesta sobre la siguiente pregunta: ¿En las paredes internas de la casa, prefiere la pintura o el papel tapiz?. Supongamos que el resultado indica una neta preferencial por la una o por la otra de las dos posibilidades (curva en J o en L) o revele posiciones sustancialmente equilibradas (curva en U). ¿Se podría hablar, en este caso, de opinión pública?. Nosotros creemos que no; en efecto juzgamos que no se puede hablar de opinión pública si se da el caso de que, aun cuando exista una opinión idéntica compartida por una gran cantidad de individuos, cada uno de ellos sigue

siendo un individuo “privado”, sin llegar a formar un “público”, como unidad psicológica; por lo tanto, no existe opinión pública cuando el nombre del que se trata no se considera como de interés de la comunidad como tal o no afecta a los poderes públicos o se piensa que se puede encontrar solución a nivel privado.

5) La opinión pública (en el sentido antes indicado) no es un simple punto de vista o un parecer desinteresado (una especie de valoración o de crítica, aunque sea colectiva, pero académica); por el contrario, la opinión pública se presenta como expresión de la conciencia más o menos sensible, más o menos iluminada, de un público que, consciente de su fuerza, exige, demanda, amenaza, aplaude; se afirma así la opinión pública como un enorme impulso a la acción de grupos informales, potencialmente más grandes cada vez. Pone de manifiesto una actitud colectiva, jurídicamente no relevante; solamente cuando adopte las formas requeridas por las normas jurídicas (ejemplo: el voto), podrá llegar a ser una expresión jurídicamente relevante; pero, mientras continúa a nivel de opinión pública, requiere en el público comportamientos circunscritos y encaminados a aquella voluntad y particularmente ejerce presión sobre quién debe tomar, o se presume qué deba tomar, decisiones jurídicamente relevantes (40); si después, dada la naturaleza de los regímenes vigentes, no puede manifestarse abiertamente la opinión pública, o se desoyen sistemáticamente sus deseos, la voluntad del público activo puede desfogarse en acciones capaces de modificar -aun con la fuerza- las situaciones.

Hagamos nuestras también las siguientes observaciones de Gaston Berger (41):

6) La opinión pública es consciente. Traduce un juicio y su esencia está en la afirmación. Antes de esta manifestación, había sin duda algo en el pensamiento y en los sentimientos de los miembros del grupo, pero no era todavía una opinión. Esta aparecerá en la conciencia de los individuos cuando éstos se propongan cier-

tos interrogantes o sean inducidos a proponérselos. Es decir, descubriendo que ellos antes lo sentían de manera confusa; el paso a una conciencia clara lo transforma todo: reaviva los sentimientos, consolida las actitudes y compromete el porvenir.

Esencialmente consciente, no a la verdad de sus fuentes, pero sí al menos de su expresión, **la opinión conlleva en sí misma una intención de racionalidad**. Tiende a justificarse. Las opiniones son materia de discusión; se puede incluso afirmar que toda discusión es una lucha entre diferentes opiniones (42).

7) Este hecho descubre un nuevo carácter de la opinión pública: ella implica la existencia de una o más opiniones diferentes. La discusión no es algo que se añade por casualidad a la opinión; discusión y opinión están ligadas entre sí, por naturaleza. No se afirma una opinión sino en contra de una opinión adversa. Se podría concluir que la opinión está siempre dividida. Cuando ella tiende a hacerse unánime y desaparece la oposición, la opinión se transforma en una creencia profunda inherente al grupo y constitutiva del grupo mismo.

8) Estas observaciones incluyen otra que puede parecer paradójica, pero que, bien examinada, se resuelve en una comprobación muy trivial: la opinión pública -así mismo según Berger- expresa el sentimiento de los incompetentes. Los especialistas competentes y bien informados son naturalmente poco numerosos, pero **el asunto** (del que se trata) concierne a todos. Cada cual se siente implicado e interesado al igual que los demás. Si hay una guerra, ella nos golpeará a nosotros en nuestras personas y en nuestras familias. Si no se aplica a los criminales un castigo ejemplar, nosotros estaremos el día de mañana expuestos al peligro. . . La opinión pública se desarrolla con especial fuerza en torno a intereses poderosos y situaciones complejas; nace en el punto en que los individuos se sienten directamente afectados por las consecuencias de las diversas acciones posibles sin tener ellos ni los medios ni el gusto para afrontar un estudio profundizado del problema.

Esta incompetencia sentida más o menos claramente por los individuos, y la necesidad que surge de proporcionar materia para sus discusiones polémicas, **hacen así que dichos individuos tomen como propias las afirmaciones de algún guía.** Los que comparten una misma tesis se buscan unos a otros y se organizan de un modo más o menos definitivo. Un político o un periodista llega a ser generalmente su jefe o portavoz. Nacen nuevos modos de unirse y de hacer oposición.

Cómo se compagina esta tesis de Berger con las afirmaciones frecuentes, en otros autores, según los cuales la opinión pública sería la expresión de los doctos, de los bien informados, etc., (43), lo veremos más adelante teniendo en cuenta los diferentes modos que ha tenido de formarse la opinión pública a través de los siglos.

9) Igualmente J. Antoine, en su breve ensayo sobre el conocimiento científico de la opinión pública (44), en vez de dar una definición, prefiere subrayar algunos de sus rasgos característicos. “Ante todo la opinión pública se presenta como la expresión de un juicio, de una actitud frente a un problema de interés colectivo. Problema de interés colectivo no quiere decir problema en el que el hombre particular no tenga responsabilidad. Por el contrario, los problemas que suscitan la manifestación de las corrientes de opinión más intensas son con frecuencia aquéllos en que cada individuo se siente comprometido al mismo tiempo personal y colectivamente. Por ejemplo: la regulación de la natalidad, la crisis de la vivienda, hace algunos años la guerra en Algeria, etc. Teniendo muy presente la distinción entre “el público” y “el individuo privado”, comprobamos que la mayor parte de los hechos de la vida privada de cada uno no son sujeto de opinión pública. Llegan a serlo cuando son expresión de un problema colectivo. Insistimos también en que la opinión pública habrá de manifestarse más fácilmente y con mayor intensidad cuando estén en juego decisiones de acción: ¿qué hacer para detener la guerra en el Viet-Nam? ¿Hay que modificar o no la ley sobre los anticonceptivos? ¿Debe tener nuestro país la bomba atómica? ¿Hay que aumentar las pensiones

a los ancianos? ¿Hay que limitar la velocidad de los autos en la calle? ¿Hay que limitar el derecho de huelga en los servicios públicos? etc.

“Notemos además que la opinión (45) generalmente no es unánime. . . En los casos extremos, en que la opinión es unánime, ¿se puede hablar todavía de opinión pública? ¿En este caso no se trata más bien de una participación común de cada uno de los individuos en valores universalmente reconocidos y que pertenecen al fondo común del grupo social que se toma en consideración?. Pero esta noción de valor es, en realidad, relativa, al igual que la de público; los valores de la juventud actual no son los de la generación precedente; los valores del mundo de los trabajadores no son los que se llaman “burgueses”. La comprobación de una unanimidad a un determinado nivel de observación no menoscaba, por lo tanto, el resultado de la observación sobre un grupo distinto o más amplio. Por otra parte, ¿lo que es un “valor” en el seno de un grupo por ventura no resulta ser “opinión” para aquellos que son ajenos al mismo grupo? Por ejemplo, las convicciones profundas de los católicos ¿no son consideradas como simples opiniones religiosas por parte de los no creyentes?”.

“Pero lo vamos a ver quizás un poco más claramente al comparar unos con otros algunos términos de psicología social: opiniones, actitudes, motivaciones. Esquemáticamente podríamos decir que estos términos corresponden a tres niveles de la personalidad. La opinión, que es un juicio emitido sobre una cuestión, está, en cuanto simple expresión, en el nivel más externo. Pero esta opinión así expresada es en realidad efecto de actitudes más fundamentales y más estables. Se puede definir la actitud como una predisposición adquirida, anterior al juicio y a la acción, y que orienta en su propio sentido ya sea el juicio ya la acción. Finalmente, las actitudes nacen a su vez del condicionamiento social de los individuos, de su temperamento y de factores profundos que podemos designar como motivaciones, más o menos conscientes, admitidas y declaradas o no.

Pongamos un ejemplo: es probable que la opinión favorable o contraria de ciertos católicos a la reforma de la liturgia, se explique, sin duda, al menos en parte, por una actitud que coincida con el grado de apertura frente a los cambios en general, de cualquier tipo; pero una actitud plenamente hostil a los cambios se explica probablemente por una motivación más o menos consciente: la necesidad de seguridad”.

Interesantes observaciones -pero que ciertamente no abarcan todo- tenemos en los fragmentos de numerosos autores citados en el párrafo “Algunas definiciones de opinión pública”, del volumen elaborado por Daniel Katz y otros, que es una antología muy prolija y esmerada de escritos y estudios antiguos y modernos sobre nuestra materia (46).

Citamos algunos de ellos:

JOHN STUART MILL - “On liberty”:

“Las inclinaciones y las aversiones de la sociedad, o de una parte fuerte de ella, son, de hecho, la fuerza principal que, en la práctica, ha determinado la urdimbre de normas de observancia general, bajo las sanciones de la ley o de la opinión”.

W. W. WILLOUGHBY - “Nature of the State”:

“En fin si quisiéramos hablar de la soberanía popular no podríamos designar con ella sino la soberanía de la opinión pública -aquel poder que Lieber (Ética Política) define como “la inclinación y el sentimiento de la comunidad, necesariamente irresistible, y que en todas partes manifiesta su fuerza” y la fuerza que “da un significado a la letra y al espíritu de la ley, sin la cual la ley escrita no tiene sentido”. La soberanía, por lo tanto, como afirma explícitamente el profesor Woodrow Wilson, se reduce a un “catálogo de tendencias”. (An old Master and other Essays, pág. 78).

“La opinión pública, sin órganos gubernativos a través de los cuales pueda hacerse valer, no es ciertamente un poder civil, en sentido estricto”.

J. BRYCE - “Modern democracies”:

“Opinión pública. . . es un término usado comunmente para designar el conjunto de puntos de vista de los hombres acerca de materias que atañen o interesan a la comunidad . . . Es un conjunto de toda clase de nociones discrepantes, creencias, impresiones, prejuicios, aspiraciones. Es confusa, incoherente, amorfa, que cambia de día a día y de semana a semana”.

DAVID HUME - “Essays”:

“Por estar la fuerza siempre de parte de los gobernados (súbditos), los gobernantes no tienen como apoyo sino la opinión. Por lo tanto, el gobierno se funda solamente sobre la opinión; esta máxima es valedera tanto para los gobiernos más despóticos y más militaristas como para los más libres y populares (democráticos).

“El Sultán de Egipto o el Emperador de Roma podrían conducir ciudadanos inermes como bestias salvajes contra sus propios sentimientos e inclinaciones, pero al menos previamente deben haber conducido a sus mamelucos o pretorianos, como hombres, teniendo en cuenta su opinión”.

A. V. DICEY - “Law and Public Opinion in England”:

“El término (opinión pública) cuando se usa con referencia a la legislación es solamente un modo breve de describir la creencia o convicción dominante en una sociedad dada de que determinadas leyes son beneficiosas y por tanto deben mantenerse o que son perjudiciales y por tanto deben ser modificadas o derogadas”.

“Existe en un momento dado un cuerpo (conjunto) de creencias, convicciones, sentimientos, principios adquiridos, o prejuicios arraigados, que, tomados en bloque, forman la opinión pública de

una época determinada (47), o lo que podemos llamar la opinión reinante o dominante”.

Karl Mannheim, que en sus estudios considera reiteradamente la opinión pública como elemento esencial de la democracia, la describe como “una genuina entidad; ella es más que la suma total de los efectos producidos por la radio, la propaganda y otros medios de comunicación de masa. Estos son parte de ella, pero no constituyen el todo. La opinión pública es un medium fluido omnicompreensivo, compuesto de disposiciones anímicas, de valoraciones éticas, de actitudes, que no son producidas por alguna organización a través de la manipulación, sino que se desarrollan a través de los innumerables contactos existentes en la unidad del barrio, en los clubes, los locales públicos, en los sitios de reunión y en la calle” (48).

Entre las definiciones podemos recordar las siguientes: (49).

a) - **Enciclopedia Filosófica, Sansoni, Firenze:**

“Fenómeno psico-colectivo formado de manera variada según su naturaleza y funciones.

La “vox populi” de los romanos, el “consensus” de los juristas medioevales, revelan intuiciones más o menos conscientes de la existencia de procesos colectivos de opinión. La expresión “opinión pública”, fue acuñada hacia finales del siglo XVIII, con el surgir de procesos de opinión como fenómenos abiertos de opinión pública, estimulados por los inventos técnicos (perfeccionamiento de los medios de circulación de las ideas) y por los cambios en la estructura demográfica y social de los pueblos.

En sentido político, opinión pública significa: las ideas de todos o las ideas de la mayoría; en sentido sociológico puede significar la estructura material cuantitativa de los procesos de opinión (el público), los órganos de expresión de tales procesos y finalmente la opinión como producto formal del proceso psico-colectivo. La investigación cuantitativa no puede menos de destacar las opiniones de una mayoría o de la minoría, mientras que la práctica de gobierno y las aspiraciones políticas buscan la coincidencia de las ideas de todos" (F. Barbano).

b) - Enciclopedia Británica, XVa. ed., 1974.

Merece especial atención, por su amplitud y esmerado tratamiento, la voz "Public Opinion" de la Enciclopedia Británica. Contiene referencias históricas, explica los procesos de formación y de cambio de la opinión pública, las relaciones entre opinión pública y gobierno, el papel de la opinión pública en un régimen democrático; concluye con un estudio sobre las investigaciones acerca de la opinión. Pero por lo que hace a una definición, la voz, desde luego por ser demasiado prudente, acaba por ser vaga, incompleta y no plenamente exacta: "Una definición somera es que la opinión pública es un agregado de puntos de vista individuales, de actitudes y de creencias sobre un asunto particular expresados por una parte significativa de la comunidad". En el párrafo que trata en particular de los conceptos y definiciones recientes de la opinión pública se afirma que los hombres de estudio no han llegado todavía a un acuerdo sobre la definición; y se concluye: "Casi todos los hombres de estudio y los que manejan la opinión pública, no obstante los diversos modos de definirla, convienen en este punto: que en la opinión pública están incluidos al menos estos cuatro factores: que exista un problema; que haya un número significativo de individuos que expresan opiniones sobre ese problema; que se den algunos tipos de consenso al menos entre algunas de estas opiniones; que este con-

senso pueda ejercer influjo directa o indirectamente”.

c) - Enciclopedia Católica, Citta del Vaticano:

“La opinión pública es un conjunto de ideas, de sentimientos, de juicios, de posiciones prácticas que en un determinado tiempo representa y manifiesta una actitud colectiva, que conforma la psicología de los individuos y es resultado de una íntima persuasión, producida más o menos espontáneamente, por la cual un número preferentemente vasto de hombres piensa y siente de manera uniforme acerca de un hecho o problema del día. En el caso de la opinión pública, el término “opinión” no tiene un valor perfectamente idéntico al que se entiende cuando se contrapone “opinión” a certeza y a duda, como segundo grado del saber, que consiste en un asentimiento imperfecto que oscila entre la duda (primer grado), que es indecisión entre dos tesis contrarias, y la certeza (tercer grado), que es la adhesión firme y segura a una parte.

La opinión pública, en cambio, puede darse como efecto de actos de asentimiento que constituyen subjetivamente una certeza, y de todos modos de adhesiones más o menos racionales de parte de muchos a ideas que por medio de la comunicación colectiva o bajo la acción de personalidades más fuertes, de centros de propaganda, de organizaciones políticas y sociales, etc., han sabido conquistarse el pensamiento o el sentimiento de aquellas personas” (R. Spiazzi).

- d) - “El conjunto de juicios que circulan en el público, con respecto a problemas de actualidad” (Tarde).
- e) - “El conjunto de puntos de vista que tienen los hombres sobre problemas que atañen o interesan a la comunidad” (J. Bryce).

- f) - “El conjunto de actitudes de los hombres reunidos en grupo, frente a un punto central” (Doob).
- g) - “Fenómeno social que se manifiesta en su proceso de formación, en los miembros de una comunidad social unidos entre sí por lazos espirituales, de un pensamiento dominante e idéntico, en torno a cada uno de los problemas del momento” (Benfenati).

Estos intentos de definición, algunos de ellos no poco valiosos, tratan generalmente de englobar en una sola visión la opinión pública como si dicha expresión se usara comunmente para designar un fenómeno en su totalidad y no se usara de vez en cuando con referencia a aspectos particulares del mismo fenómeno.

Conviene notar que en estos intentos de descripción y definición no aparece clara la distinción entre la opinión pública en su complejidad (a saber, el conjunto de todas las corrientes presentes en un determinado tiempo y lugar, a las cuales parecen aludir, particularmente Bryce” . . . el **conjunto** de los puntos de vista. . . ”, Tarde “. . . el **conjunto** de los juicios que circulan” y Doob “. . . el **conjunto** de actitudes . . . ”) y la opinión pública dominante (es decir la corriente que prevalece a la que se refieren J. Stuart Mill y Dicey).

Tampoco aparece clara la diferencia entre los juicios particulares que la colectividad o una parte de ella expresa frente a un hecho de actualidad (opinión pública juicio) y el conjunto de tendencias, sentimientos, prejuicios, aspiraciones, etc. preexistentes en la misma colectividad (opinión pública matriz) y a los cuales hace referencia la definición de Dicey.

En realidad aquel conjunto de actitudes, tendencias, aspiraciones, etc. está incluido entre las causas de las opiniones que se

van manifestando poco a poco; pero también es verdad que igualmente para designar estas últimas, como estado psicológico de un determinado público, se usa comunmente la expresión “opinión pública”.

En resumen, no aparece de hecho clara en los autores citados, la distinción entre opinión pública juicio y opinión pública matriz, de la que hablaremos más adelante.

Antes de proseguir en el camino hacia la definición de opinión pública, parece oportuno hacer notar la insinuación de algunos autores, muchas veces en desacuerdo entre ellos mismos, de despejar el terreno de posibles equívocos. Dice Sauvy: “Cuando se trata de cuestiones más políticas que científicas -y éste es el punto central de nuestra materia- la opinión pública no es necesariamente el resultado de las opiniones individuales y ni siquiera la mayoría de ellas sobre un determinado asunto. Tal veredicto no se obtiene sino a través de un referéndum limitado, como se hace en Suiza, o a través de “sondeos de opinión”.

Se podrían también distinguir cuatro formas de opinión:

- a) la opinión claramente manifestada, a veces pregonada al son de trompeta;
- b) la opinión oral, a veces dicha en forma de murmullo, fruto de “rumores”;
- c) el sufragio universal, el referéndum o el libre sondeo de la opinión;
- d) el referéndum o el sondeo con voto obligatorio.

Según el modo común de concebir la opinión pública, ésta corresponde a las definiciones a) y b) (50).

Según Carlos Cossio inculpa a Sauvy de hacer una obvia confusión entre opinión pública y opinión del público.

“Si nos atenemos descriptivamente a los hechos -dice Cossio- la primera cosa que debemos decir es que la opinión pública no es la opinión del público. La opinión del público es posible en cualquier situación colectiva y manifiesta simplemente un proceso de acumulación de opiniones personales. . . Por el contrario, la opinión pública, que también presupone una situación colectiva, no entra en juego en cualquier situación colectiva. . . Ciertamente la opinión pública no es cuestión de cantidad de individuos, como si se tratase de un sufragio. La opinión del público es simplemente la **popularidad de una opinión**; en cambio, la opinión pública no es popularidad, sino algo que pretende influir en la opinión del público y que normalmente tiene éxito en tal influjo. La influencia de la opinión pública sobre la opinión del público es algo que este último -cuando la recibe- la recibe pasivamente por gravitación de aquélla; por el contrario, la influencia de la opinión del público sobre la opinión pública jamás llega a ser algo diverso a un germen de maduración para ésta. La opinión pública, cuando penetra en la opinión del público, se instala en él como elemento de la situación en la que opera el público, participando de la inercia propia de toda circunstancia. Cuando, por el contrario, la opinión del público penetra en la opinión pública, permanece sometida a un proceso de elaboración intelectual que la somete al tamiz de ciertos principios de confirmación o rechazo. . . . La opinión del público es cosa pasajera. . . la opinión pública es más estable. . .” (51).

Juan Beneyto observa: “La opinión (pública) -difusa y desorganizada- se distingue de la creencia integrada y organizada. . . Pero no se confunde con la opinión de personas determinadas ni de instituciones responsables que sin embargo dan origen algunas veces a una opinión. Opinión pública y conciencia pública están en relación la una con la otra, pero son distintas. La conciencia podría considerarse como subfondo de la opinión. . . (La opinión

pública) no es ni siquiera sinónimo de espíritu público, que constituye materia social previa. El espíritu público no se manifiesta en relación con objetos concretos, sino que anima y produce las acciones o interacciones que constituyen la opinión. Es muy expresivo a este propósito, el ejemplo inglés, con la fijeza de su espíritu público y la movilidad de su opinión pública" (52).

Durkheim -cuyo pensamiento acerca de la conciencia colectiva es bien conocido- no parece captar la mencionada diferencia entre "opinión pública" y "conciencia pública", cuando escribe: "La opinión pública extrae de sus orígenes una autoridad moral en virtud de la cual se impone a los individuos; resiste a los esfuerzos que se hacen para violentarla; reacciona contra los disidentes como el mundo externo reacciona dolorosamente contra aquéllos que emiten juicios acerca de cosas morales sobre la base de principios distintos de aquéllos que ella prescribe; hace burla de aquéllos que se inspiran en una estética distinta de la suya. . . De este modo podemos explicarnos aquella especie de necesidad que sentimos y de la cual somos conscientes cuando emitimos juicios de valor. Nos damos perfecta cuenta de no ser dueños de nuestras valoraciones, de estar atados y de sentirnos constreñidos: la que nos ata es la conciencia pública" (53).

Pero los diversos puntos de vista de los autores citados hasta ahora y de muchos otros, se explican muchas veces por el hecho de que la expresión "opinión pública" ha tenido, desde que empezó a usarse, hasta nuestros días, significados diversos, en relación con las especiales situaciones políticas que han tenido delante los hombres de estudio y los políticos, en los diversos momentos y con las matrices de cuantos han tratado esta materia.

Basta pensar que mientras todos están sustancialmente de acuerdo en admitir que la opinión pública es una expresión del público, no todos están de acuerdo en la definición del "público" que -conforme han sido los acontecimientos históricos y especialmente culturales -se toma en sentido restrictivo (una élite frente a

la masa) o en sentido amplio: público igual población.

Es de gran utilidad, a este propósito, el volumen ya citado de Habermas "Storia e critica dell'opinione pubblica" y, particularmente, los capítulos cuarto, quinto y sexto.

A pesar de que entendemos las razones por las que Stoetzel (54) sostiene que no es correcto confundir la opinión pública con el público, que es su portador, o con el contenido de los periódicos o con los resultados de los sondeos o con el poder de acción propio de una mayoría o de una minoría muy activa, pensamos que no es posible, refiriéndonos al uso común de tal expresión, dar una sola definición de "opinión pública" justamente porque el término es usado de vez en cuando, con referencias diversas.

La expresión "opinión pública" -en el uso corriente; que no refleja preocupaciones de exactitud terminológica- se usa indistintamente en sentido subjetivo, objetivo e instrumental.

a) En sentido subjetivo o personificado, la expresión se usa para designar un cierto "público"; es decir, el conjunto de las personas portadoras de una determinada opinión pública. En tal perspectiva, escribe Sauvy: "para comodidad en la exposición, consideramos el público y la opinión pública como un cuerpo, un organismo con vida propia y leyes propias, distinto de los individuos que lo componen" (55). Así, se puede hablar, por ejemplo, de opinión pública francesa o italiana, de opinión pública obrera o campesina, refiriéndonos al sujeto colectivo portador de una determinada opinión pública (muchas veces con una referencia arbitraria a la sola corriente mayoritaria o en todo caso dominante). "El término viene a ser entonces sujeto gramatical de un verbo activo: "la opinión pública piensa. . ." y se presta a este supuesto un funcionamiento psicológico unificado susceptible de efectos sociales inmediatos: "la fuerza de la opinión pública se ha salido con la suya!".

b) **En sentido objetivo**, la expresión “opinión pública” no se refiere ya al público portador, sino -para decirlo con Barbano- al producto formal del proceso psico-colectivo propio de un público. Una realidad objetiva en sí, capaz de ser examinada en su naturaleza, en sus elementos componentes, en sus evoluciones. De ella hablaremos próximamente, con más detenimiento.

c) **En sentido instrumental**, se habla de opinión pública refiriéndose a los medios con los cuales se facilita su nacimiento o a través de los cuales se manifiesta ella misma: prensa, radio, cine, televisión, comicios, etc.

El estudio de la opinión pública en sentido subjetivo es -en sustancia- estudio de la formación y de la transformación de los grupos: es un estudio que se ocupa de la formación y de las actitudes de aquellos grupos humanos que se estructuran no solo en función de determinadas necesidades de carácter material, sino también en función de análogas posiciones psicológicas (56).

El estudio de la opinión pública en sentido instrumental nos lleva al examen sistemático de la evolución cuantitativa de los diversos medios de transmisión de las ideas y de las actitudes y de las respectivas técnicas: estudio ya sea de naturaleza histórico-técnica (57), ya de naturaleza sociológica (58). El uno y el otro son materia de nuestro estudio.

Nuestro curso se adentrará más bien en la opinión pública, en su aspecto objetivo.

Antes de dar una definición de opinión pública **en sentido objetivo**, es necesario hacer algunas aclaraciones previas.

Ante todo -como ya hemos advertido- el término opinión pública en sentido objetivo puede tener dos acepciones distintas: opinión pública **matriz** y opinión pública **juicio**; las examinaremos dentro de poco. Entre tanto, para representar ya esquemática-

mente las diversas acepciones de la expresión “opinión pública”, podríamos trazar este cuadro:

1 en sentido subjetivo o personalizado

2 en sentido objetivo (o.p. juicio).

3 en sentido instrumental

Por afán de claridad, dejamos de lado un orden de exposición que no obstante parecería lógico y examinamos en primer lugar la opinión pública juicio. Y, para explicarnos mejor, pongamos un ejemplo.

En una gran ciudad desaparece un niño y, después de una búsqueda prolongada, se le encuentra ultrajado y muerto. Es más que natural que este hecho conmovedor, aterrador y de trágica actualidad, divulgado por la prensa y demás instrumentos de comunicación con amplios detalles, genere una inmediata reacción emotiva en extensísimos estratos de la población de todo el país. Más todavía si el hecho tiene precedentes similares. El hecho compromete y abarca muchos valores: el derecho a la vida, el respeto debido a la adolescencia, la moralidad pública, la seguridad del ciudadano, el orden público, la eficiencia de los servicios de vigilancia, etc. Surgen problemas y polémicas sobre la educación en la familia, en el colegio; sobre los sitios de descanso y diversión de los jóvenes, sobre la prensa, el cine y la representación del delito. Se enciende la polémica sobre los verdaderos o presuntos autores y culpables próximos o remotos del crimen.

Nace, por ejemplo, una fuerte reacción contra la falta de vigilancia de parte de la autoridad pública (especialmente si el hecho no es una cosa aislada), o también una actitud de condena contra ésta o aquella institución (familia, colegio, etc.) incapaces de educar; así mismo un sentimiento de execración contra los ambientes equívocos (droga, juego de azar, homosexualidad, mala vida en ge-

neral). Si por acaso el hecho fuera atribuido -aun como mera sospecha- a un extranjero, un hombre de color o un judío, podrían manifestarse incluso actitudes de xenofobia o de racismo.

Es fácil comprender que si la ocasión próxima del juicio y de la actitud es el hecho en sí, la causa remota es un conjunto de ideas y de sentimientos que ya residían -aun cuando en forma latente- en el público que reacciona.

Suponiendo que se atribuyera una gran responsabilidad a los guardianes del orden y se manifestaran actitudes y comportamientos de acuerdo con esto, es muy probable que ya haya existido un estado de opinión desfavorable a la autoridad, a la que se juzga incapaz de cumplir correctamente con sus deberes; opinión que el nuevo juicio vendrá a reforzar ulteriormente.

En todo caso el juicio ahonda sus raíces en una matriz pre-existente.

La opinión pública (en sentido personalizado), frente a un hecho de actualidad, reacciona por tanto y emite un juicio acompañado de una actitud (del cual se derivará o no un comportamiento concreto operativo) juicio que es calificado como opinión pública.

Se puede hablar, en resumen, de una **opinión pública matriz** y de una **opinión pública juicio**; la primera es causa, la segunda efecto de la primera, aunque a su vez llega a ser causa de otros efectos, sea en el plano operativo (comportamiento), sea concurriendo a alimentar (generalmente en sentido de reforzar) la opinión pública matriz que está en continuo devenir (59).

La opinión pública juicio tiene su configuración determinada propia en razón ya sea del estímulo (suceso, declaración, situación, etc.), que se ha dado a conocer, sea sobre todo en razón del precedente estado de opinión pública (opinión pública matriz) (60).

Y ahora una palabra para aclarar la naturaleza de la opinión pública según que la consideremos matriz o juicio.

Por los modos con que es provocada esta última, y que consiste en la mayoría de los casos en informaciones acompañadas de especiales captaciones (61) capaces de suscitar cargas emotivas (como el miedo, la compasión, el desdén, el orgullo, el resentimiento, el odio, el amor, la generosidad, etc.), la opinión pública juicio a nuestro entender participa -al menos en la gran mayoría de los casos- de la misma naturaleza de la opinión individual: es decir, no tanto juicio formulado sobre la base de un examen crítico por quien está en posesión de suficientes datos para hacerlo, sino toma de posición que implica un fuerte compromiso de parte del individuo, el cual, una vez que ha expresado su opinión, la defiende para defender el propio yo.

Juicio -añadamos, provocado, sobre todo en nuestros días -no tanto por motivos racionales, cuanto por cargas afectivas. Con ésto no queremos ciertamente afirmar que todas las opiniones públicas juicio sean irracionales y erradas (como no son erradas e irracionales todas las opiniones personales) pero es necesario mencionar con Lapierre (62) que una opinión pública (al menos en el sentido que hoy se atribuye a dicha expresión) no es, en los miembros de un grupo, consecuencia de principios establecidos científicamente, conclusión de un razonamiento fundado en un conocimiento objetivo y seguro del asunto.

Lane y Sears en su estudio hablan de **opiniones sin información** y, a propósito de la actitud del pueblo americano frente a sus instituciones políticas, sostienen que ella no se deriva de "un conocimiento civil" de las mismas instituciones, sino "de una lealtad adquirida al ritmo del tiempo para con la sociedad de la cual es miembro: de las preferencias moralizantes de los padres; de un temor a la exclusión y al ostracismo; de una conducta de vida más o menos feliz, de la recompensa a la sumisión, de la obediencia o del

conformismo". Y añade: "Hay más personas que quieren expresar su opinión sobre aquello que el gobierno debería hacer, que personas que sepan decir aquello que está haciendo; lo cual descubre un importante vacío en cuanto a la información.

La cantidad relativamente pequeña de información que posee la mayoría de las personas, significa que muchas de ellas deben decidirse en sus preferencias políticas basándose solamente en simples slogans y en publicidad, dado que para ellas es imposible un análisis más profundo. Y, finalmente, este nivel de información refuerza nuestra insistencia sobre la importancia de las referencias sociales externas en la formación y en el cambio de la opinión. Si una persona es incapaz de decidirse por sí misma, debe apoyarse en ciertas referencias del mundo social, como un líder sindical, un dirigente racial, o la opinión que circula en los establecimientos comerciales o que se manifiesta en la oficina, y especialmente la posición de un partido político" (63).

A fin de conocer y justificar en el plano científico la fuerza que se desprende de la opinión pública tras el impulso de determinados hechos, casi no hace falta decir tal vez que la opinión pública juicio se reparte con la opinión individual sus prerrogativas características: es decir, crea escasa permeabilidad a la experiencia, escasa receptividad, intolerancia y, especialmente actividad motriz. Por lo cual no deberíamos realmente extrañarnos -como nos advierte Miotto- de la posibilidad que tiene la opinión (sea individual o pública) de transformarse en auténtico impulso a la acción (64).

La opinión pública matriz parece ser de naturaleza más compleja (65). En la línea de la definición propuesta por Morlion para la opinión pública en general (66) la indicaremos como aquel "conjunto de las ideas, de los sentimientos, de las tendencias que de acuerdo con determinaciones especiales de las facultades superiores, mueve a un considerable grupo de hombres a reaccionar y actuar de manera idéntica frente a ciertos hechos de actualidad relacionados con los problemas de la vida social".

Pero en este conjunto de ideas, no encontramos solo opiniones. La opinión pública italiana es aquella que no solamente está en función de una serie de opiniones: no será difícil encontrar en la opinión matriz sedimentaciones culturales, religiosas, políticas, (que pueden ser no opiniones, sino conocimientos científicos ciertos) junto con verdaderas y propias opiniones, prejuicios, supersticiones (67).

Ya Le Bon había enumerado entre los factores remotos de las opiniones de las multitudes (y aquí parece que se puede percibir la opinión pública matriz) la raza, las tradiciones, las instituciones políticas, la instrucción y la educación al lado de factores inmediatos que serían las imágenes, las palabras, las ilusiones, las experiencias (68).

Alguien podría objetarnos que no existe una opinión pública matriz; existen ideas, sentimientos, tendencias difusas en este o en aquel grupo o -más exactamente- propios de los componentes de este o de aquel grupo. Pues bien, justamente aquellas ideas, aquellos sentimientos, aquellas actitudes, aquellas tendencias, tomadas en conjunto constituyen un quid unitario que -en conexión con las actitudes colectivas asumidas frente a un hecho que atañe a los intereses comunes- se llama también "opinión pública". Para no confundir este quid con los juicios particulares de opinión pública, lo hemos llamado opinión pública matriz.

Todo cuanto hemos venido exponiendo hasta aquí nos permitirá intensificar con mayor claridad la investigación sobre los medios de influir sobre la opinión pública.

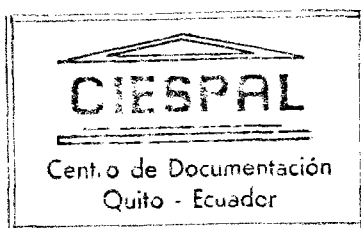
La educación, la instrucción, la información (entendida, ésta última, no como noticia aislada, sino como el flujo de noticias manejadas por los mass-media) no pueden dejar de tener su eficacia sobre la opinión pública matriz.

La propaganda y la publicidad con su lenguaje emotivo soli-

citan una adhesión a su mensaje y registran -inmediatamente- un efecto sobre la opinión pública juicio que puede provocar un comportamiento operativo (generalmente en el seno que quiere el que maneja la propaganda). Solo mediatamente la propaganda y la publicidad podrán actuar -después de mucho tiempo- sobre la misma opinión matriz por efecto de la creación de tendencias.

Las "relaciones públicas", a su vez, tienen eficacia ante todo sobre la opinión pública matriz como conjunto de comunicaciones que, si bien no pretenden promover un comportamiento inmediato en el plano operativo, sin embargo constituyen un incremento de ideas de las que emanará la opinión pública juicio y, -a su tiempo- el comportamiento; pero no hay que excluir que a veces las relaciones públicas con su exposición de informaciones puedan determinar también inmediatamente un juicio de la opinión pública (69).

Es oportuno subrayar aquí la tendencia de aquellos que mantienen el poder para tratar no sólo de obtener determinados juicios del público sobre hechos particulares, medidas, situaciones, etc. (sirviéndose para esto de la propaganda), sino también para plasmar -si fuera posible- la opinión pública matriz, utilizando instrumentos de todo género, desde el colegio hasta la prensa, desde el teatro al cine, a la televisión. En efecto la existencia de una cierta opinión pública matriz es notable garantía de que los juicios y los comportamientos, frente a situaciones o sucesos, habrán de seguir ceñidos a ella, justamente porque la opinión pública juicio tiende a ser (salvo que actúen estímulos que la desvían) conforme con la matriz (70).



CAPITULO III

OPINION PUBLICA, FENOMENO SOCIAL

1- La opinión pública no se concibe sino con referencia a una pluralidad de personas. Mi opinión personal no llega a ser opinión pública, sólo porque yo la expongo en público. No es pública la opinión de un periodista sólo porque la publica en las columnas de su periódico. No puede ser pública la opinión si no tiene como sujeto portador un grupo y más precisamente un público.

Del público como titular de opinión pública hablaremos en el próximo capítulo; aquí tratamos en particular de poner en evidencia las relaciones que existen entre el modo de ser de la sociedad y el modo como se forma, en su seno, la opinión pública, así como de los contenidos que esta última hace suyos.

2- El haber afirmado, que titular de la opinión pública es un público, no significa de hecho que estemos anclados en las viejas concepciones que veían en los grupos (multitudes, masas, público) una realidad que trasciende a los miembros en particular a los que se puedan atribuir alma, inteligencia, voluntad, sentimientos propios. Todo esto ha sido ampliamente descartado -luego de un período de extraña euforia a fines del siglo pasado- por los estudios de psicología social que han profundizado el concepto de interacción.

El hombre en el grupo sufre influjos que cambian, de modo transitorio y a veces permanente sus modos de sentir, de expresarse y de comportarse, exaltando o deprimiendo determinadas facultades o sentimientos suyos: por ejemplo, él puede volverse gregario y por lo mismo menos crítico, aceptando juicios y modelos de

comportamiento sólo porque son ampliamente aceptados por los demás. He aquí como se justifica la afirmación de Albig: “la opinión pública es simplemente las opiniones individuales que resultan de la interacción en torno a un determinado problema, en el seno de un grupo determinado”; o la de Doob, según el cual la opinión pública está constituida “por las actitudes de los hombres reunidos en grupo, en torno a una cuestión central” (71).

Son afirmaciones que, en el fondo, no contrastan con lo que sostiene la mayor parte de los hombres de estudio en esta materia, a saber que la opinión pública, en su conjunto, no corresponde a la suma de opiniones individuales. Y esto por tres motivos:

- a) porque el paso de tantos “yo” a un “nosotros” comporta no sólo una convergencia cuantitativa, sino una modificación cualitativa que encuentra su explicación en el plano psicológico (ejemplo: el fortalecimiento de mi opinión por el hecho de estar sostenida por muchos otros);
- b) porque una misma persona puede tener simultáneamente dos opiniones: “Los dos estadios de opinión pública y de opinión privada coexisten” afirma Stoetzel (72); o al menos pueden coexistir. Es el caso de quien se pronuncia de una manera como ciudadano y de otra como padre de familia. En el primer caso puede estar influido mucho más por la interacción propia del grupo “público nacional”;
- c) porque, muchas veces, la opinión pública no es el resultado de la convergencia de opiniones individuales, preexistentes, sino que nace directa e inmediatamente como la manifestación de un nosotros. Esto es valedero especialmente para lo que nosotros llamamos opinión pública juicio, sobre todo cuando se manifiesta bajo la forma de adhesión simultánea a una propuesta (o a una presión psicológica) más que de una elaboración crítica del grupo.

3- Por el hecho de nacer en el seno de la sociedad como expresión de sujetos colectivos, la opinión pública está condicionada por el modo de ser de la sociedad. Aquella que podrían ser intuiciones, están hoy plenamente confirmadas por los sondeos de opinión que revelan constantemente correlaciones entre estructuras sociales y estructuras de la opinión pública. Dejando para más adelante un examen profundo de la naturaleza y las técnicas del sondeo nos proponemos aquí poner en evidencia las más notables de estas correlaciones.

No puede haber opinión pública, como es obvio, si faltan convergencias conscientes de opiniones acordes y de actitudes acordes en torno a un determinado objeto. Sea la igualdad de opiniones y de actitudes, sea la posibilidad de su convergencia en una o más corrientes de opinión pública se asocian obviamente a una uniformidad preexistente de motivos (conocimientos, modelos de vida, tendencias, necesidades, etc.); tal uniformidad depende a su vez de la semejanza de las condiciones de vida y de la participación, aun informal, de grupos más o menos homogéneos; y la convergencia puede ser consciente sólo cuando se da un estado de suficiente comunicación ya sea interpersonal ya social. Es, pues, evidente la existencia de factores sociológicos que sirven de base a la formación de opiniones personales y, con mayor razón, de la opinión pública.

Están en relación con tales factores sociológicos:

- a) la mayor o menor posibilidad de que sobre ciertos temas nazca **una opinión pública**, o -viceversa- que las opiniones privadas (si existen) no converjan y queden desintegradas;
- b) la mayor o menor posibilidad de que sobre ciertos temas se forme **una máxima concentración** en torno a una opinión (con modestas posiciones de contraste);

- c) la mayor o menor tendencia al fraccionamiento de la opinión pública en muchas corrientes;
- d) la rapidez o lentitud de movilización de la opinión pública;
- e) las tendencias innovadoras o conservadoras de la opinión pública.

Son éstas las principales correlaciones puestas en evidencia por el examen de los resultados de las encuestas doxométricas o demoscópicas. En efecto, cuando las respuestas obtenidas, sobre la base de un cuestionario, de parte de cada entrevistado, se clasifican considerando la edad, el sexo, el nivel de instrucción, la profesión, el nivel económico, etc. de los mismos entrevistados, aparece la interrelación entre estas variables de naturaleza sociológica, por una parte, y los temas de interés no menos que los juicios y las actitudes, por otra.

J.W. Lapierre (73), aun admitiendo que -en esta materia- es imposible enunciar “leyes” científicas, ha intentado formular algunas “hipótesis de trabajo” que tendremos delante junto con las ciudadosas observaciones de A. Girard (74).

3. a - La repartición en el espacio, la densidad, el “habitat” de la población o del grupo objeto de estudio influyen sobre la formación de la opinión pública, en el sentido de que favorecen o no la convergencia de las opiniones privadas en una o más opiniones públicas. De ley general, es más fácil encontrar el estado de opinión pública (antes que disgregación o dispersión de opiniones privadas) sobre las cuestiones más diversas en una población concentrada que en una población dispersa. En efecto en donde los hombres tienen frecuentes ocasiones de reunirse y encontrarse, pueden más fácilmente tomar conciencia de lo que hay de común en sus actitudes y en sus intereses: se realiza así una convergencia de muchas opiniones privadas (iguales o al menos semejantes en su origen) en

una “corriente” de opinión pública. Pero pueden también caer en la cuenta de sus diferencias y divergencias. Es verdad, por lo tanto, que de ley general, la concentración de la población favorece el nacimiento de opiniones públicas, pero esa concentración produce efectos más fuertes en ese sentido cuando se trata de poblaciones sin grandes diferencias culturales, económicas o de clase.

Del tema que aquí nos interesa se ha ocupado Maurice Duverger en su trabajo sobre la introducción a la política; sus consideraciones son plenamente válidas también para la opinión pública: “La distribución de la población en el espacio tiene gran importancia política. En un estudio sobre el Oeste de Francia llevado a cabo en 1913, André Siegfried observaba que las regiones de habitat disperso eran más bien conservadoras y las de habitat aglomerado se inclinaban a la renovación; este fenómeno se explicaba, según él, en el primer caso por el aislamiento de los habitantes y por el consiguiente repliegue sobre sí mismos y sobre sus tradiciones; en cambio en el segundo caso, los contactos más frecuentes permitían una difusión más fácil y más rápida de las ideas nuevas. Este análisis parece válido, no obstante el hecho de que en las pequeñas poblaciones la gente se espía mutuamente y la presión social actúa en sentido conservador. También tiene su importancia la dimensión de los conglomerados rurales: cuando constituyen verdaderas y propias ciudades, como por ejemplo en Italia meridional o en Sicilia, su atmósfera es distinta de la de las pequeñas aldeas del campo. . . . Más importante es todavía la concentración de la población en las ciudades: en el contraste ciudad-campo veía Marx un antagonismo político fundamental; la democracia nació en las ciudades, al tiempo de la polis antigua; a fines de la Edad Media y comienzos del Renacimiento el desarrollo de las ciudades favoreció la expansión de las nuevas ideas; el socialismo encontró en las modernas ciudades industriales su lugar de expansión; los mismos movimientos revolucionarios son fenómenos esencialmente urbanos (los movimientos campesinos son raros y más raramente aún, constructivos)”(75). Hoy día la situación ha sido parcialmente modificada

por la presencia de los medios de comunicación de masa, pero no radicalmente cambiada.

3. b- También el sexo influye en el proceso de formación y en el contenido de la opinión pública. Los hombres no tienen las mismas características psicológicas que las mujeres (por ejemplo: emotividad, imaginación, constancia, etc.)(76), ni los mismos intereses, ni las mismas experiencias (77). En grupos formados sólo o principalmente por hombre con frecuencia se crean imágenes de la realidad, estereotipos y opiniones diferentes de los que surgen en ambientes femeninos. El grado de interés por un mismo tema es normalmente distinto en un ambiente masculino que en un femenino, y así mismo varía también el juicio y la actitud frente a un mismo objeto.

En una encuesta realizada en 1971 por el Instituto Francés de la Opinión Pública (IFOP) acerca de la oportunidad de admitir a la China Popular en la ONU quedó demostrado el evidente mayor interés por el tema en los hombres que en las mujeres. Efectivamente entre los hombres no se pronunció sólo el 21 por ciento, contra el 51 por ciento de las mujeres.

Como normalmente el no tener opiniones sobre un tema equivale a no tener interés por él, se concluye que la porción masculina tiene más interés que la femenina en el problema sometido a la investigación (78).

Análogamente una encuesta llevada a cabo por DOXA a finales del año 1973 sobre el precio de los diarios en Italia demuestra menor interés en las mujeres (no se pronuncia el 37,2 por ciento) que en los hombres (19,6 por ciento) (79).

A propósito del sexo y de su influjo sobre las opiniones, observamos con Stoetzel y Girard que se trata de un influjo que debe atribuirse más bien a factores culturales que a factores biológi-

cos (80). A medida que la cultura femenina se aproxima a la masculina (por razones de estudios, de profesión, de responsabilidad política, etc), las diferencias de opinión tienden a atenuarse y, en ciertos campos, a desaparecer.

3. c- La edad es otro factor que actúa sobre los intereses y las actitudes y por lo mismo sobre el proceso de formación y sobre el contenido de la opinión pública. Jóvenes y ancianos no tienen las mismas experiencias ni las mismas aspiraciones y perspectivas; además han vivido en contextos sociales y culturales distintos. Esto ha venido acentuándose en los últimos decenios con el cambio muy rápido de la sociedad. Los ancianos, si ya han comprometido la propia personalidad en el pasado al manifestar de palabra o con su comportamiento, sus opiniones personales o su adhesión a ésta o aquella corriente de opinión pública, tienen cierta dificultad en cambiar sus juicios y actitudes. Son por lo mismo tendencialmente más conservadores y más reacios a los cambios. Los jóvenes no tienen especial demora en asumir actitudes nuevas: en el seno de un grupo formado principal o exclusivamente por jóvenes es también más rápida la movilidad de la opinión pública. Los portadores de ideas o de tendencias nuevas hallan más rápidamente acogida y dinamismo entre los jóvenes. Es, pues, lógico que la propaganda de todo género apunte especialmente a los jóvenes.

Se observa finalmente que “por lo general, cuanto más se avanza en edad tanto más las actitudes se aproximan a las actitudes femeninas: disminuye el grado de información, la indecisión aumenta, se debilita el interés político”. Por otra parte “el significado del voto basta para mostrar claramente tendencias más conservadoras entre los ancianos, tendencias de las cuales sería difícil decir si están ligadas más al estado social que aquellos han alcanzado o a reacciones afectivas” (81).



3. d- Es obvio desde luego que el ambiente cultural condiciona la opinión pública. Los modelos de vida, las instituciones y por ende la cultura en su conjunto presuponen o comportan la aceptación de valores -a veces absolutamente fuera de discusión (tabú)- que limitan el campo de lo opinable y predeterminan ciertas actitudes de todo un grupo que participa de una misma cultura. Piénsese, por ejemplo, en la opinión pública japonesa (poco menos que monolítica en torno a valores político-religiosos) hasta la Segunda Guerra Mundial. Por lo demás en el ámbito de una misma zona cultural tienen efectos sobre la opinión pública incluso las subculturas. Piénsese en las subculturas agrícolas, o de montaña, o de ciudad; en la subcultura de un ambiente de obreros o de estudiantes, de empleados o de militares.

3. e- **A diferentes niveles de instrucción** corresponden generalmente diferentes modalidades de la opinión. Recordemos ante todo que el analfabetismo ha excluido (y en donde existe, excluye todavía) importantes masas de ciudadanos de la participación en la formación de la opinión pública, manteniéndolas extrañas a toda información escrita y a toda conversación de contenido poco más que elemental. El examen de las opiniones expuestas, cuando se clasifican según el grado de instrucción, pone en evidencia una diferenciación de juicios y de actitudes (82).

3. f- **El nivel económico y la pertenencia a diferentes clases sociales** influyen decididamente sobre la opinión pública. Los contenidos de la opinión pública de un país o de una zona subdesarrollada están condicionados por el mismo subdesarrollo: limitación de temas, presencia absorbente de problemas relativos a las exigencias económicas, constante dialéctica frente a los países o zonas desarrolladas. Hay además, como es conocido, una relación entre opinión pública e información y por tanto estructuras de información. Ahora bien, éstas y la consiguiente cantidad de informaciones disponibles están en razón directa con el desarrollo económico:

A un bajo nivel económico - por motivo de las dificultades económicas para invertir en instalaciones y equipos de información y especialmente de telecomunicación- corresponde una insuficiente información publicitaria; los temas de opinión son reducidos, escasean las condiciones para una convergencia de actitudes y de opiniones.

En lo que se refiere a las clases, “el sentimiento de igualdad de condiciones económicas, o, si se quiere la conciencia de clase, será más fuerte en los grupos menos acomodados, en la medida en que el concepto de clase ha llegado a ser instrumento de lucha y de reivindicación. . . Las preferencias ideológicas y la afiliación política dependen en gran medida de la pertenencia a un grupo socio-profesional. Por regla general, y para emplear los clichés de derecha e izquierda, hay más obreros en la izquierda y en la extrema izquierda, mientras que en la derecha y en la extrema derecha hay más “cuadros”, industriales, profesionales” (83), si bien éstos con frecuencia en vez de llamarse de derecha prefieren definirse como de centro.

Esto no quita que la afirmación según la cual la opinión pública no sería sino la expresión de clase (en realidad puede serlo muchas veces, pero no siempre lo es) deba rectificarse en el sentido de que la pertenencia a una categoría social no influye como una determinante, sino como una probabilidad (84). Recuérdese también, en fin de cuentas, que la conciencia de clase es en sí misma un fenómeno de opinión pública (85).

3. g- No deja de tener efecto la participación en uno o más grupos sociales y el grado de integración en el grupo o en los grupos.

En un determinado grupo, los miembros están ligados unos a otros e integrados en el grupo por una urdimbre de relaciones so-

ciales de diverso tipo, algunas de las cuales son más favorables que otras a la formación de opiniones públicas.

Distinguiendo, según Gurvitch (86) estas tres formas de participación y de integración de los miembros en la unidad colectiva (sociabilidad de masa, sociabilidad de comunión, y sociabilidad de comunidad) podemos observar que las opiniones públicas son más pasivas en las agrupaciones de sociabilidad de masa dominante, más activas en aquellas en que domina la sociabilidad comunitaria o inclusive la comunión.

Pero la formación de una opinión pública en un grupo o en una población depende mucho también de la estructura del grupo, de su infraestructura económica, y de su superestructura cultural, de su integración en una sociedad más amplia, que también tiene su estructura.

Así los miembros de una misma clase tienden a asumir las mismas actitudes, a expresar las mismas opiniones, al menos en la medida en que tienen conciencia de pertenecer a una misma clase.

El ciudadano no es el hombre de una sola agrupación, ni de una sola cultura. Vive en una sociedad diferenciada y es miembro de muchos grupos diferentes.

Esta pluralidad de participación social es poco favorable a la formación de una opinión pública unitaria, a menos que las diversas agrupaciones estén todas integradas en una sociedad global y por consiguiente ligadas en una conformidad común. Tal es el caso, podemos añadir, de las eventuales pluralidades organizativas en los países totalitarios, en donde, sin embargo, queda un subfondo de pensamiento común determinado por la línea política del régimen y controlado ya sea a través de la propaganda, ya a través de la normal vigilancia ideológica manejada generalmente por los órganos del partido dominante.

3. h- Hay que mencionar también el régimen político entre los factores condicionantes de la opinión pública. Esta en los regímenes totalitarios no es la expresión de juicios y de voluntades que van de abajo hacia arriba; dicha expresión en estos regímenes está formada según el querer de quien detenta el poder político, como consenso obtenido a través de todas las formas de persuasión. En los regímenes totalitarios la formación de la opinión pública es oficio fundamental del estado (o del régimen, o del partido único) que para tal fin monopoliza la información, la propaganda y cualquier otra actividad que directa o indirectamente contribuya a la creación de estados de ánimo colectivos. En estos casos no se puede hablar, ni siquiera impropriamente, del “cuarto poder” del que sería titular el público frente al estado.

Por el contrario, -al menos en teoría- en los regímenes democráticos la opinión pública domina la vida política. Esto requiere una auténtica libertad de información y discusión y la posibilidad real (no el simple derecho) de todos los ciudadanos de ser informados adecuadamente (87).

3. i- Como conclusión de las observaciones hechas anteriormente creemos oportuno reproducir los resultados de un sondeo llevado a cabo por el Instituto Francés de la Opinión Pública: la diversidad de opiniones según algunas variables sociológicas fundamentales queda claramente explicada por la encuesta realizada por el IFOP a cargo del “Nouvel Observateur” a propósito de la severidad de la policía en Francia (SONDAGES 1971, n. 1-2).

SEVERIDAD DE LAS FUERZAS DEL ORDEN (88).

Solo una persona en diez considera a la policía demasiado severa en conjunto; más de cuatro sobre diez son favorables a una severidad mayor. Se trata sobre todo de la actitud de las fuerzas del

orden frente a las organizaciones de izquierda, sobre la cual la opinión manifiesta un matiz adicional: una tercera parte se muestra propensa a una mayor severidad.

Casi una de cada dos personas (44 por ciento) valora el hecho de que globalmente la policía no es suficientemente severa.

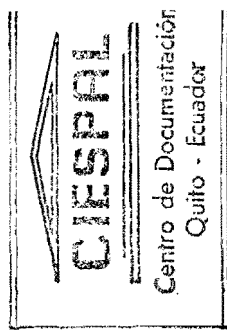
Cuanto más alto es el nivel de instrucción que se tiene, cuanto más grande la ciudad en donde se vive, y cuanto más se vota a favor de la izquierda, tanto más se juzga que las fuerzas del orden son demasiado severas.

La indecisión crece al apreciar el comportamiento de la policía frente a los miembros de las organizaciones de izquierda: más de un tercio no se pronuncia de hecho, y la proporción de los que juzgan a la policía como demasiado severa oscila entre el 44 por ciento y el 33 por ciento.

Actualmente, cuál sería vuestra respuesta? Que las fuerzas del orden en su conjunto son demasiado severas? No suficientemente severas? O que son lo que se quiere que sean? Y por lo que se refiere a los miembros de las organizaciones de izquierda?

26 de octubre - 2 de noviembre

	1970	
	En su conjunto	En relación con la izquierda
	o/o	o/o
Demasiado severa	9	12
Justamente lo que se desea	32	18
No suficientemente severa	44	33
Abstenciones	15	37
	100	100



	En Conjunto			En relación con la izquierda		
	Demasiado severas	No suficiente-mente severas	Justamente lo deseado	Demasiado severas	No suficiente-mente severas	Justamente lo que se quiere
Sexo	o/o	o/o	o/o	o/o	o/o	o/o
Varones	11	42	35	16	35	21
mujeres	6	46	30	9	31	16
Edad						
de 20 a 34 años	15	38	30	18	28	18
de 35 a 49	8	44	34	12	29	22
de 50 a 64	5	48	33	10	38	16
de 65 y más	4	50	30	5	44	17
Nivel de instrucción						
Escuela elemental	6	47	31	8	33	16
Escuela elemental superior	8	40	42	18	31	24
Colegio medio secundario	11	46	32	12	40	21
Coleg. medio técnico y comercial	10	41	32	14	33	23
Colegio medio superior	21	26	35	32	25	23

	En Conjunto			En relación con la izquierda		
	Demasiado severas	No suficiente-mente severas	Justamente lo deseado	Demasiado severas	No suficiente-mente severas	Justamente lo deseado
	o/o	o/o	o/o	o/o	o/o	o/o
Lugar de vivienda:						
Comunid. rurales	4	44	34	5	33	20
Ciudad o población de:						
menos de 20.000 hab.	7	48	33	14	37	17
20.000 a 100.000 habitantes	9	42	35	9	36	18
más de 100.000 habitantes	9	46	31	15	34	19
Población de París	16	37	29	17	28	17
Preferencias Políticas:						
Partido comunista	19	38	24	30	15	17
Izquierda no comun.	17	38	33	25	28	22
Centro	7	45	29	6	44	19
Republicanos indep.	3	53	34	4	51	20
U.D.R.	3	53	35	4	51	20

Las más de las veces las mismas categorías tienden a considerar a la policía como demasiado severa; las personas con niveles de estudio superior y los electores del partido comunista son todavía más numerosas al juzgar a las fuerzas del orden como demasiado severas más bien que no suficientemente severas en relación con la izquierda. Los electores de izquierda no comunista se distribuyen en igual proporción entre estas dos opiniones.

Este vuelco de la tendencia general en ciertas categorías no existía al tratarse de juzgar la acción de la policía en su conjunto.

4.- La opinión pública es fenómeno social en creciente desarrollo. En tiempos remotos las dimensiones y la fuerza de la opinión pública eran mucho más modestas de lo que son ahora. Grandes estratos de población, privados de información, quedaban ajenos a los problemas que estaban por sobre los propios intereses individuales o de familia; por otra parte, el autoritarismo (bajo la forma de gerontocracia, de monarquía absoluta o de tiranía), presente en casi todos los sectores de la vida en sociedad, dejaba un margen muy modesto de poder a la eventual opinión pública. Incluso cuando se dio paso a regímenes políticos no personales y no autoritarios, se trataba generalmente de oligarquías conducidas con una cierta democracia interna, pero con la exclusión del poder de inmensas masas de pueblo. De manera que solo podía surgir una opinión pública restringida en los ambientes de élites culturales o de poder y -en todo caso- justamente por la falta de comunicación y por la típica organización política, la opinión pública no traspasaba los límites de la "polis" o del Estado.

En la actualidad se han dado condiciones nuevas para que la opinión pública asuma dimensiones y fuerzas cada vez más notables, llegando a afectar a masas cada vez más grandes.

4. a- Hay razones técnicas: consisten ellas esencialmente en el

desarrollo, el perfeccionamiento y la difusión siempre creciente de los instrumentos de información; el hombre actual no solamente recibe noticias que miran a su mundo restringido de conocimientos directos, sino que dispone de informaciones relativas a toda la humanidad (89). Estas informaciones llegan simultáneamente o casi simultáneamente, a masas inconmensurables de personas y utilizan técnicas de atracción y de persuasión cada vez más refinadas.

En estas condiciones se hace más fácil el nacimiento, la difusión y la convergencia de opiniones y de actitudes análogos o incluso idénticos y más fácil también su conjunción en corrientes de opinión pública. Y como las informaciones no respetan las fronteras de los diferentes Estados, nos encontramos hoy día ante corrientes de opinión que podemos sin más considerar como mundiales: pensemos en los grandes temas del desarrollo, del hambre, de la paz, del armamento atómico, etc.

4. b- Concurren al desarrollo de la opinión pública también razones socio-económico-culturales. La alfabetización, por ejemplo, y la difusión de una instrucción de base cada vez más amplia aumenta la posibilidad de que las masas populares se interesen por acontecimientos que durante largos siglos han sido extraños a su atención. La misma socialización, es decir la multiplicación progresiva de relaciones en la convivencia, con varias formas de vida y de actividad asociada, e institucionalmente jurídica, multiplica enormemente las ocasiones de que broten intereses colectivos y por tanto favorece el nacimiento de opiniones colectivas relativas a aquellos intereses, ligadas a la voluntad de llevar adelante los mismos intereses de manera ventajosa.

Además la industrialización y el consiguiente urbanismo ponen en contacto cada vez más íntimo en las grandes fábricas y en los inmensos conglomerados humanos a masas sobre todo de obreros y de empleados que tienen intereses y aspiraciones comunes, análogas condiciones de vida y múltiples ocasiones de reunirse. El paso psicológico de tantos "yo" a un "nosotros" y de tantas opi-

niones individuales análogas a una opinión colectiva tiene lugar sobre todo por efecto de la comunicación y de la interacción. Así se favorece decididamente la formación de la opinión pública.

Ellul, en su estudio sobre la propaganda, hace un agudo examen de las condiciones que hoy día permiten a la propaganda tener una eficacia especial (90). Aquellas observaciones nos interesan además por las relaciones que existen entre propaganda y opinión pública.

Es verdad, no obstante, que la opinión pública -como veremos- no está determinada solo por la propaganda (término, por lo demás, bastante vago), pero es también verdad que ella tiene un peso notable a corto o largo plazo en aquel proceso que hace converger las opiniones individuales en una opinión pública, fundiéndolas en una realidad nueva y distinta de ellas.

Hablando de las condiciones sociológicas de existencia de la propaganda, Ellul observa:

“Para que la propaganda consiga su objetivo, hace falta ante todo que la sociedad responda a un doble carácter complementario: a saber que sea una sociedad individualista y una sociedad de masa. Con frecuencia se tiende a oponer estos dos caracteres, considerando que la sociedad individualista es aquella en la que el individuo se afirma como un valor sobre los grupos, en la que se tiende a destruir los grupos que limitan la responsabilidad de acción del individuo, mientras la sociedad de masa desconoce al individuo y “lo considera como un número”. Pero esta oposición es ideológica, elemental. En realidad una sociedad individualista puede estructurarse solo como sociedad de masa, porque el primer movimiento de liberación del individuo consiste en romper los minigrupos, institución orgánica de la sociedad global. En esta ruptura, el individuo se libera ciertamente de la familia, del pueblo, de la corporación, de la parroquia, de la confraternidad, pero para encontrarse en presencia de la sociedad global, directamente. En conse-

cuencia, el conjunto de individuos, independientes de estructuras locales vivas, no puede ser sino una sociedad de masa, no orgánicamente estructurada. Recíprocamente, una sociedad de masa no puede darse sino sobre la base de individuos, es decir de hombres tomados en su aislamiento y en su recíproca identidad". Y añade Ellul: "El individuo dejado a sí mismo se halla sin defensa, a tal punto que puede verse atrapado en una corriente social, y ésta es la condición más favorable para la propaganda". "Este individuo de masa está en una mayor disponibilidad, está más sometido a la sugestión, es más fácilmente excitable, más pronto a crecer".

4. c- Existen, finalmente, razones políticas. No hay duda de que la idea de la democracia, por su misma naturaleza, que implica la corresponsabilidad de todos los ciudadanos, evoca inmediatamente la idea de opinión pública. Por tanto todo régimen auténticamente democrático, presupone una opinión pública libre y auténtica.

Pero sería un error pensar que en los regímenes dictatoriales no exista la opinión pública. Estará evidentemente muy coartada por todos los medios excogitados por el régimen para obtener el consenso popular. Se tratará de una opinión pública distorsionada por la falta de información o por la profusión de la propaganda oficial. Valga por todos el ejemplo de la Alemania de Hitler en donde el régimen nazi se empeñó con toda su fuerza en crear una opinión pública de incondicional apoyo al propio régimen. Por lo demás el mismo Napoleón decía: "de qué sirve detentar el poder cuando no se tiene consigo a la opinión pública?". No obstante, junto a la opinión pública favorecida (o impuesta) por el régimen puede formarse otra opinión pública imposibilitada de manifestarse a la luz del sol, pero que tiene las características fundamentales de la opinión pública, aun cuando no pueda servirse de instrumentos palpables para darse a conocer.

CAPITULO IV

LOS ELEMENTOS CONSTITUTIVOS DE LA OPINION PUBLICA

1- Demos por cierto que la existencia de la opinión pública requiere la presencia simultánea de los siguientes elementos:

a) Una pluralidad de individuos que opinan o, más exactamente -como veremos- “un público”;

b) la convergencia de juicios y actitudes de dichos sujetos que opinan en una o más “corrientes”;

c) la conciencia de parte de los que opinan de concurrir a la formación de un grupo;

d) un punto de resistencia externo al grupo;

e) el dinamismo.

Mucho más amplia es la lista de las “condiciones” que según Allport se requerirían para poder hablar de opinión pública. Pero desde luego hay que decir que Allport pertenece a la línea de los hombres de estudio -especialmente americanos- que definen la opinión pública como un **comportamiento** o **un segmento del comportamiento**. Pero la opinión (ya sea privada o pública) no es un comportamiento; puede ella conducir a la acción, en cierto sentido es la antesala de la acción; puede ser su causa o una concausa; más aún, muchas veces no se podrá conocer la opinión pública si-

no a través de comportamientos. Pero no es correcto confundir causas con efectos. Con estas premisas, veamos lo que escribe Allport:

“Los fenómenos estudiados con el término “opinión pública” son esencialmente ejemplos de comportamiento en el que se verifican las siguientes condiciones:

- a) Son comportamientos de individuos.
- b) Implican una formulación verbal.
- c) Se adoptan (o las palabras se expresan) por muchos individuos.
- d) Son estimulados por un objeto o una situación conocidos universalmente y se dirigen hacia dicho objeto o situación.
- e) El objeto o la situación es importante para muchos.
- f) Expresan la acción o la disposición a la acción en el sentido de aprobar o desaprobar el objeto común.
- g) Se adoptan frecuentemente con la sensación de que otros están reaccionando frente a la misma situación de manera análoga.
- i) Los individuos que adoptan tales comportamientos o se disponen a hacerlo, pueden estar o no estar en presencia de otros. (Situación de la opinión pública en relación con la multitud).
- j) Pueden incluir contenidos verbales de carácter ya sea permanente o transitorio, que constituyen respectivamente el “material de fondo genérico” y el “alineamiento actual”.
- k) Son esfuerzos realizados en un momento dado para contrarrestar o favorecer una cosa, antes que comportamientos duraderos y coherentes. (Los fenómenos de la opinión pública en contraste con la ley y la práctica).
- l) Tratándose de esfuerzos dirigidos hacia los objetivos de una colectividad, muchas veces asumen el carácter de conflicto entre individuos alineados en posiciones opuestas.
- m) Como comportamientos comunes son suficientemente fuertes y numerosos como para determinar la posibilidad de poder ser eficaces para la consecución del propio objetivo” (91).

Volviendo a nuestra enumeración más sintética, nos parece que cada uno de sus términos merece alguna aclaración.

2- Sujeto portante o titular de la opinión pública no es cualquier pluralidad de individuos, sino más precisamente un público. Antes de examinar más en detalle el concepto de público en relación con la opinión pública, creemos que puede tener utilidad un breve recuento de los términos usados con frecuencia como sinónimos (y no lo son) de público.

a) **Población.** Esta es una expresión del lenguaje estadístico-demográfico y sirve para indicar el conjunto de personas físicas que residen (incluso temporalmente) en un determinado territorio (independientemente del requisito de ciudadanía). La opinión pública sin duda hace referencia a la población (de un Estado, de una región, de un Municipio, etc.), pero las más de las veces no es una expresión que designe a la población entera, sino solo aquella parte que reacciona -no importa si uniformemente o de maneras distintas- frente a ciertos hechos o a ciertas situaciones y se hace portadora de determinados juicios, actitudes y voluntad.

b) **Pueblo.** Como expresión del lenguaje jurídico, constituye el elemento personal de toda comunidad pública. Con referencia al Estado, pueblo es el conjunto de personas físicas que tienen la ciudadanía del Estado. Hablar de opinión pública de un pueblo es algo impropio.

c) **Electorado.** El conjunto de personas que tienen derecho al voto. Es un "corpus", un "cuerpo" formal que se expresa formalmente con el voto: no coincide con el pueblo, ni con la población, ni, como lo veremos, con el público. La voluntad expresada en una consulta popular (o, más exactamente, electoral), aunque esté bajo el influjo de la opinión pública, no puede coincidir con ésta; y esto por el hecho de que el electorado no coincide ni jurídicamente ni de hecho con el público de la opinión pública. Por ejemplo, en Italia los menores de edad que a pesar de serlo pueden partici-

par en la formación de la opinión pública, no pueden participar en las votaciones. Habilidad jurídica para el voto y capacidad de participación en la opinión pública no coinciden de hecho y, en todo caso, recuérdese que la formación de esta última tiene lugar fuera de todo esquema formal, mientras que sucede todo lo contrario en tratándose de las votaciones.

d) **Multitud.** Otra expresión que suele usarse cuando se trata de fenómenos colectivos. A finales del siglo pasado y comienzos del nuestro, se discutió mucho a propósito de multitudes, masas y público, pero a menudo faltó una univocidad al atribuir el significado relativo a estas expresiones. Ya hemos hecho alusión (ver pág. 20, n. 1) a los estudios de Tarde, Le Bon, Sighele, Reiwand y otros. Es constante en estos autores la confusión entre multitudes y masas; unas y otras estarían formadas por elementos heterogéneos, estarían caracterizadas por una marcada inconciencia (con apertura a la criminalidad), y por la consolidación de un sujeto colectivo que trasciende a los individuos, por lo cual en aquellas obras se habla muchas veces de alma colectiva, de inteligencia o de conciencia de la multitud. Pero la civilización lleva a cabo una lenta pero constante obra de transformación de las multitudes en públicos. “La multitud es una colectividad bárbara y atávica, el público una colectividad evolutiva y moderna” (Sighele). “Por la sola razón de formar parte de una multitud organizada, el hombre bajo varios grados en la escala de la civilización; aislado es tal vez un hombre culto, en multitud es un bárbaro, es decir un instintivo” (Le Bon). Pero recordemos que para Le Bon “por el mismo hecho de que cierto número de individuos se encuentren reunidos, ya constituyen una multitud y entonces, aun cuando individualmente fueran grandes sabios, asumen todas las características de las multitudes. . . .”.

Qué entendemos nosotros por multitud?. Un grupo de personas numeroso, informal, transitorio, generalmente heterogéneo, formado por individuos ocasionalmente reunidos físicamente en un

espacio determinado y animados de análogos intereses y análogas intenciones. Algo muy diverso tanto de la masa como del público, según lo veremos.

Alguien atribuye también a la multitud la capacidad de ser titular de una opinión pública; esto nos parece probable solamente cuando la multitud no es sino la expresión (aun cuando tan solo contingente y transitoria) de una masa más amplia. Un linchamiento o una irrupción violenta llevada a cabo por una multitud son de hecho un comportamiento de un grupo que generalmente se entiende esta sostenido por un grupo más amplio portador de la misma opinión pública en la que se inspira la multitud.

e) **Masa.** El concepto de masa, si no está clarificado, causa fácilmente confusiones ya en Sociología ya en psicología social. En efecto, mientras se acepta universalmente el aspecto cuantitativo (un número grande o sumamente grandes de personas) se manifiestan divergencias acerca del aspecto cualitativo sea de los componentes individuales, sea de su conjunto. “La discusión y el análisis del fenómeno de las masas -observa Alberoni- comenzaron en el siglo pasado (92) y fundamentalmente hay que recurrir por un lado al aumento de la población, y por otro, a la destrucción del viejo sistema social preindustrial y a las dificultades que traía consigo el nacimiento del nuevo sistema. Es decir que el concepto corresponde a la apreciación de la desintegración de un conjunto articulado y diferenciado y a la intuición de la importancia, para el quehacer social, de la existencia de muchedumbres de personas con un comportamiento fluido colectivo”. Sigamos el análisis de Alberoni: “La idea de la masa como agregado desorganizado y polimorfo, dotado más bien de inercia que de fuerza dirigida a un fin, está presente ya en Marx (. . .). Las masas son los proletarios no conscientes de la propia clase (. . .). El punto de vista “progresista” de Marx hace, pues, que él tome la masa como algo transitorio en cuyo seno se conforman las orientaciones colectivas”. Después de haber recordado el pensamiento de Le Bon y de Tarde, ya explicados por nosotros, y el no menos conservador y pesimista de Ortega

y Gasset, como también las previsiones de masas fanatizadas y crédulas formuladas por Burkardt, Alberoni sintetiza así las vicisitudes de la expresión "masa": "Hasta el comienzo del siglo XX la expresión masa tiende a designar las nuevas y enormes agrupaciones de hombres anteriormente organizadas en un orden consolidado y que ahora se hacen presentes al quehacer político. Hay quienes tienen esperanzas en estas colectividades y se hacen intérpretes mesiánicos de sus oscuras tensiones, y quienes, angustiados, ven en ellas la manifestación de un principio destructivo. En general todos admiten la conexión entre multitud, masa y violencia.

Con la guerra mundial (. . .) la expresión masa cambia lentamente de significado. Primero designaba algo carente de estructura global, movido por pasiones violentas y violento en su acción. Ahora adquieren importancia cada vez mayor el número y la uniformidad que dimana de la organización. Las masas, organizadas, encuadradas en los ejercicios revolucionarios y en los partidos comunista, fascista, nacional socialista, etc. forman ahora un gran número de personas que han llegado a ser iguales debido a la comunidad de fe fanática producida por la propaganda del partido, y a la disciplina común. Aquí ya no está en juego la desorganización sino la hiperorganización, tampoco la actividad anárquica, sino la absoluta subordinación, ni el exasperado y loco individualismo, sino la desaparición de la individuación en la total subordinación a los jefes.

Después de la segunda guerra mundial -continúa Alberoni- el enorme desarrollo económico, las migraciones del campo a la ciudad, el desarrollo de los medios de comunicación colectiva (sobre todo la televisión y los discos) y el aumento de los medios de consumo privados han evocado otras imágenes de la masa (. . .) lo que más ha impresionado a los hombres de estudio es la ausencia de diferenciación social y cultural y la difusión de modelos de consumo y estilos de vida en sectores amplísimos de la sociedad tradicionalmente diferenciados.

Esta transformación incesante del concepto de masa, y probablemente estamos asistiendo ahora a sus primeras etapas solamente, nos muestra la equivocidad del término, pero nos da al mismo tiempo una idea de su estructura operativa (como operación mental). Cuando alguien usa el término masa designa algo como un conjunto no estructurado, cuya heterogeneidad interna no da lugar a una forma (al menos actualmente). La operación mental es la misma, a saber a partir de la palabra.

De la ambigüedad puesta en evidencia hasta ahora se sigue como lógica consecuencia la ambigüedad de otras expresiones como: sociedad de masa, cultura de masa, comunicación de masa, masificación, etc. En lo que se refiere a la opinión pública es claro que muchos autores excluyen que ella sea expresión de la masa: generalmente porque tienen un concepto totalmente negativo de masa, no rescatable, y consideran la opinión pública como un fenómeno producido por un "público", juzgado como la parte culta, informada y responsable de la población, en neta contraposición con la masa que, por su misma dimensión, comporta heterogeneidad, desequilibrios, mediocridad y tendencia a un gregarismo acrítico.

3- El público de la opinión pública

Aquella pluralidad de personas que es el soporte de la opinión pública se designa correctamente como "público"; en otras palabras, la opinión pública proviene de un público (93). Incluso este término, por su carácter genérico, es utilizable científicamente, solo después de una aclaración previa del significado específico adoptado con relación al ámbito al que se refiere la exposición; por este motivo nosotros vamos a precisar lo que entendemos por público de la opinión pública. Pero antes todavía una observación que atañe (en cualquier nivel y contexto) a la valoración más positiva del término "público" con respecto a cualquier otra expresión que indique pluralidad de personas, como "muchedumbre", "ma-

sa", "multitud", etc. En la connotación del término "público" están generalmente sobreentendidos atributos positivos de conciencia, responsabilidad, capacidad crítica, coherencia, negados por lo general a otros términos que sin embargo designan grupos de personas (94). Así se explican las polémicas de que hemos hablado en la pág. 119 y se explica también, para citar solo un ejemplo, el pensamiento de Mills que ve en la realidad social una "mezcla de masa y de público", pero descubre -no sin aprensión- una transformación del público en masa. Refiriéndose a la situación de Estados Unidos escribe: "Mucho camino se ha recorrido hacia la sociedad de masa. Al final de este camino se encuentra el totalitarismo, como en la Alemania nazi o en la Rusia comunista" (95).

Juzgamos oportuno hacer mención tomándole de Mills -quien no parece apreciar la posibilidad de que una masa se disponga a convertirse en público a través de un proceso de maduración- el paso que trata de la diferencia entre público y masa, justamente porque el autor no hace referencia explícita a la formación del modelo actual de opinión pública. Escribe él: "En el público, a) hay virtualmente tantas personas que expresan opiniones cuantas son las que reciben el impacto de las opiniones de los otros; b) las comunicaciones públicas están organizadas de tal modo que es posible responder inmediata y eficazmente a cualquier opinión expresada en público; c) la opinión formada en dicha discusión desemboca inmediatamente en una acción eficaz, si es necesario incluso en contra de la autoridad; d) las instituciones del ejecutivo no penetran en el público, el cual por lo tanto actúa de manera más o menos autónoma. Cuando se dan estas condiciones se tiene un modelo eficiente de comunidad basada en el público, y este modelo se adapta a los diversos presupuestos de las teorías clásicas de la democracia.

" En la masa, a) aquellos que expresan una opinión son mucho menos numerosos que los que la reciben, por lo cual la comunidad se reduce a una burda cantidad de individuos sujetos pa-

sivamente a los medios de información; b) la comunicación de noticias y opiniones está casi siempre organizada de tal manera que al individuo le resulta difícil o imposible contrarrestarla de inmediato y con eficacia; c) el paso de la opinión a la acción está controlado por las autoridades, que se preocupan de canalizar la misma acción; d) la masa no es todavía autónoma respecto de las instituciones; más bien penetran en ella los agentes de la autoridad, reduciendo irremediabilmente las posibilidades de los individuos de formarse autónomamente una opinión a través de la discusión” (96).

Conviene recordar que el concepto de público cambia en el tiempo. Con referencia a la opinión pública, podemos tipificar, con cierta aproximación, tres modelos de público que se han sucedido en el tiempo:

a) un público relativamente pequeño, más bien orgánico, dotado de cierta cultura, competente o al menos suficientemente informado, interesado (o, de todos modos, no extraño) en las vicisitudes políticas, económicas, culturales; público que no coincide de hecho con una población entera, ni siquiera con la masa, sino que corresponde a la clase burguesa que ha dominado la vida política de las democracias liberales del siglo XIX, o al menos con la parte más responsable de ella;

b) al ampliarse la instrucción obligatoria y la participación popular en la vida democrática, también se amplía un cierto público; se forma una sociedad de masa, más bien desintegrada, con intereses no definidos explícitamente, organizados o expresos. Este público según Mills “consiste en la masa neutral e indefinida en un mundo determinado por intereses muy definidos” (97).

c) un nuevo tipo de público, que potencialmente (pero no siempre) coincide con la masa o con toda la población es el que domina el siglo XX, al menos después de la primera guerra mundial. La idea de masa como agregado desorganizado, polimorfo y

más bien inerte, cede el puesto a la imagen de una masa organizada y superorganizada por la acción política, dominada por la industria cultural y por la publicidad comercial o política, en la que empero el público de la opinión pública está cuantitativamente en aumento.

Ahora bien, si damos por cierto que la opinión pública es un "producto" del público, es evidente que al cambiar cuantitativa y cualitativamente las características del público, no pueden menos de cambiar el "tipo" y las características de la opinión pública. A no ser que, con Habermas y otros autorizados hombres de estudio, se prefiera reconocer como opinión pública exclusivamente la opinión de un solo tipo, como lo veremos.

Al primer modelo de público corresponde una opinión pública de una minoría cualificada: a ésta se refiere, por ejemplo, Romagnosi cuando habla de opinión pública "como fenómeno moral, compuesto de inteligencia y de intereses" (98).

Al segundo modelo se refiere en cambio Mills: "el pueblo, situado fuera de los problemas, pasa a discutirlos, y formula puntos de vista que, una vez organizados, pasan a confrontarse. De esta confrontación sale "vencedor" un punto de vista. Entonces el pueblo pasa a poner en práctica la opinión que prevalece o encarga hacerlo a sus representantes, los cuales obedecen prontamente". Pero añade en seguida que "una descripción como ésta tiene más de bella fábula que de aproximación a la realidad" (99).

Con relación al tercer modelo, Habermas -con un juicio netamente pesimista- niega que hoy exista una opinión pública, porque actualmente es la expresión no de un público crítico, que discute acerca de lo que es mejor y lo que es verdadero, sino de una masa receptiva y que aclama aquello que le es inculcado con las técnicas de persuasión (100).

Examinemos ahora con más detalle el término “público”:

a) el **público** (no obstante la aparente contradicción) no es sino un conjunto (ni orgánico ni formal) de individuos **privados**, considerados en particular como opuestos o contraparte de lo que es público (poderes públicos, autoridad pública, servicios públicos, espectáculos públicos, etc); de hecho el público no coincide ni con el pueblo, ni con la población, siendo en realidad una parte de ella, a saber aquella parte que se interesa en un hecho, una situación, un servicio, etc., y asume juicios, actitudes y aun comportamientos. Cuando los individuos privados tienen conciencia de formar aquel tipo de grupo que se llama “público” se autoinvisten (fuera de todo esquema jurídico) de una función pública que trasciende a sus personas, ejerciendo una presión que no tiene importancia jurídica, sino moral y política.

b) El público es una **agrupación informal y elástica**. “Nos referimos al público -observa Blumer- como a una agrupación colectiva espontánea y elemental, en cuanto que comienza a existir no como resultado de un proyecto, sino como reacción natural ante un cierto tipo de situaciones. Que el público no exista como grupo preestablecido y que su comportamiento no esté prescrito por modelos culturales o tradiciones, lo dice el hecho mismo de que su existencia se basa en la presencia de un problema. De acuerdo con el problema varía el correspondiente público (. . .) el público es una agrupación natural, no convencional, espontánea y no preestablecida” (101). Pero parece que a Blumer se le escapa el influjo de las técnicas de persuasión en la formación de los grupos de opinión. Bastará recordar aquí el pensamiento de Miotto que define la propaganda como la técnica capaz de crear grupos de estructura psicológica unificada (102).

Aun cuando la opinión pública esté muchas veces requerida y sostenida por grupos formales e institucionalizados (103), no es correcto hacer coincidir, por ejemplo, la opinión pública estudiantil con la opinión sostenida por una u otra organización de estudian-

tes, como tampoco la opinión de los obreros con la opinión de un sindicato o de una coalición de sindicatos. No hay opinión pública sin convergencia de parte de los individuos, pero tal convergencia está totalmente desvinculada de participaciones formales en grupos organizados; se puede afirmar que ella es la expresión de un grupo informal en continuo devenir. A este respecto no carece de significado la clasificación común entre algunos partidos y movimientos entre militantes, adherentes, simpatizantes: estos últimos, aunque sin ningún lazo formal, participan con los militantes y los adherentes en la formación de una misma corriente de opinión pública y concurren a constituir su propia fuerza (incluso, cuando es el caso, con el propio voto político).

Notemos además que los especialistas en psicología social están en gran parte acordes en reservar la expresión "opinión pública" a las convergencias de opiniones que sean resultado de una interacción al interior de un grupo no calificado como grupo primario, entendiéndose por grupo primario aquel cuyos miembros viven en contacto directo, como una familia, un convento, un círculo recreativo, etc. La opinión pública, afirman ellos, no puede menos de referirse a grupos secundarios, en los cuales los miembros no tienen contactos directos, sino indirectos por medio de los instrumentos de comunicación colectiva (104).

c) Podemos hablar también de un público ocasional y de un público relativamente estable. Para algunos el primero puede reducirse a la multitud, a la cual, sin embargo, no nos parece pueda atribuirse una efectiva capacidad de expresar una opinión pública (juicio) especialmente si la multitud carece de una común opinión pública matriz. Para nosotros al contrario, un público ocasional ya tiene mayor consistencia que una multitud cuyas características son la impulsividad, un elevado grado de falta de responsabilización, poder crítico tendiente a cero, etc. en relación con la situación física de hallarse "hombro con hombro".

El público, aun cuando sea sólo relativamente estable aparece

como sede más idónea de opinión pública, en cuanto que es capaz de una elaboración siquiera sea meramente elemental de juicios que no sean meras “reacciones” emotivas.

La distinción entre los dos tipos de público parece referirse más al objeto de la opinión y a la actitud: un solo problema en el primer caso, una complejidad de problemas o una ideología entera en el segundo.

d) No todas las personas que forman parte de un mismo público participan en él con la misma intensidad ni aportan el mismo grado de dinamismo. La observación es obvia a tal punto que parece trivial mientras se permanece en el campo de lo genérico. Pero por lo que se refiere al público de la opinión pública han profundizado en su estudio específico treinta años hace Lazarsfeld, Berelson y Gaudet y lo han desarrollado sucesivamente otros, entre ellos Katz. Se trata de los estudios sobre los líderes de la opinión, “opinión leaders” como personas particularmente capaces de influir en las actitudes y la selección de otras personas, y que cumplen en especial funciones de coordinación entre las comunicaciones de masa y el propio ambiente humano de trabajo y de vida. Podemos por tanto hablar también en el campo de la opinión pública, de sujetos activos y de sujetos menos activos o incluso pasivos.

“En el curso del estudio sobre la campaña electoral presidencial de 1940 se vio claramente que ciertas personas en todos los estratos de una comunidad cumplían funciones de coordinación en la comunicación de masa de las noticias sobre elecciones y del influjo sobre el voto.

“Se llegó a este “descubrimiento” cuando se comenzó a ver que la radio y las páginas de prensa parecían tener sólo efectos intrascendentes sobre las decisiones de votación. (. . .) Se pensó en dedicar especial atención a aquellos que habían modificado la decisión de su voto durante la campaña electoral. Pidiéndoles que in-

dicaran lo que había contribuido a su decisión, respondieron: “Otras personas”. (...) Cada una de las personas parecía haberse movido a votar en el mismo sentido en que votaban sus colegas o vecinos. (...) Los datos indicaban así mismo la presencia de personas que ejercían una influencia desproporcionadamente grande en las decisiones de la votación de sus propios colegas. Se podía ver además que estos líderes de la opinión no correspondían realmente a las personas que tradicionalmente se consideraban como las poseedoras de influencia. Los líderes de opinión parecían en efecto estar distribuidos en todos los grupos ocupacionales y en todos los estratos sociales y económicos.

“El interrogante que se presentaba luego era bastante obvio: quién o qué cosa ejerce influjo en los individuos dotados de influencia? Aquí entraban en escena los medios de comunicación de masa. Los líderes de opinión declaraban en efecto en medida muy superior a la de los no líderes haber recibido influjo de los mass media. En este punto surgió la nueva idea de las dos fases del flujo de la comunicación. En pocas palabras se trata de lo siguiente: las ideas parecen pasar con frecuencia de la radio y de la prensa a los líderes de opinión y de éstos a los sectores menos activos de la población” (105)

e) Hay que notar que una pluralidad de opinantes -aun cuando sea de grandes dimensiones- no es siempre portadora de opinión pública: las opiniones pueden permanecer a nivel privado. En tal caso no nos parece exacto hablar de público. A este respecto basta con remitirnos a lo que ya quedó aclarado en las páginas 42 y 43, en el párrafo 4).

f) La relación entre público de la opinión pública y clases sociales ha sido ya objeto de atención en las páginas 98 y 99.

Como una ulterior aclaración, tomando en consideración nuestro país, podemos afirmar:

- 1) el público de la opinión pública italiana no corresponde a todo el pueblo italiano, sino a aquella parte suya que es sensible y reacciona ante ciertos problemas;
- 2) tratándose de cada una de las cuestiones de interés nacional el público de la opinión pública italiana no es siempre el mismo (pudiendo cada una de las cuestiones interesar o no a ciertos grupos) y no se divide siempre de la misma manera. Como ejemplo, la división en diferentes corrientes respecto del divorcio o del aborto no corresponde a la división en corrientes respecto de la adhesión a la NATO o al CEE o a la desmilitarización de la policía;
- 3) las centrales de propaganda tienden a polarizar y consolidar adhesiones de públicos estables con los cuales poder contar en las diferentes ocasiones, pero, no obstante esto;
- 4) la opinión pública continúa en poder de públicos más o menos fluctuantes y en continua descomposición y diferente recomposición;
- 5) un proceso de rigidez en tales públicos puede revelar la existencia de acciones masivas de persuasión y de creciente dirección foránea de las masas con graves riesgos para toda forma de verdadero diálogo y por tanto de auténtica democracia.

5- La convergencia de juicios y de actitudes uniformes

Elaborando los datos de las encuestas de muestreo de opinión, podemos representar la articulación de las opiniones de una colectividad dada con un gráfico en forma de tubos de órgano, es decir con una serie de columnas adosadas unas a otras, a cada una de las cuales corresponde una modalidad de opinión; la altura de cada columna indicará el número (eventualmente en porcentaje) de las frecuencias registradas correspondientes a cada modalidad

de opinión. Cuando subsistan las otras condiciones de las que se habla en este capítulo, cada una de las susodichas columnas puede considerarse como una corriente de opinión pública y el conjunto del gráfico como la opinión pública -en su conjunto- de la colectividad tomada en examen. Surge, pues, la necesidad de una convergencia de actitudes y juicios uniformes. De qué dependen la uniformidad y la convergencia de que hablamos?. Teniendo presente lo que ya se dijo en el capítulo III, de la página 89 a la 107, es preciso añadir las siguientes observaciones:

a) La compatibilidad o lealtad de grupo favorecen también la uniformidad de juicios y actitudes entre los miembros de un mismo grupo: así es muy probable que los miembros de un mismo partido, de una misma asociación o de un mismo club expresen juicios idénticos o análogos sobre personas o hechos y situaciones de actualidad. Sin embargo quisiéramos hacer notar aquí que entre una corriente de opinión pública y un grupo formal (como los que acabamos de citar) no hay total coincidencia sino como excepción del todo casual;

b) casi no hace falta recordar que los grandes medios de comunicación colectiva, por la amplia audiencia de que goza cada uno de ellos, por el poder de sugestión y persuasión de que se sirven, favorecen -a plazo más o menos largo- la convergencia del público hacia las ideas, los juicios, las actitudes de los cuales los mismos medios se hacen expresión eficaz (106).

6- La conciencia de los opinantes de ser un grupo (107).

Puede suceder, en hipótesis puramente teórica, que en el seno de una colectividad cualquiera un número considerable de personas tenga las mismas ideas, nutra las mismas opiniones o actitudes y, a pesar de esto, no nazca de ahí una opinión pública. Esto podría verificarse cuando cada una de aquellas personas no esté al corriente de que también muchos otros se hallan en las mismas posi-

ciones. En otras palabras tendremos una pluralidad de individuos que opinan, pero sus opiniones seguirían siendo opiniones privadas porque faltaría la conciencia de aquellos de ser un grupo. Faltaría el paso de una pluralidad de muchos o muchísimos “yo” a la unidad del “nosotros”. Si falta la certeza de una convergencia falta lógicamente la fuerza que deriva de la certeza de que existe un núcleo de hombres capaces de sostener **todos juntos** la propia posición. Permítasenos una comparación: una cantidad, aun notable de limaduras de hierro no tiene ninguna consistencia; pero si un agente externo (el calor) actúa sobre las limaduras éstas se convertirán en un trozo único de hierro con una consistencia que no tenía antes. ¿Cuál podría ser el agente que determina el paso de una inconsistente pluralidad de opiniones privadas a una sólida opinión pública? Creemos nosotros que tal agente es de manera especial la información: la información crea un aglutinamiento de opiniones individuales (iguales entre sí) y determina en cada uno de los opinantes la conciencia de formar parte de un grupo (aunque informal) que tiene su propia fuerza de presión en la realidad social.

Esta observación nos parece importante para comprender las funciones de la información en la formación de la opinión pública; efectivamente la información no ofrece al público tan sólo la ocasión de conocer hechos para pronunciarse sobre ellos, sino también la ocasión de reconocerse en ésta o aquella opinión, en ésta o aquella actitud que la información misma está en capacidad de solicitar; así se pasa de una coexistencia de iguales opiniones individuales a un estado de opinión pública.

7- Un punto de resistencia

“No se habla de “opinión pública” cuando hay una total comunión de ideas. No habría interés en afirmar que la opinión pública se pronuncia contra los terremotos, al incesto o la poliomielitis. . . Existen ciertamente, en toda sociedad, tabús insuperables, dogmas rígidos, a propósitos de los cuales no se puede usar la

expresión opinión pública sino a condición de juzgar desde fuera, es decir precisamente desde un ambiente en el cual este tabú no tiene la misma fuerza.

“Para que se pueda hablar verdaderamente de opinión pública, es necesario que haya una resistencia eficaz o, por lo menos, posible.

“Esta resistencia, esta oposición originan con mucha frecuencia el Gobierno, el Parlamento o las autoridades. En todo caso se trata de vencer su inercia, de estimular sus energías, solicitadas de tantos lados. Es sabido que una corriente de opinión se puede manifestar contra una potencia extranjera, con la cual el Gobierno ya está en dificultades, pero con la cual no quiere romper relaciones de un modo demasiado violento” (108).

Es, pues, evidente que no hay opinión pública que no reclame el allanamiento de dificultades o de resistencia. Y de esta situación nace una fuerza defensiva u ofensiva. Una hipotética opinión que no tiene que luchar contra ninguno no es una “opinión pública”. Podremos decir por tanto, que el dinamismo de la opinión pública nace a causa de un contraste; dinamismo que puede ser incrementado por toda suerte de intervenciones de naturaleza propagandista.

8. El dinamismo

Aunque no existan pruebas, millones de personas sostienen que Homero fue ciego. ¿Quién tendría el valor de sostener que por este motivo existe una corriente de opinión pública sobre la ceguera del poeta griego?. Se trata indudablemente de una opinión difundida ampliamente que se debe llamar mucho más correctamente **opinión común**.

Existen millones de personas que toman como cierta la existencia de platillos voladores y se interesan vivamente en ellos ya sosteniendo que se trata de instrumentos de espionaje o de guerra, ya pensando que pueda tratarse de seres extraterrestres que toman contacto con nuestro mundo. Estamos en este caso frente a una simple opinión común o algo más?

A la opinión común le falta el elemento “dinamismo” propio y esencial de la opinión pública; en otras palabras, las ideas en la opinión pública, no se viven friamente, sino que -por su actual vinculación con el interés del grupo- se viven apasionadamente: las cargas emotivas provocadas por ciertos hechos o por la presentación de los mismos, muchas veces adquieren potencialidad o llegan a exasperarse con el uso de las técnicas de propaganda (109).

Cuando se habla de dinamismo de la opinión pública se entiende la aptitud natural para asumir actitudes y comportamientos en el plano operativo por parte de quienes saben (o presumen) no estar aislados, sino formar con otros -muchos otros!- un grupo: esto acrecienta la confianza, quita perplejidades y genera dinamismo. Estamos, pues, frente a actitudes de grupo que generan comportamientos de grupo: tal vez no se tomarían dichas actitudes y comportamientos si no se tuviera la certeza de formar parte de un grupo. Pero no basta. Al manifestarse, la opinión pública tiende a imponer también líneas de conducta y tal imposición puede ser reclamada no sólo de palabra, sino con hechos, los cuales, en sí, no son fenómenos de opinión pública en sentido propio, sino consecuencias de la opinión pública (por ejemplo, los movimientos populares).

Podemos, pues, afirmar que en el hombre, tomado aisladamente o en grupo, existen reservas de energía; estas energías se ponen en movimiento no sólo por los impulsos individuales, sino también por impulsos colectivos. Entre éstos, las instancias de la opinión pública.

Más adelante veremos a través de qué procedimientos selectivos la opinión pública o, más exactamente, el público de la opinión pública, toma en consideración hechos e ideas. Pero desde ahora es necesario anticipar que la opinión pública es particularmente sensible a lo que sacude sus sentimientos o excita su fantasía.

Ella rechaza lo ordinario por lo extraordinario, lo abstracto por lo concreto, lo racional por lo emotivo. Examinando bien, esta selección nos indica ya cómo la opinión pública prefiere como objeto propio los hechos a las ideas abstractas y -entre los hechos- los que son capaces de provocar cargas emotivas.

Por ejemplo: un estudio sobre el pauperismo (si bien denuncia el fenómeno en toda su extensión y trata de poner en evidencia, de manera científica, sus causas) no intersará a la opinión pública tanto como una encuesta periodística que expone en detalle la vida de una de tantas familias miserables. El primero es una exposición decididamente dirigida a la inteligencia; es muy improbable -dada su frialdad- que comprometa los sentimientos. El segundo -en cambio- habla -sí- a la inteligencia, pero sobre todo al sentimiento, y la descripción de circunstancias dolorosas, además de la documentación visual, etc. dan ocasión a otras tantas cargas emotivas.

Las expresiones friamente racionales no llegan fácilmente a solicitar un comportamiento operativo. Por el contrario las cargas emotivas casi siempre generan un comportamiento.

Las cargas emotivas y por ende el impulso a la acción adquieren potencialidad en virtud de los fenómenos de sugestión que se presentan no sólo en las multitudes, físicamente reunidas, sino también en los grupos psicológicos (formados por individuos aunque no físicamente reunidos en un mismo lugar, pero que tengan en común -y sean conscientes de ello- determinadas características psicológicas); una especie de contagio psíquico que se manifiesta

de modo bastante acentuado en el fenómeno opinión pública (110).

La propaganda tiene entre sus tareas fundamentales la de unir fuerza emotiva a determinadas ideas generalmente presentadas a través de imágenes, de modo que se obtenga una invitación a la acción dirigida a aquellos a quienes se dedica la propaganda. Dar forma de propaganda al mensaje que se quiere transmitir utilizar las formas que -apoyándose en el sentimiento y en la fantasía- inducen más fácilmente al hombre a un estado emotivo. Los procedimientos son muchos: aquí nos limitamos a recordar solamente algunos (111).

- a) -el uso de palabras capaces no sólo de evocar una imagen, sino también de solicitar una actitud (ej.: primavera en vez de inicio; rocín en vez de caballo; sabihondo en vez de sabio; politicastro en vez de hombre político; libelista en vez de escritor; clerical en vez de católico, etc);
- b) -el uso de expresiones concretas (ej.: los pobres en vez de la pobreza; los Onassis en vez de los millonarios; el Kremlin en vez del régimen soviético, etc.);
- c) -el uso de elementos visuales directos (fotografía, dibujo, cine) o indirectos (narración, novela, etc.).
- d) - el uso de slogans que martillean y obsesionan.

Además la propaganda tendiente a innovar algo que no anda bien, exaspera las sensaciones de disgusto, para provocar una reacción dinámica. “Es necesario volver todavía más dura la opresión real añadiéndole la conciencia de la opresión y volver más vergonzosa aún la vergüenza entregándola a la publicidad” (112).

CAPITULO V

GENESIS DE LA OPINION PUBLICA

1- Se puede hablar de génesis de la opinión pública en dos sentidos: podemos preguntarnos en primer lugar cuándo y en qué circunstancias apareció en la historia de la humanidad el fenómeno social que se conoce con el nombre de opinión pública.

Se trata, en este caso, de un estudio de naturaleza histórica que los hombres de estudio han afrontado siguiendo diferentes criterios, en relación con el significado particular que cada uno de ellos atribuye a la expresión "opinión pública". Así, hay quienes hacen aparecer el fenómeno como muy remoto en el tiempo, y quienes, al contrario, colocan su inicio entre 1600 y 1700; quienes (como Margaret Mead) lo encuentra incluso en los pueblos primitivos (113) y quienes en cambio lo excluyen de ellos.

No entramos aquí en el estudio histórico para el cual no nos consideramos competentes; nos limitamos en esto simplemente a remitir a dos bibliografías: la compuesta por Habermas en el volumen muchas veces citado "*Storia e critica dell'opinione pubblica*" y la compuesta por B. Fay en "*Naissance d'un monstre: l'opinion publique*" también ya citado (v. pag. 31).

2- Hay un segundo modo de situarse frente al problema de la génesis de la opinión pública; se trata de preguntarse a través de qué proceso nace la opinión pública. Más aún, para ser más exactos, debemos hacernos esta misma pregunta con respecto a las diferentes épocas históricas y a los diferentes estadios evolutivos de la

sociedad en cada uno de los cuales podemos encontrar diferentes procesos de formación. Muy justamente Ellul observa en su fundamental estudio sobre la propaganda: “muchas veces se ha afirmado que la opinión pública nace de cambios de opiniones sobre una cuestión controvertida y que se forma por efecto de una interacción entre estas diversas convicciones. Pero la invención de la propaganda destruye radicalmente este esquema de formación”(114). Ellul trata, evidentemente, de dos procesos diferentes: el primero es el característico de una opinión pública elaborada por un público restringido y activo y en el cual prevalece el aspecto crítico (es la opinión de la cual hablan sobre todo los autores del siglo XVIII y XIX); el segundo es el proceso de formación de la opinión pública en nuestros días, sobre el cual tiende a gravitar el aspecto receptivo de juicios y actitudes ofrecidos por la propaganda para obtener adhesiones no justificadas racionalmente.

A finales del siglo pasado J. Bryce describía el proceso de formación de la opinión pública en Inglaterra en su época en un pasaje considerado clásico: “Un hombre de negocios lee en el periódico durante su desayuno los acontecimientos del día anterior. Lee que el príncipe de Bismark ha anunciado una política de protección a la industria alemana, o que Henry George ha resultado Alcalde de Nueva York. Estas afirmaciones hacen surgir en su mente sentimientos de aprobación o desaprobación, que pueden ser fuertes o débiles según sea su predilección anterior por el proteccionismo o contra él, a favor o contra el señor George, y naturalmente según sea su interés por la cuestión.

Aquellas afirmaciones despiertan también una expectativa por ciertas consecuencias que pueden tener lugar.

Ni el sentimiento ni la expectativa, se basan en procesos de razonamientos conscientes (nuestro hombre de negocios no tiene tiempo de razonar durante el desayuno), sino que son simplemente impresiones formadas en ese momento. El hombre va al artículo de fondo del periódico y sus sentimientos y expectativas se confir-

man o se debilitan según que los encuentre compartidos por el que escribe en el periódico. Luego va a la oficina, en el “metro” habla con dos o tres eventuales conocidos y nota si ellos están o no de acuerdo con sus impresiones todavía débiles. En la oficina encuentra a otras personas con quien hablar, otros periódicos que leer; sus palabras siguen influyendo en él y así, durante la tarde comienza a afirmarse en una opinión definida que aprueba o condena las declaraciones del príncipe de Bismark o la nominación del señor George para Alcalde. Entre tanto en la mente de los otros se ha verificado un proceso similar, particularmente entre los periodistas cuya tarea consiste en descubrir lo que piensan las personas.

. . . . Al examinar el proceso según el cual se forma la opinión, no podemos menos de notar qué pequeña parte de la opinión que tiene el hombre medio cuando va a votar, es verdaderamente fruto de su propia elaboración.

Su impresión primera no pasaba de ser débil y tal vez sin forma; su actual determinación y firmeza se deben principalmente a lo que ha oído o leído. Aunque él piense que su opinión es en verdad suya, él la mantiene más bien porque sus amigos hacen lo mismo. Cada cual cree y repite ciertas frases, porque piensa que todos cuantos le rodean también las cree, y de aquello que cada cual cree, solo una pequeña parte corresponde a su primera impresión personal, pues la mayor parte es resultado de la acción y reacción mutuamente entre-mezcladas de una multitud de individuos, en los cuales es pequeño el elemento de pura convicción personal, basada en el pensamiento individual.

La teoría democrática ortodoxa, presume que todo ciudadano tiene o debería tener ciertas opiniones maduras por él solo; es decir que debería tener una opinión definida, capaz de justificarse con argumentos, sobre lo que el país necesita, sobre los principios que deberían ser aplicados para gobernarlo, sobre los hombres a cuyas manos debería ser confiado el gobierno. . .

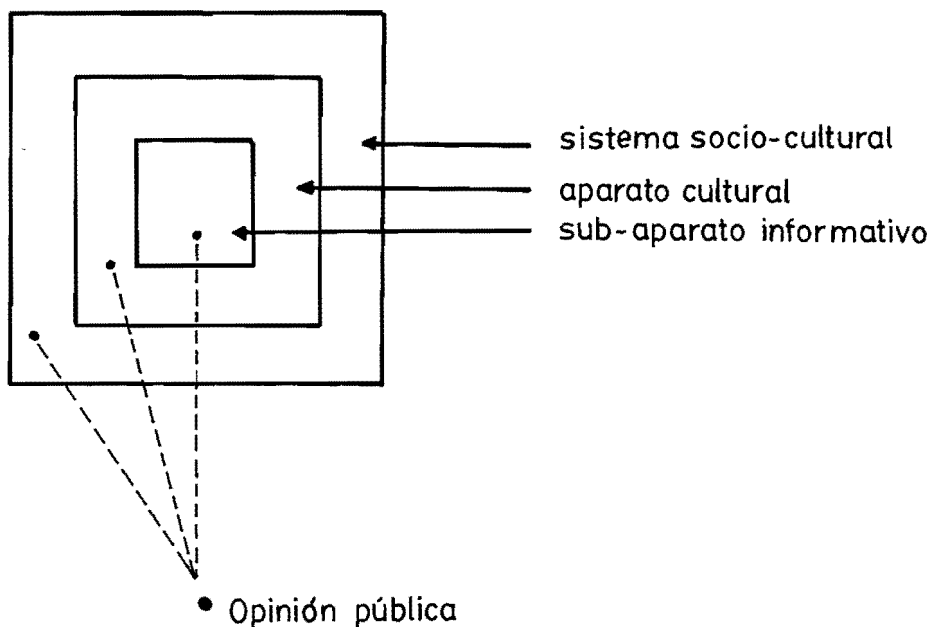
Pero basta hacer la experiencia de hablar a aquel símbolo de opinión pública que los americanos llaman "los hombres de las máquinas" para ver lo uniforme que es la opinión entre todas las clases sociales, qué poco se da, en las ideas de cada individuo, de aquella individualidad que tendrían si las hubiera elaborado por sí solo: qué poca solidez y sustancia hay en las creencias políticas y sociales de 19 personas entre 20" (115).

Un segundo tipo de proceso es el que podemos encontrar hoy día, en presencia de una sociedad cuyos miembros tienen cada vez más necesidad de información y más facilidad de acceso a las fuentes de información, al tiempo que el conjunto de las comunicaciones de masa, concebidas muchas veces con propósito enormemente persuasivos, estimula adhesiones, consensos, aclamaciones mucho más que reflexiones, juicios críticos y cambios de opinión. Nos limitaremos a examinar cuál es normalmente el proceso de formación de la opinión pública hoy en día. La pregunta se endereza a descubrir toda una serie de relaciones (cultura y opinión pública; ideologías y opinión pública; sistemas sociales y opinión pública), pero también una serie de metodologías y de técnicas implicadas en la formación de la opinión pública.

3- La opinión pública nace en el seno de una colectividad, sea territorial (nacional, regional, etc.) sea de categorías (profesional, estudiantil, etc.). El esquema N. 1 pretende poner en claro cómo, dado un sistema que se define por un conjunto de estructuras sociales, políticas, religiosas (que por comodidad llamaremos estructuras socio-culturales) en cuyo interior se articula un aparato cultural (colegios, universidades, asociaciones juveniles, familias, instituciones educativas, religiosas, cine, teatro, radio, televisión, etc.) y un sub-aparato informativo (la red de informaciones interpersonales o sociales), la opinión pública está en estrecha conexión con todas estas estructuras.

Por ejemplo, una información que circula en el país X procede del sub-aparato informativo (ya sea pluralista o de monopolio)

y es interpretada por el público de acuerdo con la base de su cultura que está en estrecha dependencia del aparato cultural (del cual es parte el sub-aparato informativo); todo vuelve a entrar en el sistema que hemos llamado socio-cultural, el cual tiende a condicionar y a dominar el proceso de formación de la opinión pública. Así cuando Hitler quiso modificar radicalmente la opinión pública de su país no se contentó con poner bajo el control férreo del régimen la red informativa (sub-aparato), sino que quiso tener en sus manos todo el aparato cultural, eliminando todo pluralismo y modelando el todo según las exigencias del sistema global socio-cultural proyectado por el régimen nacional-socialista.



Refiriéndonos, por ejemplo, a la opinión pública en nuestro país debemos afirmar que ella se manifiesta:

- a. en relación con los problemas presentados por las noticias que recibe el público (116).
- b. en relación con la valoración que él puede hacer de ellas y de la actitud que puede asumir, en el cuadro de las orientaciones ideológicas difundidas por el aparato cultural:

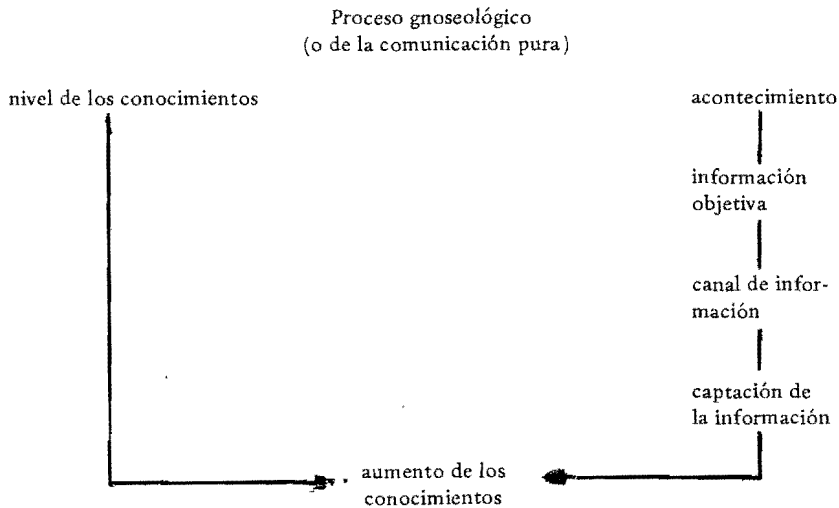
- c. el cual está en estrecha relación con el sistema socio-cultural del que no es sino una articulación (117).

De ahí se deduce que las modificaciones del cuadro institucional tienden a modificar también el proceso formativo y los contenidos de la opinión pública. La metodología de la opinión pública entonces no puede ser considerada sólo como el conjunto de métodos concernientes a la estructura y al funcionamiento de las comunicaciones de masa (como alguien puede estar hoy tentado a pensar), sino que debe tener presente toda la realidad socio-político-cultural de la colectividad tomando en consideración: ideologías, estructuras, instituciones.

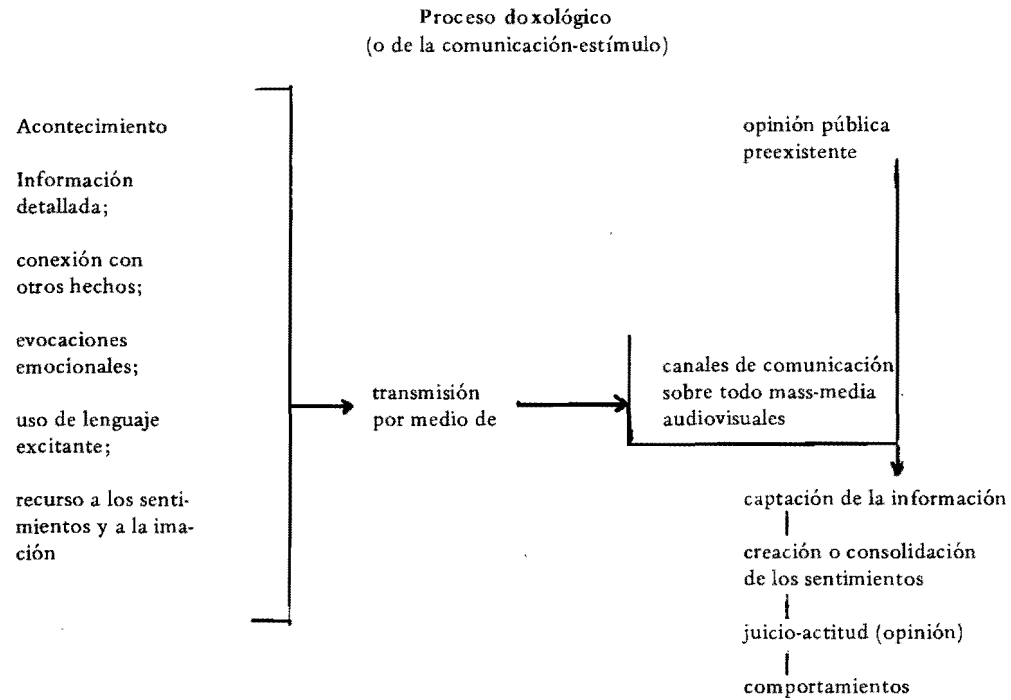
- 4- No puede escapar a nuestro examen el peso decisivo ejercido por los intentos de persuasión que con frecuencia van unidos a la acción informativa. Los dos esquemas siguientes, N. 2a. y 2b, aun con los defectos propios de la esquematización, pueden ayudar a la comprensión de esta realidad: el que quiere simplemente informar, sigue un camino; en cambio el que quiere persuadir sigue otro sendero. Sin embargo no siempre los resultados corresponden a las intenciones: una comunicación meramente informativa en la intención, puede transformarse en algún destinatario en comunicación—estímulo; y, viceversa, una comunicación intencionalmente estímulo, puede no provocar reacciones en tal sentido.

El esquema N. 2a (proceso gnoseológico de la comunicación pura) responde a la hipótesis del que quiera dar comunicaciones puramente informativas. Se aplica también a quien, a pesar de que debe informar acerca de un hecho capaz de crear problemas, tensiones y estados de ánimo individuales y colectivos, no pretende utilizar la información con fines de movilización psicológica. Es un proceso que toma en consideración a los destinatarios individualmente, mucho más que colectivamente.

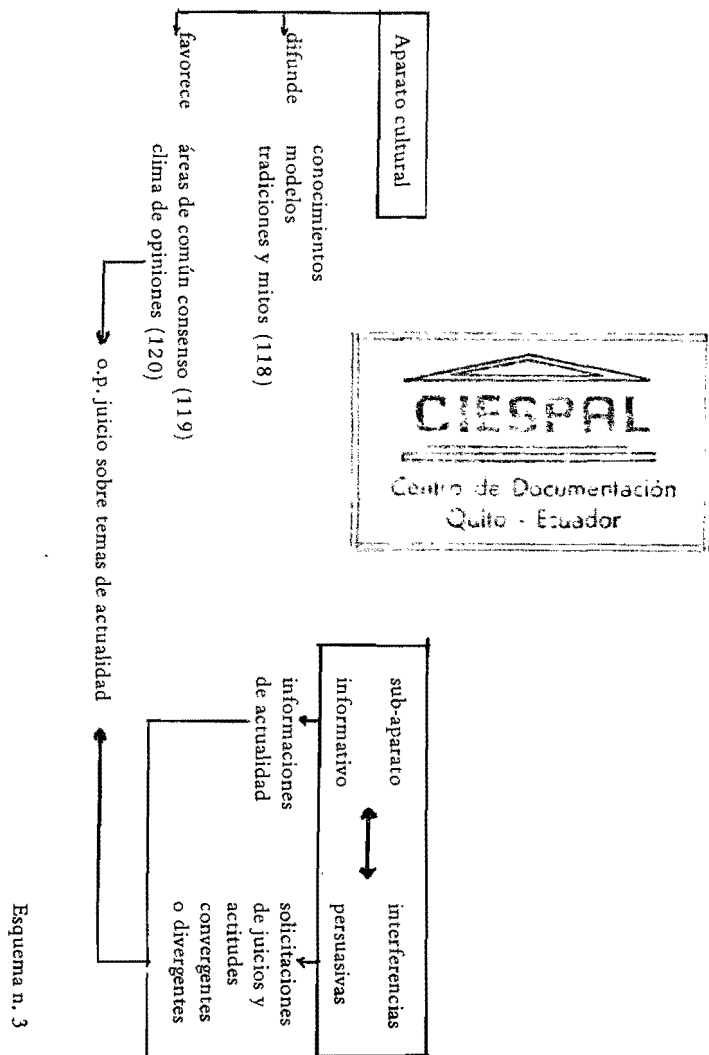
El esquema N. 2b (proceso doxológico o de la comunicación-estímulo) responde a la hipótesis de una voluntad determinada de parte del comunicador de utilizar el hecho como ocasión de movilización psicológica de un público con el fin de obtener de él juicios, actitudes y, no rara vez, incluso comportamientos operativos. Es un proceso que tiende a dirigirse a los destinatarios con el intento de hacer de ellos grupos psicológicamente unidos y reactivos. Así, dado un hecho, (por ejemplo: un envenenamiento colectivo por una fuga de gas tóxico) un sumario abierto con fines de justicia sigue (o debería seguir) el proceso gnoseológico, en cuanto que su función es sólo la de poner a la autoridad judicial en capacidad de conocer exactamente cómo están las cosas. En cambio será de naturaleza muy distinta una crónica o una evocación hecha en una reunión pública, que se propongan agitar al público y orientar su opinión. Piénsese en la hábil utilización de los hechos de Seveso (la fuga del gas tóxico, las consecuencias de la intoxicación y el peligro de malformación en los fetos) para los fines de la campaña de opinión a favor del aborto.



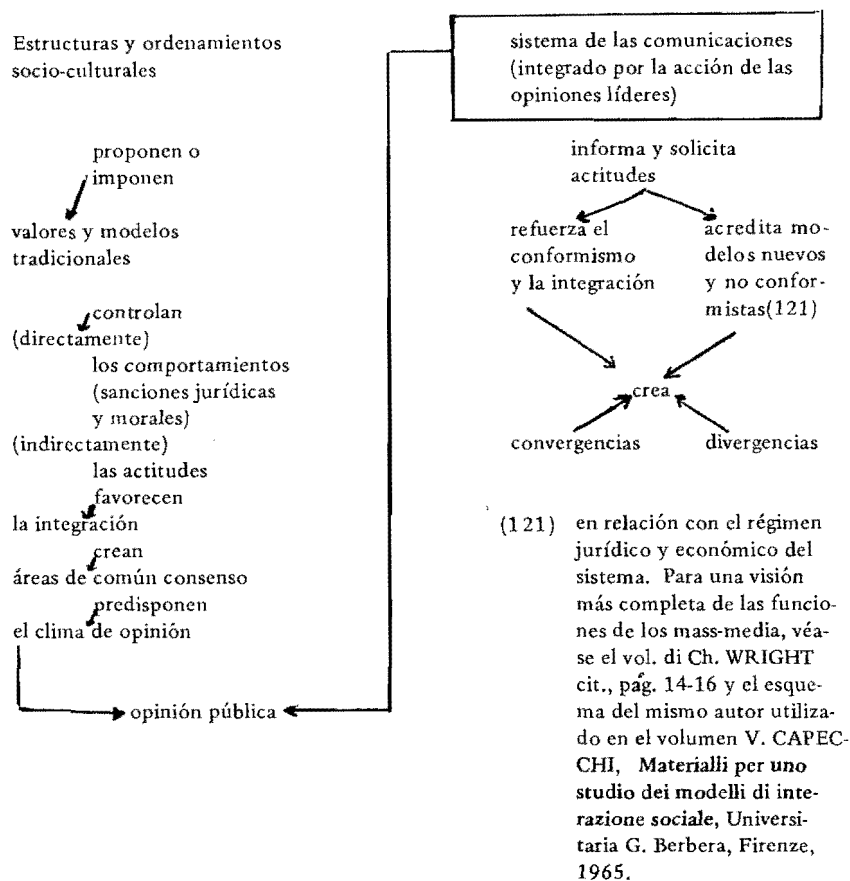
Esquema n. 2a



Esquema n. 2b

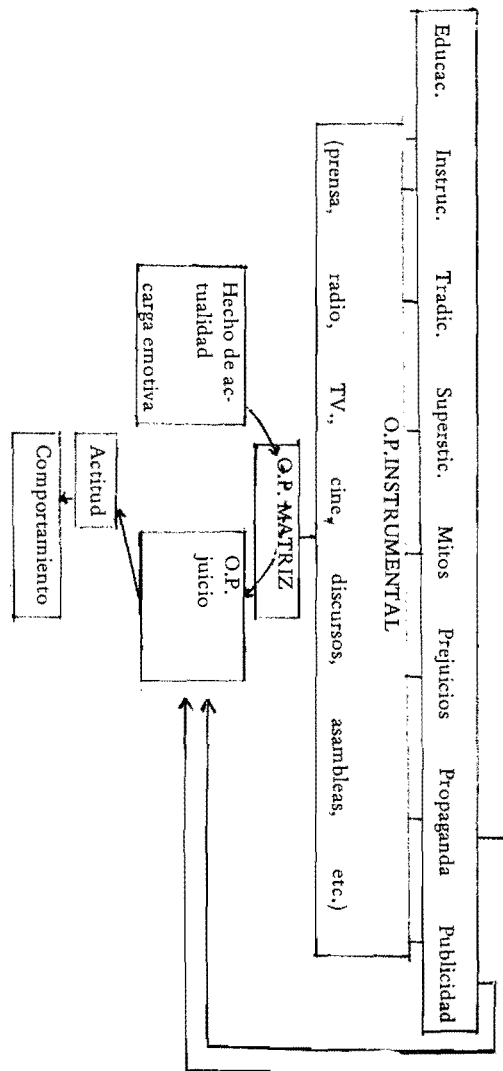


- 5- Se puede dar un paso ulterior en el conocimiento de la génesis de la opinión pública examinando el esquema N. 3 que ensaya una descripción del proceso de génesis de la opinión pública utilizando conceptos de varios autores, entre ellos Tarde, Le Bon, Mac Iver, Lazarsfeld.



Esquema n. 4

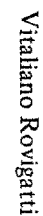
6- El siguiente esquema N. 4 pretende aclarar algo más la relación entre estructuras socio-culturales y génesis de la opinión pública.



Esquema n.5a

- 7- Concluyamos esta serie de esquemas, presentando otros dos que condensan lo que ya se ha expuesto y que hacen constar, en especial, la relación entre opinión pública matriz, acontecimiento, y opinión pública juicio.

156



Esquema n.5b

8- No obstante los intentos de simplificación evidentes en los precedentes esquemas, sigue siendo verdad con todo que los procesos de formación de la opinión pública son hoy en día extremadamente complejos sobre todo a causa del alto grado de complejidad alcanzado por la sociedad industrial que ha progresado en todas las condiciones de la vida social, como el enrarecimiento de las relaciones interpersonales en los grupos primarios, la participación del individuo en más grupos, la acción de los grupos de presión, la incidencia de los mass-media que transmiten una cantidad ingente de noticias muchas veces imprecisas, vagas, y hasta contradictorias y del más variado origen.

La necesidad casi física del hombre de recibir noticias, ha quedado ampliamente demostrada: “la noticia -sostiene Stoetzel- responde a un interés, a una tensión y a una expectativa y la primera reacción de un individuo es el deseo de esparcirla” (122).

Las noticias que el hombre llega a conocer todos los días son muchísimas; pero, si bien se puede encontrar noticias en la raíz de todo fenómeno de opinión pública, no necesariamente se forma una opinión pública sobre todas ellas (123).

Fauvet aclara que para que una noticia llegue a ser objeto de interés y de opinión pública es necesario que ella se refiera a un acontecimiento que tenga especiales características: -acontecimiento: una causa reveladora de la opinión pública es siempre un hecho, una situación o tantos pequeños acontecimientos cuya acumulación llega a ser el hecho capital;

- que llega a un clima de tensión. El hombre de hoy vive en un clima de incertidumbre social; por eso, basta muchas veces un simple acontecimiento, aun presentado de una manera determinada, para producir un efecto dramático;
- que adopta ciertos modelos culturales o los deshecha: sugiriendo la aclamación o el rechazo;

- que responde a necesidades abiertamente declaradas o no, como la necesidad de seguridad, de autoafirmación, de fraternidad, de paz, etc.;

difundido por los medios de comunicación social; sobre todo después del advenimiento de la radio y de la televisión, la difusión de las noticias se hace cada vez menos por transmisión de boca en boca sino a través de los medios de comunicación social;

- acontecimiento que toma resonancia por intervención directa del público. Después de haber recibido la noticia, la atención del público se polariza sobre ella transformándola en objeto de comunicación y discusión.

Este es el momento crítico en el que comienzan a delinearse las diversas tendencias que constituyen los elementos de la dialéctica de toda opinión pública.

Por tanto, el acontecimiento, o más precisamente la noticia del acontecimiento es el estímulo capaz de poner en movimiento todo aquel sistema de valores, de creencias, de principios, de convicciones, de estereotipos que son patrimonio común del grupo y que nosotros llamamos opinión pública matriz.

La noticia llega a ser el muelle que acciona la opinión pública matriz y la impulsa a emitir un juicio.

En resumidas cuentas la opinión pública juicio es el fruto del encuentro dialéctico de todas aquellas tendencias, tradiciones, mitos, etc., que forman la opinión pública matriz, con el hecho ocasional, o mejor con la noticia del hecho que hace de catalizador y de comprobación de todos estos valores.

- 9- El aspecto dialéctico de tal proceso da razón de la diferencia no infrecuente entre la opinión pública juicio y las posiciones de la opinión pública matriz.

En otras palabras, puede darse el caso de que la opinión pública juicio, no esté en la misma línea consecuente con la opinión pública matriz.

Los juicios y las actitudes del público sobre un hecho de actualidad pueden estar en contradicción con las opiniones y los valores culturales generalmente aceptados por la sociedad, aun cuando, a largo plazo se da la tendencia a un retorno, -aunque no completo y total- a ciertos ejes tradicionales.

Tales contradicciones están puestas muy en claro en el volumen ya citado de V. Packard, "Los persuasores ocultos".

Producto del impacto de hechos contingentes sobre la opinión pública matriz, los juicios de la opinión pública (en sentido subjetivo), están en continuo movimiento, como todo organismo vivo. Racionales o a-rationales, están sujetos a oscilaciones y cambios a veces muy rápidos: basta que una novedad sensacional origine cargas emotivas colectivas para cambiar situaciones privilegiadas. Por otra parte también la opinión pública matriz -si bien lentamente- cambia, está sujeta a la historia. Se determina así un proceso circular en el cual los mismos juicios de opinión pueden transformarse en sedimentos para una evolución de la opinión pública matriz.

10- Analicemos ahora a través de qué mecanismos un grupo se moviliza y manifiesta su opinión.

Sobre este punto existen dos teorías:

- a) la difusión;
- b) la emersión.

Analicemos el proceso de formación por difusión: de boca en boca y -de nuevo- de boca en boca y así continuamente, es decir por contactos directos.

Este proceso, que antes era típico de la sociedad preindustrial ha entrado en crisis en primer lugar por acción de la prensa y luego de todos los mass-media (124). Sin embargo todavía hoy puede encontrarse en el ámbito de pequeños grupos muchas veces con integración del proceso de emersión. Pensemos, por ejemplo, en lo que sucede en el ámbito de una pequeña colectividad, como una fábrica, ante la noticia de un accidente de trabajo. La noticia corre por sí misma, da lugar a fermento, se propaga como mancha de aceite despertando sentimientos, creando estados de ánimo y demandando juicios. Se forman corrientes de opinión que reclaman, por ejemplo, mayor seguridad, adecuadas formas de seguro, sanciones para los responsables, etc.

Los miembros de un grupo, informados de los hechos, pasan a discutirlos no siempre sirviéndose de razonamientos lógicos, sino más bien empujados por el sentimiento, por el interés, etc. De la confrontación de opiniones inicialmente harto confusas y fluidas, y luego cada vez más definidas aun por efecto de la interacción, una de ellas sale generalmente "vencedora", es decir prevalece sobre las otras, que se debilitan y quedan en estado de desintegración o se reducen a corrientes minoritarias; la opinión campante gana terreno, acompañada de una actitud común que se hace cada vez más clara: hostilidad, adherencia, descontento, desconfianza etc.

11- Pero en nuestra sociedad global, como la llama Ellul, el proceso de formación de la opinión pública por difusión a través de contactos directos es cada vez más difícil. Nuestra sociedad está caracterizada por la presencia de las comunicaciones de masa que desarrollan la función de intermediarios entre el acontecimiento y la opinión.

Estos medios no solamente nos dan informaciones, sino que tienden a guiar -muchas veces de manera selectiva- nuestra atención y nuestros juicios, más allá de nuestras experiencias directas. Además todo acontecimiento que no llega a ser noticia desaparece del horizonte de una colectividad, más aún no existe de hecho.

Tampoco debe restarse valor a un factor fundamental en la formación de la opinión pública en nuestros días: el factor tiempo. Las comunicaciones de masa sobrepasan en cuanto al tiempo a todo tipo de información de persona a persona (proceso por difusión) y crean el primer impacto simultáneo en la colectividad dando lugar a un proceso de “emersión” o de “insurgencia” muchas veces repentina, de opiniones y actitudes colectivas, proceso muy diferente por lo mismo del proceso por difusión, que requiere tiempo.

Además el estar informado, que hasta hace no mucho tiempo era prerrogativa exclusiva de las clases cultas y acomodadas, hoy día está, al menos tendencial y potencialmente, al alcance de masas cada vez más grandes.

Por todas estas razones, es fácil actualmente que una amplia opinión pública se forme y se movilice rápidamente y casi sin que haya tiempo para una reflexión adecuada.

Es cosa cada vez más rara que la opinión pública se forme por efecto de opiniones individuales que se encuentran, se confrontan, o incluso chocan en un plano horizontal. No se crea la opinión pública -Observa Ellul- a partir de las opiniones individuales por un fenómeno de polarización. Hoy día las comunicaciones de masa, tan frecuentemente cargadas de elementos persuasorios y abiertas simultáneamente a un público vasto e indiscriminado, tienden a dar consistencia a algo vago y no formulado que ya existe en el público y que Ellul llama “opinión en bruto”, opinión en estado rudimentario. En resumen las comunicaciones de masa tienden a sustituir la línea de secuencia:

opiniones individuales → encuentro y discusión → opinión pública, por otra:

opinión colectiva rudimentaria → acción de los mass-media → opinión pública.

La acción persuasoria -por su parte- tiende a cristalizar y, en cierto sentido, a radicalizar el contenido de la opinión pública así formada.

Algunos investigadores, propensos a creer que la función de las comunicaciones sociales es preferentemente la de influir en nuestras opiniones y nuestros comportamientos, sostienen que esto se realiza a tal punto que la que nosotros llamamos opinión pública no merece el nombre de tal, porque no sería fruto de libre discusión sobre puntos controvertidos de parte de un público que raciocina; todas las opiniones estarían manipuladas y formadas por quien tiene en su poder los medios de información.

12- En muy distinta posición se coloca un valioso investigador americano, Klapper, quien después de haber reunido un gran número de encuestas relativas a los efectos de las comunicaciones de masa sobre las opiniones, ha llegado a la conclusión de que en una sociedad estable las comunicaciones de masa producen las más de las veces un efecto de consolidación de las opiniones y las actitudes ya existentes, y no el -menos frecuente- de modificación de la opinión o incluso de conversión. Observa Klapper: “parece que la comunicación no es de por sí causa suficiente del efecto, sino que actúa junto con otros factores y otras condiciones que, aunque externos a la comunicación, jugarían el papel de mediadores de su influjo de modo que hacen de la comunicación una causa de consolidación antes que de variación” (125).

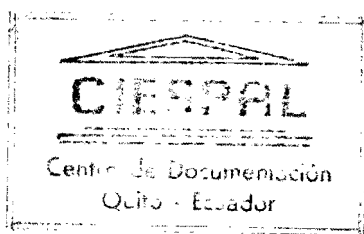
Katz y Lazarsfeld (126) a su vez insisten en que las comunicaciones no actúan solas sobre las opiniones, sino que pueden ser agentes de influencia al igual si no en mayor medida que los mass-media, las normas del grupo al que pertenecen los receptores del mensaje y los mismos formadores de opinión pública (los líderes de la opinión).

Más aún, sobre la base de sus investigaciones, los dos autores afirman que el influjo personal se ha mostrado mucho más eficaz

que cualquier otro en la formación de la opinión.

“Tales estudios -se lee en la obra citada- están orientados a confirmar la validez de la idea del líder de la opinión y por tanto a sostener que la imagen tradicional del proceso de la persuasión de masa debe ceder el sitio a las personas como factores que intervienen entre los estímulos de los mass-media y las consiguientes opiniones, decisiones, acciones. . . .

Los líderes de la opinión no constituyen un grupo autónomo y separado y la dirección de la opinión no es un carácter que tienen unos y otros no, sino que más bien es una parte integrante de la continua interacción que tiene lugar en las relaciones cotidianas entre las personas”.



CAPITULO VI

LAS FUNCIONES DE LA OPINION PUBLICA

1- Considerada como el pronunciamiento colectivo de un juicio y de una actitud, la opinión pública no es un simple punto de vista o parecer desinteresado (es decir una especie de valoración o de crítica, si bien ciertamente colectiva, pero académica), sino que consciente de su fuerza, no se presenta sólo como una conciencia colectiva más o menos sensible, más o menos rígida, sino que además exige, ordena, amenaza, aplaude y se afirma como un poderoso impulso a la acción de grupos potencialmente cada vez más grandes. Ella expresa una voluntad colectiva, todavía no importante jurídicamente, pero que, apenas revista la forma querida por las normas jurídicas (ej.: el voto), puede llegar a ser jurídicamente importante; de todos modos, una voluntad que se expresa en comportamientos y que actúa como presión sobre aquel que debe tomar decisiones jurídicamente importantes; si luego, por la naturaleza de los regímenes vigentes, la opinión pública no puede manifestarse abiertamente o no es escuchada sistemáticamente, la voluntad del público activo puede desembocar en acciones capaces de modificar las situaciones con la fuerza.

2- Es conocida la expresión pintoresca “cuarto poder” atribuida a la opinión pública (a veces también a la prensa) en materia política, como si ella estuviese unida a los tres poderes (legislativo, ejecutivo y judicial) que, a buen tiempo distintos entre sí, constituyen la característica fundamental del Estado democrático.

En realidad ninguna Constitución ofrece un poder, ex professo, a la opinión pública; ni tampoco, como sucede con los otros

poderes, le está reservado un campo específico de competencia; el poder de la opinión pública se ejerce como una presión sobre los otros tres; una especie de superpoder. En realidad la opinión pública juzga todo género de acontecimientos, situaciones, decisiones o declaraciones: desde el discurso del hombre político hasta la oportunidad o no del paro general; desde la expedición a la luna hasta la reforma del sistema escolar; desde las leyes hasta las disposiciones administrativas. Juzga incluso las sentencias de los jueces y, en algún caso, al menos a través de la presencia de jueces populares (escogidos no por ser expertos en derecho, sino como representantes del sentimiento del público), les pone condiciones, si bien de manera menos sólida, de cómo operar sobre el poder legislativo y sobre el ejecutivo.

3- Una primera función general de la opinión pública es, según Bottomore (127), la de un control genérico e informal del comportamiento de los individuos y de los grupos en el seno de cualquier tipo de sociedad y de régimen. De los escritos de Bottomore surgen como él pretende, con respecto a la opinión pública, dos acepciones, ambas más bien impropias y, de todas maneras, imprecisas del término:

- a) como **modo generalizado de sentir** (tendencialmente tradicional) de una comunidad (“El uso y la opinión pública son temas que pueden ser tratados simultáneamente porque tienen algunos aspectos en común y presentan importantes conexiones entre sí”). En este caso la opinión pública vigilaría la evolución de la sociedad, controlando al individuo y a los grupos mediante la presentación de modelos culturales y sanciones de tipo marginal o de condena moral;
- b) como **reputación o estimación social**; el temor de perder una opinión pública favorable constituye una rémora a la conducta descaminada.

4- Muchos sostienen que la opinión pública -si responde a un consenso de los gobernados y en esa medida (128)- legitimaría el poder, en cuanto que éste sería querido y sostenido o aun simplemente tolerado por el pueblo. Si esta afirmación puede ser aceptada en sentido muy amplio (aunque impreciso), en sentido estricto se revela inexacta. En efecto la legitimación del poder (en las teorías que hayan superado los antiguos conceptos de legitimación por investidura divina, por derecho hereditario, por estado de necesidad, por el valor o la fuerza, etc.) deriva de la expresión formal de la voluntad popular formulada, de ley, por solos los electores. Ahora bien, no hay coincidencia entre público de la opinión pública y electorado: de hecho concurren a la formación de la opinión pública incluso los menores de edad que no son electores y aquellos que han sido privados del derecho al voto, mientras que muchos electores no concurren a la formación de la opinión pública; entre éstos, los indecisos que -al menos por lo que se refiere a las elecciones políticas- giran normalmente en torno al 10-15 por ciento de los que tienen derecho al voto (129). Además el público de la opinión pública es un agregado informal (mientras que el electorado es un "corpus" formal) y su expresión es informal (mientras que la del electorado es estrictamente formal). Hay que considerar también que la opinión pública -como conjunto de juicios y de actitudes- es un momento que precede, al menos conceptualmente, a la formulación de la voluntad política jurídicamente válida.

En resumidas cuentas, la legitimación del poder, en el plano jurídico, es aceptable sobre la base de la expresión formal de la voluntad de la mayoría, cuya expresión está determinada también por la opinión pública.

5- Una función más especial de la opinión pública consiste en el control de la vida política. En el modelo democrático, la opinión pública libremente formada y libremente manifestada es elemento indispensable para la existencia del mismo sistema. Una opinión pública inadecuada (o por falta de información o por manipulación en cualquier nivel) compromete la realidad misma de la

democracia: si, por una parte, la democracia debe garantizar la formación y la libre manifestación de la opinión pública, por otra, la opinión pública, como libre expresión del público, es justamente la que garantiza la democracia. Sin embargo, no son infundadas las reservas sobre la posibilidad efectiva de la opinión pública -tal como hoy se forma y se manifiesta- de asumir sus funciones, reservas que guardan, entre otros, a más del tantas veces citado Habermas, el sociólogo C. Wright Mills (de quien hemos reproducido algunos pensamientos en el capítulo precedente (130) y el filósofo Hartmann. Este último afirma: "cada vez que un pueblo llega a la autodeterminación. . . surge también inevitablemente la grave duda de si la gran masa sea en verdad capaz de iniciativa política. . . Se diría, precisamente, que no es capaz. . . pero la enseñanza que nos da la historia es muy diversa. . . De por sí la multitud no produce ninguna iniciativa política, no formula planes, no presenta proyectos de calidad: tan sólo puede aprobar o rechazar lo que se le propone. . . con la propia decisión asume la responsabilidad de lo que aprueba. . . decide en interés de todos. . . Si una mayoría está compuesta por individuos medios, no tiene mucha probabilidad de corresponder a lo que es efectivamente el *interés de todos*. . . el principio de la mayoría presupone que el individuo es capaz de juzgar políticamente. . . Esta capacidad ha sido siempre, entre los hombres, un raro don. . . los hombres capaces de juzgar son siempre minoría. . . aquello que es el punto débil de la mayoría (la falta de objetividad y de auténtico discernimiento) reaparece, reforzado y agravado por una mayor volubilidad e inconsistencia, también en la opinión pública. . . en su esencia misma se esconde una antinomia. . . siempre existe en ella sea la inautenticidad sea la autenticidad del espíritu colectivo" (131).

Prescindiendo del hecho de que el autor se refiere sólo a la opinión pública mayoritaria; del uso promiscuo de los términos multitud y masa; de un acentuado pesimismo frente a la opinión pública (más justificable si se refiere a un cierto tipo de opinión pública, emanación de una "masa" y no de un público consciente), sin embargo sigue siendo válida la exposición sobre la posible inau-

tenticidad de la opinión pública; válida, principalmente, a objeto de hacer un llamado a todos a la responsabilidad de una maduración crítica del público. He aquí por qué no es aceptable, -sobre todo en un estudio de filosofía moral- la conclusión, por su apertura a formas de élite y dictatoriales: "El caudillo político debe por lo mismo hacerse independiente de la opinión pública. . . o conquistarla. . . Si no consigue convencerla. . . está forzado a engañarla. Debe hacerla trabajar como una fuerza elemental de la naturaleza, para objetivos que ella no puede conscientemente hacer propios suyos" (132).

6- Por lo que se refiere a las funciones de control político propias de la opinión pública sobre la gestión del poder público, es posible una distinción: control sobre las personas investidas de autoridad y control sobre las decisiones tomadas por la autoridad.

a) **Control sobre las personas.** En un régimen democrático los que tienen el poder político son de dos clases: autoridades elegidas (ej.: los diputados) y autoridades designadas por nominación (ej.: los gobernadores). La opinión pública ejerce control social sobre unas y otras.

1) La revocación de un mandato político es, generalmente, un hecho excepcional. Pero a los electores (mejor, a todos los ciudadanos) no se les puede quitar el derecho natural de crítica a los propios representantes; este derecho sería, sin embargo, muy poca cosa si no estuviera unida a él además la posibilidad de una presión moral tal que obligue al elegido a modificar su modo de obrar o a presentar su dimisión. La presión ejercida por la opinión pública americana en el "caso Watergate" (no obstante los desesperados esfuerzos de Nixon por salvarse aun buscando el apoyo de la opinión pública internacional, promoviendo iniciativas de paz y de distensión) fue determinante para los fines de la dimisión del presidente americano. El dejó la Casa Blanca no en virtud de una ley o de una sentencia, ni siquiera obligado materialmente por la fuerza, sino bajo la presión de la opinión pública.

Pero la presión de la opinión pública es de naturaleza puramente moral; aun pudiendo destruir moralmente la personalidad que llega a ser objeto de crítica, puede no obtener siempre el efecto de su dimisión. Queda entonces el momento de nuevas elecciones y en esa circunstancia la opinión pública podrá tener su desquite si, mediante el influjo sobre el comportamiento electoral, logra resolver la exclusión de la persona criticada de la lista de candidatos o bien incitando a los electores a negarle el voto.

2) Es análogo el procedimiento de la opinión pública frente a la autoridad nombrada: se trata de una presión ya sea sobre la persona misma para que modifique su comportamiento o renuncie, ya sobre la autoridad superior a fin de que adopte las medidas necesarias que culminen en la remoción.

En ambos casos, a saber, de autoridad elegida o nominada, el juicio y la actitud del público no operan directamente, sino en forma de instancia, estímulo, presión sobre las mismas personas o sobre quien tiene el legítimo poder de decidir.

b) **Control sobre las decisiones ya tomadas por la autoridad.** Mas adelante trataremos extensamente sobre las funciones de la opinión pública en la formación de las decisiones políticas. Aquí nos limitaremos a observar que en un régimen democrático el pueblo, aunque elige sus propios representantes, no renuncia a su propia soberanía. Por lo tanto las decisiones de los elegidos, si bien no pueden discutirse formalmente (y por lo mismo no pueden impugnarse jurídicamente) pueden ser objeto de crítica en cuanto a su oportunidad y en cuanto a su contenido. Por lo tanto, puede ser objeto de crítica de los ciudadanos no sólo una medida del gobierno, sino también una ley votada por mayoría o por unanimidad de los órganos representativos: en este caso está la opinión pública para debatir el asunto y para afirmarse en su posición de juez y de controlador. Es uno de los casos en que sale a luz la diferencia entre país legal y país real.

Sin embargo, no basta la existencia de una opinión pública mayoritaria que sea contraria a una ley para hacerla caducar. Una encuesta demoscópica llevada a cabo correctamente que demostrase la hostilidad de la mayoría -aun inmensa- de los ciudadanos a la permanencia de Italia en la C.E.E. no comportaría automáticamente la salida de nuestro país de la Comunidad Económica Europea. Una encuesta análoga podría poner en claro la aversión de la mayoría al financiamiento público de los partidos. No por esto caducaría automáticamente la respectiva ley. No basta una mayoría favorable a la objeción de conciencia para abolir la obligación del servicio militar.

Sin embargo, la opinión pública revela, a quien tiene en sus manos la autoridad, la existencia de una dirección y de una presión de la cual no se puede desinteresar impunemente. En caso contrario, la opinión pública puede presionar sobre toda la población para inducirla a un comportamiento obstruccionista y de contradicción continuando firme el control sobre las personas, del que acabamos de hablar.

7- Merece especial atención la función de estímulo y de presión social ejercida por la opinión pública en el proceso de formación de las decisiones políticas.

Acomodándonos sustancialmente a los esquemas de Easton y de Almond (133) podemos sintetizar así:

a) necesidades análogas percibidas al mismo tiempo por los individuos en particular -pero de interés general o que se piensa que no pueden satisfacerse sin intervención de la comunidad- convergen en un pedido colectivo por efecto de la mediación de operadores políticos y de operadores de opinión pública (muchas veces las dos cualidades existen en una misma persona): esta petición se vuelve pedido político. Es decir, la comunidad (y por ella una parte significativa suya) pide que determinadas instituciones intervengan en nombre de la misma colectividad y en su interés para resol-

ver las alternativas referentes a finalidades que los ciudadanos en particular o los grupos de ciudadanos no podrían conseguir o conseguirían con mayor trabajo;

b) cómo se convierte la petición individual en pedido político? Modificando el orden adoptado por Easton en la enumeración de los impulsos (inputs) en la presentación del pedido político, (134) creemos que ellos pueden ordenarse así: motivaciones, intereses, preferencias, ideologías, expectativas, opinión pública;

c) dicho pedido, sostenido con apoyos patentes (acciones) y no patentes (actitudes) irá por el camino (administrativo o legislativo) propio de todo ordenamiento jurídico para llegar a ser decisión de la autoridad. También en esta fase -observa Almond- la opinión pública ejerce su propia fuerza como expresión de grupos no asociativos.

“Naturalmente -observa Habermas- la opinión pública no es en sí misma una verdadera y propia norma. . . ; sin embargo, el sistema normativo la presupone implícitamente como magnitud social que funciona según expectativas presumibles en el sentido de determinadas garantías de derecho fundamentales y de cada uno de los preceptos públicos” (135).

8- Habermas se detiene en las funciones de la opinión pública y en los espacios a ella reservados en una sociedad moderna en la que se afirma la tendencia a “cientificar” la política (136). Observa él que la amplitud de la investigación científica llevada a cabo por orden del Estado, el aumento de la consulta científica en los servicios públicos, el recurso frecuente a las “recomendaciones científicas” en las opciones políticas corroen, por una parte la libertad de opción del hombre político basada sobre el “instinto de poder” y sobre su “intensa voluntad” y, por otra, la capacidad de presión de la opinión pública que, como observa un agudo investigador francés (137) no es ciertamente la expresión de los competentes, sino la voz del hombre común.

Habermas reduce sistemáticamente a tres modelos de decisión:

- a) **modelo decisionista:** En éste el hombre político “se sirve del saber técnico, pero la práctica entretegida de autoafirmación y de dominio exige, además de esto, la realización interesada de una voluntad decidida”. En última instancia -precisa Habermas- el quehacer político no puede tener fundamento racional y pone en acto más bien una decisión entre órdenes de valores y poderes de fe concurrentes que se escapan coercitivos y permanecen inaccesibles a una discusión obligante. . . Precisamente la racionalidad en la elección de los medios está acompañada de la irracionalidad declarada de la toma de posición respecto a valores, fines y necesidades”;
- b) **modelo tecnocrático:** “El apremio objetivo del especialista parece afirmarse contra las decisiones del jefe. . . al político en el Estado técnico, no le queda ya sino una ficticia actividad de decisión”;
- c) **modelo pragmático.** “Ni el experto especialista se ha vuelto superior respecto del político, ni a este último se le atribuye -fuera de los ambientes rigurosamente racionales de la praxis- una reserva. . . las cuestiones prácticas deben decidirse con actos de voluntad”. En este modelo parece que es posible y necesaria una mutua comunicación tal que, de un lado, los expertos operan como “consultores” de instancia que toman decisiones, y, viceversa, los políticos asignan “encargos” a los “doctos”.

De estos tres modelos sólo el pragmático tiene necesariamente relación con la democracia. “Según el modelo pragmático una realización que tiene éxito en la práctica de recomendaciones técnicas y estratégicas tiene necesidad de la mediación de la publicidad política”. En resumida cuentas la cientificación de la política tiene necesidad de un acuerdo entre ciencia y opinión pública.

“El proceso de traspaso entre ciencia y política tiene que ver en última instancia con la opinión pública. . . El esclarecimiento racional de una voluntad política que emplea instrumentos científicos puede provenir solamente del horizonte de los ciudadanos en mutua comunicación según los criterios de una discusión racionalmente obligante”. Empero -precisa Habermas- “en realidad faltan las condiciones empíricas para la aplicación del modelo pragmático. La despolitización de la masa de la población y el decaimiento de una opinión pública política son elementos de un sistema de dominio que tiende a excluir de la discusión pública los problemas prácticos”. Habermas mitiga estas visiones pesimistas con tres perspectivas positivas:

- a) la existencia de un periodismo científico;
- b) la coexistencia pacífica de sistemas concurrentes;
- c) la iniciativa de diálogo con la opinión pública tomada por los investigadores científicos.

9- Karl Mannheim, al tratar de las funciones de la opinión pública en la democracia, alude también al **problema de la tendencia conservadora o innovadora de la opinión pública**(138). Se trata sin embargo de un problema mal planteado: la opinión pública, en efecto, puede ser conservadora o innovadora de acuerdo con las tendencias del grupo de donde procede. Sin embargo, en el parámetro de largos períodos -sostiene Mannheim- siempre se ha mostrado innovadora. Con tal afirmación Mannheim parece refutar el pensamiento de Le Bon según el cual las masas tenderían sistemáticamente a volver sobre un eje tradicional(139). Pero las dos afirmaciones no están en absoluta oposición: es cosa conocida, en efecto, que a cambios incluso muy amplios de una situación de opinión pública (pensemos en la evolución de la opinión pública con ocasión de una revolución) siguen normalmente “correcciones” que corresponden por lo general a la tendencia denunciada por Le Bon. Pero dichas correcciones no son de tal naturaleza que vuelvan a llevar a la opinión pública a las mismas posiciones de origen. Ciertos acontecimientos, lo mismo que ciertas actitudes asumidas

por el público, producen efectos, al menos en parte, irreversibles (tesis de Mannheim), si bien en la tendencia a una vuelta al eje tradicional (tesis de Le Bon).

Condensemos aquí el pensamiento de Mannheim: “La sociedad democrática desarrolla un nivel más abajo del cual ningún ciudadano debería descender. El espíritu autoritario, el dictador, el ciudadano como autómatas, el espíritu dogmático caen por debajo del nivel de la auténtica humanidad. Mas lo característico de la democracia es admitir, desde el comienzo, términos no rígidos y tener aprecio por una mayor variedad de modos de pensar. . . La democracia admite esencialmente al reino de la discusión niveles de realidad en concurrencia y armoniza estos niveles de realidad a través de la comunicación, de los contactos vitales, del cambio de ideas, del desarrollo de rituales comunes. . . El espíritu democrático es experimental: ni siquiera fija el nivel de realidad como absoluto, sino que considera la vida -el proceso político- como incesantemente dinámico. . . el proceso parlamentario adapta continuamente el uno al otro los dos extremos (gobierno y oposición). . . a la larga, toda la plataforma de la discusión democrática se desplaza imperceptiblemente, pero en armonía con los desplazamientos de la opinión pública”. En efecto “en la estructura equilibrada de la sociedad, el poder no se confiere solamente a las instituciones económicas, a la administración pública, a las fuerzas armadas, sino que depende en considerable medida de la inconstante opinión pública”. “Veamos, por ejemplo, la cantidad de axiomas “socialistas” que hace pocos decenios se juzgaban utópicos, y que hoy se consideran tácitamente válidos por parte de los conservadores. Esta gran capacidad de cambiar el terreno de la discusión democrática. . . no debería, de todos modos, ser exagerada. Si la libre integración de una sociedad democrática a través de la opinión pública es expuesta a un cambio violento, se sigue el caos mental”. “Puede (la democracia) tolerar las desviaciones sólo si todos aquellos que desean ser diversos aceptan el método democrático como núcleo de su código moral, como su propio nivel de realidad. Si este consenso de base es destruido, se sigue el mismo género de caos co-

nocido en la esfera económica como “crisis” . . . “Aquí reside la importancia de una cierta cantidad de propaganda directa a favor del sistema democrático y de la educación para la democracia”. . . “Confundir un mínimo de fidelidad, inculcada a través de la educación y la propaganda, con el adoctrinamiento totalitario y la presentación exclusiva de un único punto de vista indica una falta de previsión. . . el mantenimiento de la opinión pública como poder espiritual es esencial a la democracia. . . se debería hacer todo para mantener el libre cambio de opiniones sin interferir demasiado con una manipulación artificial. . . . Esta no es fácil tarea en una sociedad de masa” en la cual “el brusco desarrollo de la civilización industrial, especialmente el desarrollo de las metrópolis, ha destruido la forma de base de la libre integración en la sociedad. . . Mantener, a despecho de la mecanización, la fluidez de la opinión pública es la primera importancia en una sociedad democrática”. (140).

10- Para concluir con el tema de las funciones de la opinión pública creemos que debemos hacer las siguientes observaciones:

a) es claro que dichas funciones varían en razón no sólo de la extensión (y por tanto necesariamente también de la cualidad) del sujeto portador, pero así mismo del espacio efectivo concedido a ella por la sociedad: la democracia exige un proceso libre de formación y una libre expresión, mientras que la dictadura y toda forma de totalitarismo tienden a ordenar de antemano ellas mismas la opinión pública y a apropiarse de ella para hacerla instrumento de consenso.

b) Además no se puede olvidar lo que observa Habermas: “El término opinión pública toma diverso significado según se lo entienda como instancia crítica en relación con la publicidad normativamente requerida por el ejercicio del poder político y social o como instancia receptiva en relación con la publicidad difundida en forma demostrativa o manipulada a favor de personas e institu-

ciones, bienes de consumo y programas. . . ” y concluye diciendo que justamente en relación con las diferentes funciones de la publicidad se determinan los diferentes efectos sociales, mediatos, añadamos nosotros, de la opinión pública que en el un caso y en el otro derivan de ella.

Pero Habermas continúa poniendo en claro que de hecho la opinión pública es expresión no del público en su conjunto, sino de un “sustituto” suyo, a saber, de una parte suya capaz de ejercer la función propia de la opinión pública y por tanto en las democracias de masa del estado social encontramos la “ficción” institucionalizada de una opinión pública, sin poder aún identificarla como magnitud real en el comportamiento del público de los ciudadanos (141).

CAPITULO VII

COMUNICACIONES Y OPINION PUBLICA

1- Hemos afirmado ya que en la raíz de todo fenómeno de opinión pública se pueden encontrar las noticias y que la noticia se convierte en el muelle que empuja al público a expresar juicios colectivos.

La difusión de las noticias tiene lugar por medio de la comunicación ya interpersonal ya de masa.

La comunicación es el proceso de transmisión de significados por medio de signos significantes; analicemos esta definición:

a) transmisión de significados (no de objetos materiales): la comunicación en efecto transmite nociones, informaciones, deseos, órdenes, estados de ánimo, intenciones, etc. Incluso cuando la comunicación se hace a través de la transmisión material de un objeto (un diario, una carta, una flor, etc.) el contenido de la comunicación no es el objeto mismo, sino el significado de aquel objeto.

Así el verdadero contenido de la entrega de una rosa en determinadas circunstancias es un significado: amor, simpatía, gratitud, etc.; la flor no es sino el soporte, el vehículo, el signo del mensaje;

b) por medio de signos: pueden ser palabras (pronunciadas o escritas), gestos (los movimientos de la cabeza para decir sí o no), sonidos y rumores (el mediodía puede ser anunciado por un disparo de cañón o por sirenas; con el sonido de la campana se anuncia el

fin de la clase), luces (el semáforo comunica órdenes relativas al tránsito), imágenes (una calavera con los huesos cruzados indica la existencia de un peligro o de un veneno), objetos (la bandera comunica la nacionalidad de una nave, el uniforme comunica la pertenencia a una fuerza armada, una vivienda de mucho lujo comunica el status de su propietario), etc.

c) **signos significantes** (142): el signo es significante si expresa un contenido; él “está en vez de”, “sustituye” a los fines de la comunicación. En teoría todo es o puede ser signo. Por lo que es ciertamente signo para una persona puede no serlo para otra, Así, un semáforo es signo para un ciudadano experto en circulación por carreteras, pero no para un salvaje. El mismo signo además puede tener diferentes significados: una misma palabra puede tener en dos diferentes idiomas dos significados distintos (143). “El lazo de unión entre (signo) significante y significado es arbitrario, pero en la medida en que es impuesto por la lengua, el significado se vuelve necesario para el que habla”(144). Un sistema de signos (significantes) se llama código; los códigos pueden ser naturales o artificiales; código artificial es el sistema de señales de las carreteras; código natural es una lengua. Sobre la base de un código dado, un signo denota un significado, pero, más allá de la denotación el signo puede dar lugar a una connotación: ésta indica lo que evoca el signo más allá de su significado inmediato. Ejemplo: la frase “volverá a volar la paloma” tiene un significado clarísimo a nivel denotativo; a nivel connotativo, en la cultura hebreo-cristiana, puede ser leída así: “volverá la paz” (145). “Mientras los significados denotativos son establecidos por el código, los connotativos lo son por subcódigos o “léxicos” específicos”.

“El (signo) significante se nos presenta siempre más como una forma generadora de sentido, que se llena de cúmulos de denotaciones y connotaciones en virtud de una serie de códigos y de léxicos que establecen su correspondencia con grupos de significados” (146).

2- La importancia de la comunicación en relación con la vida del hombre y con el desarrollo de la sociedad ha reclamado la atención de los investigadores incluso en la antigüedad. Hoy día los problemas relativos a la comunicación son objeto de investigación científica: esto se debe ya al progresivo desarrollo del volumen de las comunicaciones transmitidas por los medios técnicos en continuo perfeccionamiento, ya al desarrollo de las ciencias antropológicas y sociales. Enumeramos las principales disciplinas que se ocupan de esta materia:

a) la psicología de la comunicación: según John Parry estudia en particular los problemas.

- de la cantidad de informaciones que el ser humano puede asimilar en un solo impulso de atención;

- de los obstáculos (de carácter psicológico) de la comunicación;

- de la conservación y de la transformación de la información en la memoria;

- de la recepción de la información del mundo externo;

- de la relación entre comunicación y expresión (147).

b) la sociología de la comunicación estudia las relaciones entre comunicación y sociedad con respecto a la emisión, a los canales, a los contenidos, a los destinatarios y a los efectos. La masiva presencia actual de las comunicaciones de masa ha orientado la atención de los investigadores hacia este tipo de comunicación (148).

c) la semiótica (o semiología) es la ciencia de los signos. Pero a este propósito ha surgido un importante problema de terminología: se trata de una alternativa no resuelta entre los términos “semiótica” y “semiología”. Los términos son comunmente distintos

por su diferente origen lingüístico-cultural: “semiótica” sería el término propuesto por el área anglo-americana, (Loke y Peirce); “semiología” por la europea (Saussure). Con todo, Garroni nos ofrece una mayor precisión (149).

“El hecho es que algunos investigadores (por ejemplo Hjelmslev a comienzos de los años cuarenta) han usado ambos términos con acepciones diversas; así como otros han propuesto más recientemente funcionalizar semánticamente su respectiva distinción (por ejemplo, en Italia, Eco y De Mauro). . . Diferencia que parece haber pasado silenciosamente también a nivel de uso corriente (especialista o cuasi-especialista, pero no teórico), en donde el término “semiótica” funciona de ordinario. . . como el equivalente más amplio (la extensión, la generalización) la “lingüística”, y el término “semiología” como “estudio de lenguajes particulares, como el cine, la pintura, la literatura, etc”.

3- ¿Qué debemos entender por comunicaciones de masa? (150).

1) Las c.d.m. necesitan normalmente, par su funcionamiento, organizaciones formales complejas (piénsese en la RAI-TV: balance anual de más 358 billones de liras; unos 11.500 dependientes; 46 mil horas de transmisiones radiofónicas y casi 6.000 horas de transmisión por televisión) (151).

2) Los mass-media se dirigen a un público vasto, heterogéno y anónimo.

3) Las comunicaciones son públicas, es decir abiertas a todos, rápidas y transitorias.

4) Los mass-media pueden establecer una simultaneidad de contactos con grandes cantidades de personas que se encuentran lejos de la fuente y a gran distancia entre sí.

5) La relación entre emiteinte y público es impersonal.

6) El público de las c.d.m. es una colectividad que existe solo en la sociedad moderna.

7) Las c.d.m. tienden a operar un control social por el gran potencial de medios y técnicas usados.

Hay que precisar además que comunicación de masa no es simplemente sinónimo de comunicación por medio de la radio, de la televisión o de cualquier otro instrumento de la técnica moderna. La toma televisiva de una reunión política difundida a escala nacional es comunicación de masa: pero no es tal la toma, en circuito cerrado, por medio de la cual un ingeniero controla las operaciones de una cadena de montaje. Observa todavía Wright: "mientras que un film de Hollywood es comunicación de masa, no lo es en cambio, la proyección dentro de casa, de algunas escenas tomadas en una excursión. . . La comunicación de masa es comunicación organizada".

Pero es exacto hablar de comunicación de masa? Como es sabido, se va difundiendo el uso de la expresión "comunicación social". Esta orientación parece estar determinada sobre todo por una actitud no pesimista frente a los instrumentos técnicos de los que hablamos, como si ellos tuvieran por finalidad la creación de masas y precisamente la masificación de los individuos.

Baragli en su estudio (152), observa la insuficiencia de algunas expresiones como: técnicas de difusión, mass-media, comunicaciones de masa. "El primero (de estos términos) en efecto, si era válido al afirmar el aspecto técnico, fundamental y común a todos estos instrumentos, lo era menos en cuanto que no iba más allá, y, además, confería a la difusión un carácter de mecanicidad impersonal, que puede convenir, por ejemplo, a la difusión de enfermedades, de bienes económicos, de insecticidas. . . , cuadra menos con la comunicación de noticias, de opiniones, de visiones de vida, de costumbres; además daba pie a conclusiones aberrantes justa-

mente en el plano pastoral, como la de mantener a la Iglesia, espiritual y santa, alejada de las actividades técnicas realacionadas con el uso de estos instrumentos, o de asignar toda su competencia a los laicos.

“Los dos términos del área anglosajona -“mass media” y “mass communications”-, a su vez, presentaban el inconveniente de acepciones discutibles o erróneas, destacando demasiado y exclusivamente el concepto de masa. En efecto, que en realidad estos instrumentos puedan llegar, y de hecho llegan, al menos en su conjunto, a números enormes de receptores, es muy cierto; que, luego, si se usan de modo inconveniente, tiendan a masificar, es decir a despersonalizar a los individuos en su autonomía anterior, es cosa que afirma casi la totalidad de los psicólogos y de los sociólogos; que, de hecho, hasta ahora hayan producido preferentemente semejantes efectos, lo sostenemos nosotros, pero se puede también discutir, y hay quien lo niega; pero que por su naturaleza sean tales que no puedan menos de masificar en el sentido peyorativo antes indicado, y que por ello sea ésta su característica fundamental -cosa que por desgracia sostienen incluso algunos del lado católico, clérigos y laicos, bien intencionados antes que bien informados -es algo que debe juzgarse por totalmente erróneo. Ahora bien, el término “masa” si se usa para cualificar estos instrumentos, podría parecer que otorga también, o solamente, a la acepción discutible el valor de tesis, del todo extraña a la mente de la Iglesia, que jamás ha incurrido en una condena global de los modernos instrumentos técnicos; pero también negaría a la misma Iglesia y al Concilio todo interés positivo respecto de los mismos”.

Tal denominación, sin embargo, no está restringida de hecho al solo ámbito de la enseñanza de la Iglesia católica: la encontramos ampliamente utilizada en numerosas áreas y especialmente en: Italia, Francia, España, Bélgica.

En cuanto a nosotros, usamos indiferentemente las dos expresiones.

- 4- Entre los campos específicos de los que se han ocupado y se ocupan la psicología y la sociología de las comunicaciones de masa tienen particular interés, para los fines de nuestro estudio, las investigaciones relativas a los efectos de estas comunicaciones, y especialmente a los que se refieren a las opiniones.

Estas investigaciones en un primer tiempo respondían a las preocupaciones acerca de lo nocivo de las comunicaciones de masa, luego se realizaron para obtener de los mass-media la máxima eficiencia en el plano de la persuasión; hoy día tratan sobre todo de identificar las funciones y las disfunciones de la comunicación de masa.

De una primera pretensión de identificar los efectos de las comunicaciones de masa (y en algunos casos los efectos del medio como tal) como si ellas actuaran directamente y sin referencia a otras concausas, se ha pasado a la investigación de las influencias que se pueden encontrar en los receptores por efecto de las comunicaciones de masa pero consideradas en el contexto total en que ellas operan. (153).

Entre los textos más conocidos que tratan de las consecuencias de las c.d.m. (154) el de Klepper analiza con especial atención las relaciones entre las c.d.m. y las opiniones, sobre la base de las investigaciones y de los estudios publicados en el curso del año 1960. Los posibles efectos para Klapper son, en orden de importancia:

- 1) refuerzo de las actitudes preexistentes, determinado por:
 - a) exposición selectiva
 - b) percepción selectiva
 - c) memorización selectiva;
- 2) modificación de poca importancia;
- 3) conversión.

Las cinco causas que favorecen el proceso de refuerzo son:

- 1) determinadas predisposiciones en el auditorio para seleccionar los mensajes enviados;
- 2) las normas del grupo al que pertenece el receptor;
- 3) la propagación de las comunicaciones de persona a persona, junto a las c.d.m.
- 4) el papel que desempeñan los formadores de la opinión pública.
- 5) La naturaleza de los medios de comunicación de masa en una sociedad de concurrencia.

Por fin debemos recordar cómo se habla con frecuencia de una “Teoría y Técnica de las comunicaciones de masa” (tal es muchas veces la denominación oficial de la enseñanza impartida en muchas universidades italianas)(155). Nos parece que tal denominación (bajo la cual, en realidad se imparten las más disparatadas enseñanzas, desde psicología y sociología de las comunicaciones de masa hasta política cultural de masa, semiótica y crítica cinematográfica y televisiva) no tiene motivación científica, sino que constituye un repliegue provisional en espera de especificaciones más justificadas en el plano científico.

- 5- Ya hemos tenido ocasión de subrayar la importancia de la comunicación en la formación de la opinión pública; en efecto
 - a) los acontecimientos que dan lugar a juicios de opinión pública en la mayor parte de los casos son conocidos por el público no directamente, sino a través de la información difundida sobre todo por los grandes medios de comunicación social (la llamada información publicitaria) (156).

- 4- Entre los campos específicos de los que se han ocupado y se ocupan la psicología y la sociología de las comunicaciones de masa tienen particular interés, para los fines de nuestro estudio, las investigaciones relativas a los efectos de estas comunicaciones, y especialmente a los que se refieren a las opiniones.

Estas investigaciones en un primer tiempo respondían a las preocupaciones acerca de lo nocivo de las comunicaciones de masa, luego se realizaron para obtener de los mass-media la máxima eficiencia en el plano de la persuasión; hoy día tratan sobre todo de identificar las funciones y las disfunciones de la comunicación de masa.

De una primera pretensión de identificar los efectos de las comunicaciones de masa (y en algunos casos los efectos del medio como tal) como si ellas actuasen directamente y sin referencia a otras concausas, se ha pasado a la investigación de las influencias que se pueden encontrar en los receptores por efecto de las comunicaciones de masa pero consideradas en el contexto total en que ellas operan. (153).

Entre los textos más conocidos que tratan de las consecuencias de las c.d.m. (154) el de Klepper analiza con especial atención las relaciones entre las c.d.m. y las opiniones, sobre la base de las investigaciones y de los estudios publicados en el curso del año 1960. Los posibles efectos para Klapper son, en orden de importancia:

- 1) refuerzo de las actitudes preexistentes, determinado por:
 - a) exposición selectiva
 - b) percepción selectiva
 - c) memorización selectiva;
- 2) modificación de poca importancia;
- 3) conversión.

Las cinco causas que favorecen el proceso de refuerzo son:

- 1) determinadas predisposiciones en el auditorio para seleccionar los mensajes enviados;
- 2) las normas del grupo al que pertenece el receptor;
- 3) la propagación de las comunicaciones de persona a persona, junto a las c.d.m.
- 4) el papel que desempeñan los formadores de la opinión pública.
- 5) La naturaleza de los medios de comunicación de masa en una sociedad de concurrencia.

Por fin debemos recordar cómo se habla con frecuencia de una "Teoría y Técnica de las comunicaciones de masa" (tal es muchas veces la denominación oficial de la enseñanza impartida en muchas universidades italianas)(155). Nos parece que tal denominación (bajo la cual, en realidad se imparten las más disparatadas enseñanzas, desde psicología y sociología de las comunicaciones de masa hasta política cultural de masa, semiótica y crítica cinematográfica y televisiva) no tiene motivación científica, sino que constituye un repliegue provisional en espera de especificaciones más justificadas en el plano científico.

- 5- Ya hemos tenido ocasión de subrayar la importancia de la comunicación en la formación de la opinión pública; en efecto
 - a) los acontecimientos que dan lugar a juicios de opinión pública en la mayor parte de los casos son conocidos por el público no directamente, sino a través de la información difundida sobre todo por los grandes medios de comunicación social (la llamada información publicitaria) (156).

- b) los mismos instrumentos, al difundir las noticias, las presentan, las más de las veces, consciente o inconscientemente, de tal modo que orientan los juicios y las actitudes de los receptores;
- c) todo receptor es llevado inconscientemente a considerar el conjunto de receptores (oyentes, espectadores, lectores) como una especie de "cuerpo", una unidad que nace de la convergencia de juicios y de actitudes de los mismos receptores, cada uno de los cuales sabe o imagina que no está solo al formular un juicio determinado o al asumir una determinada actitud, sino que se siente miembro de un grupo de personas que piensan de la misma manera; se siente por lo mismo partícipe de una opinión pública (157).

Antes de profundizar en el concepto de la relación entre comunicación social y opinión pública, es oportuno aclarar el concepto de comunicación y examinar su proceso de formación.

El esquema más simple de comunicación humana directa prevé tres elementos indispensables: El que comunica, aquello que se comunica, el que recibe la comunicación.

- a) **El que comunica** no se identifica sin más con el que habla o gesticula o hace algo para manifestar alguna cosa; comunica el que logra hacerse comprender. Comunicación es transmisión de significados y no simplemente de sonidos o de gestos incomprensibles o en todo caso incomprensidos;
- b) **aquello que se comunica** (el mensaje) puede ser no sólo una idea, una información, una orden; se puede comunicar también una actitud (el valor, el temor, el disgusto, etc.);
- c) **a quien se comunica**; el receptor no es simplemente el que percibe con los sentidos un sonido o un gesto o una imagen, sino el que obtiene de ellos un significado.

Según Baragli la comunicación intencional humana se puede describir ideográficamente con la fórmula:

$$\begin{array}{ccccc} & P & E & R & \\ & S & C & S & \end{array}$$

que se lee: “El conjunto de las actividades con las cuales el sujeto **Promotor** (=S P), al querer comunicar a otros sujetos **Receptores** (=S R) los propios contenidos de conciencia (es decir: aquello que piensa, que quiere, que aprueba. . .), los **manifiesta** (o “expresa”: del latín **ex-premo**), de algún modo, fuera de sí asociándolos a formas, “signos” sensorialmente perceptibles (el latín **in-formare**= dar forma); y, con esto, las actividades con las cuales el sujeto **Receptor**, a través del conocimiento del significado de las mismas formas “signos”, hace propio intencionalmente el **signado**”.

Los modos de comunicación humanos -comunmente, pero impropriamente llamados “lenguajes”-, variarán, por tanto, según la naturaleza de los sistemas de los signos escogidos y convencionales: gestos, sonidos, grafías, etc.; independientemente de los cuales variará también la **Idoneidad para comunicar** de los mismos modos de comunicación. Esta mayor o menor idoneidad dependerá (procediendo esquemáticamente) de los tres factores siguientes:

- la **Capacidad** (= C) de los contenidos de conciencia, que sean aptos para comunicar los signos;
- la **Extensión** (= E) de los sujetos receptores que los mismos signos, como tales, sean capaces de alcanzar y estimular sensorialmente;
- la **Potencia** (= P) de información y de sugestión, con la cual el Promotor, con los mismos signos, puede llegar al Receptor. De aquí esta otra fórmula ideográfica de la comunicación:

$$I = f (C, E, P)$$

que se lee: la idoneidad para comunicar de un sistema de signos está en función de la Capacidad, Extensión y Potencia de los mismos.

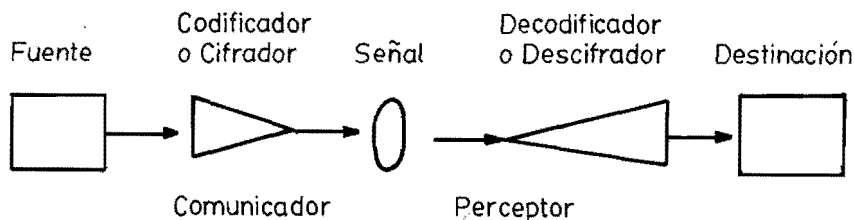
Pongamos dos ejemplos. Compárese la idoneidad para comunicar del “signo—gesto” (de la mano, de la cabeza. . .) con la del “signo—palabra hablada”. En el gesto la C (capacidad) es mínima (es decir: con el gesto se pueden expresar pocos contenidos de conciencia); también la E (extensión) es escasa, porque el gesto no es perceptible más allá del campo de visibilidad del receptor; y es escasa también la P (potencia): de ahí el “refuerzo” de la máscara en el teatro griego y latino y el exceso de mímica en el cine mudo. En la palabra hablada, en cambio, la C (capacidad) es muy rica, pudiendo expresarse con ella todos los contenidos de conciencia posibles, y todos los matices del pensamiento, permitidas por las variaciones lexicológicas, gramaticales, sintéticas, etc.; pero es escasa la E (extensión), porque no supera el alcance de la voz humana; mientras que la P (potencia) es grande: de aquí el arte de la oratoria (pero, generalmente, completado por el gesto).

Compárense ahora los “signos algebraicos” con los “signos musicales”. Son propios de la Capacidad de los primeros solamente los fenómenos de cantidad-extensión; en cambio, son propios de los segundos los elementos emotivos, con escaso o nulo contenido lógico. La Extensión es escasa en los primeros (dependiendo del grado de cultura matemática de los receptores), y es máxima en los segundos (porque es escaso su convencionalismo). La Potencia sugestiva es nula en los primeros (que son eminentemente “lógicos”), y muy notables, en cambio, en los segundos (porque son eminentemente “emotivos”) (158).

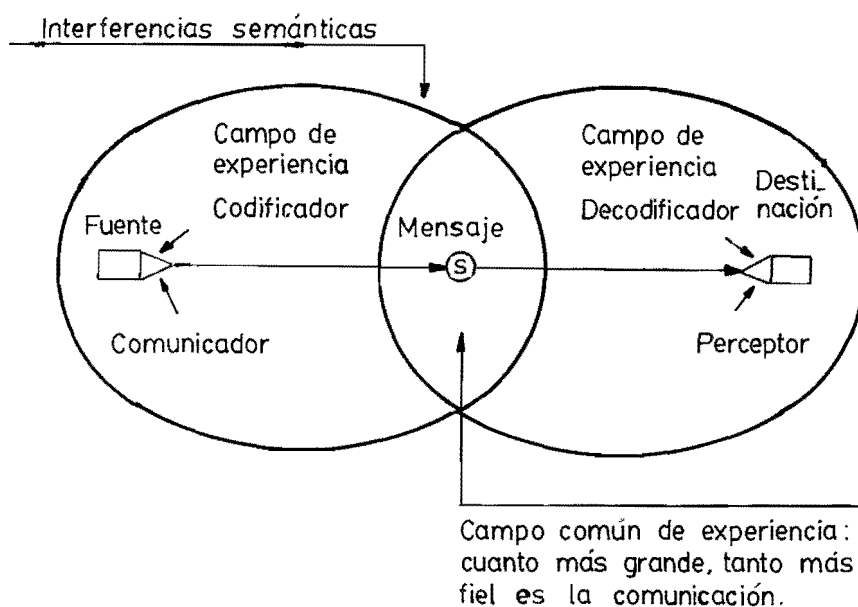
Pero junto a la comunicación directa o inmediata tenemos la comunicación mediata a través de instrumentos (desde la escritura a los videocasets). Lasswell (159), distingue cinco elementos en el proceso de la comunicación: el que dice, aquello que dice, a través de qué canales, a quién y con qué efectos.

Raymondo Nixon(160)amplía el estudio del proceso de la comunicación extendiéndose a siete elementos: **Quién dice, con qué intenciones, qué cosa dice, a través de qué canales, a quién, bajo qué condiciones, con qué efectos.**

Wilbur Schramm(161)presenta el siguiente esquema (tomado de un esquema relativo a la comunicación electrónica formulado por Shannon y Weaver (162).



De este esquema Schramm pasa a otro que pone en evidencia las condiciones necesarias para que el mensaje sea fielmente percibido. Plantea en particular el problema fundamental de la codificación (cifrado) y de la decodificación (descifrado) del Mensaje.



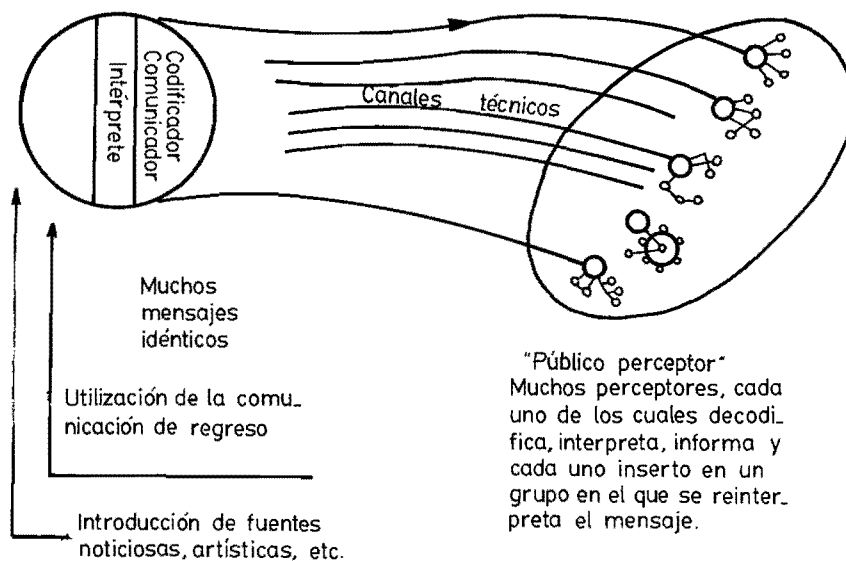
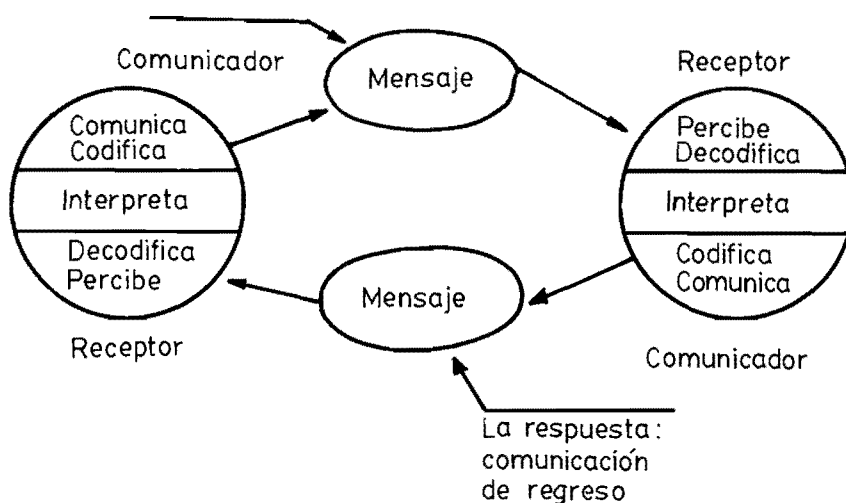
Los dos óvalos representan respectivamente el campo de experiencia del comunicador y el del perceptor. Si los dos campos no tienen ningún punto en común no es posible ninguna comunicación. En resumen, según el esquema, la "señal" se hace mensaje sólo si cae en un campo de experiencia cultural común al comunicador y al perceptor. Un presunto mensaje formulado en chino será un mero conjunto de sonidos (señales) para uno que no conoce el chino (pues de hecho éste no logrará decodificarlo) pero será un mensaje para el que conoce aquella lengua. Pero también un discurso en italiano expresado en el lenguaje extraño a la experiencia del perceptor (por ejemplo en lenguaje técnico) quedará en sonido o señal sin llegar ni a mensaje ni a comunicación, o bien puede ser interpretado en sentido distinto (o a un contrario) del originalmente querido por el promotor.

El asunto tiene particular importancia no cuando la comunicación tiene lugar directamente y sin mediación (es decir cuando sería más fácil una explicación entre codificador y decodificador), sino cuando se trata de comunicaciones mediatas a través de instrumentos, y por tanto no susceptibles de averiguación.

Algunas investigaciones acerca de la comprensión de los mensajes radiofónicos y televisivos proporcionan datos significativos sobre la incapacidad de decodificación exacta incluso de los noticiarios y de los discursos políticos que sin embargo estarían destinados al más amplio auditorio (164).

Recuérdese la incapacidad (por desgracia muy extendida) de comprender el lenguaje artístico de un film o de una novela. La mayor parte del público llega hasta a invertir el mensaje porque no posee el mismo código del director o del escritor. Por lo mismo resulta evidente la importancia del lenguaje de los **mass-media**, teniendo en cuenta los límites de la gran masa del auditorio. Hoy en día tal vez la publicidad (con sus urgencias de persuasión) es la que proporciona un lenguaje particularmente descifrable por las masas.

Merecen nuestra atención otros dos esquemas de Schramm. El primero explica la "circularidad" de la comunicación interpersonal, el segundo la "circularidad" de la comunicación de masa (165).



6- Es claro que los medios que tratan de informar (es decir de dar noticias de interés general, dirigidas al público, y por tanto destinadas a una amplia difusión) tienen un enorme papel en la formación de la opinión pública. Tanto más, dado que las noticias en sí y el modo como se las presenta son capaces de solicitar del público reacciones rápidas y virtualmente simultáneas de carácter preferentemente emotivo, como sucede muchas veces, en especial por el uso de los medios audiovisuales.

Hay que notar entre tanto que la estabilidad de un cierto número de ideas, actitudes, tendencias, costumbres propias de los grupos tradicionales primarios o de contacto directo (familia, parentesco, población de la aldea, etc.) se va atenuando con la disolución frecuente -en la actual fase evolutiva de la sociedad- de aquellos mismos grupos primarios. Lo que fomenta en los individuos -dejados así indefensos- el influjo ideológico de los grupos secundarios o de contacto indirecto (166).

Hay que notar también la tendencia de los contemporáneos a dejarse orientar no ya de la validez intrínseca del juicio o de la actitud que de cualquier modo se les ofrece o sugiere, sino del volumen de consensos que se presume pueden converger sobre aquel juicio o aquella actitud (este es un aspecto de la masificación). Así, gran parte de la gente, al conocer las enormes tiradas de los periódicos, la enormidad de los públicos de la radio, de la televisión y del cine, y sin notar -si no es rara vez- reacciones contrarias de una cierta consistencia, acaba por pensar que todos -o casi todos- consideran como aceptados por todos -o por casi todos- los mensajes y los modelos de comportamiento ofrecidos por los grandes instrumentos de la comunicación social.

Los cuales, con su técnica cada vez más perfeccionada y por su presencia simultánea o casi simultánea -no sólo a nivel de ciudades sino nacional y mundial- llegan a crear corrientes de opinión pública cada vez más amplias y reacciones cada vez más simultá-

neas y a formar por lo mismo una especie de standard ya sea de ideas ya de actitudes.

CAPITULO VIII

LOS TEMAS DE OPINION PUBLICA

Volvamos a examinar la opinión pública en sentido objetivo: la hemos considerado como un conjunto de ideas, de sentimientos y de actitudes (167).

Creemos necesario profundizar el tema por lo que atañe a las ideas, con referencia naturalmente a la opinión pública.

En principio, al analizar los contenidos de la opinión pública, podemos dar con cualquier idea. Pero un examen más atento nos dirá que la opinión pública (en sentido subjetivo o personificado) no presta la misma atención a cualquier idea posible; o también -lo que es sustancialmente la misma cosa- que no todas las ideas tienen igual capacidad de movilizar la opinión pública. Podemos desde ahora indicar que la atención de la opinión pública (sea en sentido subjetivo sea en sentido instrumental) se dirige con preferencia:

- a) —a las ideas ligadas con los intereses actuales del público y por tanto en relación con el bien común real o presunto de él: tales ideas son suscitadas generalmente por situaciones, acontecimientos, documentos, declaraciones, opciones políticas, decisiones de la autoridad, etc.;
- b) —a las ideas que traen consigo elementos de novedad o de algo extraordinario y hieren el sentimiento o la imaginación.

Podemos afirmar, en resumen, que un público posee, de manera más o menos clara, una serie de ideas con las cuales tiende a

confrontar (salvo desviaciones debidas a intervenciones violentas de carácter emotivo) los sucesos y que de ahí deduce juicios y actitudes. Aquellas ideas son generalmente valores ampliamente aceptados como los de libertad, orden, igualdad, fraternidad, seguridad, honestidad, patria, etc.

Por eso al considerar la opinión pública (en sentido objetivo) de un determinado tiempo o un determinado lugar encontramos un conjunto de ideas ya sea abstractas (ej.: la fraternidad humana) ya sea concretas (ej.: la discriminación racial en Sud-Africa); ideas que suscitan reacciones emotivas (ej.: las contaminaciones ambientales, las acciones del “Septiembre negro”) e ideas menos eficaces en el plano de la emotividad (ej.: la habitabilidad de Marte).

Sin embargo es más bien difícil que la opinión pública demuestre un interés directo por las ideas abstractas, sobre todo si éstas no tienen alguna relación con un acontecimiento de actualidad. Serán los hechos actuales los que despierten las ideas abstractas. Por ejemplo: la matanza por parte de bandoleros, de una persona raptada o de un rehén (sobre todo si se trata de un niño o de una mujer), sacude al público y despierta las ideas de justicia, seguridad, orden en contraposición a las imágenes de violencia, desorden, crueldad, etc. y le pedirá una reacción contra las fuerzas eversivas, los bandoleros, y también contra la autoridad pública de la cual se espera mayor protección.

La opinión pública es particularmente sensible a las ideas concretas (los hechos de actualidad, en especial) y particularmente a las “que han adquirido un valor de interés y de emoción por su relación con problemas concretos de la sociedad”(168) o de un determinado grupo social o psicológico; ideas que el grupo, en coherencia con sus sentimientos, vive y acompaña de actitudes. Se trata por tanto de imágenes construidas o reconstruidas a través de una elaboración colectiva (169).

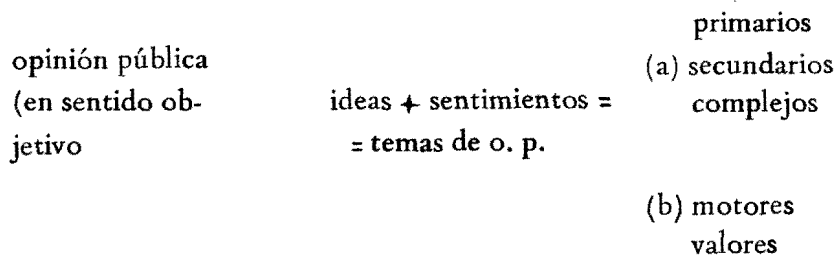
Cuando se trata de opinión pública, se prefiere hablar de temas, antes que de ideas. De suerte que la idea, de la cual se apropia la opinión pública, toma el nombre de **tema de opinión pública** o también **tema popular**, dada su amplia difusión entre el pueblo (170).

Como ya hemos dicho, un análisis de la opinión pública tal como se manifiesta en un momento dado, nos revela junto a los temas concretos (el rapto de un hombre político, la revuelta en las cárceles, la contestación de los jóvenes, el desastre aéreo, la gran estafa, el gesto heroico, la asombrosa ganancia en la lotería, el disenso en la URSS, el lanzamiento de un enésimo satélite), temas abstractos (justicia, orden, prestigio, progreso, libertad, venganza, ambición, etc.) (171).

Según una terminología que ha entrado en uso, los primeros se llaman temas **secundarios**, los segundos temas **primarios**(172). El hecho concreto (tema secundario) cargado de emotividad, es el que permite despertar en la opinión pública temas primarios. Por ejemplo: el anuncio de una carestía ocasiona un despertar del sentimiento de generosidad entre todos y pone al vivo el tema primario de la fraternidad humana.

En general la opinión pública emite sus juicios sobre la base de temas primarios, estimulada por un tema secundario.

Esquemáticamente podemos sintetizar así:



Temas motores y temas valores

Esta consideración nos lleva a subrayar otra distinción entre los temas de opinión pública: los temas motores y los temas valores (173).

Temas motores son los temas cargados de dinamismo y que, precisamente por ser tales, tienen en sí mismos la capacidad de penetrar en la opinión pública y con frecuencia movilizarla en el sentido de inducirla a tomar una actitud y determinarla a un comportamiento concreto. Pongamos un ejemplo: la explosión de grisú en una mina determinada, el desplome de una galería con numerosos muertos y heridos. Tema fuertemente emotivo que despierta actitudes de compasión, solidaridad, etc., y un comportamiento concreto, por ejemplo: el envío de ayuda. Estamos frente a un tema motor capaz de penetrar de por sí en la opinión pública: es decir un tema que no tiene necesidad de ser empujado por otro tema.

Completemos ahora el ejemplo: una organización obrera tiene el mayor interés por introducir en la opinión pública el tema de la seguridad en el trabajo; ésta es una idea más bien abstracta, un tema que pertenece a la categoría de los temas primarios; pero de por sí no es un tema capaz de suscitar emociones aunque constituye un tema valor importante. La circunstancia dolorosa de la desgracia en la mina ofrece el tema motor para introducir en la opinión pública el tema valor: seguridad en el trabajo.

Por tanto la capacidad de ciertos temas (motores) de introducir en la opinión pública otros temas (valores) de por sí menos capaces de suscitar emociones y temas tal vez inertes, constituye una posibilidad de gran importancia para la metodología de la opinión pública. Los operadores de la opinión pública (y los mismos educadores), en efecto, tienen en el tema motor un precioso aliado para hacer penetrar temas que de otro modo no penetrarían, no por hostilidad del público hacia ellos, sino por carencia de interés.

El saber hacer surgir el tema valor del tema motor a través de la interpretación del hecho, o a través de la búsqueda de sus casuas próximas o remotas (filosofía de la crónica) constituye la llamada dialéctica de la actualidad, es decir la técnica capaz de utilizar el dinamismo innato del tema motor para obtener la adopción de valores más o menos permanentes y constructivos de parte de la opinión pública (en sentido subjetivo) así como de parte de los individuos en particular (174).

Pero no siempre es el tema motor necesariamente un tema concreto o secundario: algunos temas motores son primarios y encuentran su dinamismo en la fuerza que no proviene del elemento visivo directo o en todo caso del positivismo, sino de su capacidad de despertar en la memoria una cantidad de hechos, de circunstancias, etc.: es decir, que han llegado a ser verdaderos y propios símbolos que operan como estímulos capaces de producir reflejos condicionados (175).

Para completar el cuadro de los temas de opinión pública debemos mencionar aquí los temas complejos o conjuntos temáticos (176) de los cuales nos ocuparemos más ampliamente en seguida.

Son ellos un conjunto de temas secundarios y primarios (unos permanentes y otros transitorios) fuertemente unidos entre sí y acompañados de actitudes psicológicas precisas. Algunos ejemplos de estos son: comunismo, democracia, resistencia, etc., no en cuanto doctrinas políticas, sino en cuanto conjuntos temáticos comunes a grupos considerables de personas.

CAPITULO IX

LOS TEMAS SECUNDARIOS

No todo lo que sucede en torno a nosotros tiene la misma importancia para la opinión pública. Algunos acontecimientos pasan del todo inadvertidos, otros -por el contrario- son objeto de atención, de interés, de discusión.

1.- **El hecho ordinario.** El hecho ordinario no está destinado a tener resonancia en la opinión pública. La costumbre no permite ninguna emoción ni la fantasía queda satisfecha con un hecho ordinario. Un proverbio que corre en los ambientes periodísticos es éste: un perro que muerde a un hombre no hace noticia, haría noticia un hombre que muerde a un perro.

A veces sin embargo los operadores de opinión pública consiguen llamar la atención sobre un hecho ordinario: lo consiguen generalmente recurriendo a elementos extraordinarios en el modo de presentar el hecho mismo. Por ejemplo, no puede ser noticia el hecho notorio de la caótica circulación en nuestras ciudades. Pero sí es noticia el hecho de que un personaje de fama internacional (político, deportista, cineasta, etc.) deje una declaración a este propósito. En otros casos los operadores de opinión pública llamarán la atención con un título, una fotografía, que haga salir de lo "grisáceo" incluso el hecho ordinario.

2.- **El hecho extraordinario.** Los hechos que no entran en la normalidad tienen más fácil audiencia en la opinión pública. Mientras el sacrificio diario de un concienzudo profesor no tiene relieve en

la opinión pública, el loco gesto de un maestro que mata a un alumno suscita toda la atención y la reacción de la opinión pública.

El delito, especialmente si tiene lugar en circunstancias oscuras y complicadas, el escándalo, especialmente a personalidades muy conocidas, son otros tantos hechos que se presentan con lujo de detalles en la crónica negra de los periódicos y que el público en una gran parte sigue con pasión muchas veces morbosa (177).

Un ejemplo clamoroso de cómo la opinión pública se apasiona en torno a hechos extraordinariamente complicados fue el famoso "caso Dreyfus" en Francia (178); otro caso, en Italia, el "caso Montesi".

Pero la opinión pública no está dominada exclusivamente por los malos acontecimientos. Recordemos aquí el interés vivísimo de la opinión pública en hechos también positivos.

Un ejemplo de enormes proporciones lo encontramos en la atención con que fueron seguidas las primeras expediciones a la luna. No fue sólo curiosidad por el acontecimiento, sino que en la opinión pública mundial se abrió un debate sobre la oportunidad o inoportunidad de tales viajes, con especial relación con los temas del "prestigio nacional", de los gigantescos gastos frente al hambre en el mundo, del mito de la técnica, etc. (179).

La opinión pública francesa en el invierno de 1953-54 tuvo como tema dominante la "insurrección de la bondad" guiada por el Abate Pierre contra la "muerte blanca", es decir el frío excepcional que cosechaba sus víctimas entre los sin techo en Francia.

Es evidente que la opinión pública responde sin duda a los valores de lo extraordinario (tanto en el terreno del mal como en el del bien), es poco abierta a las posiciones de equilibrio, y se deja dominar por la emotividad.

3.- **Los hechos remotos en el tiempo y en el espacio.** En la medida en que un hecho no es susceptible de producir actualmente una consecuencia que toque a los intereses vitales de una colectividad, el hecho mismo no es tema de opinión pública. ¿Qué dinamismo es posible esperar de la lectura de las historias antiguas que se refieren a las generaciones o civilizaciones remotas de las cuales muy poco ha llegado a la nuestra?. Pero no hace falta ir tan lejos: hechos acaecidos hace un decenio o incluso hace unas semanas, una vez que han perdido su actualidad, no son temas de opinión pública. Con todo, es posible reactualizar hechos ya pasados, dándoles una nueva capacidad de suscitar dinamismo. Fuera de lo que diremos en el capítulo dedicado a las tradiciones, bastará aquí citar, por ejemplo, las grandes posibilidades que ofrece el cine de revivir en forma emotiva sucesos aun lejanos o lejanísimos en el tiempo, pero que tengan puntos de contacto con la actualidad. La proyección de films como **El caso Dreyfus** o como **El Acorazado Potemkin** devuelven actualidad a hechos ya antiguos. Pero discute la opinión pública en verdad sobre aquellos hechos o más bien sobre los hechos y las situaciones actuales que tienen elementos comunes con aquellos acontecimientos?

Durante mucho tiempo los hechos que tenían lugar a distancia, ya sea en cuanto al tiempo necesario para tener noticia de ellos, ya por razón de la distancia o separación muy marcada entre continentes y pueblos no formaban otros tantos temas de opinión pública si no es excepcionalmente. Carencia de interés y pérdida de capacidad emotiva en el tiempo. Las cosas han cambiado mucho (véase el capítulo sobre la opinión pública internacional); han caído las barreras, el tiempo necesario para la transmisión de las noticias casi se ha reducido a cero, con ventaja total para la frescura y la eficacia emotiva de las noticias.

Sin embargo un caso de peste de Bombay no produce el impacto de un caso de peste en nuestra ciudad. Pero el impacto puede crecer en la medida en que se demuestre que ya no existe distancia que nos separe de aquella ciudad. Se da impacto si el hecho

entra psicológicamente en nuestro interés. Los informadores lo saben muy bien: no basta dar la noticia, es necesario hacer resaltar que ella nos atañe. Por tanto ellos, si es necesario, la “acercan” a nosotros, a veces incluso forzando un poco las cosas.

4.- **Selección de las noticias.** Quien desea determinar de algún modo la opinión pública, maneja -en cuanto puede- el aflujo de las noticias.

Estos temas secundarios, en efecto, no sólo son creadores, ellos mismos, de actitudes y suscitadores de comportamientos, sino -con mucha frecuencia- óptimos temas motores a los que el operador de la opinión pública sabe unir temas valores que tiene interés de difundir.

Aquí vienen entonces las oficinas de información, los ministerios de prensa e información, el control de las informaciones, la censura, etc.

El operador de opinión pública comprometido ideológicamente tiende a efectuar una operación de filtro sobre las noticias, es decir:

- dejar pasar las que son favorables;
- excluye las desfavorables;
- comenta las que no puede excluir.

Pero, aparte de esta clasificación voluntaria, es interesante preguntarse si existen leyes que determinan una selección espontánea y natural de las noticias (180). De hecho basta una atención normal para observar que las diversas noticias no tienen el mismo éxito: se da fe a algunas, a otras no; algunas quedan vivas en la opinión pública por un largo período de tiempo, otras decaen en seguida sin dejar consecuencias apreciables.

He aquí algunos principios de selección de las noticias:

3.- Los hechos remotos en el tiempo y en el espacio. En la medida en que un hecho no es susceptible de producir actualmente una consecuencia que toque a los intereses vitales de una colectividad, el hecho mismo no es tema de opinión pública. ¿Qué dinamismo es posible esperar de la lectura de las historias antiguas que se refieren a las generaciones o civilizaciones remotas de las cuales muy poco ha llegado a la nuestra?. Pero no hace falta ir tan lejos: hechos acaecidos hace un decenio o incluso hace unas semanas, una vez que han perdido su actualidad, no son temas de opinión pública. Con todo, es posible reactualizar hechos ya pasados, dándoles una nueva capacidad de suscitar dinamismo. Fuera de lo que diremos en el capítulo dedicado a las tradiciones, bastará aquí citar, por ejemplo, las grandes posibilidades que ofrece el cine de revivir en forma emotiva sucesos aun lejanos o lejanísimos en el tiempo, pero que tengan puntos de contacto con la actualidad. La proyección de films como *El caso Dreyfus* o como *El Acorazado Potemkin* devuelven actualidad a hechos ya antiguos. Pero discute la opinión pública en verdad sobre aquellos hechos o más bien sobre los hechos y las situaciones actuales que tienen elementos comunes con aquellos acontecimientos?

Durante mucho tiempo los hechos que tenían lugar a distancia, ya sea en cuanto al tiempo necesario para tener noticia de ellos, ya por razón de la distancia o separación muy marcada entre continentes y pueblos no formaban otros tantos temas de opinión pública si no es excepcionalmente. Carencia de interés y pérdida de capacidad emotiva en el tiempo. Las cosas han cambiado mucho (véase el capítulo sobre la opinión pública internacional); han caído las barreras, el tiempo necesario para la transmisión de las noticias casi se ha reducido a cero, con ventaja total para la frescura y la eficacia emotiva de las noticias.

Sin embargo un caso de peste de Bombay no produce el impacto de un caso de peste en nuestra ciudad. Pero el impacto puede crecer en la medida en que se demuestre que ya no existe distancia que nos separe de aquella ciudad. Se da impacto si el hecho

entra psicológicamente en nuestro interés. Los informadores lo saben muy bien: no basta dar la noticia, es necesario hacer resaltar que ella nos atañe. Por tanto ellos, si es necesario, la “acercan” a nosotros, a veces incluso forzando un poco las cosas.

4.- Selección de las noticias. Quien desea determinar de algún modo la opinión pública, maneja -en cuanto puede- el aflujo de las noticias.

Estos temas secundarios, en efecto, no sólo son creadores, ellos mismos, de actitudes y suscitadores de comportamientos, sino -con mucha frecuencia- óptimos temas motores a los que el operador de la opinión pública sabe unir temas valores que tiene interés de difundir.

Aquí vienen entonces las oficinas de información, los ministerios de prensa e información, el control de las informaciones, la censura, etc.

El operador de opinión pública comprometido ideológicamente tiende a efectuar una operación de filtro sobre las noticias, es decir:

- dejar pasar las que son favorables;
- excluye las desfavorables;
- comenta las que no puede excluir.

Pero, aparte de esta clasificación voluntaria, es interesante preguntarse si existen leyes que determinan una selección espontánea y natural de las noticias (180). De hecho basta una atención normal para observar que las diversas noticias no tienen el mismo éxito: se da fe a algunas, a otras no; algunas quedan vivas en la opinión pública por un largo período de tiempo, otras decaen en seguida sin dejar consecuencias apreciables.

He aquí algunos principios de selección de las noticias:

- a) —si están en juego intereses materiales, tienen éxito las noticias que facilitan más la defensa de estos intereses.

El anuncio de un aumento en los precios es noticia destinada a difundirse muy rápidamente. El asalariado, el empleado, y en general todos los consumidores tienen gran interés (para poder justificar su recurso a quien pueda explicar las razones, o su aversión a una política determinada, o también para dar una base racional a sus requerimientos de aumento salarial) de dar la máxima divulgación a las noticias que hablan del encarecimiento de la vida.

La noticia de la probable clausura de una fábrica viajará más rápidamente que la de la probable apertura de un establecimiento. Porque en el primer caso existen personas bien definidas que vendrían a sufrir un golpe con dicha medida (a estas personas les conviene dar la alarma difundiendo la noticia), mientras que en el segundo caso no se sabe qué personas se beneficiarían con la apertura del establecimiento.

Es magistral, a este propósito, aquel pasaje de los Novios que, describiendo el asalto al horno de las muletas, da una visión de cómo se difunden las noticias del tipo que aquí nos interesa.

- b) —En la misma hipótesis anterior, las noticias que podrían atenuar la defensa de los intereses, tienden a desaparecer.

La opinión pública, siempre en pugna con el fisco, no tiene ningún interés en recordar con insistencia una eventual reducción de los impuestos.

Así, en tiempo de carestía, no puede haber ningún interés en difundir la noticia de una cosecha escasa, noticia que justificaría las medidas (racionamiento) contra las cuales en cambio se protesta.

- c) —Si están en juego presiones o sentimientos, tienen acogida las noticias que tienden a justificarlos o a fortificarlos.

Aquellos que son obstinados opositores de un partido político, estarán espontáneamente inclinados no sólo a aceptar, sino a difundir todas las noticias -aun cuando no sean muy ciertas- que justifican su aversión a aquel partido (noticias de errores, intrigas, corrupciones, traiciones, etc.).

- d) —Si una gran noticia ha agitado la opinión pública, también otras noticias análogas -aun de poquísima importancia- se difunden ampliamente.

Después del choque de trenes de Cordogno que provocó hace algunos años, numerosos muertos por el funcionamiento irregular del paso a nivel, cada día traía la prensa noticias de incidentes o peligros de incidentes en pasos a nivel, hasta de ferrocarriles sin ninguna importancia.

Se podría pensar en epidemias de hechos análogos. La verdad es que tales hechos habrían pasado desapercibidos si no hubieran estado precedidos por un hecho de grandes proporciones, bajo cuya impresión también los otros adquieren importancia.

Análogamente, después de la trágica fuga de gas tóxico de una fábrica de Seveso, que trajo incalculables daños para la salud de la ciudadanía y para la economía de una vasta zona, los periódicos publicaron -muchas veces con inusitado relieve- una serie de noticias relativas a fugas de gas o de otros productos nocivos o considerados como tales. A veces se trataba hasta de falsas alarmas o de incidentes de pequeña importancia. Cómo se explica el hecho?. El estado de tensión provocado por el caso de Seveso volvió al público extremadamente atento a todo hecho que confirmase las razones de su alarma. De ahí el valor de “actualidad” y por ende “interés” atribuido a sucesos que en situaciones distintas no habrían tenido ningún relieve.

Sauvy, a propósito de la selección de las noticias (él habla de “desviaciones”) concluye así: “Las desviaciones sinceras, inconscientes, involuntarias se efectúan en la misma dirección en que se habrían efectuado si hubiesen sido hechas consciente y voluntariamente, para defender la posición adoptada, ya responda ésta a un interés material, intelectual o afectivo” (181).

5.- Preferencias de la opinión pública por lo cualitativo más bien que por lo cuantitativo.

Siempre a propósito de los criterios naturales de selección de las noticias, es oportuno recordar aquí que la opinión pública es más sensible a lo cualitativo que a lo cuantitativo.

Ya se ha hecho alusión a esta tendencia. Podríamos aquí aducir una infinidad de experiencias concretas que atestiguan la insensibilidad casi total de la opinión pública a las cifras.

En un opúsculo de propaganda electoral de cierto partido se escribió que la renta nacional italiana había alcanzado en 1957 a 14 billones. Esta cifra fue puesta en muchos otros opúsculos y hasta en cuadros para pequeños comicios, de suerte que es probable que haya sido repetida y expuesta por numerosos individuos que participaban en los comicios, ninguno de los cuales se habrá dado cuenta que la renta nacional llegaba a 14 mil millones, sino a 14 billones!. Lo curioso es que miles de oyentes no habrían sido capaces de notar la diferencia entre las dos cifras.

Las cifras tienen valor efectivo en la opinión pública sólo cuando se refieren a la experiencia individual o se traducen en forma visiva. No es suficientemente eficaz decir que la Reforma Agraria ha procedido a expropiar 749.896 hectáreas de terreno. ¿Es eso mucho?. ¿Es poco?. Es infinitamente más eficaz añadir que las 749.896 hectáreas son iguales a un tercio de la Lombardía.

El elemento visivo-cualitativo de la noticia facilita su admisión entre los temas de opinión pública.



C A P I T U L O X

LOS TEMAS PRIMARIOS

Hemos dicho a su tiempo que en la opinión pública prevalece lo concreto sobre lo abstracto. Es hora de añadir algunas puntualizaciones.

a) Los motivos de tal preferencia son de orden intuitivo: es más fácil recordar un hecho que no una idea abstracta; la aprehensión de un hecho requiere menor esfuerzo que la aprehensión de una idea abstracta; el hecho es apto para impresionar no sólo la inteligencia, sino, y tal vez preferentemente, la esfera de los sentimientos. Doob(182), al hacer una distinción entre opinión pública estable y opinión pública momentánea, recuerda precisamente el hecho de que la primera puede ser alterada momentáneamente por informaciones que causen sorpresa, y suscitan emotividad (por consiguiente, temas secundarios). Si en la opinión estable vemos algo muy semejante a lo que hemos definido como opinión pública matriz (en la cual figuran una cantidad de sedimentaciones culturales, de ideas, de tradiciones de por sí emotivas, pero vividas como temas primarios), caemos en la cuenta de que las desviaciones momentáneas de la opinión pública se deben justamente al efecto de los temas secundarios que, por su capacidad de suscitar emociones, prevalecen -más o menos largo tiempo- sobre los mismos temas primarios de opinión pública aunque hayan echado raíces por mucho tiempo en su determinado grupo de individuos.

Científicamente se explica la normal preferencia por los temas secundarios sobre los primarios, considerando las razones de emotividad que provienen en particular de la índole visiva del he-

cho; así se explica cómo ellos tienden a pilotear la opinión pública por la fuerza dinámica que, por el contrario, falta con mucha frecuencia, en los temas primarios, abstractos. Y no sólo ésto; mientras que los hechos (como imágenes) son accesibles a la inteligencia de todos (el entendimiento del pueblo está en los ojos, dice S. Agustín), no sucede así con los temas abstractos. La pura especulación filosófica, económica, jurídica no está al alcance de todos.

Por ejemplo, el difícil tema de las relaciones entre el Estado y la Iglesia no puede llamarse tema popular de opinión pública. Pero basta un hecho particular (las vicisitudes de la ley sobre el divorcio, la notificación del Episcopado Italiano para las elecciones) para movilizar con cierta energía la opinión pública.

b) Pero si es verdad que la opinión pública se agita más con el tema secundario (el hecho), con todo es también verdad que están profundamente arraigados en la opinión pública también temas abstractos primarios: por ejemplo, libertad, honor, paz, fraternidad, igualdad, justicia, amor, orden, etc. Pero es necesario precisar que no se trata de temas vividos en clave exclusivamente racional, intelectual, filosófica (no es tema de opinión pública, por ejemplo el libre arbitrio), sino de temas vividos en clave emotiva; por ejemplo, el tema libertad no suscita ningún dinamismo si es estudiado como atributo fundamental de la persona humana; pero es capaz de despertar un movimiento de opinión pública cuando la libertad entra concretamente en juego por efecto de "hechos" conocidos por el público; la palabra misma llega a ser símbolo estimulante, tal vez -incluso- en oposición al concepto racional de libertad (183).

c) A propósito de temas primarios hay que hacer una observación: algunos movimientos políticos han tratado muchas veces de apoyarse en las masas no sólo con slogans concretos (como podrían ser: "pan y trabajo" o "todo el poder a los soviéticos" o "tierra y paz") sino también con slogans abstractos. Por ejemplo, "libertad, igualdad, fraternidad", "crecer, obedecer, combatir" (184). Son éstos temas primarios?. De suyo sí lo son. Pero, enton-

ces, cómo han llegado a tener una capacidad de dinamismo tan elevada?. Es fácil comprenderlo si se piensa que aquellas palabras (si bien abstractas) han acabado por perder su significado natural o lo han superado completamente, para formar una nueva realidad, una especie de símbolo político no muy diverso del que puede ser una bandera, un emblema, un himno. La visión del emblema formado por la hoz y el martillo nos habla no ya de dos instrumentos de trabajo, sino de aquella realidad política que es el comunismo marxista.

La amplia utilización del slogan a través de la repetición, hace que así ya no nos encontremos ante un tema primario, sino ante un símbolo, es decir ante un instrumento capaz de provocar aquellos reflejos condicionados de los que habla por extenso Tchakotine en su obra (185).

Relaciones entre temas primarios y secundarios

Existen notables relaciones entre los temas primarios y los secundarios.

- a) —Los temas primarios son una causa profunda de los temas secundarios.
- b) —Los temas secundarios son capaces de despertar los temas primarios, como hemos dicho antes.
- c) —El conjunto de temas primarios no se identifica exactamente con la opinión pública matriz. En ésta, junto a los temas primarios, encontramos también temas secundarios.

Existe indudablemente una relación directa entre cultura, educación de un determinado grupo y presencia de temas primarios en su opinión.

La opinión de una clase culta es más rica en temas primarios y menos expuesta a la emotividad de los temas secundarios, si bien no está exenta de sus efectos. A este propósito, Le Bon, tratando de la psicología de las masas (186), sostiene que “las decisiones de interés general tomadas por una asamblea de hombres distinguidos, pero de diferentes especializaciones (no es difícil distinguir entre líneas una referencia a los diversos órganos colegiales políticos y administrativos), no son muy superiores a las decisiones que tomaría una asamblea de imbéciles. Ellos, en efecto, pueden reunir en sí las cualidades mediocres comunes a todos” (187).

No es fácil tener una neta distinción entre temas secundarios y primarios. He aquí algunos ejemplos de temas que tienen las características de unos y otros: la libertad de enseñanza, familia, tutela moral del trabajador, disciplina cívica, etc. . . .

CAPÍTULO XI

LOS TEMAS COMPLEJOS O POPULARES

Un tema cargado de dinamismo ha animado la opinión pública de Europa en el período que va desde más o menos 1943 hasta nuestros días. Es el tema de la “resistencia”.

El recuerdo de la resistencia ha sido la palanca que ha sostenido moralmente los esfuerzos encontrados en los difíciles tiempos de la post-guerra; en nombre de la resistencia se ha puesto todo empeño en un trabajo común de reconstrucción; la resistencia es todavía un llamado a la solidaridad contra el retorno de cualquier forma de opresión.

La resistencia es un típico tema complejo o popular: es imagen y valores, es recuerdo y programa; es símbolo, ejemplo e impulso a la acción. Por el impacto que todavía hoy produce en la opinión pública no tiene nada que ver con los desteñidos e inertes recuerdos de la guerra de los cien años o del desafío de Barletta.

Otros ejemplos de temas complejos son: el movimiento en pro de la unidad italiana, el fascismo, la revolución cultural, el comunismo, la democracia, la contestación, etc. En cada uno de estos temas complejos es fácil identificar la presencia de temas secundarios (vicisitudes vivas en la fantasía o en la memoria del pueblo) como también temas primarios (ideal de independencia en el movimiento de la unidad italiana, exasperado prestigio en el fascismo, libertad en la resistencia, etc.); tales temas van acompañados de tendencias con las que forman un único conjunto orgánico: el tema popular.

Los temas complejos o populares están, pues, compuestos de un conjunto de temas primarios y secundarios (que podríamos considerar, en este caso, como subtemas), sólidamente unidos entre sí y acompañados de tendencias y actitudes psicológicas que son determinantes del comportamiento de los individuos y de los grupos.

El estudio de estos temas nos pone delante, de vez en cuando, una elaboración subjetiva y **mudable** operada por una determinada colectividad; por este motivo justamente a una misma expresión verbal (ejemplo: contestación) pueden corresponder, en tiempos y lugares diversos, distintos contenidos, especialmente en lo que se refiere a los subtemas secundarios. Es claro, por tanto, que los temas complejos no deben ser confundidos con las ideologías y las doctrinas políticas y religiosas que tienen etiqueta idéntica o análoga.

Para conocer los temas populares y para valorar sus contenidos se recurre a aquel particular sondeo de opinión que es la encuesta psicológica. Esta constituye un tipo de encuestas no meramente cuantitativa, puesto que tiende a conocer, además de los aspectos cuantitativos del tema en estudio, las causas que determinan la existencia y la fuerza del mismo tema popular dentro de la opinión pública.

El tema popular “comunismo”

El “comunismo” como tema popular de opinión pública es un conjunto de ideas capaces de empujar a la acción y que constituyen el bagaje psicológico de considerables masas.

Este tema popular ha sido objeto de varias encuestas realizadas hace algunos años ya en Italia(188), ya en varios países de América Latina, en ambientes netamente proletarios.

Dichas encuestas se han levantado sobre la base de conversaciones informales y de preguntas indirectas tendientes a obtener respuestas a los siguientes puntos:

- a) —qué piensas que debe realizar tu partido al llegar al poder;
- b) —qué cosas encuentras más despreciables en los otros partidos;
- c) —qué admiras de manera particular en la Unión Soviética y en los otros países comunistas;
- d) —qué cosa encuentras de criticable en la religión.

Las respuestas han revelado, en su conjunto, la presencia casi constante —ya sea en Italia, ya en el exterior— en el siguiente orden de importancia, de los siguientes puntos:

- seguridad económica
- igualdad social
- promoción del proletariado
- fraternidad humana

Estos temas, que en la base de todo movimiento obrero o campesino (socialista, laborista, católico, etc.) son la fuente, la causa eficiente de casi todas las afirmaciones y acciones de las masas populares y comunistas; pero, como ya se ha hecho notar, no se debe confundir el comunismo como doctrina política con el comunismo como tema popular.

Al analizar los temas fundamentales del tema popular “comunismo” encontramos las siguientes tendencias dominantes, que constituyen los principios vitales que inspiran la acción de las masas comunistas:

- tendencia al absolutismo materialista: el proletariado comunista es tan exasperado e impaciente en sus deseos materiales, que el tema de la seguridad económica ha llegado a ser un absoluto, es decir un valor último al que se subordina toda otra aspiración (aun la fraternidad, aun la libertad);

- tendencia a la “mitificación”: el comunista (con este término tratamos de señalar no al dirigente comunista o, en todo caso, al que haya madurado suficientes conocimientos doctrinales del marxismo, sino al que, aun sin formal adhesión a un partido comunista, se siente vinculado a él, al menos sentimentalmente) está totalmente absorbido por el sueño de la sociedad que debe nacer de la revolución, y que resolverá todos los problemas que hoy afligen a la humanidad. El proyecta delante de sí una serie de imágenes (que no corresponden a una experiencia real) entre las cuales serían fundamentales, según Sorel, las que se refieren al paro o huelga general (189).
- tendencia al pesimismo radical: se une ésta con la tendencia anterior de la que constituye la otra cara; el comunista desprecia a los regímenes vigentes y a las clases responsables de haberlo creado y de mantenerlo con vida. No cree posible la elevación de la clase trabajadora por medio de las solas reformas, aun cuando las reclaman. El comunista no espera ver realizados sus objetivos económico-sociales en virtud del esfuerzo interior y perseverante de cada uno; sino que cifra todas sus esperanzas en una revolución decisiva que destruya completamente las estructuras político-sociales existentes.

Por tanto está destinado al fracaso todo esfuerzo contra el comunismo que se limite a golpear indiscriminadamente aquellos amplios estratos de población que en la opinión pública son portadores de los temas de seguridad económica, igualdad social, promoción del proletariado y fraternidad humana. Combatir el comunismo en forma genérica y global es -por lo menos- ingenuo y significa no ya golpear la doctrina oficial o la praxis del marxismo militante, sino reforzar la identificación de todo anticomunismo con el rechazo de los temas ya mencionados, temas que son comunes a otros complejos temáticos: son ellos, en efecto, sustancialmente los temas que caracterizan el crecimiento de cualquier pueblo en la democracia.

Pueden en cambio ofrecer amplio margen al esclarecimiento las tendencias arriba descritas; en torno a éstas resulta natural el conflicto entre comunismo y democracia, al menos en la acepción "occidental".

El tema popular "democracia"

Es un tema que ha tenido y todavía conserva una fuerza considerable en la opinión pública. También a propósito de este tema está bien recordar que no debe él ser confundido con la democracia entendida como doctrina.

La expresión "democracia" y el adjetivo "democrático" han tenido una gran suerte. Como se recordará, el mismo Napoleón llamó democrático a su imperio.

Durante el fascismo, que se lanzó continuamente contra la democracia (más aún contra las democracias), este tema popular tuvo por reacción una especial acogida en la opinión pública, excluida -naturalmente- la oficial; acogida que creció en el período de la resistencia debido al aumento de la aversión popular al fascismo.

Hoy día nadie se define antidemocrático: la palabra "democracia" evoca el sentido de igualdad, de justicia, de respeto a la persona humana, determinando una reacción positiva (simpatía, estima, actitud de adhesión), reacción espontánea de naturaleza afectiva-sentimental. La palabra "democracia" evoca, en forma emotiva, temas valores cargados de insólito dinamismo por razón de la actitud defensivo-ofensiva que ellos suscitan; y son:

- antitotalitarismo
- antidictadura
- antiautoritarismo.



Son temas que se confunden y se sobreponen; pero no hay identidad entre ellos.

Pero la democracia, junto a estos contenidos de oposición, es portadora de valores positivos, constructivos que aparecen claramente en la famosa definición dada por Abraham Lincoln: "Gobierno para el pueblo, del pueblo, por medio del pueblo".

Al analizar profundamente el tema popular "democracia", se encuentran en él los mismos temas que hemos encontrado en el comunismo (como tema popular), a saber: seguridad económica (sin renunciar en nada a las libertades esenciales), igualdad social (sin discriminaciones y cristalizaciones por motivos políticos, raciales, religiosos o de clase), promoción del trabajador (garantía del derecho de todos de acceder a los bienes culturales, económicos, etc., que son fruto y condición de continuo desarrollo) fraternidad humana (basada en valores espirituales y sostenida por la voluntad de paz no sólo entre los pueblos sino entre los hombres.

Son en cambio, distintas las actitudes. El hombre democrático no es materialista, porque reconoce la libertad como el primero entre los valores humanos y reconoce la preeminencia de los valores espirituales sobre los materiales. El hombre democrático no es víctima del pesimismo frente a la sociedad: reconoce sus defectos, pero está convencido que el empeño democrático -sin convulsiones revolucionarias- puede llevar al mejoramiento progresivo de la sociedad. El hombre democrático, finalmente, no es utopista: no confía en el "milagrismo" revolucionario, porque tiene la certeza de que una democracia es eficiente sólo si tiende a superarse a sí misma en un continuo perfeccionamiento.

Las tendencias que aparecen en el tema popular "democracia" son, pues, las siguientes:

—realismo

- confianza en el perfeccionamiento pacífico de la sociedad democrática.
- reconocimiento de los valores espirituales.

El tema popular “nacionalismo”

Examinemos ahora un tercer tema popular: el nacionalismo. Lo tomamos en consideración por los dos motivos siguientes:

- a)- se trata de un tema muy difundido y presente en la opinión pública mundial, más de lo que pudiera creerse en países como Italia o Alemania, en donde el exasperado nacionalismo del régimen fascista o del nacional socialista constituyen el motivo del actual recelo (por lo demás ampliamente justificado) en torno al tema que nos ocupa.
- b)- el análisis de los contenidos del tema “nacionalismo” tal como se presenta en los diversos países destaca de manera inequívoca un aspecto especial de los temas populares: a saber, la variabilidad de los contenidos del tema mismo en relación con las exigencias y en todo caso con las vicisitudes de cada uno de los pueblos.

Un estudio siquiera sea sumario de la opinión pública en los países ex-coloniales y en vías de desarrollo pone de manifiesto el tema fundamental del nacionalismo sobre todo como reacción de las poblaciones con régimen colonialista y como afirmación de los valores propios y característicos de los nuevos países. La natural tendencia a la autoafirmación surge con vivacidad, sea el que sea el régimen político que se han dado dichos países. Aun en los países de América Latina es constante en la opinión pública (desde Cuba hasta Panamá, de Venezuela al Paraguay) la tendencia a la afirmación de los valores nacionalistas como reivindicación del manifiesto atropello económico de los Estados Unidos. Es evidente el nacionalismo del Estado de Israel; igualmente el de Egipto y el de los

demás Estados Arabes. Y mientras que en Italia o en Alemania quien se proclama nacionalista automáticamente es identificado como fascista, en los otros países a los que nos hemos referido (sean socialistas o no) quien no se proclama nacionalista será catalogado como “vendido a los Estados Unidos” o como nostálgico del colonialismo, o como traidor a los esfuerzos del propio país en pro de la unidad y de la consolidación de la nación.

En el trabajo colectivo de los alumnos del ISOP(190) fueron analizadas las temáticas variantes del “nacionalismo” en quince países correspondientes a los de origen de los mismo alumnos. He aquí una brevísima síntesis de los temas secundarios de actualidad más notados:

Panamá: todos los problemas relativos al Canal de Panamá y los problemas relativos a su gestión lo mismo que al especial régimen jurídico de la Zona del Canal.

Bolivia: la explotación extranjera de las minas, “la salida al mar”, es decir el acceso al Océano Pacífico perdido por Bolivia en la guerra contra Chile.

Honduras y Guatemala: el nacionalismo se siente sobre todo como el término de la explotación por parte de las compañías americanas en lo que se refiere al comercio exterior de la fruta.

Venezuela: la caída del dictador Pérez Jiménez que, no obstante los fuertes lazos económicos con los Estados Unidos, no había renunciado en su propaganda a utilizar el sentimiento nacional del país, no arrolló consigo el tema popular “nacionalismo” que perdura aún vivo -en la denominación más precisa de “nacionalismo democrático”- como afirmación de los valores propios de la cultura venezolana y como reivindicación de ulteriores autonomías económicas, sobre todo en lo que se refiere a extracción y comercio del petróleo.

Senegal: el socialismo de Senghor es sin duda una interpretación especial del socialismo, de acuerdo con la cultura civil y religiosa del pueblo senegalés. Ni siquiera este socialismo rechaza el nacionalismo que, casi sin excepción, encontramos en los países antiguos y nuevos del Africa, incluso como superación del tribalismo.

Japón: a pesar de la profunda transformación operada en el Japón después de la segunda guerra mundial, el tema “nacionalismo” no ha sido repudiado y constituye todavía hoy una de las fuerzas morales más fuertes del prodigioso progreso técnico de aquel país asiático; “desarrollo” es un subtema del “nacionalismo”. El nacionalismo en ningún caso se considera como aislacionismo.

Todo estudio ulterior nos llevaría a concluir que, no obstante las diferencias, de país a país, de temas particulares, quedan como elementos fundamentales del tema popular “nacionalismo” los siguientes:

- a) -la tendencia natural a la autoafirmación colectiva;
- b) -la tendencia a la lucha contra toda forma de explotación económica;
- c) -La tendencia a unir el sentimiento nacionalista con el empeño por el desarrollo económico y político.

De todas formas parece pasada de moda la idea de un nacionalismo de marca fascista o nazi lista a justificar sobre la base de un racismo inhumano, de un orgullo sin fundamento(191)y de discriminaciones inaceptables, toda suerte de atropellos tanto económicos como políticos.

Si en algunos países el rechazo del nacionalismo significa rechazo del fascismo, en la gran mayoría de los países del mundo el tema nacionalista (sin la mancha de las fallidas experiencias totalitarias y como contraposición a toda forma de neocolonialismo económico y cultural) constituye todavía una fuerza notable en la dinámica de las opiniones públicas locales.

CAPITULO XII

LAS TRADICIONES

No es raro el caso en que, para movilizar la opinión pública se recurra a un llamado a esta o aquella tradición. En los discursos políticos se recuerdan y se exaltan las gloriosas tradiciones militares, democráticas, etc. En los discursos de entonación cívica se evocan tradiciones de trabajo (por ejemplo: marino, agrícola, comercial) o tradiciones de libertad, de arte, etc. En los discursos religiosos no rara vez se apela a las tradiciones de fe, de santidad, de generosidad, de heroísmo.

¿Pero qué es la tradición?. En este contexto nos interesa examinar las tradiciones particularmente como elemento constitutivo (junto con el nivel de instrucción, con los mitos, las supersticiones, los caracteres raciales, los rasgos temperamentales, etc.) de la opinión pública matriz: como factor remoto de las opiniones, de los juicios y de las actitudes actuales, ya sea individuales ya colectivos.

Benfenati (192) define la tradición como la “transmisión de un patrimonio espiritual por vía social”.

En este sentido -indica él- se puede decir con Parodi, que la tradición es el hecho social en su significación positiva y que “si se exceptúan algunas innovaciones que cada época crea por sí misma (fenómeno de invención) y algunos elementos que provienen de otros grupos por vía de difusión (fenómenos importados), todos los elementos de la vida social son tradicionales. La materia de la tradición está presente en todos los campos de la vida social y se ex-

presa a través de una multitud de formas que adquieren gran importancia en las actitudes del pensamiento y en las acciones de los individuos humanos. Recuérdese el valor que la tradición asume en el campo religioso, en que el vocablo adquiere incluso un sentido técnico en teología, designando todo el conjunto de creencias transmitidas en el seno de la Iglesia fuera de las de los libros canónicos. Los elementos de la tradición se encuentran en la vida nacional, en la vida profesional, en el arte y en la vida intelectual”.

Benfenati señala además algunas características de la tradición: “la más importante de éstas es su **autoridad**, la presión que ella ejerce en las conciencias de los individuos. El carácter **absoluto** con que la tradición se presente al individuo revela su profundo significado como expresión de un sistema de valores, del cual dimana su carácter casi sagrado y al cual están ligados los sentimientos humanos de respeto, de apego y de amor. De estos sentimientos surge la idea de la tradición como patrimonio de valores -sobre todo de la vida religiosa, nacional y profesional- que debe transmitirse intacto a las generaciones; este impulso de transmisión asegura a la tradición el carácter de **continuidad**, que constituye también uno de los elementos más importantes de la cohesión y de la homogeneidad del grupo social”.

Morlion en su libro “metodologia dell’opinione pubblica” habla de la tradición como de un “tesoro de determinaciones más profundas de las corrientes efímeras de la opinión pública”. En la tradición dominarían, pues, elementos constantes de valores transmitidos de generación en generación.

Se podría afirmar que la tradición es una serie de estereotipos que la sociedad ha ido definiendo a través de períodos más o menos largos de su historia. Lippmann afirma en “L’opinione pubblica”(193) que la tradición tiene la función de transmitir modelos estereotipados.

Le Bon afirma que la tradición es “una sedimentación de i-

deas, de necesidades, de sentimientos del pasado". Se trata, por tanto, de un conjunto (y no de una simple suma) de valores propios de grupos más o menos extensos y vividos por éstos en clave cultural (en el sentido más amplio de la expresión) y como componente dinámico -por lo que ella tiene de emotivo- del comportamiento de los individuos, conscientes de pertenecer a un grupo portador de aquella tradición.

A veces la tradición está acompañada de cierta nostalgia y cierto dolor. En todo caso es fuente de considerables cargas emotivas. No rara vez está constelada de mitos, los cuales, a su vez, constituyen una fuerza dinámica para las actitudes y comportamientos de los grupos.

Le Bon observa que los verdaderos conductores de los pueblos serían propiamente las tradiciones hacia las cuales los pueblos tenderían a volver, si motivos particulares externos no los empujaran a superar las mismas tradiciones.

El pueblo, observa Le Bon, es un organismo creado lentamente por el pasado; sin tradiciones no hay civilización; pero sin la lenta eliminación de las tradiciones no hay progreso.

¿Qué fuerza tiene la tradición? Las masas (según Le Bon, que prefiere llamarlas multitudes) serían las conservadoras más tenaces de las ideas tradicionales: muchas veces las revoluciones no llegarían sino a cambiar los nombres, no la realidad.

Pero también es verdad que las masas son incoherentes, como se prueba por las vicisitudes de los pueblos especialmente cuando han sido sometidos a la presión psicológica de una propaganda masiva y obsesionante. Esta en efecto es capaz de hacer cambiar algunos elementos fundamentales de la civilización y de hacer adoptar a determinadas masas elementos y valores en neta oposición con los precedentes. Pero, así mismo según Le Bon, las masas volverían sistemáticamente sobre "un eje" tradicional (194).

Carlos Antoni, en la *Enciclopedia Italiana Treccani* escribe: “Hay en el nacimiento del mundo moderno una consciente y sistemática lucha contra la tradición. La lucha se intensifica en el Setecientos con las reformas de “los príncipes ilustrados”. Apoya esta obra la burguesía que ve en la tradición la fuente de todo abuso y privilegio. Los conceptos empleados por los filósofos en esta polémica antitradicionalista son “Razón”, “Naturaleza”, “Derecho natural”. El campeón de esa polémica es Voltaire, y su expresión más radical es el retorno al estado de naturaleza proclamado por Rousseau.

Sin embargo ya en el curso del Setecientos se nota una viva reacción contra los árbitros de las reformas racionalistas y contra el estado burocrático y centralizador. Por reacción al enorme desarrollo de los negocios, de la banca, de la riqueza, la sociedad inglesa, en la segunda mitad del Setecientos, se ve dominada por el gusto de las ruinas pintorescas, del gótico, de las leyendas y tradiciones medievales. Burke exalta la tradición caballeresca, hecha de desinterés, sentimiento del honor, dignidad en la obediencia, devoción y lealtad. Las novelas de W. Scott difunden este espíritu en toda Europa. . . .

Sin embargo el concepto de la tradición llega a ser muy pronto un motivo revolucionario. Un patriota alemán, K. F. Eichhorn, da a los alemanes la conciencia de su unidad nacional, independiente de la pluralidad de sus estados, describiendo la lenta formación de sus tradiciones jurídicas; J. Grimm, con su gramática histórica de la lengua alemana, les da la conciencia de su unidad espiritual y, describiendo las antiguas costumbres germánicas, inicia la llamada “historia de la cultura”. La idea de las “tradiciones germánicas” pasa a Inglaterra en donde provoca la polémica, prolongada durante todo el Ochocientos, sobre el valor de las tradiciones anglo-sajonas en la sociedad inglesa.

También los patriotas italianos tienen conciencia de la fuerza de la tradición, comenzando por V. Cuoco, que señala en la ofensa

irrogada a ella la causa de la frustración de la república partenopea. Los neogüelfos tratan de adaptar su programa político a la tradición italiana, que consideran comunal y católica. C. Cattaneo apela a la tradición municipal, G. Mazzini a la tradición romana y republicana.

En la segunda mitad del Ochocientos exaltan la tradición los críticos de la democracia y del radicalismo. T. Carlyle opone al capitalismo, al socialismo, al parlamentarismo las tradiciones jerárquicas y ascéticas del Medioevo. H. Taine, E. Renan, G. Sorel denuncian como un crimen y como el origen de todos los males de su patria la destrucción de las grandes tradiciones francesas llevada a cabo por los jacobinos. F. Dostoevskij surge en defensa de la tradición cristiana de la antigua Roma contra la "civilización" materialista de Occidente. M. Barres denuncia a los intelectuales alejados de las tradiciones campesinas y celebra los misteriosos lazos del solar y la sangre. De este concepto místico-biológico de la tradición sacarán los racistas alemanes el mito del movimiento nacional-socialista.

Son en general los nacionalismos contemporáneos los que luchan por la defensa o el renacimiento de las tradiciones. R. Kipling cantó las tradiciones coloniales británicas. Ch. Maurras apela a la tradición clásica francesa que hace coincidir, en el campo político, con la tradición del orden monárquico. B. Mussolini inspira su propia acción en la tradición imperial romana" (195).

La observación sistemática de los comportamientos de las masas parece revelar que la tradición, aun sin estar privada de elementos racionales, es vivida por las masas mismas como fuerza que actúa sobre el sentimiento.

Hemos de creer que la tradición es preferentemente una fuerza conservadora?. Indudablemente ella es fruto del instinto de imitación, de reclamos ancestrales, de la herencia y además de la experiencia. Bajo este aspecto particular la tradición puede ser utilizada como fuerza conservadora de valores que merecen mantenerse en el patrimonio de una civilización.

Pero la tradición puede realizar la conservación de formas particulares ligadas al tiempo y que no constituyen valores permanentes; bajo este aspecto la tradición sería elemento que frena el progreso y la renovación.

En este sentido afirma Le Bon que sin la eliminación de las tradiciones, es imposible el progreso. Pero puede la tradición constituir también una fuerza que se puede utilizar validamente para una renovación?. Creemos que sí. No desistir de determinados principios y determinados fines impone ciertamente la necesidad de cambiar los medios, si se han cambiado las situaciones. Sólo un falso concepto de tradición como cristalización de las formas (más correctamente debería hablarse de tradicionalismo) constituye un peligro para el progreso. Entonces es necesario insistir en la tradición como punto de partida, capaz de ofrecer una plataforma de valores para superar determinadas situaciones y no cristalizarlas.

Tampoco al operador de la opinión pública le hace falta utilizar siempre todos y cada uno de los elementos de la tradición, ya que puede escoger de ella los que facilitan más el dinamismo del grupo sobre el que se pretende actuar.

Vamos a citar aquí dos ejemplos interesantes de utilización de elementos tradicionales en función dinámica.

- 1)- Al preparar las elecciones políticas italianas de 1948 el frente popular (comunistas y socialistas unidos) lanzó su propagan-

da bajo la figura de Garibaldi, elegido como símbolo de su propia lista. Para la gran mayoría de los italianos Garibaldi personifica nuestro movimiento de unificación (ni Gabour, ni Mazzini, ni Víctor Manuel II tienen la misma popularidad) o mejor la epopeya del movimiento de la unidad.

Pocos conocen los sentimientos antimarxistas de Garibaldi; pero esto no tiene, ni ha tenido interés. En efecto, no se pedía a Garibaldi personificar la tradición marxista (cosa, por lo demás, imposible) sino la tradición de victoria.

- 2)- La fuerza de la tradición religiosa se pudo demostrar hasta en plena revolución bolchevique por un manifiesto publicado por la Sección de Saratov de las Ediciones del Estado, en octubre de 1920 (196).

El manifiesto reproduce la figura de un jinete rojo que vence a un dragón. La alusión a la sugestiva figura de S. Jorge es más que evidente.

El texto es el siguiente:

1917 octubre 1920 “¡Camarada!” . Triplicando nuestras energías,/ a través de las milicias en orden de batalla y de las tupidas bayonetas,/ saludemos con gozo, aun en la batalla sangrienta,/ el tercer aniversario de la revolución de octubre!. Ella es la garantía de nuestra inminente victoria:/ nunca más tendremos que ser esclavos!/ A través de momentáneos fracasos y calamidades,/ marchamos hacia el luminoso reino del trabajo. Herido por la espada proletaria, en agonía,/ el dragón del imperialismo abre las fauces. . . ./ Viva la República soviética federativa socialista mundial/ y viva su poder!”

Aquella imagen no pretendía despertar ideas religiosas, sino utilizar, por asociación de imágenes, la simpatía suscitada por la imagen de S. Jorge, garantía de victoria.

Los operadores de la opinión pública pueden por lo tanto contar con la fuerza de la tradición no sólo como elemento de conservación, sino también como fuerza de renovación.

CAPITULO XIII

LOS MITOS

En mayor o menor medida, según las circunstancias, el hombre tiene necesidad de soñar. Es difícil pensar ni siquiera en una sola vida humana sin un sueño de gloria, de arte, de amor, de generosidad, de afirmación personal. Sueño y aspiración se entretajan. A veces son la expresión de la necesidad que cada uno de nosotros puede experimentar de evadirse de una realidad oprimiente o en todo caso insatisfactoria: encarnación o proyección en una imagen o en una serie de imágenes (una persona, una institución, un cuento, etc.) de una necesidad profunda no siempre plenamente consciente. El sueño se hace mito y cumple de algún modo una función, aun cuando sólo provisionalmente, liberadora. Si esto sucede con las personas particulares, algo análogo se verifica también en relación con las colectividades. Ya hemos subrayado que en los grupos -principalmente si son heterogéneos y de grandes dimensiones- al aumentar el espíritu gregario y disminuir el espíritu crítico, se manifiestan signos de infantilismo y se desarrolla la fantasía de manera normal. Las masas y sobre todo las multitudes son por naturaleza soñadoras (197).

Fruto de estos sueños colectivos, los mitos pueden ser acogidos por las generaciones que se suceden en la forma en que son transmitidos por la tradición, o también pueden ser reelaborados o formulados de nuevo. En todo caso ellos están dotados de una fuerza capaz de suscitar la adhesión emotiva no tanto en función de sus conexiones con el pasado cuanto sobre todo en la proyección hacia el futuro.

Se ha escrito mucho sobre los mitos sociales o colectivos (198): se han profundizado las investigaciones sobre la naturaleza del mito, sobre su origen, su desarrollo, sobre las correlaciones entre los mitos existentes en los diversos pueblos, muchas veces con referencia a los mitos más antiguos que tienen indudablemente gran interés para la antropología cultural.

cia a los mitos más antiguos que tienen indudablemente gran interés para la antropología cultural.

Según la teoría de Tylor, de Lévy-Bruhl y Max Müller (199) -observa Benfenati en la obra ya citada- el mito consiste en “representaciones” que no guardan proporción con nuestra experiencia; de esto depende su carácter irracional y caprichoso.

La antropología y la psicología modernas han hecho un valioso intento de explicación del mito; consideran el elemento teórico del mito mismo (vida y obras de los dioses y de los héroes). Pero las observaciones llevadas a cabo en ciertas poblaciones, cuya vida está invadida de motivos míticos, manifestados sobre todo en acciones, han ampliado el campo de investigación, destacando un elemento más profundo, formado por la emotividad (200).

Este nuevo punto de vista -observa el mismo Benfenati- debía ser fecundo en resultados, sólo a condición de que la moderna orientación de los estudios psicológicos hubiesen considerado los sentimientos, no como “representaciones” o “ideas”(como consideraba la psicología intelectualista del siglo XIX), sino como expresiones psíquicas primarias, que ahondan sus raíces en las profundidades del alma del individuo humano (en las necesidades, en los instintos, en las manifestaciones orgánicas y motrices)(201).

El psicoanálisis profundizará después tales interpretaciones (202).

Se hace necesaria -observa Benfenati- la consideración del mito desde el punto de vista que indaga su función en la vida social

del hombre. Los contenidos del mito son infinitos; en cambio los motivos del pensamiento mítico presentan una profunda unidad por ser expresión de la unidad misma de la vida humana.

Si el mito surge de los estados emotivos del hombre, no se agota en la pura y simple emoción. El mito, en efecto, se transforma siempre en una imagen, es decir se cambia en una expresión simbólica. En esta expresión se objetiviza la emoción en la cual se traduce la experiencia social del hombre (203).

Los elementos y los caracteres del mito que hemos destacado -continúa Benfenati- permanecen en los mitos sociales modernos que tienen una parte tan grande en la formación de las corrientes de opinión, de las actitudes de pensamiento, en la extrinsecación de las acciones humanas. El mito, ya sea expresión de ideales de vida religiosa o civil (exaltación de la vida de toda la humanidad) o de acontecimientos de la vida del grupo social, actúa profundamente sobre las diarias experiencias de los hombres. Por la simplicidad de su estructura y por la inmediatez de su significación, opera intensamente y de modo especial sobre las conciencias de los individuos dotados de escaso sentido crítico e inclinados, por naturaleza, a la exaltación.

Nuestra sociedad es considerada frecuentemente como una sociedad desmitizante; según Dorfles nosotros asistimos “a la disolución de una rica urdimbre simbólica que antes estaba institucionalizada y ahora decididamente gastada”. La crítica científica desinfla y hace trizas el cuento ingenuo e infantil destruyendo así las formas antiguas del mito. Pero, si por una parte destruye el antiguo mito a la luz de las nuevas adquisiciones científicas, nuestra civilización técnica no sólo consiente el nacimiento de nuevos mitos, sino su rapidísima difusión a través de los medios modernos de comunicación. Se trata de una nueva mitopoiesis(204) que se aviene con el hombre actual, con su ambiente cultural, con sus técnicas.

Gillo Dorfles(205) hace ver cómo la actual riqueza de los medios de comunicación de masa facilita también la consumación de los mitos: asistimos así a un proceso de mitización, de desmitización y de autodesmitización. “Creo, en efecto, que justamente en esta autodesmitización, en este rápido agotarse de la carga mitagógica, es donde reside una de las características de la situación actual, que tiende a diferenciarla de cualquier situación precedente. Y tal vez esto es lo que pueda explicar en qué consiste esencialmente la diferencia entre mito de hoy y mito de antes (incluso en lo que se refiere a eventuales mitos políticos, religiosos, mágicos, etc.; tanto más cuanto que se trata de mitos “impuestos desde fuera”).

Sobre todo aquí está la diferencia entre el hoy y el ayer, o sea entre las distintas maneras de institución de un elemento mítico que, por un lado, será hoy víctima de un infaltable desgaste, de una irresistible obsolescencia, pero, por otro lado, tendrá la posibilidad de una divulgación mucho más vasta y eficaz a través de los mass media puestos a nuestra disposición”.

Mito, utopía, quimera, sueño y otros términos análogos son, en el lenguaje corriente, más o menos sinónimos. Pero, dejando de lado las expresiones de demasiado colorido o genéricas como “quimera” o “sueño”, es necesario distinguir también entre utopía y mito. Según el pensamiento de Sorel (206) la utopía sería el producto de un trabajo intelectualista, obra de teóricos que tratan de establecer un modelo con el cual pueden parangonarse las sociedades existentes. . . . Es el conjunto de institutos imaginarios, que tienen suficientes analogías con instituciones reales. . . . La economía política liberal ha sido uno de los mejores ejemplos de utopías que se pueden citar.

Mito, por el contrario, según su misma etimología, significa

narración, cuento, fábula. Por tanto, no un conjunto de ideas o conceptos, sino un conjunto de imágenes.

Tratando de la diferencia entre ideologías y mitos, Ellul precisa: "la ideología se diferencia del mito en tres puntos de vista: el mito es mucho más profundo en el alma del hombre, tiene sus raíces más lejos, es más permanente y proporciona al hombre una imagen fundamental de su condición y del mundo. En segundo lugar, el mito es mucho menos "doctrinal": una ideología (que no es una doctrina en el sentido de ser creída y no demostrada) es ante todo una organización de ideas y, aunque sean irracionales, permanecen como ideas. El mito es intelectualmente más difuso; en él es más considerable la parte de emotividad, de afectividad, de sacro. Finalmente el mito es más activo, tiene un potencial de impulso a la acción en el hombre; mientras que la ideología es más pasiva (se puede creer en una ideología permaneciendo como espectadores), el mito no deja pasivo al hombre, lo incita a la actualización. Pero ambos tienen de común el hecho de ser fenómenos colectivos y de que su fuerza de persuasión proviene de la potencia colectiva en la participación.

Podemos considerar como mitos fundamentales la sociedad actual, los mitos del trabajo, del progreso, del bienestar; y como ideologías: por ejemplo el nacionalismo, la democracia, el socialismo. El comunismo participa de los dos tipos. Es ideología en su forma de doctrina que es creída, y mito en su explicación universal y en su presentación del mundo futuro en el que habrán de resolverse todas las contradicciones. Ha habido mitos en todas las sociedades. Pero no siempre ha habido ideologías. El siglo XIX ha sido un gran creador de ideologías. . . . La propaganda puede transformar la ideología en mito" (207).

Nuestro estudio considerará particularmente los mitos recientes y actuales como componentes de la opinión pública matriz en la actual sociedad desarrollada. Dorfles intenta hacer una distinción entre mito auténtico y pseudomito o mito aparente, y consi-

dera el primero como producto natural de una comunidad, y el segundo como resultado de una acción de voluntad de un grupo que, a través de influencias psicológicas, trataría de imponer el mito mismo (208).

Hay que distinguir también los mitos personales (Garibaldi, Mussolini, Hitler, Stalin, Evita, Perón, dioses del cine, de la canción, del deporte, etc.) de los mitos reales (de la técnica, de la productividad, del bienestar, de la huelga general, de la nacionalización, del Estado, del imperio, de la violencia, etc.).

Se puede hablar también del mito del hombre. Sobre todo en nuestra sociedad tecnológica (pero la tentación es mucho más antigua) en la cual pretendiendo justificar científicamente no sólo una desmitización radical sino también un retroceso de lo sacro hasta la eliminación de la idea de Dios, se va afirmando una representación mítica del ser humano.

Jean Guilton después de haber afirmado que este es un momento “en que la mayor parte de los filósofos y tantos seres humanos afirman que creen, no en Dios, sino en el Hombre” concluye agudamente: “Llegará sin duda el tiempo en que todos nos sonreiremos de aquella mayúscula puesta a la palabra Hombre, como nos sonreimos de la divinización de los emperadores” (209).

Los ejemplos que acabamos de citar confirma que el mito tiene su raíz en la realidad, pero transforma personas y cosas, instituciones y tendencias, presentando en amplios estratos humanos imágenes que no corresponden a la realidad.

Podemos, pues, decir que el mito es una representación fantástica y deformada. Espontáneo o artificial, se basa en tendencias o necesidades preexistentes, pero las exalta y exaspera.

El mito -ya sea el que se crea cada uno de nosotros, ya el que

elabora una colectividad- encarna deseos no siempre claros que pertenecen a nuestro subconsciente o preconsciente; por ejemplo: potencia, bienestar, liberación, justicia, etc. y satisface exigencias ampliamente sentidas de ensimismación, proyección, catarsis, alienación, evasión.

El mito es a un tiempo sueño y aspiración y muchas veces recompensa anticipada a dificultades actuales. El mito, incluso cuando evoca en forma fantástica el pasado, se proyecta hacia el futuro: el mito del imperio romano, tal como fuera evocado durante el fascismo, no tenía sino un objetivo: hacer soñar las glorias futuras del pueblo italiano.

El mito es un modo de expresarse: respondería sin más a una necesidad de la naturaleza humana.

Comprobada la presencia del elemento mítico en muchos aspectos de la vida de masa de nuestra época: del deporte a la danza, de ciertas formas de arte pop o ciertos espectáculos de canción y musicales, escribe Dorfles: "El hecho de que tales manifestaciones vayan acompañadas de elementos mitopoiéticos y mitagógicos que las transforman francamente en verdaderos y propios ceremoniales fuertes con toda su carga hechizadora, propiciatoria, sádica, puede llevar ciertamente a serios inconvenientes: las masas aulladoras que irrumpen en el estadio de Lima por un fallo del árbitro y pisotean al público causando 500 muertos, los boxeadores que se masacran, los campeones del ciclismo que se drogan, la torpe furia devastadora de los teddy boys que se ensañan con los veraneantes inermes, los paroxismos de los fanáticos que siguen a los aulladores como si fueran nuevas divinidades; los jóvenes teen-agers que huyen de casa para ir detrás del espejismo del endiosamiento, etc.

Pero logra también actuar positivamente, no sólo negativamente. Sólo una vez constituído en mito y provisto de su propio ritual, quizás en apariencia absurdo o ridículo, pero sin embargo eficaz y operante, el elemento ideológico, socio-ideológico, logra

remover la opinión pública, “galvanizar las masas”, obtener de tales masas la superación de aquello que muchas veces sólo es una defensa personal de la propia comodidad.

He ahí por qué los mitos sociales pueden ser a veces indispensables para una acción colectiva, como pueden serlo los mitos artísticos o deportivos. Mitos que podrán ser totalmente generalizados hasta hacerse “endémicos” (aulladores, beatles, racismo, mafia) o singularizados de tal manera que quedan como fenómenos de élites (cierto fanatismo él mismo también de carácter mitizante y con frecuencia fetichista, para ceremoniales de tipo cultural, musical, pictórico, sociológico, del todo ineficientes, pero que son aceptados como ejemplares por algunos grupos de élite sometidos a la carga peculiar mitopoiética de los mismos)” (210).

Barthes considera el mito como “un sistema de comunicación, un mensaje”. El mito no puede ser un concepto una idea, sino un modo de significar una forma. A un análisis semiológico el mito ofrece una doble posibilidad de interpretación, la puramente lingüística y la meta-lingüística.

El mito se presenta, pues, como una organización de naturaleza preferentemente no racional -en cuanto que no tiene correspondencia en nuestra experiencia- de imágenes capaces de evocar intuitivamente ideas, pero sobre todo de despertar sentimientos determinando impulsos (o inhibiciones) a la acción.

Observa Sauvy que aun cuando el mito se sitúe frente a verificaciones científicas que restablecen la justa dimensión de la realidad, no cede sino momentáneamente a la evidencia de la documentación.

¿Cuándo nacen los mitos?. Para que el mito social moderno se forme y adquiera fuerza operativa es necesario que se creen condiciones favorables a su desarrollo. Y estas condiciones se presentan más fácilmente en los momentos de dificultad colectiva. Sau-

vy observa que los mitos pueden considerarse como consuelos a las dificultades de la vida.

Cómo se forma el mito y por qué la evidencia no logra destruirlo? Sauvy(211) responde: La causa esencial es un mecanismo de selección sistemática. La selección se hace sobre todo: sobre los hechos, las cifras, los objetos, los recuerdos, etc.

Sobre los hechos, doble selección: mecánica y psicológica. Y, hablando del mito de la edad de oro, observa: “se citará o publicará, con emoción, un menú de otra época, naturalmente muy abundante; pero jamás se cita o se recuerda una comida mísera compuestas de habas o de calduchos. En realidad sólo se describen menús sustanciosos, y sólo ellos tienen alguna posibilidad de pasar a la posteridad. ¿Cuáles son los momentos que nos llegan de otra época?. Los mejor contruídos, los más bellos, los más capaces de afrontar el desgaste del tiempo. Otro tanto con los muebles, los cuadros, los vestidos, las telas, las obras teatrales, los poemas, las canciones, los chistes.

Además el espíritu no hace ningún esfuerzo para reaccionar contra la selección natural, sino al contrario lo refuerza, porque el mito es agradable y hasta confortante. Las dificultades de la vida no se pueden soportar sin algún consuelo. Pues, una gran satisfacción es tener motivo de lamentarse: “ellos sí que eran felices, pero nosotros. . .”

Este sentimiento externo puede ser más o menos vivo según las épocas y los países. El espíritu reivindicativo de nuestro siglo y las luchas sociales seguramente lo reavivan. Para mantener la fuerza reivindicativa, profesional o no, la primera condición es creerse víctimas”.

Casi no hace falta señalar cómo la política ha estado o esté en capacidad de acudir a estos mitos, pero no con referencia al pasa-

do, sino como llamado a la acción para que en el futuro se realicen nuevas edades de oro.

Pero la historia conoce también la caída de los mitos: es un hecho conocido la pendularidad de la opinión pública: ella no admite dimensiones medianas y, en todo caso, no se detiene a considerar fenómenos que no tengan cierto aspecto de extraordinariedad y de extremismo.

Un Stalin, una vez depuesto de su posición mítica, no puede menos de adquirir pendularmente una posición mítica exactamente opuesta. En este aspecto la opinión pública es más bien maniquea.

“El mito -observa Domenach(212)- es una participación anticipada que colma el deseo de felicidad y el instinto de potencia; el mito es indisolublemente promesa y comunión”.

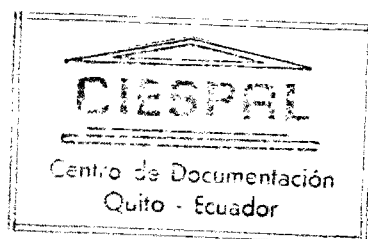
Es función de la propaganda hacer soñar al pueblo la grandeza pasada y un mañana mejor. No rara vez la propaganda se mueve también en el ámbito de la poesía: la seducción del ritmo, el prestigio de la palabra hasta la violencia de las imágenes. Con mucha frecuencia hay un nexo entre poesía y mito.

Gustavo Le Bon(213) afirma: “Las multitudes (las masas) no pueden pensar sino por medio de imágenes, no se dejan impresionar sino con imágenes”. “El mito -dice Sorel- es un sistema de imágenes” más o menos permanente en el pueblo. Y añade: “los hombres que participan en los grandes movimientos sociales representan sus acciones bajo forma de imágenes de batalla que aseguran el triunfo de sus causas. Yo propongo llamar “mitos” a estas construcciones”.

Y, entre los mitos así entendidos, señala particularmente uno: “. . . Sabemos nosotros que el paro general es . . . el mito en el cual se encierra el socialismo en su totalidad, lo que equivale a

una organización de imágenes capaces de evocar instintivamente todos los sentimientos que corresponden a las diversas manifestaciones de la guerra emprendida por el socialismo contra la sociedad moderna. Los paros han hecho nacer en el proletariado los sentimientos más nobles, más profundos y más estimulantes de la acción que él posee; el paro general los reagrupa a todos en un cuadro de conjunto y, con su acercamiento, da a cada uno de ellos su máxima intensidad; apelando a los recuerdos harto caldeados de los conflictos particulares, pinta de luces intensas todos los detalles de la composición que se presenta a la conciencia. De este modo obtenemos aquella intuición del socialismo que el lenguaje no está en capacidad de dar de modo perfectamente claro, y lo obtenemos en un conjunto que es percibido al instante" (214).

A su vez Dorflès observa: "el componente mítico está en capacidad de dominar preferentemente el pensamiento o la voluntad del individuo: determinando el halago de la conciencia con mengua de la voluntad; o el halago de la voluntad con mengua del pensamiento: dos aspectos que sería necesario tener siempre en cuenta al valorar la situación en que nos encontramos o actuamos. Efectivamente el primer aspecto llevará a la instauración de creaciones de fetichismo ideológicas acompañadas de una condición de completa sumisión del individuo; el segundo a automatismos cinéticos (de tipo ritual) ajenos a toda conciencia de su finalidad. Sólo logrando equilibrar la relación entre pensamiento y voluntad, y sólo sabiendo controlar la carga mitopoiética de ciertas manifestaciones socio-culturales, será posible obtener resultados positivos para nuestra futura organización ideológica, ética y estética" (215).



CAPITULO XIV

LA OPINION PUBLICA INTERNACIONAL

Anteriormente hemos hecho alusión a la posibilidad de examinar la opinión pública en diversas escalas: internacional, regional y a nivel de la ciudad, etc.

Estudiamos ahora en particular la opinión pública internacional, es decir la opinión que no está limitada a las fronteras de un solo Estado, ni encuentra dentro de él el punto de resistencia. Ella resulta de hecho de la convergencia de juicios y actitudes que se manifiestan en diversos países en torno a aquellos hechos o aquellas situaciones que no interesan solamente a los ciudadanos de un solo Estado, sino que encuentran en muchos otros países otras tantas cajas de resonancia con motivo de los intereses materiales y morales que tocan o de valores que ponen en juego.

Este fenómeno de la opinión pública internacional se está desarrollando particularmente en nuestro tiempo(216) y nos parece que las razones más importantes de esto son las siguientes:

- a) -en nuestros días, mucho más que en el pasado, tiende a aumentar el número de hechos internos propios de un determinado país que tienen repercusión también fuera de él. Dada la multiplicación de cambios internacionales, la devaluación monetaria decretada en el país A repercute en todos los países que tienen relaciones comerciales con él; así mismo una crisis económica o un desarrollo económico en el país B repercute también en los países X, Y, Z, haciendo variar la de-

manda y la oferta en el mercado; un golpe de estado o el triunfo político del partido A en el país N pueden modificar las relaciones de este último con los demás países; el rearme convencional o nuclear de un país crea un desequilibrio que reclama adecuaciones de parte de los otros países. Es normal que en los países cuyos intereses son afectados aun indirectamente por medidas exteriores, reaccione la opinión pública: el conjunto de juicios y de actitudes que surgen en muchos países constituye precisamente la opinión pública internacional.

- b) -Como hemos observado ya a propósito de la opinión pública nacional (o regional, comunal, sectorial, etc.) también cuando nace la opinión pública internacional tiene fuerza notable la apertura de masas cada vez mayores a los problemas políticos, económicos, sociales, culturales. La alfabetización, la información cada vez más amplia a través de los mass media ponen virtualmente a todos los hombres en capacidad de conocer no sólo los hechos domésticos, sino los acontecimientos -al menos los más importantes de todo el mundo-. En torno a estos hechos -en la medida en que afectan positiva o negativamente intereses materiales o espirituales- es natural que surjan, también fuera del país en que tienen lugar, juicios y actitudes que pueden unirse en corrientes de opinión pública internacional. Se puede afirmar por tanto que la información somete al juicio del mundo entero lo que sucede en cada país. Los mismos hechos y las personas o las instituciones que de cualquier modo tienen responsabilidad en esos hechos vienen a ser objeto de dicho juicio y de las actitudes que lo acompañan.
- c) -Nuestro siglo ha visto multiplicarse instituciones internacionales o supranacionales: La Sociedad de las Naciones, la O.N.U., la N.A.T.O., el Pacto de Varsovia, el M.E.C., etc. Es obvio que en la actuación de tales organismos se interesen no

solamente éste o aquel país, sino todos los países adherentes y así mismo los países extraños a ellas, en la actuación de tales instituciones, debido a las correlaciones y repercusiones externas. De ahí las actitudes y los juicios provenientes de los diversos países y que convergen en la opinión pública internacional.

- d) -Un cuarto motivo que fomenta la opinión pública internacional es una más acentuada conciencia difundida entre los hombres de ser una comunidad única que no pueden romper las fronteras de cada uno de los países. De suerte que aquello que en otro tiempo podía parecer ingerencia indebida en los asuntos ajenos viene a ser en cambio expresión de la unidad humana que rechaza el concepto superado de la soberanía estatal que desconoce la dimensión universal de los valores propios de toda la humanidad: justicia, fraternidad, progreso, libertad, etc. De ahí la manifestación de la opinión pública internacional incluso frente a los hechos internos de ciertos países que parecen no perjudicar inmediatamente los intereses de otros. Notemos la opinión pública internacional contra el uso de las torturas practicadas en algunos países en sus propios ciudadanos.

Analizando más atentamente el fenómeno de la opinión pública internacional, creemos que ella puede manifestarse en las siguientes hipótesis:

- a) -sobre hechos internos de un Estado. “Es un hecho histórico -observa De la Pradelle- que los gobiernos con ocasión de su actividad política, dentro de su país o fuera de él están expuestos a afrontar juicios de valor surgidos espontáneamente, fuera de todo procedimiento de carácter institucional, interno o internacional, por parte de individuos o grupos de opinión. Cuando estos juicios provienen de diferentes ambientes esparcidos en el mundo, su concordancia da vida a la manifes-

tación de una opinión pública internacional”. El autor define por tanto la opinión pública internacional como “un fenómeno psicológico, espontáneo(217), de intervención puramente moral en la política interna o externa de los gobiernos, intervención cuyo origen y cuyas manifestaciones a través del mundo escapan a toda reglamentación” (218).

De la Pradelle -al expresarse así- parece limitar el campo de la opinión pública internacional al sólo ámbito político, más aún sólo a los actos de los gobiernos. Estos, en realidad, constituyen una porción notable de los hechos sobre los que se puede expresar un juicio colectivo internacional: las decisiones de los gobiernos por ejemplo en materia de orden interno (recordemos las grandes operaciones de “policía interna” efectuadas en Biafra o en el Pakistán oriental -hoy Bangla Desh-) o en relación con la devaluación o revaluación de la propia moneda, o relativas también a discriminaciones raciales, religiosas, políticas están destinadas por sí mismas a tener una resonancia internacional enorme. Pero no menor interés y reacción provocan ciertos actos de los tribunales de justicias. Nos limitamos -para citar hechos no lejanos en el tiempo- a tres procesos que han tenido una resonancia internacional muy amplia: en Grecia el proceso Panagulis, en España el de Burgos, en la U.R.S.S. el de Leningrado. La opinión pública se hizo sentir con vivacidad y -aunque no sea fácil precisar hasta qué punto haya sido ella la que influyó en las decisiones finales- es cierto que los procesados conservaron la vida. No fue así en cambio en 1957 para los conyuges americanos Rosemberg, juzgados como espías, sobre cuya suerte se desarrolló una intensa campaña de propaganda internacional que sin embargo no consiguió librarles de la muerte. En el caso del juicio de los Rosemberg se formó una masiva opinión pública interna a favor de la tesis de la culpabilidad, contraponiendo su peso la presión moral que provenía de fuera.

La opinión pública internacional es, pues, una especie de tribunal internacional, provisto tan sólo de fuerza moral, que se pronuncia sobre hechos o situaciones en los cuales ha tomado parte (o

ha dejado de hacerlo) la actividad de los poderes públicos. Ella protesta, reclama, indica; y no rara vez su presión moral obtiene resultados inmediatos. En todo caso se presenta como una fuerza moral que -a largo plazo- puede modificar situaciones que ella condena para obtener lo que reclama.

“La búsqueda de una definición de la opinión pública internacional -escribe De La Pradelle- puede y debe partir de una comprobación evidente: la existencia de una comunidad de hombres en el mundo y la toma de conciencia, de parte de cada individuo, de los lazos de solidaridad y de caridad de la vida internacional. Existe una solidaridad ecuménica de los hombres a través del espacio, cuya conciencia, cada vez en mayor expansión, impele a cada individuo, sin hacer con ello abstracción de su patriotismo o de su lealtad nacional, a situar los problemas de su propia vida personal y familiar en el orden del mundo” (219).

Por lo tanto, mientras a primera vista parece que la manifestación de la opinión pública internacional sobre los hechos internos de uno o de otro país fuera una intromisión indebida en asuntos propios de otros países y una lesión ilícita a su soberanía, en realidad ella afirma la existencia de valores humanos que no admiten fronteras nacionales, el derecho de hablar sobre los cuales atañe a los presuntos extraños en virtud no de un atributo jurídico de ciudadanía, sino de la pertenencia a una sola comunidad humana de la cual todos somos corresponsables. Aunque desde un punto de vista estrictamente jurídico la costumbre o el derecho positivo establecen la no ingerencia de un Estado en los asuntos internos de otro, esta situación no tiene fuerza alguna tratándose de la opinión pública, la cual no está ligada ni a normas ni a formas, sino que nace espontáneamente. Cuando más se acentúa el sentido de la fraternidad y de la solidaridad entre los hombres es de preverse que será tanto mayor la expansión de la opinión pública internacional. La conciencia democrática alimenta el sentido del derecho-deber de intervenir -en donde estén en juego valores comunes a toda la humanidad- en nombre de principio que -en la escala de las valora-

ciones- deben anteponerse al concepto mismo de soberanía del Estado.

- b) -Sobre hechos políticos relativos a instituciones internacionales. Se dé a o no una democracia directa en las instituciones internacionales (pongamos el caso de los repetidos intentos de dar vida a un parlamento europeo elegido directamente por los ciudadanos de los Estados interesados), normalmente la voz de los ciudadanos y de los grupos, en lo que hace a la vida de las mencionadas instituciones internacionales, puede hacerse sentir de dos maneras: o presionando sobre los órganos competentes dentro de cada Estado (estamos en el caso de opinión pública interna al país) o ejerciendo la típica presión de opinión pública sobre las instituciones internacionales. Por ejemplo, la admisión o no admisión de un Estado en una de las susodichas instituciones (la China en la ONU, Gran Bretaña en el MEC, etc.) ha sido objeto de corrientes de opinión pública internacional; el tema ha sido por lo mismo debatido no sólo a nivel diplomático, político o en todo caso institucional, sino a nivel de opinión pública, que se ha manifestado sobre todo a través de la prensa. En este caso la opinión pública internacional es manifestación ya sea de sujetos directa y primariamente interesados en el hecho, sea de terceros que pueden prever en el hecho un daño o una ventaja y que en consecuencia reaccionan.

De un modo análogo a lo que sucede en cada uno de los Estados que en el plano de la información intervienen en la formación de la opinión pública interna e internacional, también las instituciones internacionales desarrollan su plan de informaciones abiertas a todo el mundo. Esto tiene lugar en especial en la ONU y en sus agencias (UNESCO, FAO, etc.).

Juan Beneyto al definir la opinión pública internacional parece limitarla a los casos que nosotros hemos agrupado en a) y b). En efecto, él afirma que "la opinión pública internacional -que

puede llegar a tener aspecto de mundial- nace en forma análoga a la nacional -o regional- y se califica sea por el contenido, sea por su conformación. A mi modo de ver, añade él- nace cuando un acto o una actitud cualquiera de política interna o externa o de una institución supranacional o nacional suscita en el mundo una emoción o determina un punto de vista que exige sea juzgado el autor de la medida o el responsable de la actitud” (220).

Marcel Merle -moviéndose también en el campo indicado en las letras a) y especialmente b) -se pregunta si existe una opinión pública internacional, capaz, guardadas las debidas proporciones, de jugar un papel equivalente al de la opinión pública nacional. Después de haber afirmado que los discursos pronunciados sobre todo en la ONU hacen frecuentes alusiones a ella, pero no de un modo unívoco, sino más bien equívoco, (“A veces el delegado de un Estado apela a este concepto como instrumento de propaganda, para justificar su posición o defender sus intereses. . . . A veces por opinión pública internacional se designa el contenido del acuerdo que proviene de la voluntad común de los Estados, tal como se expresa, por ejemplo, a través del voto de las resoluciones de la Asamblea General de las Naciones Unidas”), precisa: “se puede, sin embargo, hablar en determinadas circunstancias de opinión pública internacional en el sentido estricto de la palabra. Pero conviene distinguir aquí dos situaciones de diferente naturaleza:

a) Se puede comprobar, juntando los resultados de sondeos hechos simultáneamente en diferentes países, una concordancia de puntos de vista sobre un determinado problema (por ejemplo, la unificación europea). En este caso hay una simple convergencia de las reacciones de muchas opiniones públicas nacionales interesadas en la solución del mismo problema; pero una indicación de tal naturaleza puede servir de elemento de presión sobre la política de los gobiernos. Así se pudo tomar en consideración, en marzo de 1970, un sondeo “multinacional” que confirmaba la adhesión de la mayoría de los europeos del Oeste a la tesis de la integración europea.

- b) O bien se asiste a la manifestación espontánea, u organizada, de una comunión de ideas que podrá concretarse en gestos de solidaridad o en tomas de posiciones que, por encima de las fronteras, ven confluír ciudadanos de muchos países. La campaña internacional de solidaridad contra la guerra del Vietnam así como las reacciones provocadas en la mayor parte de los países por la invasión de Checoslovaquia constituyen la prueba de una corriente de opinión internacional.

El estudio comparado de los sondeos, de la prensa y de las manifestaciones populares permite por tanto establecer la existencia de una conciencia internacional que no se confunde ni con la propaganda de los gobiernos ni con el conjunto de puntos de vista expresados por los representantes de los Estados. Pero es necesario también admitir que: 1) la toma de conciencia colectiva capaz de dar vida a una corriente de opinión internacional permanece, en el estado actual de fenómenos de mentalidad, como un hecho excepcional; 2) las reacciones de esta opinión intermitente son variadas y contradictorias, como las que se manifiestan en el interior de los Estados; 3) la aparición y, sobre todo, la supervivencia de estas corrientes están estrechamente ligadas con la presencia de movimientos organizados. . . . Los Estados siguen siendo sin duda los principales actores del juego internacional; pero hoy día encuentran la concurrencia de fuerzas colectivas, públicas o privadas, que ejercen presiones múltiples y contradictorias sobre los órganos de decisión. Sería perfectamente vano pretender medir de manera precisa, la influencia de cada uno de estos factores ni sería útil establecer el principio (evidente) de que toda decisión internacional es resultado de las numerosas fuerzas que se contraponen en un momento dado. En cambio es más importante comprobar la diversidad y la intensidad de las corrientes que participan en la vida internacional y que contribuyen a modificar insensiblemente su curso. Hoy día la vida internacional no puede reducirse a la actividad de los servicios diplomáticos; ella ahonda sus raíces en los grandes conflictos de intereses e ideas que sacuden a la sociedad contemporánea". (221).

Creemos nosotros ciertamente que se puede hablar de opinión pública internacional también a propósito de:

c) **hechos de costumbre, nacionales o internacionales.** La opinión pública prácticamente mundial se ha interesado también en situaciones y hechos que no pueden remontarse a los actos de gobierno. Por ejemplo: el renacer de cierto antisemitismo en Alemania (si bien combatido a nivel de gobierno); intolerancias (de hecho y no de derecho) de carácter racial-religioso, etc.; las guerrillas en muchos países de América Latina, en Asia y en el Medio Oriente; el secuestro y la matanza de diplomáticos como rehenes; el desvío de aviones; el aumento de la delincuencia en formas de bandidismo y robo; la difusión de la droga y del homosexualismo; la legalización del aborto, etc.

En estos casos, hacia quién va dirigida la presión de la opinión pública?. En parte hacia los diversos gobiernos para que asuman su responsabilidad; en parte hacia los organismos internacionales, con el mismo objeto; en parte hacia las mismas poblaciones (las propias y las de fuera) como llamado a la conciencia moral a fin de que cada cual caiga en la cuenta de la parte de responsabilidad que tiene en la formación de las costumbres no sólo nacionales, sino mundiales.

Naturalmente no siempre la opinión pública es concorde y unitaria. Con respecto a los casos arriba mencionados, al menos sobre uno de ellos se encuentra profundamente dividida: la licitud y la oportunidad de las guerrillas.

Finalmente no se puede dejar de hablar sobre la existencia de una opinión pública especial de dimensiones extranacionales: la opinión pública relativa a la Iglesia. Pero se trata de un tema que merece ser tratado por separado.

Para concluir el tema de la opinión pública internacional, valgan las siguientes observaciones:

- a) -la opinión pública internacional es un producto de nuestra civilización técnica, pero también de la evolución moral de la humanidad;
- b) -hay una relación entre opinión pública internacional y sentido de la solidaridad humana;
- c) -la opinión pública internacional es portadora de valores fundamentales comunes a los pueblos;
- d) -la opinión pública internacional interfiere con su fuerza moral en la soberanía de cada país en particular.

BIBLIOGRAFIA

- F. ALBERONI —L'élite senza potere, Milano, Bompiani, 1973. (I Ediz. Milano, Vita e Pensiero, 1963).
- W. ALBIG —Modern Public Opinion, New York, McGraw Hill, 1956.
- G.W. ALLPORT —The Nature of Prejudice, Cambridge, Addison-Wesley, 1954.
- G.W. ALLPORT —The Psychology of Rumor, New York, Holt, 1947.
- L. POSTMAN
- J. ANTOINE —L'opinion techniques d'enquêtes par sondage, Paris, Dunod, 1969.
- J.L. ARANGUREN —Sociologia della comunicazione, Milano, Il Saggiatore, 1967.
- G. BACKHAUS —Springer: la manipolazione delle masse, Torino, Einaudi, 1968.
- L. BAGOLINI —Mito, potere e dialogo, Bologna, Il Mulino, 1967.
- E. BARAGLI —Comunicazione, comunione e Chiesa, Roma, Studio Romano della Comunicazione Sociale, 1973.
- J. BENEYTO —La opinión pública, Madrid, Tecnos, 1969. (I Ediz. Teoría y técnica de la opinión pública, Madrid, Tecnos, 1961).
- B. BERELSON —Public Opinion and Communication, New York, The Free Press of Glencoe, 1966.
- M. JANOWITZ
- T. BOTTOMORE —La sociologia, Bologna, Il Mulino, 1971. (Sociology, London, George Allen and Unwin Ltd., 1962).
- J. CAZENEUVE —I Poteri della televisione, Roma, Armando, 1972. (Les pouvoirs de la télévision, Paris, Gallimard, 1970).
- COMUNICAZIONE (LA) DI MASSA, —Scritti raccolti a cura di Emund Carpenter e Marshall McLuhan, Firenze, La Nuova Italia, 1966.
- C. COSSIO —La opinión pública, Buenos Aires, Losada, 1958.
- L. A. DEXTER —People society and mass communications, New York, The Free Press of Glencoe, 1964.
- D. MANNING
- WHITE.
- L. DOOB —Public Opinion and Propaganda, New York, Holt, 1948.

- G. DORFLES —Simbolo comunicazione consumo, Torino, Einaudi, 1962.
- G. DORFLES —Nuovi riti, nuovi miti, Torino, Einaudi, 1965.
- J. DRIENCOURT —La propagande nouvelle force politique, Paris, Colin, 1950.
- M. DUVERGER —Introduzione alla politica, Bari, Laterza, 1966. (Introduction a la politique, Paris, Gallimard, 1964).
- M. DUVERGER —I metodi delle scienze sociali, Milano, Comunità, 1963. (Méthodes des sciences sociales, Paris, P.U.F. 1961).
- U. ECO —Apocalittici ed integrati, Milano, Bompiani, 1964.
- J. ELLUL —Propagandes, Paris, Collin, 1962.
- E. EMERY
PH. H. AULT
W.K. AGEE —Introduction to Mass Communications, New York, Doob, Mead e Cy., 1965.
- B. FAY —Naissance d'un monstre, l'opinion publique, Paris, Librairie académique Perrin, 1965.
- F. FERRAROTTI —Trattato di sociologia, Torino, UTET, 1970. (I Ediz., Torino, UTET, 1968).
- J. FOLLIET —Opinione pubblica, propaganda e pubblicità, Roma, Ed. Paoline, 1965.
- E. FULCHIGNONI —L'immagine nell'era cosmica, Roma, Armando, 1972.
- G. GALLUP —A guide to public opinion polls., Princeton, University Press, 1948.
- M.T. GENTILE —Immagine e parola nella formazione dell'uomo, Roma, Armando, 1965.
- A. GIRARD —Les méthodes des sondages, Paris, P.U.F., 1957.
- D. GOFFREDO —Psicologia del divismo televisivo, Roma, F. Palombi, 1968.
- A. GONZALES
MOLINA —La Iglesia en la encrucijada de la comunicación social, Madrid, Confederación española de Cajas de ahorros, 1971.
- W. J. GOODE —Metodologia della ricerca sociale, Bologna, Il Mulino, 1967.
- A. GRUMELLI —Il mondo in trasformazione, Roma, AVE, 1966.
- J. HABERMAS —Storia e critica dell'opinione pubblica, Bari, Laterza, 1971. (I Ediz. STRUKTURWANDEL OEFFENTLICHKEI, Neuwied, Hermann Luchterhand Verlag, 1962).

- J. HABERMAS —Teoria e prassi nella società tecnologica, Laterza, 1971. (I Ediz. THEORIE UND PRAXIS, Neuwied, Luchterhand, 1967).
- HARTMANN —Il problema dell'essere spirituale, Firenze, La Nuova Italia, 1971.
- M. HORKEIMER e T. W. ADORNO —Dialectica dell'illuminismo, Torino, Einaudi, 1966. (DIALEKTIK DER AUFKLARUNG. Philosophische Fragmente, Amsterdam, Querido Verlag, 1947).
- D. KATZ —L'influenza personale nelle comunicazioni di massa, Torino, ERI, 1968. (Personal influence, New York, The Free Press of Glencoe, 1955).
- J. T. CLAPPER —Gli effetti delle comunicazioni di massa, Milano, Etas Kompass, 1973. (The effects of mass communication, New York, The Free Press of Glencoe, 1960).
- R. LANE —Public opinion, New Jersey, Prentice Hall, 1964.
- D. SEARS
- P. LAZARSFELD —Metodologia e ricerca sociologica, Bologna, Il Mulino, 1967.
- P. LAZARSFELD —The people's choice, New York, Columbia University Press, 1960.
- B. BERELSON
- H. GAUDET
- G. LE BON —Psychologie des foules, Paris, P.U.F., 1947. (I Ediz. Paris, Alcan, 1895).
- W. LIPPMANN —L'opinione pubblica, Milano, Comunità, 1963. (Public Opinion, New York, The Macmillan Company, 1922).
- M. LIVOLSI —Comunicazioni e cultura di massa, Milano, Hoepli, 1969.
- P. LUZZATTO FEGIZ —Il volto sconosciuto dell'Italia. Milano, Giuffrè, 1956.
- P. LUZZATTO FEGIZ —Il volto sconosciuto dell'Italia. Seconda serie: 1956, Milano, Giuffrè, 1966.
- A. MAGLI —Problemi psicologici e sociologici dello spettacolo televisivo, Roma, Edizioni Internazionali Sociali, 1967.
- J. MAISONNEUVE —La Psychologie sociale, Paris, P.U.F., 1974. (I. Ediz. Paris, P.U.F., 1950).
- K. MANNHEIM —Uomo e società in un'età di ricostruzione, Roma, Newton Compton, 1972. (Man and Society in an Age of Reconstruction, London, Routledge & Kegan Paul Ltd., 1935).

- A. MC CLUNG LEE—*La sociologia delle comunicazioni*, Torino, 1961.
- M. MC LUHAN —*Gli strumenti del comunicare*, Milano, Il Saggiatore, 1967. (*Understanding Media*, New York, McGraw-Hill Book Company, 1964).
- C.W. MILLS —*La élite del potere*, Milano, Feltrinelli, 1966. (*The power elite*, New York, Oxford University Press, 1956).
- C. W. MILLS —*Saggi di sociologia della conoscenza*, Milano, Bompiani, 1971. (*Power, politics and people*, New York, Oxford University Press, 1963).
- D. McQUAIL —*Sociologia della comunicazione di massa*, Bologna, Il Mulino, 1973. (*Towards a Sociology of mass Communications*, Toronto, Collin McMillan Canada Ltd. 1969).
- E. MORIN —*L'industria culturale*, Bologna, Il Mulino, 1963. (*L'esprit du temps*, Paris, Editions Bernard Grasset, 1962).
- OPINION (L') PUBLIQUE — Paris, P.U.F. 1957.
- OPINION (L') PUBLIQUE — 53o Semaines sociales de France, Lyon, Chronique sociale de France, 1966.
- V. PACKARD —*I persuasori occulti*, Torino, Einaudi, 1958. (*The Hidden Persuaders*, New York, David McKay Company, 1956).
- W. PARETO —*Trattato di sociologia generale*, Milano, Comunità, 1964. (I Ediz. Firenze, Barbera, 1916).
- J. PARRY —*Psicologia della comunicazione umana*, Roma, Armando, 1963. (*The psychology of Human Communication*, London, University of London Press, 1967).
- A. PIZZORNO —*Propaganda, opinione pubblica, folla*, Milano, Comunità, 1965.
- PROBLEMI (I) DELL' INFORMAZIONE E DELLA CULTURA DI MASSA, Milano, Istituto Gemelli, 1965.
- PROPAGANDA (LA) POLITICA IN ITALIA, Bologna, Il Mulino, 1960.
- PUBLIC OPINION AND PROPAGANDA, New York, Holt, 1960.
- W. RIVERS —*The opinion makers*, Boston, Beacon Press, 1967.
- A. M. ROSE —*L'origine des préjugés*, Paris, Unesco, 1951.
- E. SAUVY —*L'opinion publique*, Paris, P.U.F., 1956.

- W. SCHRAMM —The process and Effects of Mass Communication, University of Illinois Press, 1954.
- C.S. STEINBERG —Mass media and communication, New York, Hasting House, 1966.
- C.S. STEINBERG —The mass communicators, New York, Harper Brothers, 1958.
- J. STOETZEL —La psicologia sociale, Roma, Ed. Armando, 1964. (La psychologie sociale, Paris Flammarion, 1963).
- J. STOETZEL —Théorie des opinions, Paris, P.U.F., 1943.
- J. STOETZEL —Les sondages d'opinion publique, Paris, P.U.F., 1973.
- A. GIRARD
-
- STRUMENTI (GLI) DELLA COMUNICAZIONE SOCIALE, Torino, Elle Di Ci Leumann, 1968.
- S. TCHAKHOTINE —Tecnica della propaganda politica, Milano, Sugar, 1964. (Le viol des foules, Paris, Gallimard, 1962).
- G. TINACCI MAN- —Le grandi comunicazioni. Lineamenti di una sistematica di studio,
NELLI Firenze, Istituto di Sociologia dell'Università.
- F. TONNIES —KRITIK DER OFFENTLICHEN MEINUNG, Berlin, 1922.
- B. VOYENNE —Il diritto all'informazione, Roma, Armando, 1971. (Le droit à l'information, Paris, Aubier-Montaigne, 1970).
- G. VICARI —Editoria e pubblica opinione, Roma, Cinque Lune, 1958.
- I. WEISS —Il potere di carta, Torino, UTET, 1965.
- I. WEISS —Politica dell'informazione, Milano, Comunità, 1961.
- R. C. WRIGHT —La comunicazione di massa, Roma, Armando, 3a. ed., 1976. (Mass communication, a sociological perspective, New York, Random House, 1960).
- A. ZANACCHI —Potenza e prepotenza della comunicazione sociale, Roma, Ed. Paoline, 1969.

NOTAS

- (1)- Por lo que hace al estudio de las comunicaciones de masa, que tiene tantos contactos con el estudio de la opinión pública, en nuestros días, G. Bechelloni afirma: "Un primer punto que se ha comenzado a tratar entre tanto es el de no considerar el estudio de las comunicaciones de masa como una disciplina aislada sino como un campo nuevo de reflexión y de investigación que tiene necesidad del apoyo de muchas disciplinas; desde la psicología hasta la sociología, desde la historia hasta la semiología, etc. La pluralidad de disciplinas del campo puede ser uno de los motivos que explican la escasez de resultados, en relación con el número de las investigaciones realizadas. Y es lo cierto que casi todos los investigadores llegan a afirmar que queda por descubrirse mucho más de lo que ya se conoce". (G. BERCHELLONI, *Sociologia della stampa quotidiana*, en *Revista Italiana de Sociología*, Boloña, abril-junio 1971).
- (2)- J. STOETZEL, *La psychologie sociale*, Flammarion, Paris, 1963, pag. 270 (trad. it.: *Psicologia sociale*, Armando, Roma, 1964).
- (3)- J. STOETZEL, A. Girard, *Les sondages d'opinion publique*, Presses Universitaires de France, Paris, 1973, pag. 31 (trad. it.: *I sondaggi dell'opinione publica*, Ediciones Paulinas, Catalina, 1975).
- (4)- J. HABERMAS, *Storia e critica dell'opinione publica*, Laterza, Bari, 1971, pág. 11.
- (5)- Cfr. J. DRIENCOURT, *La propagande nouvelle force politique*, Colin, Paris, 1950 - especialmente el cap. III; R. M. CHRISTENSON y R. WILLIAMS, *The voice of the people*, in *Public Opinion and Propaganda*, McGraw and Hill, 1962; en lo concerniente a la manipulación del consenso llevada a cabo por el fascismo en Italia, véase Ph. CANNISTRARO, *La fabbrica del consenso - Fascismo e mass-media*, Laterza, Bari, 1975.
- (6)- Cfr. D. KATZ ed altri, *Public opinion and propaganda*, Holt, New York, 1950, especialmente el capítulo segundo.
- (7)- Distinto es el pensamiento de Habermas, el cual sostiene que se puede hablar de opinión pública en sentido preciso sólo a partir de la última época del seiscientos. (J. HABERMAS, *Storia e critica dell'opinione publica*, cit.). Sobre la historia de la opinión pública véase H. SPELER, *The historical Development of Public Opinion*, en *American Journal of Sociology*, 55, 4, 376-388.
- (8)- Cfr. S. TCHAKHOTINE, *Le viol des foules par la propagande politique*, Gallimard, Paris 1952; (trad. it.: S. CIACOTIN, *Tecnica della propaganda politica*, Sugar, Milano, 1964). Es también interesante A. DEVOTO, *La tirannia psicologica*, Sansoni, 1960, el volumen de R. MUAVELL e FRAENKEL, *Vita e morte del dottor Goebbels*, Feltrinelli, Milano, 1961.

- (9)- Cfr. J. STOETZEL, *La psychologie sociale*, cit, pág. 257 y todo el cap. XVIII; F. H. ALLPORT, *Toward a Science of Public Opinion* en *Public Opinion Quarterly*, 1937, n. 1 (trad. it. en el volumen elaborado por M. LIVOLSI, *Comunicazioni e cultura di massa - textos y documentos*, Hoepli, Milano, 1970).
- (10)- Cfr. V. PACKARD, *I persuasori occulti*, Einaudi, Torino, 1962; E. DICHTER, *La strategia del desiderio*, Garzanti, Milano, 1963; G. DORFLES, *Nuovi riti, nuovi miti*, Einaudi, Torino, 1965; id., *Simbolo, comunicazione, consumo*, Einaudi, Torino, 1962; G. C. BUZZI, *La tigre domestica*, Vallecchi, Firenze, 1964; D. VICTOROFF, *Psychosociologie de la publicité*, P. U. F., París, 1970; (trd. it: *Psicosociologia della pubblicità*, Ed. Paoline, Roma, 1972, con amplia bibliografía); A. Colin, París, 1970; CESERANO, *I persuasori disarmati*, Laterza, Bari, 1975.
- (11)- Cfr. B. BERELSON, *The study of public opinion*, en L. WHITE, *The state of the social sciences*, University of Chicago Press, Chicago, 1956.
- (12)- Es bien conocido que, para realizar investigaciones cuantitativas sobre la opinión pública, se adoptan los métodos de la investigación sociológica empírica, con las oportunas adaptaciones impuestas por la naturaleza específica del objeto de la investigación. Véase a este propósito la colección de escritos de P. LAZARSFELD (hecha por F. Rositi), *Metodologia e ricerca sociologica*, Il Mulino, Bologna, 1967, particularmente las partes VI y VII.
- (13)- Th. B. BOTTOMORE, *Sociologia*, Il Mulino, Bologna, 1971, capítulo XVII.
- (14)- Cfr. la exposición del pensamiento de Powell hecha por F. Leonardi en: G. BRAGA, L. DIENA, F. LEONARDI, *Elementi di Sociologia*, Angeli, Milano, 1961, vol. III, págs. 204 ss.
- (15)- Cfr. J. B. DUROSELLE, "L'opinion publique et la politique étrangère" en *Les affaires étrangères*, P. U. F., París, 1959, págs. 214-216.
- (16)- Se puede sacar de resumen interesante de los centros de estudio-universitarios y no universitarios de la introducción puesta por V. CAPECCHI a la colección ya citada de estudios de P. LAZARSFELD. El volumen D. KATZ y otros, *Public opinion . . .* cit. contiene una buena colección de las contribuciones y aportes de las diversas escuelas americanas; para una actualización sobre los mejores estudios relativos a la opinión pública véase *PUBLIC OPINION QUARTERLY*.
- * El autor se refiere a los Estados Unidos de América.
- (17)- Recordemos aquí a: G. LE BON, *Psychologie des foules*, Alcan, París, 1895, reeditado en muchas ediciones por Presses Universitaires de France, París; W. PARETO, *Trattato di sociologia generale*, Comunita, Milano, 1964; G. TARDE, *L'opinion et la foule*, Alcan, París, 1901; S. SIGHELE, *L'intelligenza della folla*, Bocca, Torino, 1903; F. TONNIES, *Kritic der öffentlichen Meinung*, Berlín, 1922. Una visión panorámica satisfactoria de numerosos aportes contiene el volumen de P. REINWALD, *De l'esprit des masses*, Delachaux et Niestlé, Neuchâtel, 1949.

- (18)- J. STOETZEL, *Theorie des opinions*, P. U. F., París, 1943; del mismo autor véase también: *La psychologie sociale*, ya citado, cap. XVIII, (trad. it.; Armando, Roma, 1964).
- (19)- J. ELLUL, *Propagandes*, París, 1962 e *Histoire de la Propagandes*, colín, París, 1967.
- (20)- J. STOETZEL, *La psychologie sociale*, cit., pag. 257.
- (21)- Véase: Mc. CLUNG LEE, *La sociologia delle comunicazioni*, Taylor, Torino, 1961; véase también: J. KLAPPER, *Gli effetti delle comunicazioni di massa*, ETAS-KOMPASS, Milano, 1964.
- (22)- Esta disciplina se ha desarrollado separadamente gracias a los que se dedican a la estadística y a los sociólogos. Para tener una idea específica de esto véase: G. GALLUP, *A guide to public opinion polls*, 2a. ed. Princeton, Univ. Press., 1948; A. GIRARD, *Les Methodes des sondages*, P. U. F., Parigi, 1957; J. ANTOINE, *L'opinion-Techniques d'enquetes par sondage*, Dunod, París, 1969; J. STOETZEL y A. GIRARD, *Les sondages d'opinion publique*, cit, provisto de una bibliografía actualizada.
- (23)- F. A. MORLION, *Metodologia dell'opinione pubblica*, Universita Internazionale degli Studi Sociali "Pro Deo", Roma, 1948, pag. 14.
- (24)- Cfr. D. KATZ y otros, op. cit., pag. 50 ss.
- (25)- Cfr. C. COSSIO, *La opinión pública*, Losada, Buenos Aires, 1958, pag. 12 s.
- (26)- Cfr. J. STOETZEL, *La psychologie sociale*, cit., pag. 257 ss.
- (27)- Cfr. J. HABERMAS, *Storia e critica*, cit.
- (28)- El fenómeno moderno que los sociólogos se obstinarían en llamar opinión pública no sería sino un reemplazo socio-psicológico de la opinión pública en el concepto clásico (J. HABERMAS, op. cit. pag. 286).
- (29)- Véase, por ejemplo: S. TCHAKHOTINE, op. cit.; A. MIOTTO, *La psicologia della propaganda*, Ed. Univ., Firenze, 1951.
- (30)- J. HABERMAS, *Storia e critica*, cit. pag. 8.
- (31)- Cfr. B. FAY, *Naissance d'un monstre, l'opinion publique*, Librairie Academique Perrin, París, 1965.

- (32)- En este particular son interesantes las publicaciones con temas sacados de los documentos del Concilio Vaticano II. Véase en particular: E. BARAGLI, *Elementi di Sociologia Pastorale sugli strumenti della comunicazione sociale*, Studio Romano della com. soc., Roma, 1970.
- (33)- E. E. DAVIS, *La modification des attitudes*, Rapp. et Doc. de la UNESCO, n. 19 - Paris, 1965.
- (34)- Véase J. KLAPPER, *Gli effetti delle comunicazione di massa*, cit.
- (35)- Piénsese en la radio y en la televisión en función didáctica o en la televisión en circuito cerrado al servicio de la producción industrial. Sobre la materia véase una amplia bibliografía en F. BONACINA, D. GOFFREDO, A. THIERY, *Educazione e Radiotelevisione*, Quaderni di Sociologia dell'Educazione n. 21, junio 1971.
- (36)- El cuaderno n. 43 de la colección " Etudes et documents d'information " de la UNESCO contiene una amplísima bibliografía al respecto.

Véase también *Televisione e bambini*, 7 volúmenes de AA.VV. a cargo del Servizio Opinioni della RAI, años 1972-75 y *TV e ragazzi* (atti della tavola rotonda sul tema . . .) a cargo del mismo Servizio Opinioni (N. 153, año 1972).
- (37)- Esta metodología no se confunde con la metodología de la "investigación sociológica" que encuentra sus aplicaciones en el estudio cuantitativo de la opinión pública y más exactamente en la doxometría. Aquí queremos hablar de la metodología de intervención.
- (38)- J. HABERMAS, *Storia e critica . . . cit.*, pag. 251 ss.; 279 ss.
- (39)- J. STOETZEL, *Theorie des opinions*, cit. págs. 108-176.
- (40)- Supongamos que en un país X, miembro de la Comunidad Económica Europea, se llega a ver a través de un sondeo de la opinión o de manifestaciones públicas indubitables, que la gran mayoría de la población exige la salida del país de la Comunidad. La opinión pública no produce ningún efecto jurídico, y sólo una decisión tomada por los órganos competentes (los cuales, políticamente, no prestarán por cierto oídos sordos a la voz de la opinión pública como fuerza moral de presión) podrá decidir el cese de relaciones con la CEE.
- (41)- G. BERGER, *L'opinion publique, phénomène humain*, en "L'opinion Publique" -P.U.F., París, 1957.

- (42)- El problema de la racionalidad de la opinión pública se ve de modo diferente en el volumen: R. E. LANE y D. O. SEARS: *Public Opinion*, Prentice-Hall, Englewood Cliffs, New Jersey, 1964.
 - (43)- Hemos mencionado ya en la pág. 29 el pensamiento de Habermas; aquí recordamos a: F. TOENNIES, *Comunita e società*, Ed. Comunita, Milano, 1963, que en la pág. 279 afirma: "En su tendencia y por su forma, ella (la opinión pública) es la opinión científica e iluminada". Nótese que el volumen apareció por primera vez en 1887.
 - (44)- J. ANTOINE, *La connaissance scientifique de l'opinion*, en "L'opinion publique", 53a semaine sociale de France, Nice, 1966.
 - (45)- Aquí el autor -en la misma línea de Berger- quiere referirse no ya a una única corriente de opinión pública (la cual no puede ser sino unánime - cfr. más adelante pag. 88-89), sino al conjunto de los diversos puntos de vista y de las diversas actitudes propias de la opinión pública, total o global, de un determinado ambiente.
 - (46)- A cargo de Ulrich Straus en "Public Opinion and propaganda", Ed. Holt, New York, 1960, pág. 50-51.
 - (47)- A este "conjunto" lo llamaremos "opinión pública matriz", porque en él radican los diversos juicios de las opiniones públicas relativas a un determinado hecho o circunstancia.
 - (48)- K. MANHEIM, *Liberta, portere e pianificazione democratica*, Armando, Roma, 1968, pág. 202.
 - (49)- La Enciclopedia Italiana (Treccani) no registra esta vez, pero agota la materia en doce líneas de contenido extremadamente vago, bajo la voz más genérica de "opinión". El Diccionario de política -así mismo del Instituto Treccani- considera en cambio la voz "Opinión Pública", como privada de valor científico, pero interesante por ser la expresión oficiosa del pensamiento político de la época (1940). Citamos algunos párrafos de este diccionario: "Es comprensible que para todos los filósofos y teóricos de la política, para quienes el concepto de Estado nace de la superación espontánea de las formas de vida individual, la opinión pública haya tomado desde el principio y conservado luego enorme importancia . . . Por esto, naturalmente, la opinión pública tiene un puesto de honor sobre todo entre los teóricos del Estado de derecho.
- . . . La opinión pública, como es obvio, tiene un valor muy diverso y menos resolutivo en los Estados organizados democráticamente, en los cuales la opinión de la masa tiene modos de hacerse valer en los órganos apropiados para manifestarla, a saber, aquéllos que constituyen el vehículo de la participación directa y total del pueblo en la vida del Estado". Después de haber hecho notar "con qué facilidad

puede ser manipulada la opinión pública por elementos sin escrúpulo", continúa la voz: " Surge aquí el problema de si se deba tener en cuenta la opinión ilustrada de pocos más bien que la opaca voluntad de muchos . . . No es posible prescindir de hecho de la existencia de un substrato de impresiones y de sentimientos, y es más fácil que éstos sean interpretados por un espíritu ilustrado que, poniéndose en contacto directo con la masa, sepa comprenderla . . . Se trata de no reconocer el privilegio de su interpretación a categorías y mucho menos a profesionales de la política . . . El pueblo . . . debe ser movido a expresar estados de alma que varían con las mismas condiciones sociales e históricas de su vida. Esta es precisamente la principal acción encomendada al Estado. . . Sería muy largo exponer cómo explica el Estado esta acción. . . Las grandes masas reunidas en las plazas son las que expresan con su voz el consenso. La participación directa del pueblo es la que indica la adhesión, ya se manifieste ella silenciosamente en la actividad y en la colaboración, o asuma por el contrario formas de manifestación solemne y de carácter de celebración. De las conversaciones entre el jefe reconocido y la masa del pueblo, como las que tienen en la verdadera democracia organizada, dimana justamente la expresión más pura de la opinión pública, manifestación de consenso y de íntima participación en la verdad que la palabra y la acción del jefe conductor han descubierto en el corazón de cada individuo y de toda la comunidad".

- (50)- A. SAUVY, *L'opinion publique*, P.U.F., Paris, 1961, pág. 7-8.
- (51)- C. COSSIO, *La opinión pública*, Losada, Buenos Aires, 1958, pág. 12 y 13.
- (52)- J. BENEYTO, *Teoría y técnica de la opinión pública*, Tecnos, Madrid, 1961, pag. 23-24.
- (53)- E. DURKHEIM, *Comunicación presentada al Congreso internacional de Filosofía de Bologna*; en "Le regole del metodo sociologico in Sociologia e Filosofia", - Comunita, Milano, 1963.
- (54)- J. STOETZEL, *La psychologie sociale*, cit. pág. 257 y 258.
- (55)- A. SAUVY, op. cit., pág. 25.
- (56)- Cfr. P. REIWALD, *De l'esprit des masses*, Delachaux et Niestlé, Paris. En particular la introducción y la parte segunda.
- (57)- En este campo podrán ser útiles las informaciones proporcionadas en los volúmenes: A. MIOTTO, "Psicologia della propaganda", Ed. Universitaire, Firenze; S. TCHAKOTIN, "La propagande, nouvelle force politique", Colin, Paris; y además

los folletos de la colección “¿ Que sais-je?” de Presses Universitaires de France: “L’affiche,” “Histoire du Journalisme”, “La presse dans le monde”, “La propagande politique”, “La guerre psychologique”. Como materia de consulta son también útiles las dos colecciones de la Universidad de Navarra “Cuadernos de trabajo de periodismo” y “Manuales de periodismo”.

- (58)- Véase A. ZANACCHI, *Introduzione alla sociologia dell’ informazione*, EIS, Roma, 1975.
- (59)- C. COSSIO, con una distinción cercana a la nuestra, pero con notables diferencias habla -como ya lo hemos observado- de una “opinión pública” (“conciencia histórica que tiene una colectividad acerca de sus propios problemas a partir de la comprensión con que los miran las personas de comprensión objetiva”) y de una “opinión del público” que “es cosa pasajera, y algo que nace de las circunstancias y que dura lo que el motivo que la ha ocasionado”. Cfr. *La opinión pública*, cit., pág. 13.
- (60)- Cfr. A. SAUVY, *L’opinion publique*, cit., Cap. III; cfr. también G. LE BON, *Psychologie des foules*, P.U.F., Paris, Libro II, Cap. I y II.
- (61)- Véase infra, pág. el esquema del proceso doxológico.
- (62)- Cfr. J. LAPIERRE, op. cit., pág. 59.
- (63)- R.E. LANE y D.O. SEARS, op. cit., Cap. VI.
- (64)- A. MIOTTO, op. cit., pág. 24 ss. Véase también J. STOETZEL, *Theorie des opinions*, cit.
- (65)- DOOB, op. cit., Cap. IV, al tratar del trasfondo cultural de la opinión pública habla de “precedentes culturales de la opinión pública y enumera: la herencia cultural, la socialización, los líderes y los sucesos.
- (66)- F.A. MORLION, op. cit.
- (67)- Son de notable interés a este propósito, las observaciones de Wilfredo Pareto sobre los “residuos” y las “derivaciones” (Cfr. Cap. IX del Tratado de Sociología General).
- (68)- G. LE BON, *Psychologie des foules*, Presses Univ. de France (Ed. 1947), Libro II (*Les opinions et les croyances des foules*).
- (69)- Cfr. mi escrito: *Lezioni di Sistematica delle Relazioni Pubbliche* - Ed. EIS, s. d.
- (70)- Cfr. J. KLAPPER, *Gli effetti*. . . cit., pág 49, afirma que “muchos estudios indican que la comunicación persuasiva de masa actúa con mucha más frecuencia co-

mo causa de fortalecimiento (de la opinión preexistente) que como modificación".

- (71)- W. ALBIG -Modern Public Opinion, New York, McGraw Hill, 1956 y L. DOOB, Public opinion and Propaganda, Holt, New York, 1948. (Lo subrayado es nuestro).
- (72)- J. STOETZEL y A. GIRARD, Les sondages d'opinion publique, P.U.F., Paris, 1973, pág.30.
Stoetzel atendiendo a que los miembros de un grupo social responden de manera diferente si son interrogados como tales o a título privado, había observado ya que la convergencia sobre una opinión pública no sería un verdadero paso de una opinión (privada) a otra (pública), en cuanto que podría continuar existiendo la primera (a pesar de discrepar de la segunda) como opinión de privados, mientras que la segunda manifestaría el pensamiento y el sentimiento del grupo como tal. He aquí una democracia de la no identidad entre opinión pública y suma de las opiniones individuales. V. Théorie des opinions, Presses Universitaires de France, París, 1943, Pág. 358 y 359.
- (73)- J. W. LAPIERRE, Les facteurs sociologiques dans la formation de l'opinion publique, en "L'opinion publique", Presses Universitaires de France, Paris, 1957, pág. 57 ss.
- (74)- A. GIRARD, La connaissance de l'opinion publique en "L'opinion publique", cit. pág. 245 y 246; id. Structures sociales et structures de l'opinion en "L'opinion publique" (53a settimana Sociale di Francia), Chronique Sociale de France, Lyon, 1966.
- (75)- M. DUVERGER, Introduction a la politique, Gallimard, Paris, 1964, trad. it., Introduzione alla politica, Laterza, Bari, 1971, pág. 65 y 66.
- (76)- Véase R. PIRET, Psychologie différentielle des sexes, Presses Univ. de France, 19. . .
- (77)- Una prueba de ellos es la existencia de la prensa femenina y de sus temas especiales. Véase BONANNO, Naturale come sei, Guarraldi, Firenze, 1975.
- (78)- -v. SONDAGES, 1972, 4, pág. 25.
- (79)- -v. Bollettino della DOXA, 1974, 4-5, pág. 21.
- (80)- -en J. STOETZEL y A. GIRARD, Les sondages. . . cit., pág. 183.
- (81)- -Por las observaciones de sondeos y de resultados electorales en Francia llegan a estas conclusiones STOETZEL y GIRARD en la obra cit. Les sondages. . . , pág. 185 y 186.

- (82)- -La referencia al nivel de instrucción es casi constante en las investigaciones sobre la opinión pública: por lo que se refiere a Italia y Francia, véase las recopilaciones de sondeos en *BOLLETTINO della DOXA* y en *Sondages*.
- (83)- -J. STOETZEL y A. GIRARD, *Les sondages*. . . cit., pág. 193.
- (84)- -A. GIRARD, *La connaissance*. . . cit. pág. 246.
- (85)- -Cfr. J. W. LAPIERRE, op. cit. pág. 63.
- (86)- -GURVITCH, *Vocation actuelle de la sociologie*.
- (87)- -sobre el tema del derecho a la información véase: B. VOYENNE, *Le droit a l'information*, Aubier-Montaigne, París, 1970, trad. it., Ed. Armando, Roma, 1971.
- (88)- -Preguntas propuestas para la encuesta por el "Nouvel Observateur", del 27 de octubre al 2 de noviembre de 1970 a una muestra nacional de 1.635 personas.
- (89)- -Desde 1950 la UNESCO publica, actualizándolo periódicamente, un informe sobre la situación de la información en el mundo: "L'information a travers le monde". Es de importancia notable el estudio de E. EMERY, PH. H. AULT y W. K. AGEE, *Introduction to mass communications*, New York, Dood, Mead & Co., 1965.
- (90)- -J. ELLUL, *Propagandes*, cit., capítulo II.
- (91)- -F.H. ALLPORT -Toward a sciencia of public opinion, en *Public Opinion and propaganda*, Ed. Holt, New York, 1960, pág. 55. El estudio había sido publicado antes en la revista *Public Opinion Quarterly*, 1937, n. 1 y está traducido al italiano en M. Livolsi, *Comunicazioni e cultura di massa*, Hoepli, Milano 1970; nuestro texto no se sirve de dicha traducción.
- (92)- -F. ALBERONI - *Società cultura e comunicazioni di massa*, en *Annali della Scuola superiore di Giornalismo e mezzi audiovisivi*, n. 1. - La Scuola, Brescia, 1966.
- (93)- -KIMBALL YOUNG (*International Journal of Opinion and Attitude Research*, 1948,2, 385-392) sostiene que "las agrupaciones libres que nosotros llamamos "públicos" no son los únicos centros de creación (makers) de opinión pública"; ésta en efecto podría estar expresada también por grupos altamente institucionalizados (partidos, sindicatos, confesiones religiosas, etc.). Nosotros somos del parecer contrario. Es cierto que partidos, sindicatos, confesiones religiosas y otras instituciones de este género pueden concurrir con su acción (y especialmente con su propaganda) a formar la opinión pública en su conjunto; pero considerando aun solamente la eventual corriente creada por tales instituciones, es normal que el espacio ocupado por ella pretende ir y generalmente va más allá del grupo de los organizados, manteniendo la característica de elasticidad e informalidad de que hablaremos también más adelante.

- (94)- -Se aparta de esta posición Walter Lippmann cuyo pensamiento sintetiza así Ch. Wright Mills en *The power elite* (véase la trad. it. *La élite del potere*, Feltrinelli, Milano, 19, pág. 286): "En los ambientes burocráticos oficiales (americanos) la misma palabra "público", ha acabado por tomar un significado incorpóreo que revela dramáticamente su decadencia. Desde el punto de vista de la élite que decide, se puede distinguir entre los que se dan a notar en la vida pública, un "grupo de obreros", un "mundo de los negocios", o, incluso, a los "agricultores". Quienes no pueden ser identificados por medio de una o de otra categoría constituyen el "público". Según este significado el público sería el conjunto de personas no cualificadas y no agrupadas en categorías, en un mundo de intereses definidos y defendidos solidariamente.
- (95)- -Ch. W. MILLS, op. cit., trad. it., pág. 285.
- (96)- -Id., pág. 284, 285.
- (97)- -Ch. W. MILLS, *Politica e Potere*, Bompiani, Milano, 1970, pág. 52.
- (98)- -G. ROMAGNOSI, *Della costituzione di una monarchia nazionale*, R. Accademia d' Italia, Roma, 1937.
- (99)- -Ch. W. MILLS, *Politica e Potere*, cit.
- (100)- -J. HABERMAS, *Storia e critica dell'opinione pubblica*, cit.
- (101)- -H. BLUMER - *Massa, pubblico e opinione pubblica*, en Livolsi, *Comunicazioni e cultura di massa*, cit.
- (102)- -A. MIOTTO - Op. cit.
- (103)- -"La opinión popular independiente de las organizaciones que la movilizan y la integran conservan a duras penas una función de cierto relieve político", J. HABERMAS, *Storia. . . cit.*, pág. 283.
- (104)- - Cfr. J. W. LAPIERRE - *Les facteurs sociologique dans la formation de l'opinion publique*, en "L'opinion publique", P.U.F. de France, Paris, 1957, pág. 76. En el mismo volumen se expresa de diversa manera J. LAMBERT desde la pág. 85.
- (105)- -E.KATZ, P. LAZARSFELD -*L' influenza personale nelle comunicazioni di massa*, ERI, Roma, 1968, pág. 15 y 16.
- (106)- -Sobre la eficacia y los límites de las comunicaciones de masa, véase A. ZANACCHI, *Potenza e prepotenza delle comunicazioni sociali*, Ed. Paoline, Roma, 1969,

J. KLAPPER, *Gli effetti*. . . , cit.; J. HALLORAN, *The effects of television*, Panther Books, New York, 1970.

- (107)- Sobre el concepto de grupo y sobre los diversos tipos de grupo ver J. STOETZEL, op. cit., trad. it., cap. XIV. Sobre el papel de los grupos en la opinión pública, ver idem, pág. 299-302.
- (108)- -SAUVY - *L'opinion publique*, cit., pág. 7-8.
- (109)- -Cfr. J. DOMENACHE - *La propagande politique*, cit.
- (110)- Sobre el término "sugestión" y su posible superación cfr. A. MIOTTO, op. cit., pág. 20 ss.
- (111)- Para una visión más amplia de las técnicas de la propaganda cfr. J. M. DOMENACH, op. cit.; J. DRIENCOURT, op. cit.; S. TCHAKOTINE, op. cit.; J. ELLUL, *Propagandes*, A. Colin, Paris, 1956.
- (112)- -LENIN - *Che fare?*, *Opere scelte*.
- (113)- -Cfr. M. MEAD, *Public Opinion mechanism among primitive peoples*, en *Public Opinion Quarterly*, 1937, I, N. 3, págs. 5-16.
- (114)- J. ELLUL, *Propagandes* cit. pág. 225.
- (115)- -J. BRYCE - *The American Commonwealth*. Macmillan ed., London, 1888.
- (116)- -La opinión pública no pone en movimiento los principios fríos o los razonamientos abstractos; ella se mueve solo en virtud del impulso que se deriva de situaciones concretas (el escándalo Lockheed, la desocupación en la industria, el aumento del precio del petróleo, la matanza de un magistrado, etc.). Estos son, como veremos más adelante, los temas motores que tienen la fuerza de hacer intervenir los temas valores (honestidad, seguridad, respeto a la vida, etc.).
- (117)- -Aquí es necesario tener presente lo que ya se explicó en el capítulo III. Casi no hace falta hacer notar la diferencia radical entre un sistema totalitario y un sistema democrático, el cual no puede basarse sino en un pluralismo real, condición para un libre cambio de ideas, de informaciones, de opiniones, críticas.
- (118) Ver además los capítulos sobre las tradiciones y los mitos
- (119) R.M. Mc IVER en *Academic freedom in United States*, Columbia Univ., New York, 1954, introduce en el estudio de la opinión pública el nuevo concepto de "sistemas de opinión pública" que proviene de tres componentes: 1) el área de consenso es decir el conjunto de las actitudes muy duraderas que la gente da por descontadas; 2) la estructura de la comunicación (corresponde al subaparato informativo del que trata el esquema n. 1); 3) la alineación (es decir la distribución) de las opiniones sobre temas controvertidos de actualidad.

- (120) Según Lazarsfeld (*Metodologia e ricerca sociale*, Il Mulino, Bologna, 1967) se lo determina por las respuestas a sondeos no relativos a hechos de actualidad, sino a actitudes comunes en un tiempo dado y en un lugar determinado; por ej.: Se puede tener confianza en la gente? Es posible cambiar la naturaleza humana? Los hijos deberían consultar a sus propios padres antes de casarse? Es peligroso contradecir a los propios superiores? etc.
- (122)- J. STOETZEL, *Psicologia sociale*, cit., pág. 295.
- (123)- Véase lo expuesto en la pág. 42, n. 4).
- (124)- En los regímenes que no admiten oposición, sólo este proceso sigue siendo válido para la creación de una opinión pública que no sea la oficial, impuesta por el régimen. Se trata obviamente de una opinión "musitada", clandestina, pero no por eso menos eficaz.
- (125)- J. KLAPPER, op. cit., pág. 27.
- (126)- E. KATZ y P.F. LAZARSFELD, *L'influenza personale*, cit.
- (127)- Cfr. B. BOTTOMORE, *Sociologia*, Il Mulino, Bologna, 1971, Cap. IX y XIII.
- (128)- Cfr. J. LIVINGSTONE, *Il consenso dei governati*, Giuffré, Milano 1971.
- (129)- Cfr. J. STOETZEL y A. GIRARD, *I sondaggi di opinione pubblica*, cit.
- (130)- Véase más arriba, pág. 132.
- (131)- N. HARTMANN, *Il problema dell'essere spirituale*, la Nuova Italia, Firenze, 1971, pág. 455 ss.
- (132)- N. HARTMANN, *Il problema dell'essere spirituale*, La Nuova Italia, Firenze, 1971, pág. 467.
- (133)- Una visión adecuada del pensamiento de estos dos autores americanos se encuentra en: G. URBANI, *L'analisi del sistema politico*, Il Mulino, Bologna 1971.
- (134)- "Easton agrupa las necesidades en seis categorías.
La primera categoría comprende las expectativas, el conjunto "de aquello que esperamos hagan los otros": un fondo de importancia fundamental para prever el nacimiento de verdaderos y propios pedidos.

La segunda categoría comprende la llamada opinión pública, entendida como el conjunto de las actitudes sociales especialmente difundidas, concernientes a cuestiones de importancia pública.

Luego las motivaciones representan la tercera categoría, y es lo que está en la base de los pedidos y que no siempre logra estar contenido en ellos: es decir, con mucha frecuencia lo que produce un pedido es solamente una causa ocasional, un as-

pecto accidental de una motivación que queda así frustrada e insatisfecha a pesar de la acogida dada al pedido, al cual estaba aparentemente ligada.

También las ideologías, entendidas como “modelos de fines” hacia los cuales tender, constituyen depósitos de necesidades más o menos explícitas y compartidas: esta cuarta categoría vuelve a incluir en sí algunos elementos decisivos para que surjan los pedidos, y en particular muchos de los criterios sobre cuya base se juzga normalmente el comportamiento de las autoridades y la oportunidad de poner sus demandas precisas.

Los intereses -quinta categoría- se entiende en cambio como “valores instrumentales”, como medios adecuados para conseguir las metas últimas de un individuo.

Easton distingue a este propósito entre intereses subjetivos (aquellos que consideran así sus respectivos titulares, aun prescindiendo de todo examen realista) y objetivos (cuya valoración en cambio es fruto de una observación desplegada), para subrayar cuán diversa puede ser la incidencia de unos de la de los otros en la formación de los pedidos políticos.

La sexta y última categoría es la de las preferencias, entendidas como posturas para establecer jerarquías de prioridad entre las varias necesidades, y por lo mismo en la importancia relativa que tienen los diversos pedidos para quien los formula”.

(G. URBANI, *L'analisi del sistema politico*, cit. pág. 226-228).

(135)- J. HABERMAS, *Storia e critica* cit. pág. 281 nota 3.

(136)- J. HABERMAS, *Teoria e prassi della società tecnologica*, La Terza, Bari, 1972, pagg. 163-181.

(137)- Cfr. G. BERGER - *L'opinion publique phénomène humaine*, en AA.VV. *L'Opinion Publique*, Presse Universitaire de France, Paris, 1957.

(138)- Cfr. K. MANNHEIM - *Libertà, potere e pianificazione democratica*, Armando, Roma, 1968.

(139)- Cfr. G. LE BON - *Psychologie des foules*, Presses Universitaires de France, Paris, 1947, pág. 57-58.

(140)- K. MANNHEIM, op. cit., pág. 199-203 passim.

(141)- Cfr. J. HABERMAS, op. cit., pág. 279-280.

(142)- Según SAUSSURE (*Cours de linguistique générale*) son dos los componentes del signo: el significante (el signo material) y el significado.

(143)- La palabra “burro” en español significa asno; la palabra “caldo” significa caldo.

- (144)- U. ECO, *La struttura assente*, Bompiani, Milano, 1968, pág. 35.
- (145)- La diferencia entre signò, señal, índice, ícono, símbolo y alegoría, véase R. BARTHES, *Elementi di semiologia*, Einaudi, Torino, 1966.
- (146)- Cfr. U. ECO, op. cit., pág. 39.
- (147)- Véase J. PARRY, *Psicologia della comunicazione umana*, Armando, Roma, 1973.
- (148)- Véase D. McQUAIL, *Sociologia delle comunicazioni di massa*, El Mulino, Bologna, 1973; Cfr. R. WRIGHT, *La comunicazione di massa*, Prospettiva sociologica, Armando, Roma, 1976. (Esta tercera edición contiene una bibliografía actualizada).
- (149)- E. GARRONI, *Pinocchio uno e bino*, Laterza, Bari, 1975.
- (150)- Seguimos, en forma sucinta, las indicaciones de McQuail (op. cit.) y las integramos con observaciones de Wright (op. cit.).
- (151)- de *Relazione e Bilancio 1975*. Rai Radiotelevisione Italiana, 1976.
- (152)- E. BARAGLI S. I., *Gli strumenti della comunicazione sociale nel Concilio Vaticano II*, *Civiltà Cattolica*, 1973 - Quaderni 2702 y 2704.
- (153)- Véase E. TARRONI en *Prospettive attuali negli studi delle comunicazioni di massa*, op. collettiva, Bulzoni, Roma, 1975.
- (154)- Se ha estudiado con profundidad el tema sobre todo en: J.D. HALLORAN, *The effects of Mass Communication*, Leicester University Press, Leicester, 1964; J. T. KLAPPER, op. cit.; W. SCHRAMM, *The Process and Effects of Mass Communication*, University of Illinois Press, Urbana, 1954.
- (155)- Cfr. E. DI NALLO, *Per una teoria della comunicazione di massa*, Angeli, Milano, 1977.
- (156)- Véase F. FATTORELLO, *Introduzione alla tecnica sociale dell'informazione*, Roma, Istituto Italiano di Pubblicismo, 1961, y A. ZANACCHI, *Introduzione alla sociologia dell'informazione*, E. I. S., Roma, 1975.
- (157)- J. ELLUL, *Propagandes* Ed. Colin, pág. 19.
- (158)- E. BARAGLI, *Elementi di Sociologia Pastorale sugli strumenti della comunicazione sociale*, Studio Romano della comunicazione sociale, Roma, 1970, pagg. 51 y 52.
- (159)- Véase: *Esquemas del proceso de la comunicación*, CIESPAL, Quito, 1969.
- (160)- Idem.
- (161)- Véase: *Esquemas del proceso de la comunicación*, CIESPAL, Quito, 1969.

- (162)- Claude SCHANNON y WARREN WEAVER, *The mathematical theory of communication*, University Press, Urbana, 1949.
- (163)- En el significado propio de la técnica radiotelevisiva.
- (164)- A este respecto son especialmente importantes los estudios realizados por el Servizio Opinioni della RAI.
- (165)- Véase: *Esquemas*, cit.
- (166)- Cfr. J. ELLUL, *Propagandes* - Ed. Colin, Parigi, 1962, pág. 105 ss.
- (167)- Con frecuencia se puede advertir el uso indistinto de los términos "sentimiento" y "actitud". Creemos poder notar en el sentimiento una característica de permanencia, mientras que la actitud es más bien un modo de disponerse psicológicamente frente a un suceso concreto. Consideramos aquí el sentimiento como un componente de la opinión pública matriz y la actitud como un componente de la opinión pública juicio. Un acontecimiento que hiere negativamente el sentimiento nacional, hace a un público adoptar una actitud contraria al hecho mismo y a los responsables de él.
- (168)- Cfr. F. A. MORLION, op. cit. Sobre las características de los sucesos que llegan a ser objeto de opinión pública, v. supra, pág. 174 y 175.
- (169)- Acerca de la fuerza de las imágenes para inspirar actitudes y comportamientos, véase de E. FULCHIGNONI, *L'immagine nell'era cosmica*, Ed. A. Armando, Roma, 1972, si bien teniendo presente que el autor trata de la imagen presentada a través de los modernos "media".
- (170)- La definición de tema popular dada por F. A. MORLION (op. cit., parte II, Cap. I) "idea general y compleja, cargada de elementos emotivos", se refiere evidentemente no a todo tema de opinión pública, sino a los temas complejos de los que nos ocuparemos más adelante.
- (173)- Esta distinción que hacemos nosotros tiene un valor especial para los fines de una metodología de la opinión pública.
- (174)- F.A. MORLION, op. cit.
- (175)- Cfr. I. P. PAVLOV, *I riflessi condizionati*, Boringhieri, Torino 1966; S. TCHAKHOTINE, *Le viol des Foules par la propagande politique*, pág. 23 ss.
- (176)- F.A. MORLION los llama temas centrales. Esta nomenclatura se presta a algún equívoco, ya que la misma expresión se usa en otros campos con significados diversos. Así por ejemplo: tema central de un cuento, de una novela, de un film, en contraposición a los temas laterales o temas complementarios.
- (171)- En el Cap. X. explicaremos las relaciones entre temas primarios y secundarios,

- (172)- -Cfr. F. A. MORLION, op. cit.
- (177)- -Sobre los motivos del interés específico por los hechos de violencia, véase UNESCO, *Symposium of the impact of violence in the mass media*, Paris, 1970.
- (178)- -Véase B. REVEL, *L'affaire Dreyfus*, Ed. Mondadori, Milano, 1967; P. BOUSSEL, *L'affaire Dreyfus et la presse*, A. Colin, Paris, 1960.
- (179)- -Véase lo que escribe a este propósito P. BALDELLI en *Informazione e controinformazione*, Mazzotta, Milano, 1972, en el cap. "La grande cagnara lunare dei mass-media" (pág. 90-104).
- (180)- -Hagamos esta averiguación -integrándola con nuestras observaciones- aprovechando lo que escribe Alfred SAUVY en *L'opinion publique*, Presses Universitaires de France, cap. III.
- (181)- -Véase también la obra ya citada de KLAPPER, *Gli effetti delle Comunicazioni di massa*, Etas Kompass, Milano, 1964; sobre todo el cap. III, sobre refuerzo, pequeña modificación y fenómenos correlativos y el Cap. V, "Aspectos auxiliares de la comunicación y de la situación de comunicación".
- (182)- -Leonard DOBB, *Public opinion and propaganda*, Holt, New York, 1956, pag. 41.
- (183)- -"La jerga política de la época (de la Revolución Francesa) está constantemente orientada a la exaltación de la voluntad popular que a su vez está encerrada en una cotilla de hierro para ser mantenida en el punto de tensión y de energía indispensable: "libertad o muerte!" es un lema que lleva a la constricción y a la movilización permanente de la que se hizo adalid el Gobierno de la Convención que sin embargo quería ser "revolucionario hasta la paz". "Ya que todo el mundo es libre, todo el mundo tiene que ser soldado", proclamó Dubois Crancé, uno de los fundadores del nuevo ejército, con una lógica más auténtica que la de las asociaciones de la palabra". Maurice MEGRET en *La guerre psychologique*, Paris, Presses Universitaires de France, 1956, pag. 19.
- (184)- -Cfr. Antonio MIOTTO, *Psicologia della Propaganda*, pag. 53.
- (185)- -Véase S. TCHAKOTINE, *Le viol des Foules*, Gallimard, Paris, pag. 26. Más detalladamente: Ivan PAVLOV, *I riflessi condizionati*, Univ. Scientifica, ed. Boringhieri - Torino.
- (186)- -No ignoramos lo que nos aconseja tener presente Joseph FOLLIET (Cfr. gli Atti della 42a Settimana Sociale di Francia, *Les techniques de diffusion dans la civilisation contemporaine*, p. 34), advirtiéndole que "la opinión pública no debe confundirse con los fenómenos de muchedumbre y ni siquiera de masa". Está en un error Le Bon al considerar como muchedumbre -en todo caso- la que puede llegar a ser tan sólo en casos particulares, bajo el efecto de cargas especialmente emotivas.
- (187)- -LE BON, *Psychologie des Foules*, Presses Univ. de France, 1947, pag. 23.

- (188)- Véase a este propósito, la publicación ya citada de F. A. MORLION. Se trata de encuestas llevadas a cabo en el período que va de 1950 a 1960; por lo que hace a Italia, hoy día se tendrían resultados un poco diferentes, pero creemos que en América Latina las cosas no son todavía muy distintas.
- (189)- Véase además el Capítulo sobre los mitos.
- (190)- Istituto Superiore di Scienze e tecniche dell'opinione pubblica promovido por la Asociación para la Universidad Internacional de Estudios Sociales.
- (191)- Las declaraciones de los "científicos" aparecidas durante el régimen nazi en Alemania y el fascista en Italia para avalar científicamente el prejuicio racial y la superioridad del pueblo alemán y de la raza aria han caído en ridículo.
- (192)- A. BENFENATI, *L'opinione pubblica*, Ediz. Universitarie, Firenze, 1951, pág. 52 y 53.
- (193)- W. LIPPMANN, *L'opinione pubblica*, Edizioni di Comunita, 1963.
- (194)- G. LE BON, *Psychologie des foules*, cit., pág. 57 y 58.
- (195)- *Enciclopedia Italiana* -Istituto della enc. it. Roma, voce: Tradizione.
- (196)- Cfr. *I manifesti della Rivoluzione Russa 1917- 1929*, Editori Riuniti - Roma.
- (197)- Ph. DE FELICE, *Foules en délire, extases collectives*, Al. Michel, Paris, 1947.
- (198)- Entre las obras más significativas: R. BARTHES, *Mytologie*, Ed. Seuil, Paris, 1957; traducción ital. *Miti d'oggi*, Ed. Lerici, Milano, 1962 - G. DORFLES, *Nuovi riti, nuovi miti*, Ed. Einaudi, Torino, 1965 - J. DOURNES, *L'homme et son mythe*, Aubier Montaigne, Paris, 1968 - E. CASSIRER, *Le mythe de l'état*, trad. ital., *Il mito dello Stato*, Longanesi, Milano, 1950 - J. ELLUL, *Propagandes*, Colin, Paris, 1962 - J. ELLUL, *Les mythes modernes*, Diogene, 1958 - A. SAUVY, *L'opinion publique*, P.U.F., Paris, 1961.
- (199)- Cfr. E.B. TYLOR, *Primitive culture*, London, 1871 - L. LEVY-BRUHL, *Les fonctions mentales dans les sociétés inférieures*, Paris, 1910; *La mentalité primitive*, Paris, 1922; *L'âme primitive*, Paris, 1928 - M. MULLER, *Essay on Comparative Mithology*, London, 1856; *Contribution to the Science of Mythology*, 2 vol., London, 1897.
- (200)- Cfr. E. DOUTTE, *Magie et religion dans l'Afrique du nord, Algèr*, Jourdan, 1909 y J. H. HARRISON, *Prolegomena to the Study of Grek Religion*, Cambridge University Press, 1903
- (201)- Cfr. TH. RIBOT, *La psychologie des sentiments*, Paris, 1896; y W. JAMES, *Principes of Psychology*, New York, H. Holt, 1890.

- (202)- -Cfr. S. FREUD, *Totem und Tabu*, Wien, 1920 (Trad. italiana, Bari Laterza, 1930); - O. RANK, *Psychoanalytische Beitrage zur Mythenforschung aus des Jahren, 1912-14*, 2a. Ed., Wien, 1922 - TH. REIK, *Das Ritual*, Wien, 1928 - G. ROHEIM, *Psycho-Analysis of Primitive Cultural Types*, en "The International Journal of Psycho-Analysis", I-II (1932).
- (203)- -Cassirer que no reconoce como verdadero mito el que se refiere a los individuos, sino sólo a una colectividad, afirma: "En el pensamiento y en la imaginación mítica no encontramos confesiones individuales. El mito es una objetivización de la experiencia social del hombre, no de su experiencia individual. Es mucha verdad que encontramos mitos inventados por individuos, como, por ejemplo, los famosos mitos platónicos. Pero aquí falta uno de los rasgos más esenciales de los mitos auténticos. Platón los creó en un espíritu completamente libre; él no estaba bajo su poder, sino que los dirigía según sus propios intentos; los intentos del pensamiento dialéctico y ético. El mito auténtico no posee esta libertad filosófica; porque las imágenes en que vive no son conocidas como imágenes. No son consideradas como símbolos sino como realidad". (E. CASSIRER, *op. cit.*, pág. 83).
- (204)- -Dorfles prefiere, en este caso, hablar de mitagogía como proceso de producción no natural, sino artificial de mitos.
- (205)- -G. DORFLES, *op. cit.*, pág. 54 y 55.
- (206)- -G. SOREL, *Considerazioni sulla violenza*, Laterza, Bari.
- (207)- -J. ELLUL, *Propagandes*, Colin, Paris, 1962, pág. 133.
- (208)- -G. DORFLES, *op. cit.*, pág. 53 ss.
- (209)- -J. GUITTON, *Ce que je crois*, Ed. Grasset, trad. ital. *Perche credo*, SEI - Torino, 1972.
- (210)- -G. DORFLES, *op. cit.*, pág. 162 y 163.
- (211)- -A. SAUVY, *op. cit.*, pág. 55.
- (212)- J. M. DOMENACH, *La propagande politique*, *cit.*, pág. 86.
- (213)- -G. LE BON, *Psychologie des foules*, *cit.*, pág. 46.
- (214)- -De G. SOREL, *Considerazioni sulla violenza*, Capítulo IV, Lo subrayado es nuestro, Laterza, Bari.
- (215)- -G. DORFLES, *op. cit.*, pág. 162.

- (216) -Sobre la opinión pública internacional en los períodos precedentes véase J. BENÉYTO, *La opinión pública internacional* - Ed. Tecnos, Madrid 1963.- No pretendemos aquí afrontar el problema de la importancia jurídica de la opinión pública internacional. Para la relación opinión pública-derecho internacional véase R. QUADRI, *Diritto internazionale pubblico*, Ed. Liguori, Napoli, pág. 33.
- (217)- -No en el sentido de que no pueda ser provocado por un requerimiento de la propaganda, sino en el sentido de que no es impuesto por una vinculación jurídica.
- (218)- -P.DE LA PRADELLE, *L'opinion publique internationale* en AA.VV. *L'opinion publique*, Presses Universitaires de France, Paris, 1957.
- (219)- -P. DE LA PRADELLE, op. cit.
- (220)- -J. BENÉYTO, op. cit.
- (221)- -M. MERLE, *La vie internationale*, Colin, Paris, 1970, pag. 227 ss.

INDICE

PROLOGO	Pág. 5
CAPITULO I EL ESTUDIO CIENTIFICO DE LA OPINION PUBLICA.	63
CAPITULO II OPINION PUBLICA EN LAS ACEPCIONES COMUNES Y EN LAS DEFINICIONES CIENTIFICAS	81
CAPITULO III OPINION PUBLICA, FENOMENO SOCIAL	105
CAPITULO IV LOS ELEMENTOS CONSTITUTIVOS DE LA OPINION PUBLICA.	123
CAPITULO V GENESIS DE LA OPINION PUBLICA	145
CAPITULO VII LAS FUNCIONES DE LA OPINION PUBLICA	165
CAPITULO VII COMUNICACIONES Y OPINION PUBLICA	179
CAPITULO VIII LOS TEMAS DE OPINION PUBLICA	195

CAPITULO IX	
LOS TEMAS SECUNDARIOS	201
CAPITULO X	
LOS TEMAS PRIMARIOS	209
CAPITULO XI	
LOS TEMAS COMPLEJOS O POPULARES	213
CAPITULO XII	
LAS TRADICIONES	223
CAPITULO XIII	
LOS MITOS	231
CAPITULO XIV	
LA OPINION PUBLICA INTERNACIONAL	243
BIBLIOGRAFIA	253
NOTAS	259

OTROS TITULOS DE ESTA COLECCION

SICOLOGIA DE LA COMUNICACION SOCIAL

Gerhard Maletzke

PERIODISMO EDUCATIVO Y CIENTIFICO

CIMPEC - OEA

CINE Y TELEVISION A BAJO COSTO

Dietrich Berwanger

PLANIFICACION Y COMUNICACION

Juan Díaz Bordenave y Horacio Martins de Carvalho

RADIODIFUSION PARA LA INNOVACION

Josef Eschenbach

PRODUCCION DE PROGRAMAS DE RADIO: EL GUION – LA
REALIZACION

Mario Kaplún

COMUNICACION MASIVA: DISCURSO Y PODER

Jesús Martín Barbero

PERIODISMO INTERPRETATIVO: EL REPORTAJE

Julio del Río Reynaga

¿COMUNICACION PARA LA DEPENDENCIA O PARA EL DE-
SARROLLO?

Antonio García

EL ROL DEL PERIODISTA EN LA SOCIEDAD

Cremilda Araujo Medina

LA RADIO POR DENTRO Y POR FUERA

Jimmy García

COMUNICACION INSTITUCIONAL: ENFOQUE SOCIAL DE
RELACIONES PUBLICAS

María Luisa Muriel y Gilda Rota

PRINCIPIOS TECNOLOGICOS: VIDEO Y CINE

Luis Masías Echegaray y Alberto Troilo

Este libro se terminó de imprimir en Offset Ecuador en febrero de 1981 siendo el Director General de CIESPAL el Dr. Luis Eladio Proaño; Representante de la Fundación Friedrich Ebert, el Dr. Peter Schenkel y Jefe del Fondo Editorial, el Lcdo. Galo Viteri.